

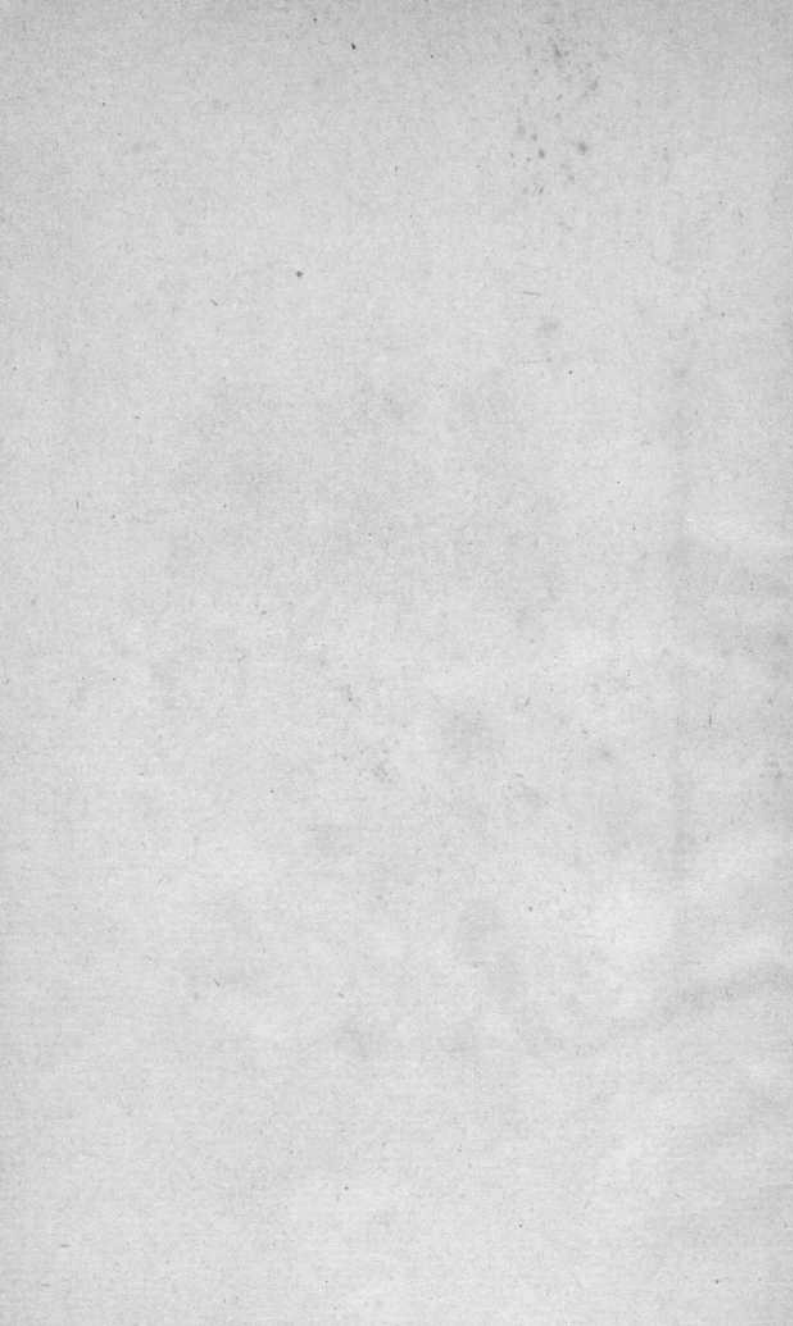
P. FLORENCIO

LA BEATA ANA
DE SAN BARTOLOMÉ









LA BEATA ANA
DE SAN BARTOLOMÉ

COMPAÑERA Y SECRETARIA

DE

≡ SANTA TERESA DE JESÚS ≡

(COMPENDIO DE SU VIDA)

POR EL

P. Fr. Florencio del Niño Jesús,
Carmelita Descalzo.



BURGOS

TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»

1917

APROBACIONES

LICENCIA DE LA ORDEN

Nihil obstat

Fr. Casimirus a V. Carmeli

Nihil obstat

Fr. Arcadius a Spiritu Sancto

Imprimi potest

Fr. Bernardinus a Jesu Maria

Vic. Generalis Fratrum Carmelitarum Excalceatorum

L. † S.

Romae, 14 Martii 1917

Nihil obstat

Carolus Solotti, S. Cons. Adv. S. R. Congr. Assesor.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Nihil obstat

Fr. Fridericus a SS. Sacramento

Imprimatur

† Josephus, Archp. Burgensis

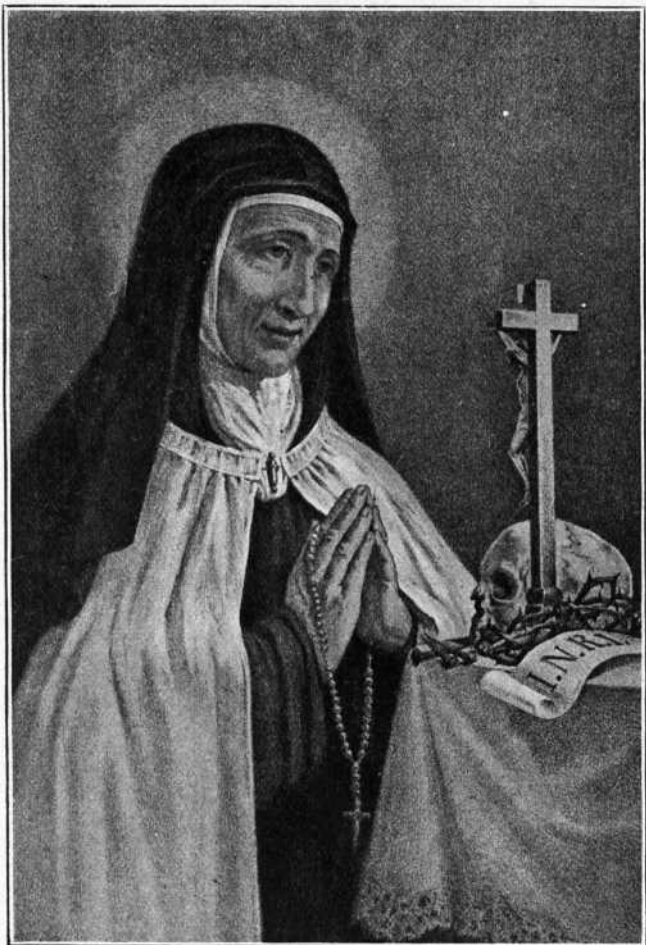
L. † S.

Burgis, 15 Martii 1917.

**«Ana, Ana:
Tú tienes las obras;
Yo tengo la fama».**

(Palabras que a modo de coplilla,
solía repetir la humildísima Santa Te-
resa, dirigiéndose a su Secretaria).

ES PROPIEDAD



LA B. ANA DE S. BARTOLOME
CARMELITA DESCALZA

INTRODUCCIÓN

La Beata Madre Ana de San Bartolomé fué una de las más ilustres hijas de la insigne Reformadora del Carmelo, y desde luego, según vas a ver, piadoso lector, parece ser la más amante y la más amada de la Santa Madre Teresa de Jesús: como la llamada a recoger las últimas enseñanzas y los últimos suspiros de la Virgen de Avila.

En el postrer éxtasis de amor, el Serafín del Carmelo fué sostenido en los brazos de la angelical Ana de San Bartolomé, durante doce horas largas de coloquios y amores divinos, al cabo de las cuales, Ana vió el alma de Teresa, que volaba, cual blanquísima paloma, a las Moradas eternas, al Castillo interior de la Jerusalén triunfante.

Desde aquel punto la inseparable Compañera de la Santa Reformadora fué venerada y venerable para toda la Reforma Carmelitana y para todos los devotos de la Santa. Su figura sencilla y candorosa, simpática y amable, hacía revivir, a cada paso, los recuerdos de la inolvidable Fundadora; sus palabras, caídas al desgaire, eran oídas con veneración por los príncipes del mundo y por los prelados de la Iglesia; sus prendas características eran las de una verdadera y genuina carmelita descalza: sencillez encantadora, adhesión inquebranta-

ble a la Iglesia de Dios, entrañable amor a su Orden y ardiente celo por la salvación de las almas. Pues, aunque parece distinguirse por su humildad, desde el principio hasta el fin de su vida, quiso el Señor dotar a esta su Sierva de excelentes prendas de gobierno y de cualidades excepcionales para dar consejo a quien se lo pedía.

Por obra de Dios, méritos de Santa Teresa y obediencia de nuestra Beata, ascendió ésta, de simple freila y analfabeta, a compañera y Secretaria muy particular de la Doctora Mística. Y no paró en esto la primera Hermana de velo blanco entre las Descalzas, sino que llegó a ser discípula predilecta y heredera aventajada del espíritu de Teresa, como del gran Vidente Elías lo fué el Profeta Eliseo: así rezan los Procesos de la causa de nuestra Beata.

Juntamente con su espíritu, comunicó la Virgen de Avila a la Virgen del Almendral alientos de fundadora; y Ana de San Bartolomé lo fué, en efecto, en Francia y Flandes, como se verá en su historia.

Y si nuestra Beata fué Compañera de nuestra Santa en los últimos y más trabajosos años de la divina Andariega, por tierras de Castilla, la misma Santa vino desde el cielo muchas veces a ser compañera de la Beata Ana en las fundaciones que ésta llevó a cabo por tierras de Francia y Bélgica.

Puesta ya en el candelero, Ana de San Bartolomé iluminó los caminos del Señor con luz esplendorosa, e hizo volver a ellos muchas almas extraviadas por la culpa y muchos entendimientos ciegos por las nieblas del Protestantismo.

Durante las luchas religiosas de su tiempo, representó un papel muy importante; y a ella se debe, tanto o más que a nadie, el que los estados de Flandes no se infestaran con las doctrinas de los Hugonotes: de aquí el amor y veneración en que siempre la han tenido los hijos de la católica Bélgica.

La Infanta Isabel Clara Eugenia, primogénita de Felipe II y de Isabel de Valois, Gobernadora de los Países Bajos, tenía por más segura la ciudad de Amberes con las oraciones de la Madre Ana, que con todos los cañones de la Ciudadela; y a las plantas de la humilde carmelita hizo arrodillarse, para que los bendijera, a los grandes Capitanes con sus tercios, como los Spinolas y otros héroes, immortalizados por Velázquez en su lienzo de la «Rendición de Breda», o de «Las Lanzas».

Ana de San Bartolomé, con sus ruegos y oraciones, salvó milagrosamente por dos veces la noble y rica Antuerpia de los furiosos asaltos del Príncipe de Orange (1622 y 1624): por ello fué aclamada con entusiasmo, de generación en generación, como «Libertadora de Amberes».

Allí murió, amada y bendecida, el 7 de Junio de 1626; y los Príncipes que la consultaban, y los pobres que la bendecían, y los enfermos a quienes sanaba, y el Senado de Amberes que oía contar sus virtudes, y la Universidad clarísima de Lovaina que seguía con interés los prodigios y milagros de la ilustre Carmelita; todos, todos a una, sabios e ignorantes, grandes y pequeños, aclamaronla por santa, y pidieron con insistencia a la Santa Sede que se dignase elevar al honor de los

altares a la inseparable Compañera e ínclita Secretaria de Santa Teresa de Jesús.

Esta gloria estaba reservada, por disposición de la Divina Providencia, al Augusto Pontífice de la Paz, en los días más calamitosos para la infortunada Amberes y para la desgraciada Bélgica, tan digna de mejor suerte y del aprecio, estima y compasión de todos los buenos, y aun de todos los corazones honrados y bien nacidos.

¡Quiera nuestra Beata Ana de San Bartolomé, ella que tanto amó los Flandes, secundar los deseos del afligido Pontífice que la concede el honor de los altares, y servir de medianera una vez más entre Dios y los hombres, para acelerar el momento de la suspirada paz, del reinado de la justicia, del restablecimiento de todo violado derecho, de la libertad de la Iglesia, de la restauración de Bélgica y de la salvación del mundo!

Esto es, piadoso lector, lo que vas a ver y a contemplar en una serie de cuadros trazados a grandes pinceladas, y enderezados a hacer destacar un poco, si acertásemos, esta simpática figura de la Compañera de Santa Teresa.

No pretendemos con ello sino dar a conocer en pocas páginas sus grandes hechos, milagros y virtudes, con motivo de su tan deseada Beatificación, protestando desde ahora que todo cuanto aquí se dijere, desde la primera hasta la última palabra, queda filialmente sometido al juicio de nuestra Santa Madre Iglesia. Por lo demás, es nuestra intención

conformarnos, de todo en todo, a los decretos de los Romanos Pontífices sobre estas materias, y en especial, cuando se tratare de los apelativos de *santos*, *venerables* y otros tales que, en el curso de esta narración, se dieran a ciertas almas escogidas.

Aunque este libro no es más que el compendio de una Historia detallada y documental que con la ayuda del Señor, pensamos publicar sobre nuestra Beata Ana de San Bartolomé, con todo, diremos aquí en descargo de nuestra conciencia, las principales fuentes de donde hemos tomado los episodios de estos cuadros, y son: Las Informaciones y Procesos seguidos para la Beatificación de la Madre Ana de San Bartolomé, Autobiografía de la misma Beata y unos Diálogos escritos por el P. Maestro Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, según una Relación que de su vida, le puso por escrito la misma Beata Ana.

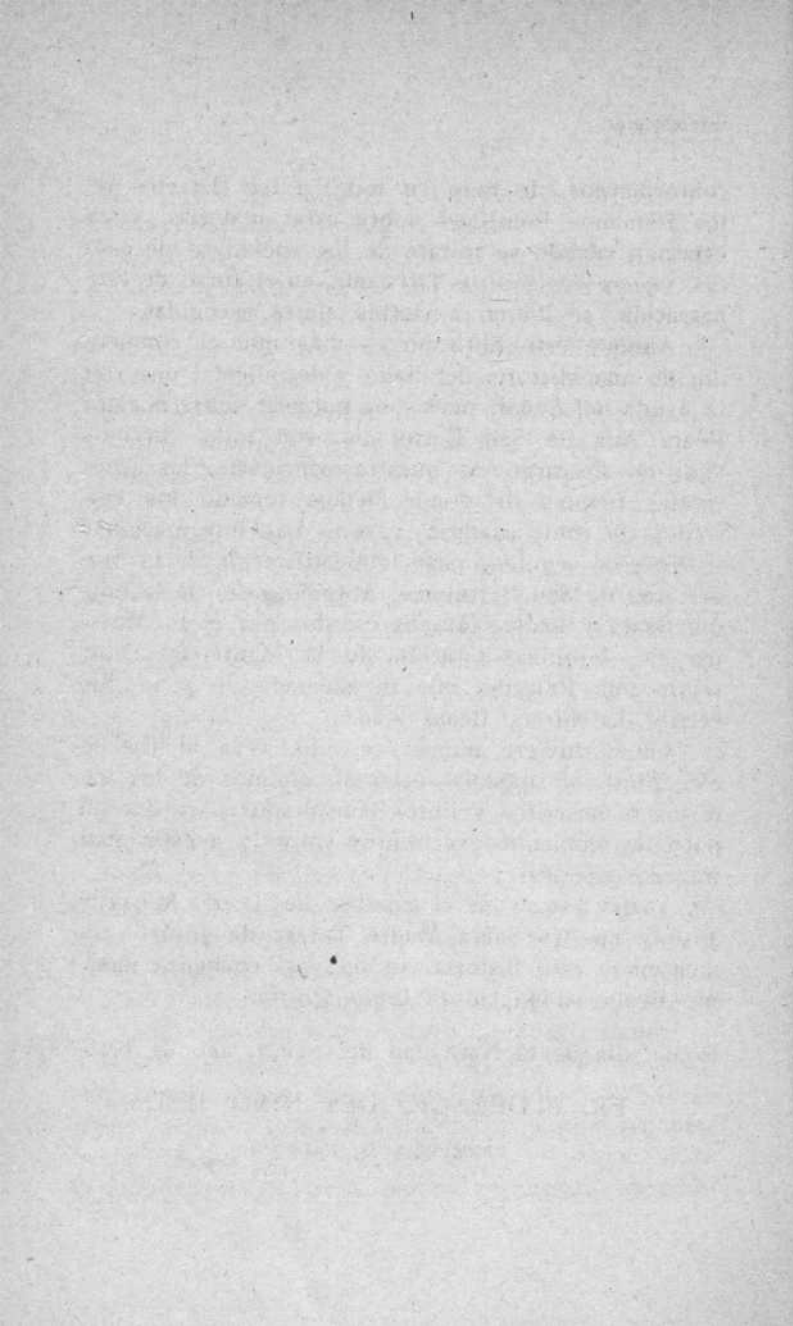
Quien tuviere interés en ello, verá al fin de este libro, en apéndice especial, algunos de los valiosos manuscritos y libros consultados para dar un poco de ambiente, exactitud y colorido a estos mal trazados cuadros.

Dicho esto, «en el nombre de Jesús, María y José y nuestra Santa Madre Teresa de Jesús», comencemos esta historia, ya que así comienza nuestra Beata su preciosa *Autobiografía*.

Roma, día de la Natividad del Señor, año de 1916.

FR. FLORENCIO DEL NIÑO JESUS.

CARMELITA DESCALZO.



CAPITULO I

La Pastorcita del Almendral

(1549-1570)

Patria, padres, hermanos y nacimiento de Ana. - La compañera de su infancia. - Diálogo memorable entre hermanas. - Cielo abierto. - Miedo a «poder pecar». - Ana la pastorcita. - Las visitas del buen Pastor. - Lo que Ana le decía. - Lo que pensaban sus hermanos. - ¿De pastorcita a ermitaña?

Nació Ana de San Bartolomé el día primero de Octubre del año 1549 en El Almendral, pueblecillo de la diócesis de Avila, a doce leguas de la Capital (1), por tierras de Navamorcuende, en las serranías de Castilla la Vieja; de donde vino a confirmarse una vez más aquel proverbio castellano que dice: «Avila, tierra de santos y de cantos».

Su padre se llamaba Hernán o Fernán García, que con ambos nombres aparece en varias relaciones, y su madre María Manzanos, ricos labradores del pueblo, cristianos a las derechas, caritativos hasta andar buscando pobres que socorrer, enfermos que

1 P. Mir, Santa Teresa, t. II. p. 588.

curar, y menesterosos a quienes dar amparo, ayuda y consuelo.

Hernán García, —que así le llamaremos nosotros—, celebraba con especial devoción las fiestas y misterios de Nuestro Señor, mientras María Manzanas hacía festejar solemnemente los misterios, fiestas y advocaciones de Nuestra Señora. En dichas fiestas eran más abundantes las limosnas que distribuían, y ellos solían costear muchas veces las funciones religiosas, a título de Mayordomos del Señor y de la Virgen Santa.

Bendijo el Cielo tan cristiano enlace con siete hijos, que recibieron como otros tantos dones de la mano divina; siendo el principal el haberles concedido aquella hija, que no sin misterio se llamó Ana, que quiere decir «graciosa».

El padre de Ana apuntaba en un libro el día del nacimiento de todos sus hijos, y ese día y el del aniversario de ese día, los celebraban siempre religiosamente; ante todo, con una misa en la iglesia y luego con una buena limosna a los pobres del lugar y una fiesta en familia.

Para que se sepa quiénes fueron los hermanos de Ana y cuáles sus nombres y orden de nacimiento, lo publicaremos aquí ya que nunca fué publicado, tomándolo del libro de Hernán García.

He aquí la lista, de estilo y aire patriarcales (1):

«1) Nació, dice, mi hija María el 25 de Noviembre de 1533...

2) Nació mi hijo Fernán el 4 de Enero de 1538...

1 Tomada de las informaciones de Avila

3) Nació mi hijo Benito el 14 de Mayo de 1540...

4) Nació mi hijo Diego el 15 de Agosto de 1542...

5) Nació mi hija Catalina el 15 de Febrero de 1545...

6) Nació mi hija Ana el primero de Octubre de 1549. Fueron sus padrinos Alfonso Sánchez, Notario, y María Sánchez de la Fuente...

7) Nació mi hija Florentina el primero de Marzo de 1554».

Como se ve, Fernán García parece inspirarse en los Libros Sagrados, en aquel lugar en donde se cuentan las generaciones patriarcales, al anotar nuestro buen labrador el día del nacimiento de sus hijos. Ana ocupa el sexto lugar, y en atención a ella, hemos copiado los nombres de sus padrinos, dejando para la Vida larga los de sus hermanos, con otras noticias curiosas e interesantes que no caben en los estrechos moldes de estos cuadros.

Nuestra Ana de San Bartolomé fué bautizada el mismo día, a la misma hora y en la misma fuente bautismal que su prima Francisca Sánchez, hija del Notario Alfonso Sánchez y de María Cano.

A este propósito dice Ana (1) que la madre de Francisca contaba que, cuando las bautizaron, «vió no se qué revelación, de que ella se admiraba mucho cuando la contaba; mas, nunca quiso decir qué revelación fuese». Lo que vió María Cano fué una luz como una estrella sobre la pila bautismal (2).

1 *Diálogos del P. Gracián.*

2 *Informaciones de Amberes.*

Francisca fué la compañera inseparable de Ana en la infancia; juntas pasaban horas y horas hablando de cosas del cielo, como ángeles que de allá hubieran venido a la tierra; juntas iban a confesar y a comulgar con frecuencia; y tan a la par crecían en virtud, en edad y aun en estatura, que midiéndose muchas veces en la vida, siempre se hallaban ser iguales, según cuenta su Maestra de Novicias (1).

Pero, no adelantemos los sucesos.

Cuando Ana empezaba a dar los primeros pasos por el camino de la vida, al soltar los andadores, tuvo lugar un muy significativo episodio que influyó sobremanera en sus futuros destinos.

Dejémoselo contar a ella con aquella sencillez infantil con que lo cuenta todo. Con las siguientes palabras, y sin más preámbulos comienza su Autobiografía, después de la invocación que dijimos arriba:

«Siendo niña, dice, que no sabía bien hablar, me pusieron en pies, con mis hermanas que estaban en una pieza haciendo labor, y pasando mi madre díjolas: «Mirad que esta niña no caiga, que se matará».

Y dijo una de ellas:—«Dios la haría merced, si se muriese; que ahora iría al cielo».

Y dijo la otra:—«Déjala, no se muera; que si vive podrá ser santa».

Y repitiendo la otra:—«Esto está en duda, y ahora no tiene peligro, y en llegando a los siete años pecan los niños».

«Yo entendí todo esto, prosigue Ana, y como

1 La Madre María de San Jerónimo, sobrina de Santa Teresa.

dijo «pecar», levanté los ojos al cielo, sin saber, a mi parecer, lo que hacía; y parecióme que vi el cielo abierto, y que allí se me mostró el Señor con una grande majestad; y como era cosa nueva, dióme mucho temor y reverencia en el corazón... porque conocí que era Dios, y que era él que me había de juzgar».

Esta visión, y el haber oído a sus hermanas aquel diálogo, se le quedó tan en su corazón, que cuando llegó a cumplir siete años, no hacía más que llorar de un modo inconsolable, y cuando la preguntaban que por qué lloraba, respondía: «Porque tengo miedo de pecar y condenarme».

Este temor santo crecía en ella con los años, y la pequeñuela no perdía de vista aquel cielo abierto ni aquel Juez eterno lleno de majestad.

Cuando contaba Ana diez años no más, murieron sus cristianos padres; y dejada la niña a los cuidados y tutela de sus hermanos, aunque estos eran «temerosos de Dios», como ella dice, no se cuidaron mucho de darla instrucción alguna. Así es que si algo aprendió en vida de sus padres, todo lo olvidó bajo la dirección de sus hermanos; pues la futura secretaria de Santa Teresa no sabía leer ni escribir cuando entró en el convento de Avila: aunque sí sabía, y mucho, amar a Dios sobre todas las cosas. Esto lo aprendió en las soledades y serranías del Almendral.

Fuese porque con la muerte de Hernán García viniese a menos su hacienda, fuese porque dividida entre tantos hijos había de quedar más desmedrada, o fuese por ser uso o costumbre del lugar, lo cierto es que los hermanos de Ana en-

viaron a la pequeñuela a cuidar su rebaño: y hénos aquí ya con la Pastorcita del Almendral».

Contar los consuelos, las delicias, las gracias y mercedes que el Señor la hizo en estos años, requiere amplio espacio y otros planes. Baste aquí decir que recibía visitas continuas, a veces diarias, del Niño Jesús, el Pastorcito de las almas puras; que pasaba con él sus recreaciones y fiestas; que por estar con él horas y horas, llegaba muy tarde a casa; que sus hermanos salieron más de una vez en busca suya, temiendo por su vida y por las de sus ovejuelas; y, en fin, que cuando la venían a encontrar tan ensimismada, tan absorta en sus pensamientos, la reñían, le decían mil improperios. Y cuando llegó a ser más crecida hasta llegaron a pensar muy mal de ella. Ella, lejos de impacientarse, dejábales decir, y aun les excusaba diciendo que tenían razón en pensar y decir lo que decían; porque no sabían quién era el amor de sus amores con el que pasaba las horas muertas.

Así y todo, no podía menos de afligirla el lenguaje de sus hermanos y la compañía de los hombres: por lo cual cierto día, cuando se le apareció el divino Niño, díjole sin más rodeos (1): «Señor: pues me hacéis compañía, no vamos más donde haya otra persona; llevadme a algunas montañas apartadas, que allí con vuestra presencia, viviré con consuelo, y tiniéndoos a Vos no me faltará nada».

El Niño sonrió, añade Ana, pero no contestó palabra; aunque pudo entender que exigía de ella otra cosa muy distinta de la soledad que apetecía.

1 Diálogos del P. Graellán.

Mas, como la soledad tenía para ella grandes encantos, llegó a intentar, dejando el oficio de pastora, tomar el de ermitaña.

Para ello, lo primero que hizo fué conquistar a su prima y compañera Francisca; y cuando la hubo conquistado, concertaron ambas vestirse de hombres, desfigurarse el rostro, tiznándose con carbones, ponerse unas esclavinas, tomar cada cual su bordón e irse por esos mundos, caminito adelante, en busca de una ermita en medio de un desierto.

¿Quién no ve en este cuadro a Teresa y a Rodrigo camino de Morería a que les descabezasen por Cristo?... Pero, ni a tanto llegaron, ni de su casa partieron estas dos ermitañas peregrinas; porque, como dice Ana, «a la noche que teníamos de salir de nuestras casas, ni Francisca halló la puerta de la suya para salir, ni yo pude subir por un árbol, por donde pensaba saltar por unas tapias bajas; porque por la puerta no pudiera salir sin ser sentida». Así que no pudieron cantar las graciosas peregrinas aquel cantar del Poeta peregrino que trepaba por la «Subida del Monte Carmelo» cantando:

«En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada».

CAPITULO II

La Pastorcita del Almendral

(CONTINUACION)

Ana sigue guardando su rebaño. — Sus hermanos la buscan esposo. — Cómo era el que Ana buscaba. — La Virgen mostró a la Pastorcita la casa del Esposo que ella quería en la casa de San José. — Sueños y realidades. — Ana enferma. — Peregrinación a una ermita. Por qué se llamó Ana de San Bartolomé. — Episodio dramático y despedida. Camino de la casa de S. José.

Cuando, después de la fuga fallida, se encontraron ambas peregrinas al día siguiente en la iglesia, a la hora de Misa, se preguntaban graciosamente la una a la otra:

—¿Cómo no te has ido?...

—¿Ya te olvidaste de tus proyectos?...

Y no pudieron menos de reirse de las malas trazas que ellas se dieron para huir, y de las buenas que el Señor se dió para atajarlas antes de que se pusieran en camino: cosa que no les pasó, como más animosos a Rodrigo y a Teresa; porque éstos salieron de casa, pasaron las murallas y el río y el puente, y sólo pudo atajarlos un caballero y a caballo. Pero... ¡Qué bellos cuadros son ambos!

Aná volvió al campo con su rebaño, y Francisca la acompañaba muchas veces, y juntas tenían sus conversaciones sobre el buscar esposo, y ambas querían ya ser algo así como esposas de Jesús e hijas de María. Por lo que toca al castísimo Esposo de la Virgen bendita, Ana le tenía gran devoción, pero, le contaba entre los coros de los ángeles. «Con este miedo de pecar, tomé, dice (1), devoción con algunos Santos, y primero los ángeles y con ellos San José, que era tan simple que le tenía por Angel; y a la Virgen Santísima primero, que confiaba mucho en ella...».

Ni Ana ni Francisca sabían lo que hacer para ser esposas de Jesús, y pedían mucho a la Virgen y a San José que se lo diera a entender; y en estas conversaciones se pasaban horas y días, y ellas iban creciendo iguales con las mismas ansias y amores divinos en sus corazones puros.

Los hermanos de Ana, mientras tanto, viéndola crecida lo bastante, aunque no contaría más allá de quince años, trataron de buscarla un buen marido; ya por conveniencia propia, ya por quitar a su hermana de los peligros en que ellos la creían. Al fin, hallaron uno que reunía las cualidades que ellos buscaban, y ya se deja entender que lo primero para los del mundo, por buenos que sean, son los intereses, lo demás esperan que el Señor lo dará por añadidura, contra lo que El mismo dijo en el Santo Evangelio.

El esposo que buscaron a nuestra pastorcita era ciertamente un joven de buenas prendas, y sobre

1 Autobiografía.

eso, cuñado de una su hermana: con lo cual todo se quedaba en la familia. Formóse ésta en consejo en casa de la dicha hermana, que debía de ser María, la mayor; y cuando todos se pusieron de acuerdo, María envió por Ana para proceder a las presentaciones de rigor y al consentimiento de la doncellita.

Cuando Ana supo de lo que se trataba, dijo que la esperasen un poco, pues tenía que arreglarse para aparecer presentable. Y ¡vaya si se las arregló para salir con sus intentos! Buscó los trapos y mandiles del fregado y las tocas del barrido; tiznóse el rostro, que muy lindo y agraciado era; calzóse las almadreñas mayores que encontró, y que apenas la permitían caminar; y así, chancleteando, se fué para casa de su hermana María, en donde la esperaba su prometido.

Cuando los que esperaban, vieron entrar por las puertas aquella espantable estantigua, se quedaron viendo visiones, y María sofocada y colérica, atajándola el paso, la dijo: «Pero, ¿dónde va esta loca? ¡Vete de aquí adonde no te vean nuestros ojos, mala figura!»

No fué menester decírselo dos veces; porque a la primera, Ana se volvió a su casa muy contenta de lo bien que esta vez la salieron sus malas trazas.

Así y todo, sus hermanos no cejaban en sus proyectos, y ya por las buenas, ya por las bravas, querían a todo trance que Ana se sometiese dócilmente a ellos. Y tanto le dijeron, y con tantas razones la instaron a que se casase, que cierto día la pastorcilla titubeó y hasta llegó a decirse para

sus adentros (1): «Si yo hallara un hombre muy rico, muy hermoso, muy agradable, muy santo, y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía».

Andando en estos pensamientos, dice ella misma (2): «Un día aparecióseme Jesús grandecito, como de mi edad, hermosísimo y todo bello; que desde niña en los campos y en todas partes se me aparecía, que parecía crecía conmigo.

»Esta vez viniendo como he dicho, díjome: «Yo soy el que tú quieres; y conmigo te has de desposar, y desapareció».

Con esta visión quedó Ana tan encendida y abrasada en el amor de Jesús, que no hacía otra cosa que pensar cómo agradarle a él solo. Para esto se ocultaba cuanto podía de la vista y presencia de los hombres; hacía continuas y ásperas penitencias; daba cuanto tenía a los pobres, hasta sus mismos vestidos, para asemejarse a Jesús pobre, desnudo y crucificado por su amor.

Como la preguntasen cierto día si comía todo lo que le daban, respondió que sí, que todo; dando a entender, dice, que lo que no comía el cuerpo, lo comía el alma. Después se quedó con escrúpulo y fué a confesar diciendo al confesor que engañaba a sus hermanos, que la preguntaban si comía todo y que decía que sí, pero que lo decía pensando en que lo que no comía el cuerpo, aprovechaba al alma. El confesor se quedaría tamañito viendo tanta Teología en medio de tanta simplicidad en una simple pastorcita.

1 Diálogos del P. Gracián.

2 Autobiografía.

Otro día, después de aguantar a pie firme las luchas y porfías de sus hermanos, más redobladas y más tenaces cada día, y mucho más numerosas de las que aquí notamos, íbase Ana muy apenada a dormir en compañía de su hermanita Florentina, que era medrosilla, cuando se acordó que no había rezado el Santo Rosario, según su costumbre de rezarlo cada día, por las continuas y recias batallas que había tenido que sostener. Tan pronto como se acordó, quiso rezarlo y para no dormirse, se levantó muy despacio, por no despertar a su hermanita, colocó debajo de su cuerpo angelical «una piedra esquinada» que la servía ordinariamente de almohadón y hecho esto, empezó su rezo. A pesar de todas sus precauciones, se quedó dormida con el rosario entre las manos sin concluirle. Mientras dormía, tuvo la visión más dulce y arrobadora. Ella la cuenta así (1):

«Antes que acabase el Rosario me dormí, y en sueños vi que entraba la Madre de Dios con gran resplandor en mi aposento, y traía el Niño Jesús en sus brazos, y sentóse con él sobre mi cama. El Niño empezó a tirarme del Rosario, como quien quería jugar y tanto, que me despertó, y díjome entonces la Madre: «No te dé pena, ni temas; que yo te llevaré donde seas monja y traigas mi hábito...»

Y la Virgen hízola ver en sueños el Convento de San José de Avila con sus monjitas descalzas. Ana se sintió como fatigada de un viaje largo y pidió de beber, y una de las Religiosas tomó una

1 Diálogos del P. Gracián y Autobiografía de Ana de S. Bartolomé.

jarrita y dió a la doncella agua para que se refrescase, y con esto desapareció la visión.

Al día siguiente Ana se fué a confesar y contó el sueño al confesor, las luchas que tenía, los deseos que abrigaba y las revelaciones con que el Señor la favorecía. Era el confesor hombre de espíritu y de letras, recién llegado al pueblo desde la capital, y díjole que precisamente había fundado en Avila, pocos años hacía, un convento de monjas descalzas la Madre Teresa de Jesús, de la noble familia de Cepeda y Ahumada; y que si quería entrar allá, él trataría con la dicha Madre su negocio para que la admitiera en aquel convento.

Con esta respuesta del confesor, Ana vió de nuevo los cielos abiertos. Y, efectivamente, a los pocos días el docto sacerdote tuvo que ir a Avila y trató el negocio de Ana; pero, la discreta Vicaria de la Madre Teresa, —no estaba entonces allí la Santa (1)— dijo que no podía recibir la postulante sin verla y examinarla primero. Quedó, pues, concertado que Ana fuese a Avila.

Cuando la Pastorcita del Almendral trató el caso con sus hermanos, estos se enfurecieron; tuiéronla por loca; sometieronla a las pruebas y contradicciones más terribles que se les venían a las mientes; quitáronla de sus dulces soledades, y enviáronla al campo con los segadores y mozos ocupados en la recolección y acarreo de las mieses, haciéndola cargar haces y gavillas y llevar los carros cargados a las eras. Pero, el Señor que velaba por ella y ben-

1 Era esto por el mes de Julio del 1569. La Santa Madre andaba por Pastrana. Su Vicaría en Avila era la Madre María de San Jerónimo.

decía sus trabajos, la concedió entonces fuerzas tan extraordinarias que trabajaba por cuatro, y levantaba cargas de doble peso y más, que los más forzudos cargadores; hasta que viéndola sus hermanos tan rendida, humilde y obediente, cedieron, al fin, a sus ruegos incesantes, y lleváronla a ver el convento y las monjas descalzas de Avila.

Cuando entraron en el locutorio del Convento de San José, Ana conoció al punto ser aquellas las monjitas que en sueños había visto, y aquel el hábito de la Virgen y aquel el convento, y hasta conoció en realidad la jarrita en que le dieron a beber cuando soñaba.

No se quedó por entonces allí; porque habían de consultar antes con la Madre Fundadora, según dijo su Vicaria.

Ana volvióse triste al pueblo. Sus hermanos se iban burlando de ella por el camino con diálogos como éste:

—¿Te han gustado esas monjas?

—Mucho; yo quiero ser una de ellas.

—Pues, nos han parecido así, así; no digamos que digamos; pero muy estrechas y pobretonas, eso sí y tanto...

—A mí hanme parecido lo que son: unas santas.

—Mejor harías, caso de ser monja, en escoger un convento de buenos pareceres y comodidades y un tanto más cuanto rico.

—Yo quiero convento pobre y de descalzas.

Con tal tema se pasó la jornada, y se pasó un mes y otro mes; y un año se pasó Ana en sufrimientos continuos, por la contradicción insistente de sus hermanos y por la guerra incesante del

infierno y por las enfermedades graves con que el Señor quiso probar a su sierva, para ver su fidelidad y constancia.

En estas luchas, contradicciones y enfermedades, llegaron las fiestas de San Bartolomé Apóstol, del año 1570.

Ana contaba ya veintiún años; estaba enferma, y parecía incurable; se veía incapaz para todo, cuantimás para entrar a servir en un pobre convento. Sus hermanos, a pesar de los pesares que le daban, eran buenos cristianos y «temerosos de Dios», y, aunque a su manera, queríanla mucho. De aquí que se propusieron acudir aquel año en romería a una ermita de San Bartolomé, distante cinco leguas del Almendral y famosa en aquella comarca por las gracias y milagros que el Señor obraba allí por intercesión de su Santo Apóstol. Allí fueron los Hernán-García con el piadoso fin de hacer una solemne Novena al Santo, pidiendo la curación completa de la enferma. Ana, a pesar de su debilidad y de sus males, hizo un gran trayecio del camino a pie, ofreciendo al Señor aquel trabajo. Todo salió muy bien hasta la llegada a la ermita. Al llegar a la puerta, Ana se sintió de pronto tullida y paralítica sin poder dar un paso hacia adelante y sin poderse mover ni poco ni nada. Sus hermanos se afligieron mucho, y no sabían qué pensar de aquel fenómeno repentino. Después de hacer todos los esfuerzos y poner todos los medios posibles, no tuvieron más remedio que tomar en brazos a su hermana y entrar así con ella en la ermita. ¡Caso maravilloso! «entrando en la ermita, dice Ana (1),

1 Autobiografía.

se me quitó, y quedé sana del todo, y con seguridad que se cumplirían mis deseos». Esta seguridad se la daría, sin duda, el Santo Apóstol. De aquí que, en recuerdo y gratitud por este beneficio, se llamó luego Ana de San Bartolomé.

Cuando volvieron los peregrinos al Almendral, se encontraron con unas cartas apremiantes de Santa Teresa o de su Vicaria, —no se sabe de cuál de las dos (1)— para que Ana fuese cuanto antes al Convento, pues con los brazos abiertos la estaban ya esperando: señal de lo bien que cayó en la pasada visita y de la ponderación que de sus buenas prendas hicieron las Religiosas a la Madre Fundadora.

El hermano mayor, Fernán García, cuando leyó las cartas, contestó malhumorado que vería de llevarla por la fiesta de Todos los Santos: respuesta que no hubo de agradar mucho a la Madre Teresa, porque para aquella fecha no estaría quizás ella en Avila; como así sucedió.

Llegó el 30 de Octubre, antevíspera de «Los Santos», y ese día acaeció un suceso dramático que estuvo a punto de poner fin a la vida preciosa de la Pastorcita del Almendral.

Ana nos lo cuenta con la mayor naturalidad, como si fuese cosa de poca monta. Helo aquí (2):

1 A mediados de Agosto de este año de 1570 ya estaba Santa Teresa en Avila, de vuelta de Pastrana y de Toledo. Pudo ella muy bien escribir esas cartas, o cuando menos por su encargo se escribirían, con el fin de ver y examinar ella misma a su primera freila.

2 Autobiografía y Diálogos del P. Gracian. Entre los detalles de ambas relaciones formamos este episodio con las mismas palabras de Sor Ana, y esto mismo hacemos siempre que lo juzgamos oportuno; porque ambas relaciones se completan; y el P. Gracián asegura que él dejó en

«Era la antevíspera de esta fiesta, (la de los Santos); y habiendo persuadido yo con muchas lágrimas a un hermano mío que fuese a buscar dineros para llevarme al Monasterio, díjome que sí haría; y volviendo a casa, estábamos a la mesa cenando tres hermanas y dos hermanos.

»Yo les dije: ¿No haremos nuestra jornada?.

»Y al que fué a buscar dineros, que era el hermano mayor, como le instase en preguntarle si traía recaudo, fué tan grande la ira que tomó, que desenvainando la espada, me tiró una cuchillada con tanta furia, que si una hermana mía que se halló cabe él no le detuviera el brazo, me dejara allí muerta.

»Yo creo que sería algún ángel de Dios; y ella tuvo por milagro haber tenido fuerza para detérselo; porque yo vi la espada desnuda descargar sobre mi cabeza; y Dios me previno en aquella brevedad con una resignación tan grande, cual la deseo tener a la hora de la muerte; y dije al Señor en mi corazón: «Señor: ¡yo muero por la justicia muy consolada!» Y me fuí huyendo a hincar de rodillas delante de una imagen pidiendo favor.

»La hermana mayor, que tenía la mano del que me tiró la cuchillada, me grito: «Vete de aquí

sus diálogos las mismas palabras de Ana de San Bartolomé. La Sierva de Dios escribió y dirigió en 1613 una Relación de su vida al Maestro Fr. Jerónimo Gracián, dándole cuenta de su espíritu, quien de todo en todo lo aprueba en sus diálogos.

Si el Señor nos concede salud y vida, estos Diálogos y aquella Autobiografía los publicaremos, en día no lejano, tal y como fueron escritos, que bien se lo merece Ana de San Bartolomé, y todo ello servirá para conocer más y mejor su celestial figura.

a donde no te veamos más; que nos inquietas la casa!»

»Con esta revuelta y escándalo, se alborotó la vecindad, corriendo a nuestra casa, dando voces, diciendo: ¿Qué hay en casa de Hernán García que se están matando?

»Entre otros, acudió a los gritos un mi tío (1), y sabiendo lo que pasaba, reprendió mucho a mi hermano, y persuadióle a que me metiese monja a donde yo decía, pues tanto lo deseaba, y a él le había de costar tan poco dinero».

Hasta aquí nuestra Ana.

Al día siguiente de esta dramática escena, la Pastorcita se fué a confesar, pidió perdón a sus hermanos, aunque el confesor la dijo que no era menester, pues en nada les había ofendido; después se volvió a la iglesia y allí se estuvo largo tiempo rezando. Estando así, vió entrar a su hermano Fernán, que era el mayor, el mismo que la noche antes, ciego de ira, había querido matarla. Triste y apesadumbrado entró Fernán en la iglesia, arrepentido de lo que había hecho y tanto, que iba a poner remedio a todo; «pues era muy bueno, dice Ana, y el que yo más quería».

Fernán se llegó a su hermana y díjole en pocas palabras, entrecortadas y conmovidas, que todo estaba ya preparado para el viaje, que podía irse cuando quisiera a su convento, y que él mismo la acompañaría.

Y así fué: él presidió la caravana de acompa-

1 Quizá el Notario Alfonso Sánchez, padre de Francisca y padrino de Ana.

ñantes de la que iba a sepultarse en un monasterio de Avila.

Iba el acompañamiento triste y silencioso aquella tarde que precedía a la noche de las ánimas, por aquellas serranías grises y cenicientas de los peñascales avileses.

Parecía un entierro y lo era de verdad; porque alguien de los que allí iban, había muerto para el mundo.

Las campanas de los pueblecillos por donde el cortejo iba pasando, tañían sin cesar a muerto.

Y aquella misma noche que la Pastorcita del Almendral llegó a Avila, y que no pudo dormir con la idea de entrar en San José al siguiente día, la Reformadora del Carmelo tampoco pudo dormir a derechas, por estar pasando un miedo regular en aquella «desbaratada casa» de Salamanca, de donde, para entrar ella, hubieron de salir a prisa y corriendo y malhumorados, y dispuestos quizá a llevar a cabo alguna diablura contra la «Doctora Ahumada», ciertos estudiantes salmantinos.

Era la noche de las Animas de 1570.

CAPITULO III

La primera freila de las Carmelitas Descalzas

(1570-1572)

Año de noviciado, año de sequedades. - Las dos Anas: una corista y otra freila. - El hambre de la primera y la caridad de la segunda. - Dos meses de consuelos y dos años de desamparos. - Un rayo de luz. - Alegre mañana de primavera. - Las lecciones de la Madre Teresa. La Santa Reformadora examinando el espíritu de su primera freila.

La Madre Reformadora andaba muy atareada en la fundación de Salamanca cuando Ana entró en el primitivo convento de Avila, y por eso no tuvo el consuelo de dar el hábito a su primera hermana conversa o freila.

Este, que hubiera sido también harto consuelo para la Pastorcilla del Almendral, se lo negó el Señor; pues quería probar ahora a su Sierva por los campos de las sequedades del alma, como antes por los regados con las abundantes lluvias de sus mercedes.

El cielo se cerró para la carmelita: aquel cielo que tantas veces se había abierto y descubierto para una simple pastorcilla y labradora. Y tal hubo

de verse envuelta Sor Ana, entre nieblas y tinieblas de noche oscura, que no pudo menos de exclamar en cierta ocasión (1): «¡Ay, Señor! ¿Qué es esto? ¿Cómo me habéis dejado? Si no os conociese, pensara que me habíades engañado. Y si pensara que os habíades de ir, no viniera al Monasterio».

Era novicia por entonces en Avila, pero novicia de coro, una de las seis Estrellas del Carmelo que del cielo de España pasaron al de Francia más tarde. Se llamaba Ana también, pero «Ana de Jesús». Santa Teresa la llamó la «Capitana de las Prioras».

Ana de Jesús, en el siglo Ana de Lobera, había vestido el hábito de las Descalzas en San José de Avila el día primero de Agosto de este año de 1570. Ana de San Bartolomé lo vistió tres o cuatro meses más tarde; pues se ignora la fecha. Lo que sabemos es que juntas estuvieron esta vez las dos Anas en Avila dos meses nada más: lo bastante para conocerse y amarse recíprocamente.

El Cronista del Carmen, a las doce hijas primeras de Santa Teresa, que formaron una especie de Colegio Teresiano muy parecido al Colegio Apostólico, añade estas dos Anas como hijas primeras de la Santa en todo; y siguiendo por el camino de las semejanzas, da el puesto de *Pablo* a Ana de Jesús, y el de *Bernabé* a nuestra Ana del velo blanco (2).

Un episodio interesante conocemos de las dos Anas, que acaeció durante este breve tiempo en que estuvieron juntas.

1 *Autobiografía.*

2 *Reforma de los Descalzos*, tom. I, lib. I, cap. 55.

Poco después de entrar en el convento Ana de San Bartolomé, diéronle el cargo de refitolera, entre otros carguillos de esta clase: todos humildes, como de quien entraba a servir a sus hermanas. Padecía por entonces Ana de Jesús una tentación de hambre más que regular, al decir de sus biógrafos (1). Era una de las tres tentaciones que daba por buenas Santa Teresa entre sus hijas, y eran: «Comer bien, dormir mejor y reir lo mismo». Pero es el caso que el apetito de Ana de Jesús se despertó en ella de una manera no conocida hasta entonces, y parecía querer pasar la raya puesta por la Madre Reformadora. Como era de carácter noble y delicado, sufría más por ello. Llegó su flaqueza a tal punto, que hubo de contársela cierto día a la caritativa freila.

Cuando la Hermana San Bartolomé supo el mal de su connovicia, la faltó tiempo para ir a pedir licencia a la Madre Superiora para remediarlo, en cuanto estaba de su parte, y... ¡vaya si lo remedió! Desde aquel día, Ana de Jesús encontró doble ración bajo su servilleta; lo cual era muy conforme a aquel punto de la Regla del Carmen que dice: «Atiéndase a la edad y necesidad de cada uno».

Gran consuelo era para Ana de San Bartolomé el servir y consolar a aquella novicia corista, en quien ella veía cosas que no se podía explicar, y aires de superiora, con ser Ana de Jesús tan humilde como la primera.

Cierto día llegó una noticia triste para las Descalzas de Avila, y más que para todas, para la

1 P. Bert. — Ignacio, *Vida de Ana de Jesús*, tom. I, lib. II, cap. 1.

Hermana San Bartolomé. La noticia decía que por orden apremiante de la Madre Fundadora, Ana de Jesús debía partir inmediatamente para Salamanca acompañada de otras dos novicias de Avila, con el fin de establecer la observancia en aquella nueva fundación. Aunque todas lo sintieron, por las joyitas que se iban de casa, ninguna manifestó debilidad de mujercillas; porque aquellas hijas de Santa Teresa eran como varones esforzados y no tenían mayor satisfacción que la de cumplir o secundar la voluntad de su Santa Madre, y sobre todo las dos Anas.

La de Jesús se puso luego en camino de Salamanca, y la de San Bartolomé se quedó en Avila sin aquella compañía santa y sin aquel consuelo de ejercer con ella la caridad. Por lo demás, siguió con aquellas sequedades y desamparos espirituales que hacíanle temer por su perseverancia en el claustro. Ella misma nos lo cuenta así (1):

«Al entrar de la puerta (en el convento), quedé, dice, como un cielo de contenta: con que se acabaron todas mis turbaciones, tentaciones, miedos, desasosiegos, hallando mi centro, descanso y gloria...

»Mas, poco me duró esta quietud: algunos días no más; pues al cabo de ellos, se me acabaron todos los gustos y regalos de oración que tenía; la presencia amorosa de Dios en que continuamente andaba; el alegría espiritual, sosiego y quietud interior y repugnancia a las cosas de Dios y de la Religión, que me duró todo el año de noviciado, con gran turbación de si había de perseverar o me ha-

1 Diálogos del P. Gracián y Autobiografía.

bían de echar del Monesterio, o me había de condenar en vida tan desabrida, o me venía esto de algunos pecados ocultos que yo no entendiere. Con esta congoja me puse tan flaca y desmayada, que no sabría decir».

Cuando más triste y afligida estaba nuestra Hermana, Dios la envió de improviso un rayo de luz hermosa.

Amaneció muy alegre una mañana de Mayo: alegre y gaya como unas flores. Era en Mayo de 1571. La Santa Madre Teresa llegaba a su convento de Avila de una manera inesperada. Nadie la esperaba, porque venía esta vez sin avisar: cosa rara en la Madre Fundadora. Era que había recibido orden perentoria del Provincial del Carmen para que, en compañía de Inés de Jesús, saliese inmediatamente de Medina del Campo, en donde se encontraba arreglando asuntos de elecciones y prioratos, con otros asuntos de importancia que no pertenecen a nuestra historia. Lo que hace al caso es, que apenas la obediente Fundadora recibió el aviso del Provincial, «procedió con tanta celeridad en su obediencia, dice María de San José (1), que no hallándose carruaje más decente, vinieron ella y la Madre Inés en los jumentos de un aguador».

Para dar lecciones de obediencia, la Reformadora del Carmelo: lecciones de las que supo aprovecharse como nadie la primera freila.

Llegó la Santa Madre a su convento primitivo toda molida en el cuerpo, por las penalidades del viaje, y toda afligida en el alma, por haber dejado

1 En las informaciones de Consuegra.

como dejaba a sus otras hijas de Medina: que a todas amaba la Madre espiritual con más entrañable amor, que otra madre de carne y sangre amarlas pudiera.

Recibiéronla en Avila con el natural regocijo con que allí se la recibía, siempre que de fuera llegaba; y con mucho más esta vez, sabiendo como sabían, lo apesadumbrado que traía el corazón.

Mucho la consolaron todas, pero más que ninguna hubo de consolar su espíritu ahora, la vista y presencia de su primera freila: de la cual, por impulsos secretos del corazón y adivinanza de los ojos, a las primeras de cambio, quedó encantada.

Sabido es que la Madre Santa Teresa no quiso a los principios tener freilas entre sus Descalzas. «A todas las hizo iguales, dice el P. Yepes (1), en el acudir a los oficios comunes y humildes, como son barrer, fregar y otros semejantes, y esos ordenó que comenzasen desde la Priora».

Pero luego, notando la Santa que María no podía estar muy tranquila a los pies del Señor sin el auxilio de Marta, que se ocupase en los quehaceres de la casa, cambió de parecer, y quiso que hubiese freilas entre sus hijas, «pero que fuesen muy pocas, según afirma otro biógrafo (2), y solamente las que no se pudiesen excusar; y que en esto era menester ir a la mano a las Prioras que suelen ser amigas de muchas freilas y la cargan las casas, y muchas veces de personas de poco provecho».

1 *Vida de Santa Teresa*, lib. II, cap. 17.

2 P. Ribera, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, lib. IX, cap. 24.

Si las Prioras hiciesen antes el examen riguroso con las pretendientes conversas que la Santa Madre hizo con su primera freila, a buen seguro que tendrían hermanitas legas como hormiguitas de oro: no por lo numerosas, que no han de ser más de tres, sino por lo trabajadoras, sencillas y hacendosas.

Del examen que haría la Madre Reformadora a su primera hija de velo blanco, nos da una idea el primer biógrafo de Ana de San Bartolomé.

«Conoció luego la Santa Madre, dice el P. Enríquez (1), el raro espíritu y la pureza y sinceridad de la santa Novicia, y que verdaderamente era muy apropiado para hermana lega; porque en las tales se requiere una humildad profunda y una obediencia pronta, para servir con puntualidad a las demás Religiosas: y todo esto notó en esta sierva de Cristo.

»Agradóla sobre manera su llaneza, y la alegría y agrado exterior de su rostro: que era manifiesto indicio del sosiego y quietud de que gozaba su alma.

»No fué menor el consuelo que recibió Ana con la presencia y trato de su Santa Madre, como quien conocía cuánto se aventajaba el espíritu de ella al de las otras Monjas del Monasterio: y si éstas la habían parecido ángeles, la pareció la Santa un Serafín encendido en amor de Dios y del prójimo y un vivo retrato de toda la perfección religiosa.

»Desde luego se miraron con una afición santa y se unieron sus corazones de manera, que aunque algunas veces se apartaron los cuerpos, nun-

1 *Historia de Ana de San Bartolomé*, lib. II, cap. 5 y 6

ca, ni aun en la muerte, ni después de la muerte, se dividieron ni se separaron las voluntades.

»Gozábase la Santa Priora viendo el fervor y espíritu de su Novicia, y la Novicia estaba como fuera de sí de puro gusto, contemplando todas las acciones de la Priora para imitarlas, y escuchando con grande atención sus palabras, que, a la verdad, eran de vida eterna, para recibirlas en lo interior de su alma, y ponerlas por obra cuando se ofreciese...

»Mientras más la comunicaba, dice el biógrafo más adelante, más se aficionaba a la Novicia y más concepto hacía de su virtud y modo de proceder. Y bien se puede ver qué tal sería el fervor, el desapego de las cosas de la tierra, la resignación y perfección de esta Novicia, pues una tan gran Santa, y que tuvo tan particular gracia de Dios para conocer los espíritus, juzgó el de Ana por admirable, y así gustaba mucho de hablarla y conversar con ella.

»Pedíala cuenta cada día de lo que aprovechaba en la oración; enseñábala y dirigíala con su acostumbrada prudencia, perfeccionándola y disponiéndola poco a poco de suerte que pudiese con el tiempo servir, como sirvió, de fundar y dilatar su orden, y ayudarla en cosas arduas y dificultosas de emprender...»

Hasta aquí el ilustre Monje Bernardo; y en verdad que en estas pinceladas maestras ha sabido hacer resaltar, a las mil maravillas, todo el amor recíproco de estos dos abrasados Serafines y todas las celestiales prendas de estas dos emprendedoras «Andariegas».

Pero...

Siempre estos «peros» interrumpen las más bellas narraciones como interrumpen los más dulces consuelos de la vida. Muy luego tuvieron que separarse esta vez la Madre Fundadora y su Primera Freila.

CAPITULO IV

La Primera Freila

(CONTINUACIÓN)

El Visitador Apostólico de la Reforma Carmelitana echa mano para todo de la Santa Reformadora.— Ana sin su Madre.— Preparándose para la Profesión.— El P. Fr. Juan de la Cruz aprueba la decisión de la Madre Teresa y el espíritu de su primera Freila.— Los que asistieron al acto de la Profesión y los que firmaron el Acta.— La Cruz de la futura Secretaria de Santa Teresa de Jesús.

Era por este tiempo Visitador Apostólico de la Reforma Carmelitana el insigne dominico P. Fr. Pedro Fernández, «muy avisado y letrado», como decía Santa Teresa, y tan amigo de su Reforma y «tan padre y protector de la Santa, que aun después que el P. Pedro dejó de ser Visitador, le consultaba ella en todos los asuntos graves de la Descalcez, como quien tanto le debía» (1).

Pues bien, cuando más a gusto estaba la Santa Madre en su palomarcito de Avila, tan asistida y agasajada por su querida freila, el P. Visitador la

1 P. Felipe Martín, O. P. *Santa Teresa de Jesús y la Orden de Predicadores* págs. 598-603.

envió a Medina del Campo a enderezar los entuertos allí causados por las torcidas resoluciones del inexperto Provincial del Carmen: por no decir algo más que inexperto.

No permaneció mucho tiempo la Madre Reformadora en Medina: solamente el necesario para reformar lo relajado, levantar lo decaído y dar consuelo y alientos a aquellas afligidas hermanas.

Y es que el P. Fernández, cuando supo que el Monasterio de Medina quedaba remediado y con ventajas, echó mano de la Madre Reformadora para presidir, restaurar, abastecer y bendecir el Convento de la Encarnación de Avila, tan arruinado, empobrecido y angustiado entonces.

Ni pan tenían aquellas pobrecitas monjas, aunque de nobles y ricas familias eran, si hemos de creer, —y vaya si hay que creer a lo que dice la Santa— en las muchas cartas que escribió por esta época, con el fin de procurar a sus Hermanas de la Encarnación el pan de cada día.

Muy cuesta arriba se le hizo esta vez a Santa Teresa el camino de la Encarnación aunque está muy cuesta abajo; pero como hija obedientísima, allá se fué por Priora según se lo ordenaba el Visitador Apostólico. Pidióle, sin embargo, un Cirineo que la ayudase a llevar Cruz tan pesada, y fué nada menos, que el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz. El P. Fernández, que ya conocía y mucho a aquel águila del Carmelo y por ello le tenía de primer Rector en nuestro Colegio de Alcalá, concedióselo a la Madre Teresa por confesor suyo y de su convento de las Calzadas, para que, juntos, lo reformasen dentro de los límites de la Regla

de la Mitigación: lo cual, por obra y gracia de los dos Reformadores, quedó hecho en poco tiempo.

Con esta ocasión providencial, si Ana de San Bartolomé se quedó sin su Madre, pudo consolarla una y muchas veces el Padre de la Reforma Teresiana, a quien siempre tuvo afecto muy tierno y reverencial la más amada y la más amante hija de Santa Teresa.

No es de extrañar, pues, el vuelo que Ana va tomando en las esferas del espíritu, ni el ver el espíritu purísimo que saca, quien en fuentes tan puras lo bebía. La antigua Pastorcita se va relacionando, como vemos, con las primeras figuras de la Reforma Carmelitana. Era el Señor que fuerte y suavemente preparaba a esta su sierva los caminos que había de recorrer en su vida, proporcionándola primero quienes por ellos la guiasen.

Después del tiempo de prueba, que poco faltó para llegar a dos años, convinieron los dos Padres de la Reforma en admitirla luego a la Profesión. Se dice «convinieron» porque tratándose de introducir una cosa nueva en la Reforma, como era dar la Profesión a la primera freila, es lícito pensar que semejante medida no la había de tomar Santa Teresa sin ser antes asesorada y confirmada por el Padre San Juan de la Cruz, su Coadjutor en la Reforma, y tanto menos ahora que, sobre eso, era confesor suyo.

Aquí viene bien aquella especie de arenga que nuestro Cronista Santa María inserta en su Historia, con motivo de la licencia dada a nuestra Hermana para profesar:

«En el mismo año de setenta y dos, dice (1), estando la Santa en la Encarnación, envió licencia a su convento de San José para que Ana de San Bartolomé, a quince de Agosto profesase: aquella profunda en humildad, aquella rara en prudencia, aquella insigne en santidad, aquella estupenda en milagros, aquella hazañosa en dilatar la Religión en Francia y Flandes....»

El día señalado para que Ana pronunciase sus votos fué, como se ha visto, el 15 de Agosto del 1572, fiesta de la Asunción de la Virgen Nuestra Señora.

Entre los que asistieron a la ceremonia, no es aventurado decir que fuese uno el P. Fr. Juan de la Cruz, ya que la Madre Teresa con harto sentimiento suyo, no podía asistir. Y hasta no parece inverosímil que el Santo Padre, cuya devota fué siempre Ana, fuese el encargado de dirigir a la Profesanda una plática muy sentida y muy espiritual, como él sabía hacerlas.

Los votos los recibió el Provisor del Obispado, D. Hernando de Brizuela, por hallarse todavía el Convento de San José bajo la jurisdicción del Ordinario diocesano. El licenciado Brizuela, después del ilustre dominico Báñez, fué el más acérrimo defensor de la obra de Santa Teresa ante el Cabildo municipal de Avila.

El Acta de la Profesión de nuestra Ana reza de esta manera (2):

1 Reforma de los Descalzos, tom. I lib. II, cap. 50.

2 Copiada fielmente, según la fotografía que nos han enviado del original las Carmelitas Descalzas de San José de Avila, cuyo Registro de Profesiones conservan cuidadosamente como preciosa reliquia. Va co-

«A quince días del mes de agosto de mil y quinientos y setenta y dos años, siendo obispo desta ciudad de Avila el Ilmo. y Rvmo. Señor don Alvaro de Mendoza, hizo su profesión, en esta casa de san Joseph de Avila, la Hermana Ana de san Bartolomé, que en el siglo se llamaba Ana García. Fué hija legítima de Hernán García y de María Manzananas, naturales del Almendral. Dió en limosna veinte y mil maravedises; y su profesión fué del tenor siguiente:

«Yo, Ana de san Bartholomé, hija de Hernán García y de María Manzananas, vecinos del Almendral, hago profesión, y prometo obediencia a Dios todo poderoso, y a la Virgen María, su gloriosa Madre, so cuyo nombre está fundada la bendita Orden de nuestra Señora del Monte Carmelo; y a vos el muy Reverendo señor don Hernando de Brizuela, arcediano de Arévalo, Provisor deste obispado de Avila, en nombre y vez del Illmo. y Rmo. señor don Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, y a los obispos que por tiempo fueren; y a vos, Madre María de san Jerónimo, Priora de san Joseph, y a las Prioras que por tiempo fueren del dicho monesterio: de vivir sin propio y en castidad hasta la muerte, sigún la Regla de nuestra Señora del Monte Carmelo.

»Hecho a quince de agosto de mil y quinientos y setenta y dos años.

»Y porque es verdad, lo firmo de mi nombre o de una cruz».

Como entonces Ana de San Bartolomé no sabía escribir, trazó con mano segura una cruz muy bien hecha (1).

Firmaron el Acta la Madre María de San Jerónimo, la Madre Antonia del Espíritu Santo, ambas a dos parientes de la Santa Madre, y el Licenciado Hernando Brizuela.

Con esto, quedó la primera freila consagrada al Señor con la solemnidad de los votos.

Ana de San Bartolomé nada nos dice de este acto solemne de su vida en su Autobiografía. Para ella debió de celebrarse con todos los anhelos del sacrificio cumplido, de la aceptación del martirio; pero los cielos no se abrieron para ella en ese día, como en otros muy risueños de su vida. Delante de ella tenía la Cruz desnuda de pompas y de galas, y ella, desnuda ya de todo lo de este mundo, y echando por delante de limosna sus «veinte mil maravedís», se abrazó resueltamente a la Cruz.

Por si ello no fuera bastante, rubricó el Acta de su profesión con una cruz escueta, por no saber firmar. ¡Ella que no tardará en ser inteligente Secretaria de la insigne escritora Santa Teresa de Jesús!

1 La nota marginal dice: «Lega de edad de 21 años» Es error visible, pues habiendo nacido nuestra Beata el 1.º de Octubre de 1549, tenía cuando profesó, muy cerca de 23 años. Después de su muerte trazó otra mano lo siguiente: «Falleció día de la Santísima Trinidad, año de 1620. Fué rara su virtud; y desta casa fué a fundar a Francia y Flandes, y murió Priora de Amberes de edad de 75 años» Se ve que quien añadió esto, sacó el cálculo de los años equivocado, por la nota anterior.

CAPITULO V

La sedienta de salvar almas

(1572-1575)

La sed del Señor en la Cruz.—La sed de Ana en el Convento.—La visión de Francia. — Francia y el Carmelo. — *Gesta Dei per Francos.* — *Gesta Dei per Sanctam Teresiam.* — Santa Teresa con sus hijos e hijas salvó a Francia de caer en el Protestantismo. — La parte que en esto hubo su primera Hermana de velo blanco. — Los planes trazados por el Señor en la celda de Ana de San Bartolomé. — Alguien interrumpe estos planes. — Sueños y visiones. — De efectos de una visión, Ana se enferma de rara enfermedad.

Apenas hubo profesado Ana de San Bartolomé, abriéronse de nuevo los cielos ante sus ojos límpidos, y el Señor empezó a llover sobre su alma hermosa gracias y mercedes más abundantes que de primero.

Ante todo, el Señor quiso aleccionarla sobre el modo como había de proceder con ella de allí en adelante. Si siendo niña se había recreado en su corazoncito en forma de niño divino, ahora iba a cambiar cuasi por completo; y las más de las veces habría de presentarse El ante los ojos de ella

como hombre paciente, perseguido, maniatado, escarnecido y crucificado por los hombres.

La primera lección de esta clase que el divino Maestro dió a su discípula, tuvo lugar en la ermita que llaman del Santo Cristo. No estará de más el decir aquí dos palabras sobre esta famosa ermita y sobre la pintura mural que en ella había.

Sabido es cuánto amor a la soledad tuvo Santa Teresa y cómo inculcó a sus hijas la vida de ermitañas dentro de los estrechos límites de su clausura: en huertas y jardines. Por esto, tan pronto como pudo, hizo construir en el huertecito de San José algunas devotas y solitarias ermitas, a donde ella y sus hijas se retiraban a orar con más dulce quietud, y en las que el Señor de continuo hacía las grandes mercedes, y hablaba más a sus corazones.

Dedicó la Santa estas ermitas, respectivamente, a la Sagrada Familia, a la Samaritana, a San Hilarión, San Francisco, Santo Domingo, etc. Pero, la principal, la más visitada, era la del Santo Cristo. En ella había una gran pintura mural que un buen pintor pintó bajo la dirección de la Santa Madre y conforme a una visión famosa que la Santa había tenido.

«Estando con una persona, dice (1), bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello no le pesaba.

1 *Autobiografía*, de Santa Teresa, capítulo 7, Edic. del P. Silverio, C. D., Burgos 1915.

Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de ventiséis años, y me parece lo tengo presente».

Y tan presente lo tenía, que después, como dice el Cronista del Carmen (1), «hizo pintar a Jerónimo de Avila en una ermita del Convento primero de San Josef esta visión: moviéndose el pincel según la Santa iba diciendo, y cuando llegó a pintar el rasgo del codo, dudando el pintor cómo había de ser, volvió el rostro a preguntarlo a la Santa, y cuando lo volvió a la pintura, dicen halló hecho el rasgo y pedazo de carne colgando del codo, con admiración grande y espanto suyo...»

«Quiso el pintor sacar algunas copias, y otros han sacado otras, mas, ninguna imprime aquel reverencial temor y devoto sentimiento que el original».

Delante de esta pintura y en esta ermita del Santo Cristo, recibió la Hermana San Bartolomé la primera merced y la primera lección del divino Maestro después de su profesión.

He aquí como ella lo cuenta (2):

«Acabado el Noviciado, entrando un día en una ermita que hay de un Cristo a la Columna, hincándome de rodillas, me vino un recogimiento, y aparecióseme el Señor en la Cruz crucificado, y lo primero que me dijo fué responderme a unos deseos que traía de saber si la sed que tuvo en la Cruz era sed natural, y díjome: «Mi sed no fué sino de las almas. Ya es menester que mires en esto,

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. I, lib. I, cap. 14.

2 Autobiografía.

y vayas por otro camino que hasta aquí». Como si me dijera: «No me busques más como Niño».

»Y mostróme todas las virtudes en perfección, hermosísimas, de que yo me espanté; que me vi lejos de su hermosura y perfección. Y en esto desapareció el Señor, dejándome muy herido el corazón de su amor, de verle tan herido en la Cruz del amor de las almas.

»Quedóme esta merced tan viva en el alma, que no se me apartaba de día ni de noche, sino que mi corazón estaba con El, y Su Majestad en mi corazón de ordinario y en todo lugar. Yo traía un celo de las almas y de aquellas virtudes que me mostró en aquella visión que he dicho. Y entonces me dijo: que por el camino de la Cruz se habían de ganar».

Se habían de ganar almas y virtudes: y por este camino empezó a ganar las unas y las otras la Hermana del velo blanco.

De esta visión arranca la transformación completa del alma de nuestra Hermana. El celo por la salvación de los que se perdían, la devoraba; el amor a la penitencia, llevábala a padecer lo indecible; las ansias de cruz y de trabajos, inspirábanla muchas canciones, sin ser poeta, y sin saber escribirlas:

«El amor busca la Cruz
Para emplear sus deseos...»

Y volviéndose al Amado, prorrumplía:

Si te busco, no eres cruz;
Que eres dulce a quien te quiere...»

Y el amor la hizo exclamar:

«Cosa cierta es que el amor
No tiene cosa pesada...» (1).

Y con esto, no hallaba pesada la cruz de su vida de humillación, de servicio a sus hermanas, de empleo en los oficios más humildes de la Comunidad, de ayunos rigurosos que hacía, de disciplinas sangrientas que tomaba, de desprecios que apetecía, de cruces que buscaba: y todo por ayudar a su Esposo crucificado a salvar almas.

Con este deseo y con esta sed, que también a ella la consumía, «otro día, dice (2), entré a rezar en la ermita de San Francisco, y en entrando, había un olor de flores muy suaves, y con aquello me recogí. Y entró el Señor como cuando andaba en el mundo, hermosísimo; mas, mostrábase muy afligido, y llegóse a mí y puso su sagrado mano sobre mi hombro izquierdo: y era la mano derecha del Señor, y con un peso que jamás lo podré decir; y descargó en mi corazón la pena que traía, y díjome: «¡Mira las almas que se me pierden! ¡Ayúdame!» Y mostróme la Francia, como si estuviera presente allá, y millones de almas que se perdían en las heregías.

«Esto no duró un momento; que si más durara, me sentía acabar la vida; que no es cosa que yo la pueda decir».

Aquí se ve el amor del Señor a Francia: la nación cristianísima que tiene a gloria llamarse «Pri-

1 P. Enriquez, lib. II, cap. 8.

2 *Autobiografía*.

mogénita» de la Iglesia, siquiera más de una vez se haya entibiado su amor filial; la nación que se enorgullecía legítimamente de haber intitulado su Historia «Gesta Dei per Francos», siquier no la haya continuado hasta el presente. De todos modos, es muy visible y palpable el amor que manifiesta, a cada paso, el Señor a Francia.

Esta vez el buen Dios escogió, como siempre, a los más sencillos, a los más humildes para humillar a los soberbios, para rescatar las almas que en Francia corrían tras de su perdición. Escogió a las Hijas (y después de las Hijas vinieron los Hijos) de Santa Teresa, y entre todos a la más simple de todas, a una sencilla lega del primer convento, para revelar los planes que El tenía de salvar una vez más la Francia por medio de Santa Teresa y de su Reforma. Así debiera titular la «Nación cristianísima» aquella página de su Historia: «Gesta Dei per Sanctam Teresiam». Y es que hay no sé qué lazo oculto y misterioso entre la historia de Francia y la historia del Carmelo.

Un lemosino, San Bertoldo, levantó durante las Cruzadas, el santuario más espléndido que tuvo entonces la Reina del Carmelo en su bíblica Montaña. Poco después San Luis, Rey de Francia, se salvó de un naufragio seguro, merced a las campanas que en el santuario del Carmelo colocara el carmelita lemosín.

Francia estaba a punto de quedar envuelta en la herejía de Calvino en el siglo XVI, y a permanecer quizás por siglos y siglos tan protestante como Inglaterra, Holanda y Alemania; y el Señor, queriéndola salvar, inspira a la gran Reformadora

del Carmelo aquel plan, aquella Reforma y aquella página de oro (1):

«Al principio que se comenzó este monesterio a fundar (el de San José de Avila...) no era mi intención, dice Santa Teresa, hubiese tanta aspereza en lo exterior ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada...

«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada seta.

«Dióme gran fatiga y como si yo pudiera algo ú fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían».

Para remediarlo, Santa Teresa acrisoló más su Regla, reformó más su casa, restauró mejor el Carmelo, y lo lanzó luego a la reconquista de la Francia cristianísima. Y si la Francia se conservó católica se lo debe al Carmelo y a su Reformadora.

La página escrita por Santa Teresa fué el toque de clarín para lanzar a sus hijas a la pelea, haciendo violencia al Señor con sus oraciones primero, y con sus ejemplos de santidad más tarde en medio de la sociedad francesa, comenzando a darlos entre los de arriba: entre los monarcas y la nobleza.

A nadie mejor que a la que había de ser testamentaria del espíritu genuinamente Teresiano, recogido en la última hora cabe el lecho de Teresa

1 Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. I.

agonizante, quiso el Señor manifestar por anticipado el ancho campo de sus operaciones apostólicas y los planes salvadores que había trazado Su Majestad, por la sed que tenía de salvar una vez más a la Primogénita de su Iglesia.

El alma escogida por el Señor fué, como hemos visto y oído de propios labios, la Hermana Ana de San Bartolomé, para que se hiciese más visible, más patente, ser todo obra del mismo Dios.

Ya veremos en el trascurso de esta historia cómo y cuándo se realizaron los planes divinos. Ahora fué menester apuntarlos aquí para mayor inteligencia de lo que se diga más adelante.

La impresión que causó en el alma de nuestra Hermana la visión de la Francia devastada, no es para descrita aquí, cuando ella misma no acierta a describirla. Viendo el campo de la nación cristiana, señalado por el dedo de Dios ante sus ojos espantados; sintiendo descargar sobre sus hombros el peso de aquellos pecados y prevaricaciones cuando el Señor la puso la mano sobre ellos; contemplando aquella tierra bendita inundada de herejías ahora, cuando un tiempo se vió cargada de flores y frutos de fe y de santidad, merced al riego fecundo de tanta sangre de mártires en ella derramada, nuestra Beata no pudo más; sólo el pensar en ello la quitó, como dice, el comer, el dormir, el sosiego. No tenía ya delante más que una idea fija: sed de almas; sed de salvar la Francia.

Y así pasaba las horas, los días, las noches en oración: trazando planes en compañía de su celestial Esposo; todos enderezados a salvar las almas predilectas de Jesús.

Era el año de 1574. Santa Teresa, después de haber concluído su gobierno en la Encarnación, volvió el 6 de Octubre al conventito de San José. Ana de San Bartolomé derramó entonces todo su corazón en el grande corazón de su Madre. Y muy bien que cabía el corazón de Ana en el corazón de Teresa. La hija contó a la Madre sus visiones, sus revelaciones, sus anhelos de padecer, sus trazas, sus planes, su sed de salvar almas.

«Todo está muy bien, «dijo la Doctora Mística, aprobando el espíritu de la Hermana, como perfecta conocedora de ímpetus y arrobos y deliquios de amor.—«Todo está muy bien, pero hay que poner las cosas en su punto: cuando a orar, a orar; cuando a dormir, a dormir, y así en todo lo demás. Porque dícenme que pasa mi hija las noches de claro en claro; y aunque es en divina compañía, menester será, hermana, que no se distinga de las otras; por lo cual me parece que lo mejor y más perfecto es que siga de todo en todo las prescripciones de la Regla y de la Obediencia».

Si no fueron estas las palabras textuales de la Santa, este hubo de ser el sentido de ellas, pues Ana lo da a entender por lo que hizo y por lo que dijo.

Al mandato de la Madre, no replicó la hija ni una palabra. Salió de la celda de la Santa dispuesta a cumplir puntualmente la orden recibida.

Llegó la noche: y cuando más extasiada estaba nuestra hermana con el divino Esposo, el toque de las tablillas, señal de recogerse a dormir las Religiosas, hizo cortar el diálogo divino con estas palabras de Ana: «Señor: yo no tengo licencia de es-

tar con vos más tiempo. Dejadme dormir y descansar como me lo han mandado.

»Y así lo hacía el Señor, añade (1), que me dejaba, y en despertando, le hallaba como le había dejado: que parecía me estaba guardando el sueño...

»De esto venía que en sueños me mostraba muchas cosas; porque de día no tenía sosiego; que por otro cabo me decía: «Tu voluntad es que obedezcas, y que en eso sea tu gusto, porque será el mío».

De las cosas que el Señor la manifestaba por este tiempo, cuenta muchas la sierva de Dios. Sólo aquí diremos nosotros una, por los resultados que tuvo; conforme a lo que se trata en este capítulo, y por que acaeció este mismo año de 1574.

«Estaba un día, dice (2), hilando a la rueca, y sentada junto al torno, porque para distraerme me daban varios oficios, cuando mi alma comenzó a inflamarse más de lo ordinario en el amor de este divino Esposo. Estando de esta suerte, bien recogida a la presencia de Dios, se me apareció como un galán enamorado. En su manera de venir, parecía que me iba a hacer alguna merced particular. Apenas estuvo a mi lado, puso la mano sobre mi corazón: que me pareció habérmelo arrancado. Tan vivo fué el dolor que sentí en aquel punto, que sin apercibirme, se me escapó este lamento: «¡Cómo, Señor! ¿Ansí robáis el corazón?...»

»El me lo dejó, pero tan lastimado y con tan excesivo dolor, que parecía querer salir del cuerpo»

1 Autobiografía y Diálogos del P. Gracián.

2 Id...

De allí a poco tuvo otra visión y no dice en qué consistiese; solamente cuenta así sus efectos (1):

«Cuando llegué a la edad de veinticinco años, de una visión que tuve cabe el refectorio, caí desmayada. Lleváronme, y teníanme por muerta, y inútil para la Religión, y dada por ética, como nunca se me quitaba la calentura...

»Con estos ímpetus (de amor y sed de las almas, que se han dicho), se vino a gastar el natural y las fuerzas de tal manera, que decían que me moriría, y llamaron a los médicos, y no conocían qué mal tenía...

»Hiciéronme muchos remedios. Echáronme más a perder, que vine a estar tan flaca, que no podía alzar los pies del suelo, y todo mi cuerpo abierto, y hacíanme bizmar; mas, no me aprovechaba nada de todo lo que me hacían».

Y es que los remedios del cuerpo, nada valen cuando se trata de curar las almas, y nuestra Hermana estaba enferma de amor divino, como lo verá quien leyere el capítulo siguiente.

1. Diálogos del P. Gracián.

CAPITULO VI

La enferma de amor divino

(1575-1577)

Por estar enferma, no puede acompañar Ana a la celestial Andariega a Sevilla. - La Madre Teresa por Sierra Morena y Sor Ana por las sierras de Avila con amores divinos. Lo que reveló el Señor a la Hermana San Bartolomé en Avila y a la Madre Teresa en Sevilla. Regalo que desde Sevilla mandó la Reformadora al Convento de Avila: una azucena de Quito. Teresita de Jesús amiga íntima de Ana de San Bartolomé. - Al fin volvió la Santa Madre y con ella la salud, la vida y la alegría al Convento de San José.

Cuando tan enferma y bismada Sor Ana se veía, Santa Teresa andaba por Valladolid y Medina del Campo, muy ocupada en negocios de aquellos monasterios. A mediados de Enero de 1575 estaba de vuelta en Avila para descansar unos cuantos días entre sus primeras hijas, y prepararse para el viaje más largo que había de hacer en su vida andantesca de Fundadora. Era el viaje de la Andalucía, visitando de paso los monasterios que tenía fundados y que la cogían de camino. De Avila iría a Toledo, de Toledo a Malagón, de Malagón a Veas, de Veas a

Almodóvar, de Almodóvar a Sevilla y... vuelta a recorrer conventos, y a andar caminos, en carros o en caballerías, y a llegar cansada a ventas o mesones, comiendo mal, durmiendo peor; con lluvias y aguaceros, con vientos y vendabales, con polvaredas y calores asfixiantes; cayendo y levantándose, y siempre malucha y siempre varonil y emprendedora aquella «femina inquieta y andariega» como la llamaba un Nuncio que Su Santidad tuvo por entonces en España.

Para este largo viaje, quiso la Madre Teresa llevarse consigo a su primera freila, que tan bien la sabía servir y cuidar cada vez que llegaba al convento de Avila; pero hallándola tan enferma, tuvo que irse con el sentimiento de no poder tomarla desde ahora por inseparable compañera.

«En este tiempo, dice Ana (1), se fué nuestra Santa a Sevilla, y no me pudo llevar consigo». ¡Con qué amargo desconsuelo deja caer estas palabras la fiel compañera de la ilustre Reformadora! Pero el Señor, antes de darla misión tan honrosa, quería probarla, acrisolarla con enfermedades.

Mientras la Santa Madre andaba por Sierra Morena cantando aquellas cantigas de amores, camino de Sevilla:

«Vuestra soy; para Vos nació:
¿Qué queréis, Señor, de mí?...»

Ana su hija, se consumía de amores divinos y de sed de salvar almas en medio de las serranías avilesas. Con la enfermedad del alma, progresaba la del cuerpo, y los médicos seguían sin entenderla.

1 Autobiografía.

Después de algunos meses, parece que, al fin, un buen doctor, dió con el origen de tal enfermedad, pero no supo curarla. Este doctor, que, al decir del P. Enríquez (1), «era muy devoto, y debía de tener alguna noticia de estas cosas, la dijo, y a la Priora también, que dejase de hacer oración y estaría mejor. Mandóselo la Priora, y luego mejoró (la enferma); mas, en teniendo un poco de licencia para hacer oración, era cosa extraña cómo se consumía en aquel amor...»

Nadie podía curar a Sor Ana sino el mismo que la hirió, y conociéndolo ella así, y viendo la carga que con ella tenían sus hermanas, se atrevió a decir al Señor cierto día (2): «Señor: yo os he pedido trabajos; mas agora que veo los doy a la Comunidad, deseo me los deis que sean para mí a solas, y de manera que pueda servir a las hermanas y no darlas trabajo. Yo los quiero para mí.—Díjome el Señor:— «Yo haré lo que me pides; tendrás en qué padecer en compañía de mi amiga Teresa: los pasaréis las dos por los caminos».

En fe de que el Señor se dignaba despachar al punto la petición de Ana, se puso luego al habla con su «amiga» Teresa, que estaba entonces en Sevilla harto afligida, por cierto.

Véase como lo cuenta una amiga de Ana, compañera suya en las fundaciones de Francia y Bélgica (3):

«Estando, dice, nuestra Madre muy afligida en

1 Lib. II, cap. 15.

2 Autobiografía.

3 Relación de la Madre Leonor de San Bernardo, una de las seis fundadoras que salieron de España para Francia.

Sevilla con sus enfermedades y muchos negocios; viendo que ninguna Religiosa de cuantas tomaba para que la acudiesen y ayudasen, podía durar ocho días sin caer mala, la dijo Nuestro Señor que llevase consigo en todos sus caminos a la Venerable Madre Ana de San Bartolomé, y que ella la ayudaría en todo».

Por su parte Sor Ana dice sobre esto (1): «Aunque yo no la dije (a la Santa Madre) en harto tiempo lo que había sentido, mas, creo tuvo ella lo mismo: que la dijo el Señor me trajese para servirla».

De gran regalo fueron estas palabras dichas por el Señor a los oídos de la Hermana San Bartolomé y a los de la Madre Teresa de Jesús.

Poco tiempo después venía ésta de Andalucía para Castilla muy resuelta a poner en ejecución el aviso del cielo, aunque fuese menester pedir a Dios un milagro: el de que curase a su compañera. Con tales pensamientos venía por su camino, deseando ir a Avila por esto y por otros asuntos, cuando desencadenándose de pronto la tempestad que amenazaba acabar con ella y con su Reforma, el P. Jerónimo Gracián la aconsejó que permaneciese en Toledo y no fuese por entonces a Avila.

Así lo hizo la Santa, y así lo contó en el locutorio del monasterio de San José, un día del mes de Julio de 1576, Don Lorenzo de Cepeda, quien vuelto de las Indias, había acompañado a su hermana Teresa desde Sevilla a Toledo, y en Toledo la dejaba, mientras por orden suya y del Maestro Gracián, venía a traerlas una monjita de diez

1 Autobiografía.

años cabales, como nacida en Quito en 1566, hija suya muy amada y por ende sobrina muy querida de la Madre Fundadora. Todo esto y más lo decía Don Lorenzo grave y pausadamente, como hombre de peso y autoridad que era.

El regocijo de las Religiosas y el consuelo de Ana con la nueva monjita, no es para descrito. A todas recordaba esta tierna peruana, esta azucena de Quito, el aire y el donaire, la gracia y las facciones de su santa tía; y así, creían ellas, había de ser la Madre Teresa cuando niña. Había entrado la niña en el convento de Sevilla, y allí habían querido que se llamase como su Madre Fundadora: Teresa de Jesús. Ya en el bautismo recibió el nombre de Teresa. Las Religiosas de Avila la llamaron «Teresita».

Teresita fué una de las más queridas hermanas de Ana de San Bartolomé. Tan lindamente se supieron ambas entender desde el primer día, que era cosa para alabar a Dios el ver tan compenetradas aquellas dos almas, al parecer tan distanciadas por nacimiento y educación. A Teresita debemos una larga relación sobre las virtudes y espíritu de Ana de San Bartolomé.

Durante este año, (porque un año justo se estuvo Santa Teresa en Toledo sin venir a Avila, aunque otra cosa hayan dicho con error manifiesto algunos historiadores) (1); durante todo este año si-

1 Desde el P. Enríquez hasta las Crónicas del Carmen de ambas Congregaciones; debido a no tener en cuenta la cronología de viajes y fundaciones de la Santa Reformadora, y sobre todo, por carecer entonces del ordenado Epistolario que ahora poseemos de la Santa. Cf. *Escritos de Santa Teresa*, Madrid, 1909; tom. II. P. Grégoire de Saint-Joseph. *Le-*

guió Ana con las alternativas de su enfermedad de amor, cayendo y levantándose y recibiendo del Señor muchas mercedes, y no pocos alivios de parte de la caritativa sobrina de la Santa.

A últimos de Julio de 1577 llegó, al fin, la Madre Teresa a su palomarcito de Avila. Venía esta vez acompañada la Santa por el P. Visitador, Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Entonces le conoció Ana, sin que pudiera imaginarse que, después de rodar mucho por el mundo, se habían de volver a encontrar muchos años más tarde y a muchas leguas de distancia y en país extranjero, y que mutuamente se habían de comunicar sus penas y trabajos, sufridos por aquel gran Rey a quien ambos deseaban servir.

Entonces conocieron también al P. Gracián las primeras Religiosas del Convento de Avila, porque esta era la primera vez que allí llegaba el P. Visitador. Todas quedaron prendadas de la sencillez de su trato, de la bondad de su carácter, de la prudencia de su gobierno, de su gran sabiduría en cosas de espíritu y en todo, y de su amor y devoción a la Virgen nuestra Señora.

Venían el P. Gracián y la Madre Santa Teresa con propósito de poner el primer convento de San José bajo la obediencia de la Orden, pues era el único que estaba bajo la jurisdicción del Ordinario de la Diócesis. Eralo, como sabemos, Don Alvaro de Mendoza, amigo de la Santa y de su Reforma, y ahora iba a ser trasladado, según pública voz, a

tres de Sainte Therése de Jésus, el más completo Epistolario de la Santa hasta el presente. Son tres tomos y cuenta dos ediciones.

la Silla episcopal de Palencia. La Santa quería aprovechar semejante coyuntura para hacer el cambio que desde tiempo atrás intentaba. El cómo y cuándo y por qué hizo la Santa Madre esto, no toca a nuestra historia.

Lo que vamos a decir es lo que dice la Hermana San Bartolomé sobre la llegada de la Santa al convento, y sobre las maravillas que con dicha ocasión acontecieron.

«Cuando llegó la Madre, dice Ana (1), hallóme tal, que parecía estaba toda descoyuntada, y díjome la Santa aquella noche que llegó: «Hija, vengase a mi celda, aunque al presente esté enferma». Y al parecer, no estaba para servirla. Consolóme y dióme ánimo, y enseñóme muchas cosas del servicio de Dios.

«Había al presente en la comunidad cinco enfermas en la cama con calentura, y una muy mala y con tanto hastío, que no comía cosa alguna. Se llamaba Isabel Bautista (2).

«Díjome la Santa a la mañana del otro día en llegando: «Hija, aunque esté mala, quiero que sea enfermera de estas enfermas, que no hay quien las cuide». Yo callé por no ir contra la obediencia; mas, en mí pensaba: ¿Cómo lo haré, que no puedo alzar los pies del suelo?...

«Como pude, fui a la cocina a aderezar alguna cosa para la que estaba más mala. Antes de llegar a la celda de las enfermas, había una escalera de catorce gradas. Cuando llegué al pie de la esca-

1 Autobiografía y Diálogos del P. Gracián.

2 Era una de las doce primeras hijas de Santa Teresa y, como nacida en Fontiveros, era paisana de N. P. S. Juan de la Cruz.

lera para subir, se me acabaron las fuerzas de manera, que ni poco ni mucho me podía menear. Levantando los ojos, vi en lo alto de la escalera a Nuestro Señor, en la forma que otras muchas veces le había visto, y díjele: «Ayúdame, Señor mío, que yo no puedo subir un paso». Y díjome: «Sube hija». Y diciendo esto, me hallé subida a sus pies sin trabajo, y fuése conmigo a la celda de la enferma (Isabel Bautista), y en entrando, arrimóse de cuestras a la cabecera de la cama, como un enfermero que quiere regalar a sus enfermos, y díjome: «Pon aquí eso que traes y vete a dar a las otras, que yo lo daré a ésta».

»Yo fuí como si no hubiera tenido mal ninguno, sana y muy aprisa, con deseos de volver a ver a mi Señor. Y, aunque más priesa me di, cuando volví no le hallé. Estaba la Hermana muy alegre, y díjome: «Hermana: ¿qué es esto que me ha traído, que en mi vida no he comido cosa que tan bien me sepa...?»—Yo no la dije cosa de lo que había visto entonces, aunque nos queríamos bien. Mas, después la pregunté si había estado alguien con ella, y me dijo que no. Y con esto yo me callé. Mas, díjome que se había hallado tan contenta y confortada el alma, que no parecía que tenía mal.

»Y luego sanaron todas mis enfermas».

Esta serie de gracias y de curaciones que empezó a obrar el Señor por mediación de N. Madre Santa Teresa, la acabó de acabar por amor a la obediencia de su amante hija.

Ana solía decir luego que todo ello era milagro de la obediencia, porque la Madre sabía siempre lo que mandaba. Pero la Santa Madre, haciéndose la

desentendida, quiso atribuir toda la gloria de las curaciones a la buena gracia que Ana tenía para enfermera; por lo cual, en presencia de toda la Comunidad, la nombró «Priora de las enfermas», y, sobre esto, le dió mil atribuciones. Ana las concreta en estas frases: «La Santa me dijo: «Sea Priora de ellas (de las enfermas); y no me pida licencia; delas lo que viere menester».

Con tal nombramiento y atribuciones, la que estaba enferma y paralítica desde tiempo hacía, pasó a ser «Priora de las enfermas» por obra y gracia de Santa Teresa de Jesús.

CAPITULO VII

La Priora de las enfermas

(1577)

Muchos cargos a la vez. Priora de enfermas el principal. — Ejércelo principalmente con la Doctora Mística. — «Era un cielo servir-la», dice Ana. — Restricción de facultades. — Más curaciones maravillosas. — Los Profetas Elías y Eliseo enseñan a la nueva *Priora* el modo de curar a las enfermas. — Ana con el nuevo método curando a Santa Teresa la fractura del brazo izquierdo. — La Noche Buena del año de 1577.

Dos años estuvo esta vez en su palomarcito de Avila sin salir a parte alguna, la Escritora de «Las Moradas», y allí terminó su libro de oro el 29 de Noviembre de este año de 1577. Y eso que fué este tiempo el de más negras persecuciones levantadas contra su obra de excelsa Reformadora. Pero, por eso mismo; en lo más recio de la tempestad se remontaba como las águilas a las celestes mansiones.

No por vivir tanto en su «Castillo interior», se olvidaba Santa Teresa de las palomas de su palomar, antes al contrario: en atenderlas y guardarlas tenía sus delicias. Pero aquella en quien más fijaba los ojos ahora, era en la Hermana primera del

velo blanco; y era menester probarla mucho antes de que saliera a volar en su compañía; por lo cual empezó a ejercitarla en los oficios más humildes de la casa, como si no lo estuviera bastante; encargóla muchos oficios a la vez, y tal vez contradictorios, para probar más su mansedumbre y obediencia; volvíala de abajo para arriba y de arriba para abajo por tornos y escaleras, por enfermerías y cocinas (¡que hasta entre los pucheros anda Dios, como decía la Santa), y todo por ver si Ana faltaba un minuto a la paciencia. Y como Ana no se impacientaba nunca, pudo decir consigo misma la Fundadora: «Con la paciencia, Ana todo lo alcanza».

En efecto, Ana alcanzó a cumplir a satisfacción de su Madre y de todas las Religiosas los oficios de enfermera, tornera, provisor, ayudante de cocinera, hasta dar un salto y llegar a ser confidente y secretaria particular de la Madre Fundadora.

Pero, en el oficio en que sobresalió por este tiempo fué en el de Priora de las enfermas, por su mucha caridad y solicitud en cuidarlas y atenderlas. El Señor le dió tan buena gracia y habilidad para este oficio, que cuando no con las medicinas, curaba a sus enfermas con sus oraciones.

Por este tiempo, dice ella (1), «volviéronme los fervores como antes; que los había bien menester en los ejercicios para resistir...

»Y me ejercitaba en la caridad de todo lo que se me presentaba, gracias al Señor, que me había

1 *Autobiografía.*

dado la salud, y ocasión para ejercitarla, que yo no la merecía; mas, su Majestad me lo hacía merecer por su amor.

»Mis hermanas se habían espantado cuando la Santa me mandó ser enfermera estando tan mala. Mas, porque se viese la fuerza que Dios ha dado a los Prelados y la que tenía la Santa Madre para saber lo que mandaba, lo permitió: que todas quedaron admiradas. Yo más, que no merecía tanto bien».

Así como de la curación instantánea y completa de la Hermana San Bartolomé, se admiraron las Religiosas de la curación de Isabel Bautista y de todas las enfermas que entonces había.

No estuvo, sin embargo, mucho tiempo el convento de San José sin esas «joyas de la casa», como Santa Teresa llamaba a las enfermas. Y cuando no hubiera otras, allí estaba la Santa Madre siempre tan llena de achaques y trabajos, que era para alabar a Dios.

Por de pronto Ana empezó su cargo de Priora de las enfermas ejerciéndolo con la Santa Madre Fundadora, la cual con toda su voluntad se sometió a la voluntad de su enfermera. Esta, sin embargo, la servía con grande respeto y veneración, según ella misma refiere.

«Verdaderamente era un cielo servirla, dice (1), que la mayor pena era verla padecer...

»Desde que entré en el Convento me llevó a su celda, y siempre mientras vivió estuve con ella, sino fué en tanto que fué a Sevilla, que, como queda dicho, quedé enferma...

1 *Autobiografía.*

»La Santa estaba ya tan acomodada a mis pobres y groseros servicios, que no se hallaba sin mí...

»Dejado el amor que yo la tenía y ella a mí, yo tenía otro gran consuelo: que veía en su alma a Cristo muy de ordinario como que estaba unido en su alma, como si estuviera en un cielo, de manera que me hacía gran respeto, como se debe tener a la presencia de Dios».

Este respeto no impedía a la santa enfermera el mandar en la celestial enferma cuando era menester, en virtud de las facultades de su cargo, y en gastar cuanto fuese necesario tanto en el servicio y cura de la Santa, como de las otras Religiosas.

No faltaron, con todo, ocasiones en que la Madre Teresa se vió obligada a restringir tal licencia, por el temor harto fundado de que la extraordinaria caridad de la Priora de las enfermas, dejase sin provisiones la despensa. Así sucedió cierta vez. Habiendo regalado a la Santa algunos frascos de remedios y medicinas, a lo que parece, después de contarlos muy bien contados, se los dió a la Hermana enfermera para que se los guardase y se los devolviese todos, sin faltar uno, cuando se los pidiera. Aconteció que una Religiosa sufrió poco después tal desmayo, que no teniendo Ana otra cosa para hacerla volver en sí, echó mano de uno de los frascos de la Santa. Pasados algunos días la Madre se los reclamó, y acordándose Ana del encargo y prohibición, rogó al Señor que la remediase, pues ella remedió a una enferma. Con esto se fué muy confiada a la enfermería, cogió sus bártulos

y se los devolvió a la Madre. Esta los contó de nuevo bien contados, y como todos estaban intactos sin faltar uno, dió las gracias a la Hermana por haber sido tan buena guardadora de medicinas aquella vez, a [p]esar de las enfermas que había en casa: por lo cual vió la Santa que allí había entrado la mano de Dios (1).

Muchos casos prodigiosos sucedieron en San José siendo Ana Priora de las enfermas. En este cuadro sólo caben dos.

Una vez ejerciendo «este mismo oficio de enfermera, dice ella (2), y estando en una ermita, me apareció Nuestro Señor en figura de un ángel muy resplandeciente y me habló, (conociendo yo su divina luz y voz), como solía y me dijo: «Levántate». Subí luego a las enfermas, y hallé una que se estaba muriendo, y tenía necesidad que le acudiese en este ejercicio de enfermera...

»Otra hermana cayó muy mala de un carbunco en un ojo, y en aquella tierra es muy mala enfermedad, y luego la desahuciaron los médicos...

»Un día el cirujano fué forzado irse fuera del lugar a otro enfermo, y díjome: «No lleguen a la herida hasta que yo vuelva, que será presto». Yo andaba con tanta diligencia a todo lo que esta enferma había menester, que parecía no tenía cuerpo que embarazase. Ella era muy sierva de Dios. Se llamaba Petronila Bautista (3).

1 Reforma de los Descalzos, tom. IV, lib. 17, cap. XIII.

2 Diálogos del P. Gracián.

3 Fué también una de las doce primeras hijas de Sta. Teresa. La vocación de Petronila fué muy misteriosa. El Señor la hizo ver varias veces en sueños la vanidad de la vida de abajo y la realidad de aquella vida

»A la noche, quedéme dormida junto a ella y en sueños vi que entraban dos Religiosos de nuestra Orden, que me parecieron Elías y Eliseo. Llegáronse a la enferma y desenvolvieron los paños de la herida del ojo y curábanla. El más pequeño, que era Eliseo, iba y bajaba por las cosas con una diligencia que a mi me espantaba.

»Acabándola de curar, dijéronme: «Así se han de curar las enfermas; que no con la negligencia que tú lo haces...

»Yo desperté y quedéme espantada de lo que me decían; porque el amor y ligereza que yo traía en curarla, era en extremo...

»Entonces me mostraron cuán diferentes son nuestras obras delante de los ojos de Dios de lo que son delante de los hombres...

»Después vino el Cirujano y halló la enferma buena, de lo que fué muy espantado y dijo: «Esto no puede ser sino grande milagro».

Las lecciones que dieron a nuestra enfermera aquellos Padres de la Orden, aprovecharonla grandemente; y si siempre había sido puntual en cumplir su oficio, desde entonces redobló su puntualidad y solicitud; y si esto lo hizo con todas las enfermas, mucho más había de hacerlo con la Santa Madre, viéndola tan unida a Cristo, nuestro Señor, como ella nos ha dicho, y además porque el

de arriba «que es la vida verdadera». Ella resistió siempre a la voz del Señor; pero el Señor que la quería para sí, presentóse a ella en la forma y belleza que tanto deslumbraba a Petronila, tan amiga entonces de galas, joyas y aderezos espléndidos. Rendida entonces, siguió al divino Esposo que con tanta insistencia la llamaba, y fué una de las más esclarecidas hijas de Teresa de Jesús. Era natural de Avila como la Santa.

Señor le daba particular ligereza para servir a esta su predilecta Esposa.

«Yo acudía, dice Ana (1) a todos los trabajos de la casa, como la Santa me lo había mandado. Yo acudía también a la Santa Madre en su amorosa compañía con harto gusto y ligereza, como se puede creer del Señor que lo hacía».

Y bien que necesitó la Santa de los servicios de su hija en estos dos años tan calamitosos para ella: como lo fueron los pasados en Avila desde mitad del 1577 a mitad del 1579. Algunos meses después de haber nombrado a Sor Ana por Priora de las enfermas, la Santa Madre se fracturó el brazo izquierdo de una caída. Nuestra Ana lo cuenta de la siguiente manera (2):

«En este tiempo nuestra Santa Madre se quebró un brazo, yendo una noche al coro a completas. Era oscuro y había una escalera antes de entrar en el coro, y el mal espíritu la echó de allí abajo; que se quebró el hueso por medio, y eran grandes los dolores: de que todas estábamos lastimadas. Yo más porque la quería mucho, y sentía sus trabajos y penas».

Escribiendo sobre este triste suceso, dice en otra parte (3): «Fué cosa del enemigo malo esta quebradura del brazo, y él no pretendía sino que fuera del que escribía; mas, no lo quiso Dios, y fué del izquierdo, que aunque le hacía falta para no se poder vestir ni tocar, no se la hacía para lo que importaba de escribir y negociar».

1 *Autobiografía y Diálogos.*

2 *Autobiografía.*

3 *Epistolario de Santa Teresa.* Carta 185, Notas.

Aquí viene bien lo que a este propósito nos escriben nuestras Carmelitas Descalzas de Avila (1): «Es muy sabida la predilección con que la Santa amó a nuestra Ana, y que desde que se rompió el brazo izquierdo no podía vestirse sola, y todo este tiempo estuvo la Venerable a su lado, y la sirvió en todo lo que se la ofrecía. Se dice que la Santa, en su humildad, repetía algunas veces: «Ana, Ana: tú tienes las obras, yo tengo la fama».

La fama y las obras de santas, ya las tienen y siempre las tuvieron ambas, y, como es razón, la de la Madre va por delante.

Los dolores de la Santa, con la fractura del brazo; las penas de la hija, al lado de la cabecera de su Madre; las horas largas de martirios y angustias en aquella memorable noche: ¿quién las contará?...

Sin embargo: esos fueron los regalos de Pascuas; ese el aguinaldo que el Señor presentó a sus Esposas predilectas en aquellas Navidades.

Porque la rotura del brazo de la Madre Fundadora, tuvo lugar en la misma Noche-Buena del 1577, que para la Madre y la hija, fuera de los regalos divinos, no pudo ser noche más mala.

1 Tradiciones del Convento de San José de Avila.

CAPITULO VIII

La Secretaria de Santa Teresa

(1577-1578)

¿Cuándo empezó Ana a ejercer este cargo? - Las diversas opiniones.
- La nuestra, aunque humilde, queda arriba apuntada. - Lo que se deduce de las cartas de Santa Teresa, - Lo que se desprende de la Autobiografía de Sor Ana. - Cómo ocurrió el milagro.

Como pensamos que la elección de confidente y secretaria de la Madre Teresa de Jesús, hecha en la persona de Ana de San Bartolomé, hubo de tener estrecha relación con la rotura del brazo de la Santa, aunque no fuese el derecho el lastimado, la ponemos en este lugar y daremos nuestras razones; siquier no haya documentos que acrediten el lugar y la fecha cierta del suceso.

El P. Enríquez opina que Ana empezó a ser secretaria de Santa Teresa en Toledo (1); porque «presupone» que la Madre Fundadora pasó allí «cuatro años» de reclusión, que fueron los de más numerosa correspondencia. Dadas las circunstancias del caso, y el modo como empezó Ana a saber es-

1 Lib. II, cap. XVIII.

cribir, es muy probable que en esta época ocurriese el suceso. Pero en cuanto al lugar, no anda tan cercano a la verdad el ilustre Monje bernardo, porque, como ya dijimos, Ana de San Bartolomé no estuvo con su Santa Madre en Toledo.

El Cronista del Carmen refiere el caso como sucedido en Salamanca durante los dos meses que estuvieron allí la Santa y su Compañera en 1579; aunque el advertido historiador hace la salvedad debida: «si es que no sucediera antes» (1).

Y antes debió de suceder, en efecto; y no hay para qué traer a colación más textos y opiniones, cuando todas se basan en las dichas.

Cierto, que Santa Teresa tuvo varias secretarias, según los negocios y las ocupaciones lo pedían. Ella nos habla en sus cartas, por ejemplo: de Catalina del Espíritu Santo, de su sobrina Isabel de San Pablo y de alguna otra. Pero esto no excluye que para los negocios íntimos, secretos, escogiera por este tiempo a una que ¡no sabía escribir! pero sabía amar mucho a Dios y servirla a ella a las mil maravillas: esto era lo principal.

Ahora vengamos a las Cartas de la Santa.

Escribiendo el 10 de Diciembre de 1577 a la Madre María de San José, Priora de Sevilla, dícela (2): «Aquí me están acordando la pida un poco de caraña (3), porque me hace mucho provecho: ha de ser bueno; no se olvide por caridad».

Y ¿quién la estaría «acordando» el pedir un

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. IV, lib. XVII, c. XIII.

2 *Epistolario*, carta 173.

3 Resina o goma de color gris algo lustrosa que fluye de una palma; se usa como ingrediente en algunas medicinas. (Vid. Not. cart. cit.)

poco de caraña sino la que estaba allí en su celda asistiéndola de continuo como enfermera y en este caso dispuesta a escribir la carta como secretaria?... Porque, algunos renglones más abajo dice la Santa: «Ahora dirá la historia de los trabajos mi «compañera». Y ¿quién podía entonces gozar del título de «compañera» de la Madre Teresa sino Ana de San Bartolomé?...

Sin embargo, no queremos hacer hincapié en este punto: ya porque esto sucedía quince días antes de romperse el brazo la Santa, ya, principalmente, porque un año después de este triste acontecimiento, sucedió otro más triste, si cabe, que refiere en su Autobiografía Sor Ana y tiene mucha relación con su oficio de Secretaria. Hélo aquí:

«Acuérdome, dice, de una víspera de Navidad (1578), que era en tiempo de sus grandes trabajos y persecuciones, que el Nuncio había dado una Patente para que los Mitigados tomasen todos los Descalzos y los prendiesen; y esta noche le vino un pliego de cartas, en que la decían que todos sus hijos se veían deshechos, y que el Nuncio quería se deshiciesen todas sus casas.

»Antes de ir a Maitines, la pedí que se fuese a hacer un bocado de colación. Estando en el refectorio tan afligida, llegóse el Señor a ella y partióla el pan y púsola un bocado en la boca, y díjola: «Come, hija, que ya veo que pasas mucho. Toma ánimo, que no se puede ser menos.

»Esta noche estando en Maitines, sus ojos eran fuentes, y las que lo veíamos no eran menos: que los trabajos eran bién de sentir, y de todos me cabía buena parte, como yo la amaba».

Y como Ana amaba tanto a su Madre, andaba buscando todas las ocasiones posibles para tomarla parte de los trabajos y hacerla más llevadera la cruz. Y he aquí lo que debió suceder en esta ocasión.

Fijémonos en aquel «pliego de cartas» que llegó a manos de la Madre Fundadora la víspera de Navidad del 1578. Veamos sus ojos hechos fuentes en el coro, y hechos raudales en la celda, y derramar lágrimas amargas, que Ana está enjugando, y querer en un momento remediar tantos males que parecen irremediables, escribiendo muchas, muchas cartas: cartas para el Rey, para los consejeros del Rey, para el Señor Nuncio, para los amigos del Señor Nuncio; cartas a Don Alvaro de Mendoza, a Roque de Huerta, al Padre Juan de Jesús Roca, al Padre Jerónimo Gracián, a todos sus amigos; cartas al Padre Tostado, al Padre Maldonado, a todos sus enemigos: enemigos porque no la conocían; cartas apremiantes, urgentes, secretas, íntimas: para ella y para la persona que las recibiera y nada más; porque habían de ser mensajes del Señor, palabras dichas en nombre de Dios, quizás alguna amenaza en nombre de Dios, como Celadora que era de su honra y gloria. Pero... ¡imposible! ¡No podía escribirlas ella sola! Falta tiempo y el remedio urgía. ¿Cómo confiar aquellas respuestas tan secretas a otra que no fuese su confidente, su compañera, nombrada por el Señor, su hija Ana? Pero, su hija Ana de San Bartolomé no sabía escribir... Si Dios la ayudase... Si el Señor quisiese... Si Su Majestad la aliviase de aquella manera... A lo menos para los casos urgentes;

por lo menos para los negocios secretos, para los que pedían silencio absoluto...

Toda esta escena la contemplaba Ana absorta y muda en su dolor, consolando a la Santa como podía, doliéndose interiormente de no poder ayudarla en aquello de letras, y sintiendo, en este caso, no ser «letrera» como María de San José, por ejemplo. Y es que los ojos llorosos de la Santa no hacían otra cosa que ir desde el pliego de cartas a los ojos de Ana, y de los ojos de Ana al pliego de cartas, hasta que, en un arranque de inspiración y de confianza en Dios, con el acento muy sereno ya y las palabras muy mesuradas, dijo a la santa hija la Madre santa:

«Mucho me holgara, Hermana, de que supiera escribir para ayudarme a responder estas cartas». A que replicó la Hermana: «No me fuera difícil hacerlo, a mandármelo mi Madre». Dióle la Santa entonces una carta de una Religiosa que tenía buena letra, diciéndola que se ejercitase con aquel modelo. «Mejor sería, repuso Ana, que me diese algunos renglones suyos, que con esto aprenderé más fácilmente». Dióselos la Santa, y «sin dilación» aprendió Ana a escribir tan bien, que la copia llegó a confundirse «casi» con el modelo. (Vid. fot., pág. sig.)

En efecto, la caligrafía de Ana corre parejas con la de la Santa Madre, sobre todo durante el tiempo que anduvo con ella como compañera y secretaria. Más tarde, con los años y con la falta del modelo viviente, fué descuidando Ana su caligrafía, pero siempre conservó el aire y semejanza de aquella de la Santa Madre.

Naturalmente que la letra de la Secretaria nunca fué de tan firmes trazos ni tan varonil como la de la Santa Reformadora. Pero estas son menudencias literarias y de poca miga. Lo esencial es que el milagro fué verdaderamente grande y portentoso. De él existen muchos y autorizados testimonios. Aquí pondremos solamente el que por su sencillez, gravedad y acompañamiento de las buenas prendas que tenía nuestra Ana, dejó escrito la Madre María de

M Isabel de los Angeles siendo Priora de Consuegra, como consta del sobrescrito, que dice así: «A mi carísima Madre Isabel de los Angeles guarde nuestro Señor, Priora de las Carmelitas Descalzas en Consuegra». Para facilitar a nuestros lectores la lectura de la carta adjunta, cosa no muy fácil para los que no están versados en la lectura de los manuscritos de nuestra insigne Beata, transcribimos fielmente a continuación dicho documento, que es como sigue:

†
Jhs

sea en el al[ma] de V. R. madre mía muy cara y la guarde y de la salud qe pide los nuevos cuidados qe pues dios se los a puesto sobre sus onbros señal es qe le agrada y qe la las [a las] ermanas les conviene y se an de aprovechar y con esta seguridad de qe se açe a dios servicio pue[s] es lo qe podemos estimar en nuestros trabajos dios nos de la gracia qe açertemos a darle gusto y le vamos a ver en paz a mí me lo pida V. R. qe es larga la vida y peligrosa a qui en tan poca seguridad ayudeme mi cara madre con sus santas oraciones qe me consolara en saber qe lo açe y por estas ermanas qe deseo sen[sean] santas por qe lo qe deseo para mí lo deseo para ellas y en esta tierra tiene ma[s] neçesidad y menos ayudas de sermones y entre erejes qe es arto lo qe se pasa ora no baten tanto los olandeses aquí mas por otras partes no sosliengan adios mi madre cara de anveres y deste convento de nuestra santa madre y de san jofe [José] de enero deçinueve

Con esta van las ymagenes

sierva yndina de V. R.
ana de san bartolome.

Como se ve por la fotografía de este autógrafo, la letra de la Secretaria de Santa Teresa conservó siempre cierto parecido con el de su celestial Maestra, si bien, como advierte el autor, la semejanza fué mucho mayor durante la vida de la Santa.—FR. C.

San José, no la de Sevilla sino la de Segovia. Dice así (1): «En el nombre del Señor diré con toda verdad lo que vi y entendí de la bendita Madre Ana de San Bartolomé.

»Nuestra Santa Madre Teresa, Virgen, la trujo por su compañera viniendo a esta su casa de Segovia (1581). Vi en ella que resplandecía en muy gran caridad, compadeciéndose de toda necesidad que viese con unas ternísimas entrañas, y remediábalas en cuanto podía. Vila reprender ásperamente, y su serenidad tenía como de ángel. Siempre en el rostro se la echaba de ver ser mujer que tenía gran comunicación con nuestro Señor.

»En acabando de acudir a lo que nuestra Madre Santa había menester, se iba a la cocina con sus compañeras, diciendo era aquel su lugar.

»Fué muy estimada de personas graves; mas, de esto no se la vió jamás hiciese ningún caso.

»Diciéndola nuestra Madre Santa que quisiera supiera escribir, para que la ayudara a despachar cartas, tomó una de la letra de nuestra Santa, y «sin dilación» tomó la forma sin que hubiese «casi» diferencia...»

Y así fué como empezó Ana de San Bartolomé a ser Secretaria de la Madre Fundadora, sin dejar de ser Priora de las enfermas y Tornera del convento.

1 P. Enríquez, lib. II. cap. XVIII.

CAPITULO IX

Ana, La Tornera

(1577-1579)

Llena de oficios. El Señor la manda que sirva en todo a sus hermanas. - El diablo cartero. - El torno gira y gira sin parar. Elogio que hace Ana del P. Gracián. «No se cogen rosas sin pasar por las espinas». - Visión de la Santísima Trinidad. - El Señor buscando refugio se entra por las puertas de Ana. - Ansias de padecer. - Quejándose Ana de los trabajos del torno, se le apareció el Señor en el paso del «*Ecce Homo*». Ana preparándose a salir en compañía de Santa Teresa a pasar trabajos por caminos y posadas.

Tan llena de oficios andaba la Hermana San Bartolomé por este tiempo, que apenas hallaba el suficiente para recogerse un poco en las ermitas o en otros lugares de oración. Era, como sabemos, enfermera de la comunidad y de la Santa, provisor y ayudante de la cocinera, tornera del convento y secretaria de la Madre Fundadora. ¿Cómo había de encontrar tiempo para hacer otra oración que aquella tan sublime de la voluntad de la superiora, que era voluntad del Señor? Y la voluntad del Señor era que Ana se santificase sirviendo a sus hermanas en todos estos oficios caseros, siendo la «Santa Marta» del Convento.

Ejerciendo el oficio de tornera, o de «portera»

como ella dice en sus relaciones, se vió muy favorecida del Señor y muy probada por sus hermanas. De algunas de estas pruebas y favores hablaremos en este capítulo, advirtiendo que no todo lo que aquí se dice sucedió en estos dos años que ejerció este oficio, pero sí que todo esto tuvo lugar, según ella refiere, siendo tornera en el convento de San José de Avila, que lo fué ya en otras ocasiones.

He aquí, pues, algunos episodios sueltos.

Deseando cierto día, después de comulgar, que la obediencia la dejase algún tiempo libre «para estar a solas con el Señor», la entró un gran recogimiento, y estando así toda abismada, oyó la voz de Cristo que la decía: «Levántate, que mi voluntad es que te hagas a la de todas en lo que te mandaren».

«Esto me dió gran consuelo, añade (1): ver que lo quería el Señor; que era cosa que me satisfizo para andar con más libertad; que de mi condición era amiga de hacer placer, y pensaba muchas veces si sería espíritu o amor propio. Con esto me quitó el Señor esta duda que yo tenía».

Y así, cuando estando en la cocina o en la enfermería o en la celda de la Santa Madre sonaba la campanilla del torno, corría que volaba Ana la tornera. Pero, es el caso que ¡bueno estaba el torno, por la fecha en que andamos, para dejar un minuto tranquilas a las monjas torneras! El torno giraba y giraba sin parar por estos días de nuestra historia. Cartas y más cartas, patentes y obedi-

1 *Autobiografía.*

cias, órdenes severas y recados urgentes: todo esto y mucho más llegaba de fuera a cada instante. Más cartas y más recados, más súplicas y peticiones y hasta lágrimas salían a cada minuto de adentro para afuera. Ahora era el P. Julián de Avila quien llamaba, luego el cuidadoso Don Lorenzo, después un mensajero del Nuncio Señor Segá, más tarde otro del P. Salázar o del P. Maldonado.

Por el torno entraban sin cesar las aflicciones para la Santa y para la tornera, y tantas, que dice Ana (1): «que la Santa Madre las tenía de todo y de todos tan grandes, y tan continua guerra... que no había acabado de leer una mala nueva, cuando venía otra y otras muchas, que parece que «el demonio se hacía cartero» y que por el aire traía las malas nuevas sin cesar para mortificarla; porque cada nueva mala le era un género de martirio».

El más cruel martirio se lo daban aquellas noticias que venían a Avila contra la limpieza de sus hijas y la honra del P. Gracián; porque llegaban a herirla en las niñas de sus ojos.

«En estos testimonios tan feos, continúa nuestra Hermana, ha tomado gran parte el demonio contra este Santo (el P. Gracián), y es cierto por la gran limpieza que Dios ha conservado en su alma, que creo es uno de los más señalados en estos tiempos».

No puede darse, en menos palabras, elogio más cumplido del P. Jerónimo Gracián. Aquí y en otros varios lugares se vé el gran concepto y el grande amor que Ana le profesaba, muy parecido al amor

1 P. Mir, *Santa Teresa*, tom. II, pág. 547.

y al concepto en que tenía la Madre Teresa al Primer Provincial de su Reforma. A pesar de esto, no han faltado algunos «cándidos» escritores, que hayan visto en Ana de San Bartolomé algo así ; como una «inquisidora» del P. Fr. Jerónimo Gracián! Lo que hay es que Ana, más tarde no se mostró conforme con el «gobierno blando» del P. Gracián (1).

Mas, volvamos a nuestra tornera.

Pues como se viese Ana con semejante barahunda, siempre pegadita al torno y siempre dando y recibiendo malas noticias, volviéronla de nuevo los amores de soledad y los deseos de alejarse de aquellos rumores. Ella misma nos lo refiere, diciendo (2):

«Otra vez estando portera en nuestro convento de Avila, y habiendo muchas ocupaciones, traía deseo de que me dejasen retirar un poco a la soledad. Estando en este deseo, que apenas me había recogido, vi un espino cerca de mí y en medio de las espinas rosas blancas y rojas, y dijéronme: «Ansí quiero yo que se ganen las virtudes y crezcan en su perfección: entre espinas. No se cogen rosas sin pasar por las espinas».

Cristo, nuestro Señor, era quien así la hablaba, mostrándola un rosal que florecía en el patio. Con lo cual Ana se volvió muy contenta a su torno, y el Señor tornó a hacerla grandes mercedes.

«Otra vez, dice (3), acabando de cerrar la portería, siendo portera, andaba todo el día resistién-

1 Ya lo veremos en otra ocasión. al publicar cierto *Tratado Apolo-gético*, que Ana escribió más tarde, y que atentamente nos ha enviado N. P. Silverio de Santa Teresa.

2 *Autobiografía y Diálogos*.

3 *Autobiografía*.

dome los ímpetus de amor de Dios y, tañendo a la oración, me fuí a una ermita de San Hilarión, que estaba en medio del jardín, y en poniéndome de rodillas, me recogí, y en este recogimiento me mostraron una vista de la eternidad y la Santísima Trinidad, que, aunque lo vi, no lo sé decir. Fué un cerrar y abrir de ojos y cosa muy ajena de mi entendimiento. Me mostró el Señor una majestad, que el alma sentía estar en el cielo, con el mayor deleite que se puede imaginar. Acabando la oración, tañeron a la colación, y como si estuviera en un sueño oí la campana y, así como quien va dormida, me levanté sin sentirme y me fuí al refectorio, donde, entrando con todas, parece me desperté un poco, hallándome extraña, como si fuera de otro modo que no conocía, cuando habiéndome sentado con las demás Religiosas a la mesa, me cayó un poco de agua en las manos, y entonces volví en mí como quien despierta de un profundo sueño.

»De esto me quedaba más recogimiento del que traía de ordinario y un silencio en el alma, que cualquiera cosa que había de hablar era tan corto que me tornaba al gusto de mi silencio que era grande».

Así, tan sencillamente, con tanta inocencia y candor cuenta Ana los más altos favores que recibía del cielo ejerciendo su oficio de tornera. ¿Qué extraño que siendo como era, se le ocurriesen los más ingeniosos modos de corresponder al amor de aquel Esposo que tan abiertamente la mostraba los tesoros de majestad y de su gloria?

«Una vez me dió un deseo, dice (1), un viernes de la Cruz, a imitación del Señor y de su Pasión, me diera el Sacristán nuestro de bofetones. El, como yo era portera, me tenía por buena. Yo deseaba desengañarle y díjele un día: «¿Quién pensáis que soy? Sepa que soy muy pecadora, y que he andado por el mundo» queriendo darle a entender que era mala mujer. El lo creyó y díjele: «Por esto te ruego que de aquí adelante lo creas, y cuando entraren esos hombres con la madera (que traíamos obra), que digas a uno que a aquella Monja que abre la puerta, que la dé de bofetones encima del velo. Harásme gran placer; yo te daré alguna cosa. Y el mozo lo hizo así. Abriendo la puerta, el hombre me los dió. Después reparé en lo que había hecho, y que no era bueno, ni de edificación para la casa; y como me dió escrúpulo, díjelo al confesor, y riñóme muy bien, y él lo dijo a nuestra Santa que estaba allí por Priora, y ella calló; no me dijo nada; mas, mandó que nunca se abriese la puerta sin estar dos Religiosas presentes; que como era al principio y éramos pocas, no se había hecho esta orden hasta entonces».

Sólo el amor de padecer, llevaba a nuestra Hermana a discurrir cosas tan peregrinas. El Señor debía de gustar de esta sencillez e ingenuidad de su Sierva, cuando viéndose perseguido por el mundo, iba a refugiarse al convento de San José, y vez hubo en que siendo Ana portera, entróselas de esta suerte el Señor por las puertas.

1 *Autobiografía.*

«Estando, dice ella (1), en este convento de Avila un Miércoles de la Semana Santa pensando en los trabajos que le acercaban a Cristo, recogíme un poquito, y en esto se me apareció el Señor como un hombre que andaba huyendo porque le querían prender, y se entra por las puertas de un su amigo: así se me entró a mí el Señor. Venía tan alterado como otro hombre que vuelve a mirar los que vienen a prenderlo, y no me decía nada. Yo me sentí tan afligida, que le dije: «Señor, ¿qué queréis? Aquí está mi corazón: entráos en él». Mas, sin decirme nada, se volvió a salir, y dejóme bien traspasada su aflicción».

A pesar de estos y de otros semejantes favores que el Señor hacía a Sor Ana la tornera, ésta parece que no veía con buenos ojos aquel bendito torno, que era para ella un gran tormento, y si nunca nos dice que pidió el que la quitaran otros oficios más pesados y humildes, a cada paso repite que pedía continuamente el que la dispensaran de ser tornera. Pero, a cada paso también, el Señor la manifestaba lo mucho que El quería verla en el torno y a la puerta del convento de San José, sin duda porque el Buen Jesús no hacía más que llamar a aquella puerta, cuando le perseguían, y ya la encontraba abierta.

Para dar más alientos a su sierva, el Señor se presentó a ella un día como ejemplar y modelo: «Ecce Homo».

«Otra vez, dice Ana (2), yo estaba que había pedido a la Perlada me quitase de la puerta. Por

1 *Autobiografía.*

2 *Autobiografía y Diálogos del P. Gracián.*

algunos respetos no me lo concedió, y un día estando en la Misa, estaba con pena, y de la pena me elevé en oración, y estando así, me apareció el Señor en el paso del «Ecce Homo», como cuando Pilatos le sacó al pueblo: coronado de espinas, atadas las manos, y una soga a la garganta, y todo llagado, y toda aquella gritería de los judíos, que me entraba en la cabeza, diciendo: «¡Crucifícale, crucifícale!» Y llegóse a mí el Señor, y con habla amorosa me dijo: «Hija: ¡mírame cuál estoy! ¿Párecete que son tus trabajos como los míos?» Estas palabras entraron en mi corazón como saetas y me dejaron tan inflamada, que quedé muy alentada a padecer mucho más que se me ofreciera.

»Esta visión desapareció luego y acordéme de lo que el Señor me había dicho antes: que pasaría mucho. Yo quedé fuera de mi flaqueza, que me quejaba de poco, acordándome de la visión y trabajos que había de pasar en compañía de la Santa. Estos, como ella estaba tan enferma, y en los caminos ella los pasó más que no yo, mas yo los sentía más de lo que sé decir, por la poca comodidad que había en las posadas para acudirla».

Tenemos, pues, a nuestra Hermana preparándose a salir en compañía de la Santa Madre a correr por ventas y caminos, buscando la gloria de Dios y el bien de las almas. Así es que, dejando el convento de San José de Avila en donde la hemos seguido en los oficios más humildes de la Comunidad, sigámosla siquiera en los principales pasos que va a dar como Compañera inseparable de la Reformadora del Carmelo.

CAPITULO X

La compañera inseparable de Santa Teresa

(1579-1582)

Ana compañera de la Madre Visitadora. El itinerario de las visitas. - Ana cronista de viajes y fundaciones. Visitando el convento de Valladolid. Encuentro de las dos pastorcitas del Almendral. Hablando con Catalina de Cristo en Medina del Campo. - Las coplas de Isabel de los Angeles en Salamanca.

No pocos historiadores y cronistas de la Orden hablan de Ana de San Bartolomé como inseparable compañera de Santa Teresa durante doce o catorce años. Hay que corregir aquí este visible error cronológico (1).

Muy cierto es que desde que entró Ana en San José de Avila y tuvo ocasión de ver allí de vez en cuando a la Madre Fundadora, y de vivir en su compañía estos dos años, del 77 al 79, fué nuestra Hermana muy compañera de la Santa y se ocupaba en servirla y ayudarla más que ninguna otra, como

1 Proviene del haber dicho Ana en su *Autobiografía* que sirvió a la Santa «catorce años, poco más o menos». Ya decimos arriba cómo se entiende.

hemos visto. Pero en cuanto a compañera de viajes y de fundaciones, solamente lo fué en los últimos tres años de la Santa Reformadora. Lo que hay es, que los últimos tres años de la vida preciosa de Nuestra Santa Madre, fueron los más abundantes en penas y trabajos; fueron para ella algo así como los tres años de fatigas evangélicas para el divino Maestro, y que habían de terminar en una calle de amargura, en una pendiente de Calvario, en una especie de crucifixión y de abandono de parte de algunas hijas muy amadas.

El Señor había anunciado a nuestra Hermana que había de pasar muchos trabajos en compañía de su «amiga» Teresa. Este anuncio se iba a cumplir a la letra. Y con esto hay más que suficiente para dar a la Beata Ana de San Bartolomé el título glorioso de «Compañera inseparable de Santa Teresa de Jesús».

Es imposible en estos cuadros seguir paso a paso a estas dos celestiales Andariegas durante estos tres años. Eso lo dejaremos para cuando nos podamos mover en más ancho campo. Aquí solamente indicaremos las piedras miliarias que dejaron esas santas en su camino, las más hondas huellas de sus benditas plantas, los trazos que ponen más de relieve sus semblanzas celestiales, los rasgos más salientes de sus recíprocos y castos amores: empresa la nuestra no muy fácil que se diga, por haber tanto bueno en donde escoger y tener tantas cosas buenas que dejar.

El 10 de Junio del 1579 escribía la Madre Te-

resa al P. Jerónimo Gracián (1): «Por esta carta verá vuestra Paternidad lo que se ordena de la pobre vejezuela». En efecto, allí dice que lo que se ordenaba a la pobre vejezuela era salir a visitar sus conventos, y esto con mandamiento formal del P. Angel de Salazar, Vicario General de los Descalzos, quien amenazaba a la Madre Teresa con graves penas sino lo hacía.

No necesitaba, en verdad, extremar tanto sus órdenes el P. Salazar, cuando una insinuación bastaba para poner en movimiento a la Santa Reformadora del Carmen y hacerla ir al un cabo del mundo, cuantimás a visitar a sus hijas de cien leguas en contorno, por más enferma y «vejezuela» que estuviese.

Mientras Ana preparaba las provisiones y medicinas para el viaje, ni ricas ni costosas, la santa Madre escribía largas cartas a las Prioras cuyos conventos se proponía visitar. A su sobrina María Bautista, Priora de Valladolid, le decía que advirtiese esto a sus hijas (2): «Dígales que no me hagan ruido de estos recibimientos, y a vuestra reverencia pido lo mismo, que cierto lo digo que me mortifican en lugar de darme contento... Miren que no hagan otra cosa, sino me quieren mortificar mucho». Y esto mismo advertiría a las demás Prioras, las cuales solían echar estas advertencias en saco roto, aun a trueque de mortificar a su humildísima Visitadora, creyendo que el Señor se lo perdonaría fácilmente a ellas, en gracia del amor que tenían a la Santa.

1 *Epistolario*, carta 259.

2 A 21 de Junio de 1579. *Epistolario*, carta 241.

Todo listo y preparado, el 25 de Junio salieron las divinas Andariegas a girar la visita a los conventos de Descalzas. Esta vez la pobre «vejezuela», según ella se decía, llevaba un buen báculo en que apoyarse: éralo su hija Ana de San Bartolomé, a la sazón en el vigor de su vida y de sus fuerzas. Tenía Ana muy cerca de treinta años. Era sana, resuelta y fuerte, al parecer; pero no la faltarían enfermedades tampoco.

El itinerario marcado por la Santa para visitar los conventos, comprendía Valladolid, Salamanca, Toledo y Malagón, como lugares que reclamaban su visita; aunque también había de entrar en los que encontrara de camino para consolar a todas sus hijas.

Nuestra Ana empezó a ser ahora cronista de estos viajes. A ella debemos muchas noticias que, sin su cuidado en recordarlas, hubiéranse ignorado para siempre. Otro favor más que la debemos los hijos y amigos de la Santa.

El viaje desde Avila a Valladolid lo refiere minuciosamente y con harta gracia, en verdad, haciendo resaltar la mucha que tenía su Madre para ganarse las voluntades de todos cuantos la trataban, empezando por el Padre que llevaban por compañero, no muy afecto a la Santa, pero a quien esta supo ganar desde los primeros momentos, dándole las mejores imágenes que llevaba y mostrándole mucho amor por el camino.

En Valladolid se prolongó la visita casi un mes. Allí la buena Madre tuvo que hacer harto con la Priora, por los negocios que ésta traía entre manos, sin dar cuenta, a veces, a su santa tía. Y es que:

María Bautista era excelente Religiosa, pero con dos grandes defectos a juicio de la Santa: uno era «el de querer meterse en todo, dando consejo, sin pedírselo, sobre todos los negocios»; el otro «el ser muy amiga de salirse con la suya». Así muy claro, se lo decía la Madre Visitadora en la misma carta en que la anunciaba su visita (1). ¡Y bien que hizo sufrir por esto, tres años más tarde, la buena sobrina a su santa tía! Ya nos lo contará la Secretaria de la Madre Visitadora a su debido tiempo.

La víspera de salir de Valladolid para Medina, cayó enferma de cierta gravedad Ana de San Bartolomé, lo cual hubo de causar gran pena a la Santa Madre por más que lo disimulaba. No hay más que leer lo que dice Ana a este propósito (2): «La Santa estaba ya tan acomodada a mi pobre y grosero servicio, que no se hallaba sin mí, tanto que un día me dió una calentura grande y ella se había de partir otro día de allí, para ir a visitar sus Monasterios. Yo no estaba para caminar, al parecer, y ella me dijo: «No le dé pena, mi hija, que yo dejaré mandado que en quitándose la calentura, me la envíen luego». Y a la media noche me llamó y dijo que cómo me hallaba; y yo miré y no tenía calentura, y ella se levantó de su cama y me vino a ver, y dijo: «Es verdad, hija, que no la tiene. Bien podremos caminar, que yo lo deseaba y la encomendaba a Dios».

»Así fué que nos partimos a la mañana».

A la mañana salieron de Valladolid. Era el 30 de Julio.

1 *Epistolario*, c. 241.

2 *Autobiografía*.

Cuando llegaron a Medina del Campo, Ana tuvo uno de los placeres más dulces de su vida. Allí encontró, ya profesa y freila como ella, a su prima Francisca, la compañera de su infancia, y a quien ella en su correspondencia da siempre el dulce nombre de «mi hermana». Allí se contaron sus impresiones angelicales. ¡Lo que la Santa Madre gozaba oyendo hablar a sus dos endiosadas hijas de velo blanco! ¡Lo que se gozaban ellas en recordar en los claustros del Carmelo sus recuerdos de la infancia en las serranías del Almendral!

Francisca salió de allí dos años después de Ana, y estuvo otros dos años viviendo en casa del P. Julián de Avila en compañía de un hermano suyo; porque como era muy enfermiza cuando pretendía ser carmelita, esperaban las monjas a ver si se curaba, para admitirla, y de ahí el que la permitieran quedarse en casa del santo capellán del convento, por no darla el desconsuelo de volverse al Almendral. Luego mejoró mucho, y pudo entrar en San José de Avila. Poco después de haber tomado el hábito, enviáronla al convento de Medina, por ver si aquel clima la estaba mejor. Pero, allí siguió un día mal y otro peor y siempre con poca salud. Las Religiosas, viendo que no la tenía, y menos para freila, pensaron en despedirla. Ella lo supo en ocasión que la Santa Madre pasaba por Medina, en Enero de 1575, y se fué llorando con su pena a la celda de la Santa. Mas, la Santa, por toda respuesta, la tomó de la mano, llevóla al refectorio y díjola: «Mi hija: ¿podrá desdoblar estas servilletas?» Y respondiendo Francisca que sí, concluyó la Santa: «Pues esto basta». Como a pesar

de todo, la viese afligida y temerosa de que al fin la echarían, díjola nuestra Madre con entrañas verdaderamente maternas: «No tenga pena, mi hija, que no saldrá de la Religión: yo la tengo de tener aquí, aunque tuviera que cargar con ella sobre mis espaldas» (1).

Todo esto y más contaba Francisca a su prima Ana; y Ana contaba a su prima Francisca cosas más grandes y maravillosas de la Madre Teresa.

En estas conversaciones tomó parte más de una vez otra insigne hija de la Santa y hermana muy querida de Ana de San Bartolomé. Basta decir su nombre para saber sus hazañas, y recordar la santidad de su vida. Se llamaba Catalina de Cristo. Santa Teresa dijo de ella, cuando las Religiosas titubeaban en elegirla para su alto cargo: «Catalina de Cristo es Santa, y eso la basta para ser excelente Priora». Y muy excelente que lo fué en varios conventos, y, sobre eso, fué fundadora del de Barcelona en donde murió en olor de santidad, y del de Pamplona en donde se conserva su cuerpo incorrupto hasta nuestros días.

Continuando su camino la Madre Visitadora y su Secretaria, se dirigieron a Salamanca, deteniéndose un poco en Alba de Tormes: lo necesario y no más para descansar algo y recrearse en aquella comunidad en medio de la cual había de reposar luego más largamente la Santa.

A mediados de Agosto ya estaban en Salaman-

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. IV, lib. 17, cap. XXIII. Allí se inserta una ligera biografía de la Hermana Francisca de Jesús con algunas inexactitudes en las fechas, que procuraremos señalar en la *Vida de Ana de San Bartolomé*.

ca las celestiales viajeras, y allí permanecieron dos meses y medio.

La ida de la Madre Visitadora a Salamanca y los negocios que allí tenía, eran de los más delicados y apremiantes. Se trataba del enojoso asunto de aquella casa, que tanto le dió que sufrir, y quería librar a sus hijas de las molestias e importunidades continuas del quisquilloso caballero don Pedro de la Banda.

Quieren decir algunos que aquí aprendió a escribir Ana de San Bartolomé; pero bien sabemos nosotros que aunque «Salmantica docet», y aunque allí se enseñan muchas cosas, ya había aprendido a escribir para estas fechas la Secretaria de la Madre Visitadora, sin que tuviera necesidad de que se lo enseñara Salamanca. Pero, siempre se dirá que quien la enseñó a escribir fué Santa Teresa, Doctora por Salamanca: con lo cual siempre queda aquella Escuela con cierta gloria.

Lo que tal vez sucedió fué que hasta entonces tendrían oculto aquel milagro la Madre y la hija, y no lo podrían encubrir ninguna de las dos en Salamanca, ya por los negocios que habían de tratar, ya porque verían escribir a nuestra Ana algunas monjas de aquellas que sabían que la sencilla freila no entendía de escrituras. Es muy probable que Ana fungiera en Salamanca de Secretaria de Santa Teresa cuando ésta dirigió desde allí aquellas «cartas terribles» a la Priora de Sevilla, citadas en la única que se conserva de las que pudo escribir o dictar la Madre Teresa durante los

dos meses y medio que permaneció en la Atenas española (1).

Los quebraderos de cabeza que allí tuviera la Santa Visitadora se los aliviaría mucho su Secretaria, y no poco también aquella Isabel de Jesús, que solía cantar cada vez que la Santa Madre llegaba a Salamanca aquella coplilla que tantas veces arrobó a la Mística Doctora:

«Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Y muérame yo luego».

¡Cuáles serían los sentimientos de Ana de San Bartolomé al oír esta copla arrobadora cantada con tanta gracia por Isabel de Jesús, y viendo arrobada y extática a su Madre Teresa de Jesús!...

1. *Epistolario*, c. 253.

CAPITULO XI

La compañera inseparable de Santa Teresa

(CONTINUACION)

Ana con la Madre Fundadora.—Por caminos y posadas.— La Secretaria y el *Letradillo* de Santa Teresa en Toledo. — Trabajando con los obreros en Malagón.— Las tres Anas: hijas las más ilustres de la Reformadora del Carmelo.— Celestial serenata a Santa Teresa en una posada.— Las flores olorosas de La Roda.— Glorias y trabajos en Villanueva.— Lances y percances de la vuelta. En la venta de la Fuenfría. Muerte de Don Lorenzo de Cepeda.— Zestamentos, testamentarias y testamentarios.

En los primeros días del mes de Noviembre de este año de 1579 están ya en Avila, de vuelta de Salamanca, la Madre Teresa y la Hermana San Bartolomé. La pobre «vejezuela» apenas si se detuvo esta vez en el nido de su amor a tomar algún respiro. Enferma y todo como estaba, salió para Malagón en donde la esperaban como el agua en Mayo; aunque ella se puso en camino sin esperar a que cesasen los aguaceros de Noviembre. Ana tuvo que preparar para este viaje más repuesto de medicinas, porque estaba la Santa más enferma, el viaje era más largo y la estación más expuesta a

contratiempos. La víspera de la partida, tuvo la Santa un ataque de perlesía. Así y todo, al día siguiente se puso en camino para Toledo.

Sobre esto dice Jerónima del Espíritu Santo (1): «Viniendo a Malagón, estando en Avila para ir a Toledo, habiendo de partir otro día, le dió a la dicha Madre Teresa una perlesía, y que a otro día partieron y les llovió por tres días, de manera que se tiene por milagro no les hiciese mal, porque no pudieron enjugarse, y fué cosa muy recia los días que pasaron».

De las lluvias, temporales, fatigas y angustias de estos viajes, nos da una idea Ana de San Bartolomé en sus relaciones, aunque resulte pálida la descripción al lado de la realidad, sobre todo si se tienen en cuenta la edad y los achaques de la divina Andariega. ¡Lo que sufriría el tierno y compasivo corazón de la hija al ver a su vejezuela idolatrada por aquellos caminos anegados, por aquellas hondonadas y torrenteras, por aquellos mesones y ventorrillos; con soles y aguaceros, con hielos y ventiscas, unas veces sin provisiones confortantes, otras sin medicinas adecuadas, y siempre sin tener a mano aquello que la buena hija hubiera deseado para regalo y alivio de su madre! Y luego, luego... los chistes mal sonantes de los viajeros que a las veces topaban por los caminos, las palabras repiqueteadas de los carreteros, alguna burla dejada caer a su lado, algún insulto tirado de frente, la mucha algazara chiquillesca al entrar en ciertas aldeas, la mucha bulla arrieril de ciertas posadas, y

1 En las Informaciones de Madrid, *Memorias hist.* N. n. 17.

en todas partes mucho «padecer» o mucho «morir» por la gloria de Dios.

Todo esto y más lo certifica en una de sus Relaciones Ana de San Bartolomé, juntamente con las amistades y buena fama que iba dejando la Santa por doquiera que pasaban.

«Muchas personas vi, dice (1), muy contrarias a la buena opinión que se podía tener de sus cosas; y, en sabiéndolo la Santa Madre, los buscaba, si estaban en parte donde los podía haber; y trataba con ellos lo que le parecía los hacía más dudar; y quedaban tan llenos y satisfechos que era para alabar a Dios.

»Espantábanse mucho los que la acompañaban por los caminos de ver los trabajos e infortunios que se nos ofrecían, que a ellos los hacían desmayar, y ver a la Santa con tan buen ánimo en todo, y alentarse como sino pasara por ella mal ninguno.

»Algunos días caminaba siendo todo el día de agua o nieve, y sin hallar poblado en algunas leguas, ni llevar alguna defensa para no se mojar; y llegaba a la noche a algunas posadas donde no había lumbre ni con qué la hacer ni qué comer; y el abrigo de la cama y aposento donde estaba era verse el cielo; y el agua que caía de él entraba en el mismo aposento. Y acaecía algunas veces tener los vestidos calados.

»De esta manera y otras semejantes la vi andar por los caminos, y con tanto espíritu y alegría que parecía que se iba deleitando en padecer. Y

1 Relación del Archivo de San José de Avila. La acaba de publicar íntegra en su *Biblioteca Carmelitana*, el P. Silverio, t. II, pp. 232-241.

bien mostraba esto; porque nunca reparaba, por mal tiempo que hiciese, en dejar proseguir sus caminos con todas las enfermedades que tenía.

»Decía a los que iban con ella en tales tiempos: «Tengan mucho ánimo, que estos días son muy ricos para ganar el cielo». Dijo el que iba con ella, que debía ir bien trabajado: «También me lo ganara yo desde mi casa».

»Aconteció llegar a una posada una noche de las dichas bien necesitada de abrigo, porque de la mucha humedad de los vestidos le había dado mal de ijada y perlesía; y estando yo con ella y viéndola con grandes temblores, salí a buscar lumbre para calentarla un paño. Viendo esto una persona de bien que estaba en la posada, empezó a decir muchos baldones sobre la Santa Madre, cosas que parecía la movía el demonio, porque de personas semejantes no se podía creer tal, porque era un religioso, sino que lo debía Dios de ordenar para que la Santa padeciese; y con todo su mal lo llevó con mucha alegría y conformidad, pareciéndole no merecía ella oír otras cosas de él».

Pues calados los hábitos, enferma la Madre y sufriendo la hija, entraron las dos santas andariegas en Toledo, corrida ya más de la mitad del mes de las Animas. Pero, puede asegurarse que apenas se detuvieron en la ciudad imperial, sino el tiempo necesario para secar los vestidos y dar un poco de consuelo a aquellas santas Religiosas.

En Toledo conoció la Secretaria al «Letradillo» de la Santa. Así llamaba la Madre Teresa a su hija María de Jesús. Era ésta la novicia que la Madre Fundadora envió por el mes de Agosto de

1577 a las Religiosas de Toledo con la siguiente cartica (1): «Hijas: ahí se la envió con cinco mil ducados de dote, pero hágoles saber que ella es tal, que cincuenta mil diera yo de buena gana. Mírenmela no como a las demás, porque espero en Dios, que ha de ser un prodigio».

Era María de Jesús de natural endeble y enfermizo, por lo que las carmelitas de Toledo vacilaban en admitirla a la profesión y hasta hubieron de pensar en despedirla, y aun hubieron de escribírselo a la Santa. La Fundadora tomó la pluma, y escribió a las monjas de Toledo, diciendo «que si no daban la profesión a María de Jesús, ella se la llevaría a Avila, segura de que sería más dichoso que todos el convento que la tuviese».

Sobre la conciencia de su Santa Madre, diéronla en Toledo la Profesión a 8 de Septiembre de 1578, y no les pesó de ello. En esta visita se confirmó la Madre Visitadora en el juicio que había formado de aquella «Religiosa-prodigio», y cuando la vió profesada y elogiada por la Priora y por todas, hasta el punto de que la dijieran que sería santa con el tiempo, interrumpió la Madre Fundadora con viveza: «María de Jesús, no sólo será santa, sino que lo es». Y después que hubo examinado atentamente el espíritu de la Religiosa-prodigio, todavía añadió la Madre Visitadora: «Mucho me han dicho de ella; pero ahora que la veo, digo que es más de lo que me han dicho».

Como la Santa dijo todo esto delante de Ana de San Bartolomé, ésta cobró un amor especial a

1 *Epistolario*, c. 159.

María de Jesús, como se lo cobraba a las hijas más amantes y amadas de su santa Madre, hasta tenerla que reprender por esto, más de una vez, como ella dice, Santa Teresa. ¡Y buenos parrafillos que se echarían en Toledo, ésta y otras veces que estuvieron juntas, la Secretaria y el Letradillo de la Reformadora del Carmelo!

El 25 de Noviembre llegaron a Malagón nuestras viajeras, después de un viaje de los más penosos que tuvieron, como dice en su relación la Cronista de estos viajes.

Con las malas noches que pasaron por los caminos, con los fríos, escaseces y malas venturas de las ventas, llegó la Santa Madre tan enferma que, para decirlo con una frase de Ana, «no tenía cosa en su cuerpo que no le doliese».

Con todo eso, apenas llegó, empezó a tratar del traslado de sus monjas a la nueva casa. Dijéronla los oficiales que había obra para más de medio año, antes de que se pudiese habitar en ella. La Santa, al día siguiente, en amaneciendo, se levantó y fué a ver la obra y halló ser verdad lo que decían los oficiales; pero dijo que había de hacer de manera que el día de la Purísima Concepción que era de allí a trece o catorce días, se pasasen las monjas a ella. Y así sucedió en efecto, con gran espanto y admiración de obreros y de Religiosas, y más de su compañera, por haberla visto tal cuando llegaron; y luego ayudó tanto a la obra, según nuestra Cronista, que la Santa «era la primera que tomaba la espuerta y la escoba», con el deseo que tenía de dejar la casa concluída cuanto antes y como una tacita de plata de limpia, para

apoyar en ella a sus hijas el día señalado de la Inmaculada. Y si la pobre vejezuela era la primera, bien podemos pensar que Ana, joven y habituada a tales menesteres, no fuera la última en tomar la espuerta y la escoba.

Estando en Malagón la Madre Fundadora vinieron a proponerla lo que desde hacía algunos años deseaban los buenos vecinos de Villanueva de la Jara: una fundación de Carmelitas Descalzas. La Santa se había resistido antes a llevarla a cabo por muchas razones muy atendibles que tenía, y que ella misma cuenta en el «Libro de sus Fundaciones» (1). Pero esta vez no pudo resistir a las súplicas que interpusieron en favor de aquella casa, sus hijos los Carmelitas Descalzos de La Roda, en especial su Prior Fr. Gabriel de la Asunción, «persona muy avisada y sierva de Dios», y el venerable viejo Fr. Antonio de Jesús, que estaba cumpliendo su destierro en el convento de La Roda.

Cuando todo quedó ultimado, el P. Fr. Gabriel y el P. Antonio fueron a buscar a Malagón a la Madre Teresa, a su compañera y a las demás fundadoras de Villanueva, poniéndose en marcha la caravana a 13 de Febrero de este año de 1580, con las consiguientes peripecias de coches, carros y carreteros.

Entre las fundadoras iba otra de las hijas de más viso que tenía la Madre Teresa. Se llamaba Ana de San Agustín, quien, con las dos que ya conocemos, formaba el número escogido de las «tres

1 Cap. XXVIII.

Anas», o sea de las tres compañeras de Santa Teresa que más de cerca siguieron sus pasos en la vida.

Ana de San Agustín iba a Villanueva en el mismo coche de la Santa Madre y de Ana de San Bartolomé, y en la misma habitación pasaban las noches en las ventas o mesones de las diferentes jornadas. Por cierto que «en saliendo de un lugar, dice el P. Ribera (1), se quebró el coche en que iba la Madre, y no se vió, como era de noche, el daño que se había hecho; y anduvieron así tres leguas hasta otro lugar; y cuando allí vieron el coche, todas se espantaron cómo había sido posible caminar con él y el que lo gobernaba decía que parecía milagro».

En uno de estos pueblos en donde se detuvieron a pasar una noche, dieron los ángeles una serenata celestial a Santa Teresa: serenata de que gozaron también sus dos compañeras de habitación: las dos Anas.

La de San Agustín lo refiere de esta manera (2):

«Nos habíamos detenido a pasar la noche en una posada de un pueblecillo cuyo nombre ignoro, porque yo conocía muy poco aquella región y jamás había estado en ella. Yo me hallaba con una de mis compañeras, llamada Ana de San Bartolomé, en la misma habitación de la Santa Madre, porque nosotras estábamos ordinariamente en su compañía. Durante la noche oímos una melodía que parecía venir del cielo; y en verdad, no era posible dudarle, ya por su extraordinaria dulzura, ya tam-

1 *Vida de Santa Teresa*, lib. III, cap. IX.

2 Deposition jurídica para la Canonización de Santa Teresa.

bién porque en aquel lugarejo no podía haber música semejante. Además de esto, lo que se percibía era como una música celestial en que agradecían a la Santa el camino que hacía por aquella fundación con palabras que bien parecían ser del cielo.

»Ana de San Bartolomé, viendo que yo dormía, empezó a despertarme suavemente, diciéndome que escuchase aquella música. Yo entonces la oí con toda claridad. Volviendo en mí, parecíame pasar del sueño al éxtasis. Yo estaba encantada de aquella melodía extraordinaria que Ana de San Bartolomé me dijo que escuchase, y de la suavidad con que ella me despertó, y yo la respondí al instante. Nosotras mutuamente quedamos convencidas que aquella música era una música del cielo».

Con noches como ésta, por bien empleados podían dar las dos Anas los trabajos pasados durante el día en compañía de su Santa Madre. Continuando su camino, quiso la Madre Fundadora visitar a sus hijos los Descalzos de La Roda. Ellos, que la esperaban, salieron en procesión a recibirla, y entraron con ella «en la ilesia con un «Te Deum» y voces muy mortificadas», como ella dice. Pero, por más que advierta que «salieron los frailes a recibir a su Prior con mucho concierto», nos parece, con perdón de la Santa, que el concierto de tal procesión y el canto de aquel «Te Deum», fué totalmente por la Madre Fundadora; pues, aunque su humildad no lo creyera así, bien sabía ella que no salían los frailes en procesión, ni cantaban el himno ambrosiano cada vez que llegaba el Prior a su convento. Ya sabemos que la Santa era amiga

de echar a otros las flores y quedarse ella con las espinas.

A propósito de flores: Cuando la Santa hubo visto el convento, y tratado a sus Descalzos de La Roda, salió de allí diciendo: «Parecióme estar en aquel florido tiempo de nuestros santos Padres. Los Religiosos en aquel campo con sus capas pobres de sayal y descalzos, parecían unas flores blancas y olorosas, y así creo lo son a Dios, porque a mi parecer es allí muy servido de veras».

¡Y poco que gozaría nuestra Ana de San Bartolomé viendo aquellas flores y andando en aquella procesión y oyendo aquei «Te Deum» y contemplando aquel recibimiento hecho a su «pobre vejezuela!»

Pues el otro, el recibimiento que hizo Villanueva, con su Ayuntamiento a la cabeza, a la Madre Fundadora y a sus hijas, y la procesión y la solemnidad y las fiestas y agasajos, fueron para alabar a Dios, y para hacer derramar muchas lágrimas de consuelo a la que tantas vertía de dolor viendo a su Madre maltratada y dolorida por los caminos.

Mientras Santa Teresa se entretiene en el mismo libro de sus «Fundaciones» en contar las fiestas que la hicieron en Villanueva, su Cronista Ana nos cuenta sus trabajos y la enfermedad que puso a su Madre al borde de la muerte.

«Un día, dice (1), en la fundación de Villanueva de la Jara, no había agua sino en un pozo muy hondo, y la Santa hacía poner un torno para que

1 *Autobiografía*.

se pudiese sacar el agua con más facilidad, y fué a ver cómo se hacía; y mirándolo, el oficial se descuidó y antes de atar el torno, se soltó; y como Dios la amaba, la quiso dar en que merecer, saltando el torno sobre el brazo malo, que la lastimó de nuevo; y a pocos días, se hizo una apostema en aquel lado que estuvo de muerte, si Dios no nos hiciera merced de dejárnosla otro poco... Esta pena de la Santa nos era a sus hijas la muerte, y a mí en particular» (1).

En fin, sana como quiera, o más bien enferma de muchas maneras, salieron nuestras santas de Villanueva el 20 de Marzo, acompañadas del venerable viejo Fr. Antonio de Jesús, compañía que hubieron menester para salir bien libradas de los lances y percances del camino, desde Villanueva a Toledo.

Es el caso que «llegando un día, dice Ana (2), a un lugar que se llama La Puebla, en la Mancha, era día de la Encarnación (25 de Marzo), y fuése a apear (la Santa) a la iglesia para oír misa y comulgar; y viéndola los de la Iglesia, dijeron que aquella mujer traía malos pasos, que sería bien prenderla; y como la vieron recibir el Santísimo Sacramento, llegáronse a ella muy escandalizados, que, ¿cómo había comulgado? que primero que de allí saliese harían probanza de quién era.

»A la Santa Madre le dió mucho gozo de ver la opinión en que la tenían; y así no les respondió cosa alguna.

1 Consérvase aún el pozo en un patio del Convento.

2 Relación de Avila.

»Aquí pasó tanto en el alboroto que hubo en la iglesia, que no es nada lo que se puede decir, según lo que yo vi; y había grandes fiestas que tenían para aquel día, porque era la vocación de la Iglesia; y todo estuvo suspenso; porque todos estaban alborotados hasta averiguar qué gente era ésta; que no estaban para entender en fiesta alguna. Y a tanto llegó este alboroto, que fué menester que la Santa Madre y los que veníamos con ella nos metiésemos en el coche, para que no nos viesen, aun antes que comiésemos bocado; y a no traer la compañía que traía, que era el Padre Fray Antonio de Jesús, que le conocían por aquellas tierras, pasara la turbación adelante».

Después de estos lances y percances, pudieron pasar adelante nuestros viajeros y llegar a Toledo al día siguiente, 26 de Marzo.

Allí cayó tan enferma otra vez la Santa, que de nuevo creyeron que se moría. Gracias a los cuidados de su enfermera, se pudo ir reponiendo poco a poco. El 7 u 8 de Junio salió para Madrid acompañada del P. Gracián y de su inseparable compañera para tratar en aquella fundación, que no se alcanzó a lograr todavía.

En la Corte pudo conocer Ana algunas personas graves de aquellas que tanto la estimaron después, y allí pudo aprender también el modo que la Madre Fundadora usaba al tratar con príncipes y señores de la tierra: cosa que Ana había de aprender para cuando se viese en semejantes ocasiones con el rodar de los años.

De Madrid salieron nuestras andariegas para Se-

govia acompañadas del P. Gracián, camino de las Rozas, Torreledones y puerto de la Fuenfría.

Aquí tuvo lugar un lindo episodio que cuenta el P. Gracián en sus diálogos con Ana, y que ambos recordaban con fruición, muchos años más tarde, en el locutorio de las Carmelitas Descalzas de Amberes.

Dice el P. Gracián a la Madre Ana, pues ya era entonces Madre y Fundadora (1):

«Ya os acordáis cuando íbamos de Toledo a Avila (pasando por Segovia), y que aquella noche en la venta de la «Fuenfrida» salimos ella y vos e yo, cabe una fuente, por el gran calor que hacía dentro de la venta; y las excelencias que dijo mirando el cielo del agua, que llamé de cristal, de quien ella era muy devota, por habelle yo dicho que en él se habían criado los ángeles; y porque significaba la pureza del alma; que pluguiera a Dios que yo las tuviera escritas para que nunca se me olvidaran, que fueran doctrina provechosa para toda la vida».

El 13 de Junio llegaron nuestros viajeros a Segovia. Unos quince días más tarde recibió nuestra Santa la triste noticia de la muerte de su querido hermano D. Lorenzo de Cepeda acaecida en Avila el 26 de Junio. Murió D. Lorenzo con la muerte del justo, y «estando rogando la Santa por él en el coro de Segovia, el Señor la reveló cómo el alma de su hermano había ya salido del Purgatorio» (2).

1 Diálogo 3.º

2 P. Yepes, *Vida de Santa Teresa*, lib. III, cap. XVII.

El 6 de Julio partió la Madre Reformadora para Avila con el fin de arreglar los asuntos de familia y los trastornos que, naturalmente, había de traer consigo la muerte de su hermano.

Nuestra Ana siguió paso a paso los de su Madre, siendo tan compañera en sus pesares, como confidente en sus negocios y amarguras. Así, pues, nadie se extrañará más adelante el oír hablar, con tanto conocimiento de causa, a la Secretaria de Santa Teresa de testamentos, testamentarias y testamentarios.

CAPITULO XII

Ana, heredera del Espíritu Teresiano

(1581-1582)

Por qué Santa Teresa pretendió tantas veces que Ana de San Bartolomé dejase el velo blanco y tomara el velo negro. — Los trabajos de Madre e hija en la fundación de Burgos. — La pena que causó a la Madre Teresa su coadjutora Ana de Jesús, fundadora en Granada. — El reproche que la dirigió la Santa. — Ana de San Bartolomé viene a ser ahora la «discípula amada» de Teresa. — Su semejanza con el discípulo amado de Jesús.

Parecerá quizás a alguno que este cuadro, por el título y la materia, debería ocupar otro puesto en esta galería, y sin embargo, en este lugar encaja perfectamente.

El varón avisado y la mujer fuerte otorgan siempre testamentos en plena lucidez de la vida, sin esperar a que lleguen las sombras de la muerte; siquiera el heredero no entre en posesión de su legítima sino después de muerto el testador.

Con tiempo, pues, pensó la Reformadora del Carmelo en hacer algo semejante con la Hermana Ana de San Bartolomé: de aquí el instarla repetidas veces a que dejase el velo blanco de las freilas, y tomase el velo negro de las coristas.

Es imposible seguir en tan estrecho mapa, como el que nos hemos trazado, el derrotero que seguían sin parar casi, en estos últimos años, aquellas dos divinas andariegas.

Vamos a detenernos con ellas en Avila durante los últimos cuatro meses del año 1581, para recoger un interesante episodio que tuvo lugar por este tiempo y que indica bien a las claras los planes que tenía concebidos Santa Teresa sobre su inseparable Compañera y Secretaria. Según estos planes, Ana de San Bartolomé había de ser algo así como directa sucesora suya, propagadora de su Reforma, heredera de su espíritu: no en valde el Señor se la había dado por compañera de viajes, visitas y fundaciones. La Santa creía tan capaz de ello a su hija Ana, que no titubeó en decir de ella narrando la fundación de Palencia (1): «Ibamos conmigo cinco monjas, y una compañera que ha días iba conmigo, freila, mas tan gran sierva de Dios y discreta, que me puede ayudar más que otras que son de coro».

Era el 4 de Septiembre de 1581 cuando entraba en el convento de Avila, de vuelta de las fundaciones de Palencia y Soria la Madre Teresa con su compañera. Viéndola tan enferma y acabada, rogaron las Religiosas de San José al P. Gracián, a la sazón Provincial de los Descalzos, que les dejase por siempre a su Madre en Avila, para que acabase sosegadamente sus días entre ellas. El Padre Gracián fué de este aviso, y las Religiosas, para más obligar a la Santa a que se quedase en su primer palomar, eligieronla por Priora de aquella casa.

1 *Libro de las Fundaciones*, cap. XXIX.

La pobre vejezuela, por su parte, veía llegar a grandes trancos la muerte, por ella tan deseada, y de ella tan sabida la hora en que había de llegar, aunque mejor la callaba.

Pues queriendo ya dejar asegurado el espíritu de su Reforma, puso los ojos en su hija Ana, para trasmitirla «su espíritu doblado», como Elías a Eliseo (1); y dejarla por su legítima y universal heredera. Ana, como tan caritativa, podría muy bien trasmitírselo a todas sus hermanas y aun a todos sus hermanos, a los cuales ella amó siempre con amor entrañable de hermana y de madre.

Confirmada la Santa en su pensamiento, en presencia del Provincial y de acuerdo con él, llamó cierto día a la buena Hermana por ver si al fin podía conseguir lo que nunca hasta entonces había logrado de ella: que tomase el velo negro; que ascendiese al rango de las Religiosas de coro; que fuese preparándose para ser Madre Priora y Fundadora y lo que el Señor fuera servido.

Las lágrimas, la pena, la aflicción «sentible» de Ana, no son para expresadas con palabras. Las que ella dice a este propósito, son éstas (2): «Aunque la Santa Madre en su vida deseó que yo tomase el velo, y me lo propuso algunas veces, yo lo había resistido, diciendo que me sería desconsuelo dejar mi vocación; y así me había dejado, porque me quería de manera, que en cosas miraba más a darme gusto que a tomarle ella, que me era de harta

1 Esto se dice en las informaciones de la causa de Ana de S. Bartolomé.

2 *Autobiografía.*

confusión; mas el amor propio que yo tenía, me hacía creer era de más perfección lo que yo quería...» El P. Gracián instaba también a Ana dulcemente; pero como la Santa no la violentaba, tampoco él la quería violentar; porque en su carácter no entraban violencias ni imposiciones. Tal vez el P. Doria, en su caso, hubiera obligado a la freila a ser corista, y más viendo el empeño que en ello mostraba la «buena Madre Teresa», como él solía llamarla. Y cierto, tan empeñada parecía la Santa en ello, que llegó a decir esta vez a sor Ana, en tono grave y de profecía lo que luego se realizó (1): «No has querido hacer lo que tanto te he rogado: pues tiempo vendrá en que tomarás el velo, y te pesará de hacer entonces lo que has rehusado hacer ahora privándome del gusto que en ello me darías».

El dolor que sintió la Santa por no haber recibido Ana el velo negro se renovó a los pocos días, cuando llegó a Avila N. P. Fr. Juan de la Cruz, rogándola que fuera a fundar un convento de sus Descalzas en Granada; que los caminos estaban allanados para la tal fundación y que él estaba dispuesto a acompañarla en aquellas jornadas. Este hubiera sido uno de los mayores consuelos que hubiera tenido en su vida la amiga del «padecer o morir»; pero la voz del Señor la ordenaba ir a Burgos. Y si a otro gran santo, a San Juan de Dios se le dijo: «Granada será tu Cruz»; a nuestra santa se le había dicho: «Burgos será el principio de tu calvario». Tal vez pensaron entonces la Ma-

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. I, lib. V, cap. XXI.

dre Reformadora y su santo Coadjutor en Ana de S. Bartolomé; tal vez insistieron ambos una vez más en el cambio de velo; tal vez se renovó la misma escena de lágrimas y súplicas de la humildísima Ana, venciendo con ellas los deseos de los dos humildísimos santos que buscaban a una para sus hijos los gustos y para ellos los trabajos y padeceres. El caso es que no pudiendo Santa Teresa nombrar a nuestra Ana de San Bartolomé Coadjutora suya, eligió para este honroso cargo a la Madre Ana de Jesús, Priora que era entonces en Veas, y envióla de fundadora a Granada bajo la tutela, amparo y protección de N. Padre S. Juan de la Cruz. Este salió de Avila, camino de Granada, cantando quizá su copla favorita:

«Quien no sabe de penas
En este triste valle de dolores,
No sabe de buenas...»

Pero el Señor que veía a su Esposa Teresa empezar a subir la pendiente de su calvario, no quiso dejarla sin su amante compañera, sin su buen Cirineo que la ayudase a llevar la cruz por Burgos, Valladolid y Medina hasta Alba de Tormes; no quiso dejarla sin que tuviese a la hora de la muerte a su discípula predilecta, a quien había de encomendar en su última hora la amada Reforma... He aquí la verdadera grandeza de Ana de San Bartolomé; he aquí de nuevo la mano del Señor exaltando a una humilde sierva suya.

Si toda o la mayor parte de la vida de Teresa, la Reformadora, fueron trabajos sin cuento, ahora va a empezar su verdadera pasión. Ana de San

Bartolomé va a ser su hagiógrafa. Nos va a contar hasta los más pequeños detalles. Sigámosla en los principales.

El 2 de Enero de 1582 salió la Santa de Avila para la fundación de Burgos. Entre sus compañeras iba Sor Teresita, la peruana, para endulzarla un poco las amarguras de aquel viaje. El 4 llegaron a Medina del Campo; de aquí partieron el 9 para Valladolid en donde se detuvieron cuatro días; de Valladolid fueron a Palencia; en Palencia reposaron algunos días más, y por fin el 26 llegaron a Burgos.

Ana cuenta minuciosamente los trabajos y peripecias del camino; las crecidas de arroyos, ríos y torrentes en los que estuvieron a punto de perecer Santa Teresa y sus compañeras; las peregrinas contradicciones del Sr. Arzobispo de Burgos, Don Cristóbal Vela, que después de haber dado licencia para la fundación y haber ido ellas bajo su palabra, las mandaba volver atrás casi a cajas destempladas, no tanto por culpa o mala voluntad suya, cuanto por la inquina que contra ellas cogió su mangoneante Provisor, por hallarse desprovisto de energía Don Cristóbal Vela; añade a esto los disgustos del Padre Gracián, Provincial, que las acompañaba, del canónigo Señor Manso que las favorecía, de la buena Catalina de Tolosa que las albergaba; con otros mil disgustos, enredos y contradicciones que hubo en aquella fundación.

Y como si hubiera contado poco nuestra gentil cronista en sus Relaciones, todavía llega a decir en su «Autobiografía»:

«Si yo hubiera de decir los trabajos que padeció

los años que anduve con ella, no acabaría; que no es nada lo que se cuenta en sus Libros y lo que pasó en Burgos, que fué la postrera fundación que hizo. No es nada lo que se cuenta, a las veces, de pobreza; que nos faltaba la comida y cosas necesarias.

»Me acuerdo que estando con harta flaqueza la Santa, no tuve que la dar sino un poco de pan mojado en agua; porque había crecido tanto el río, que no nos podían socorrer los del Lugar, ni nos otras enviar por nada; que estaba la casa fuera del Lugar y arrimada a una ribera; que crecía tanto el agua, que entró en la casa; y ella era vieja, y a cada ondeada del río se estaba meneando, como que se iba a caer; y el aposento de nuestra Santa era tan pobre, que se vía la luz del cielo por el techo; y las paredes todas hendidas, y hacía harto frío: que lo es aquella Ciudad.

»Entrósenos el río en la casa hasta los primeros suelos; y como estábamos en este peligro, subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa; y cada hora pensábamos ser anegadas. Estábamos diciendo Letanías; y desde las seis de la mañana hasta la media noche estuvimos en este peligro, sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado.

»Nuestra Santa estaba lo más afligida del mundo; que se acababa de hundir la casa, y dejóla el Señor tan a solas, que no sabía si era bien si estuviésemos quedas, o si salir, como hacían otras Religiosas.

»En este tiempo estábamos todas tan turbadas, que no nos acordábamos de dar nada a nuestra

Santa, que ya muy tarde me dijo: «Hija: mire si ha quedado un poco de pan; déme un bocado, que me siento muy flaca». Esto me partió el corazón. Hicimos entrar una novicia, que era fuerte (1), a sacar un pan debajo del agua, que le daba a la cintura, y de aquello le dimos, que no había otra cosa; y si no entraran unos nadadores pereciéramos. Mas, parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido; y entraron debajo del agua, y quebraron las puertas de la casa, y empezó a salir el agua de las piezas; mas quedaron tan anegadas y llenas de piedras, que se sacó más de ocho carros de lo que el agua había traído; y andaba meneándose la pieza de nuestra Santa para caer, como he dicho: era tan pobre, que el sereno la mataba. Yo tenía dos cobertores en nuestra cama: y el uno colgaba de noche sobre ella, y el otro por los lados de la cama, de manera que ella no sentía que yo lo quitaba, que no lo sufriera. Yo, de que se dormía, me arrimaba pasito a par de su cama sentada, y cuando me llamaba, hacía que venía de nuestra cama, y decíame la Santa: «¿Cómo hija, venís tan presto?»

»Otras veces la dejaba durmiendo y me iba a lavar sus paños, que como estaba enferma, tenía yo consuelo de dárselos limpios. Era muy agradable a ella la limpieza. Yo me estaba muchas noches sin dormir y no me hacía falta el sueño, por darla contento. Yo le tenía muy grande hasta su muerte; y el día que murió, que no podía hablar, la puse toda de limpio, tocas y mangas; y mirába-

1 Elena de Jesús, hija de Catalina de Tolosa.

se cómo estaba limpia, y, mirándome a mí, se rió: que por señas me lo agradecía. Era tan pura y y amiga de la pureza, que en todo lo mostraba.

»Volviendo a lo que decía, yo me hallaba tan buena, y consolado mi espíritu, como si durmiera toda la noche, y comiera regaladamente. Esto hacía el Señor por el consuelo de la Santa: que si ella sintiera que me hacía mal el trabajo, le diera mucha pena. Esta maravilla con las demás, hacía Dios por su amiga, de ordinario con esta pecadora miserable, que no merecía servirla: de donde vivo con hartos temores de lo mal que me he sabido aprovechar...»

Mientras Ana de San Bartolomé se desvivía por aliviar y endulzar las penas de su Madre, llovían penas y más penas sobre el corazón de la Santa. Una de las más grandes que sufrió en Burgos fué la que vino desde Granada: mayor era la pena, cuanto mayor era el amor que tenía a quien se la causaba. Se trataba de alma tan santa como Ana de Jesús, la fundadora de Granada que, al parecer, se mostraba algún tanto independiente, y obraba por cuenta propia y en cosas de grande importancia sin dar cuenta a la Santa ni al P. Gracián. Entre otras cosas en que parece fué débil Ana de Jesús, (que las almas santas tienen también sus debilidades, a veces), fué en llevarse de Veas a Granada un excesivo número de Religiosas para fundadoras, y no por ser necesarias a la fundación, sino por ser muy aficionadas a ella.

Con este motivo la Santa Madre la escribió con fecha 30 de Mayo de 1582, una de las cartas

más terribles que existen en su Epistolario (1). Entre otras, allí se leen las siguientes frases:

«Allá se dan tan buena maña a no obedecer, que no me ha dado poca pena esto postrero, por lo mal que ha de parecer en toda la Orden, y aun por la costumbre que puede quedar en tener libertad las Prioras, que tampoco faltarán disculpas...

»Reídome he del miedo que nos pone que quitará el Arzobispo el Monesterio. Ya él no tiene que ver en él; no sé para qué le hacen tanta parte. Primero se moriría que saliese con ello. Y si ha de ser así como ahora, para poner principio en la Orden de poca obediencia, harto mejor sería no le hubiese; porque no está nuestra ganancia en ser muchos los Monesterios, sino en ser santas los que estuvieren en ellos...

»Dice la Madre Beatriz de Jesús al Padre Provincial, que están esperando al P. Vicario para tornar las monjas de Veas y Sevilla a sus casas... Las de Veas es tan acertado, que si no es por el miedo que tengo de no ayudar a hacer ofensas a Dios con inobediencia, enviara a vuestra reverencia un gran precepto; porque para todo lo que toca a las Descalzas, tengo las veces de nuestro Padre Provincial.

»Y en virtud de ellas digo y mando que lo más presto que pudiere tener acomodamiento de enviarlas, se tornen a Veas las que de allá vinieron, salvo la Madre Priora Ana de Jesús...; porque va muy fuera del espíritu de Descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con superiora, ni medrarán en espíritu jamás. Libres quiere Dios a

1 Carta 388.

sus esposas; asidas a sólo El... Por El pido a vuestra reverencia, que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan voluntad, ni anden con niñerías. Mire que es principiar en nuevo reino, y que vuestra reverencia y las demás están obligadas a ir como varones esforzados, y no como mujercillas..

»Por cierto que me he afrentado, que a cabo de rato miren ahora las Descalzas en esas bajezas; y ya que miren lo pongan en plática, y la Madre María de Cristo haga tanto caso de ello... y tras esto loa a vuestra reverencia de muy valerosa, como si eso le quitara el valor. Désele Dios de muy humildes y obedientes y rendidas a mis Descalzas, que todos esotros valores son principio de hartas imperfecciones, sin estas virtudes».

No hay duda que esta carta sirvió a Ana de Jesús de martillo y de forja, a un tiempo; y tan bien supo modelarse, que vino a adquirir el temple tal y como le quería Santa Teresa para sus descalzas: de varones esforzados y no de flacas mujercillas.

Y cuando repasó la Madre Fundadora las lecciones que daba a las hijas de Granada, y las condiciones que exigía en sus monjas, no pudo menos de consolarse mirando aquel ejemplar que tenía delante de los ojos: Ana de San Bartolomé, tan sencilla, tan rendida, tan humilde: toda sinceridad y llaneza y obediencia. Por otra parte, mientras algunas de sus Descalzas, permitiéndolo Dios y atizándolo el enemigo malo, parecían querer despegarse y emanciparse de su Santa Madre, la humilde freila, se unía cada vez más a ella, la seguía paso

a paso en sus pesares, iba a llegar con ella, acompañándola, hasta la cumbre de su calvario y hasta la agonía de su cruz: no de otra suerte que el Discípulo amado siguió hasta la Cruz a su Maestro, cuando le negó Pedro, y los demás le abandonaron. Y así como Juan mereció recoger las últimas enseñanzas y los últimos gemidos del Corazón agonizante de Jesús, así la fiel Ana de San Bartolomé mereció recibir las últimas palabras, y con ellas el espíritu doblado, en acción y contemplación, de la Reformadora del Carmelo.

CAPITULO XIII

La discípula amada de Santa Teresa

(1582)

Ana sigue a su Madre por la calle de la amargura. — Cuestión de testamentos en Valladolid. — Insultos de un abogado. — Echan del convento a la Madre Fundadora y a su Secretaria. — De Valladolid a Medina fué como ir de Herodes a Pilatos. — Camino de Alba, camino del calvario. — Últimas palabras que Ana recogió de labios de su Madre. — Muere la Santa en brazos de su discípula amada. — Ana ve volar el alma de Teresa al cielo en forma de blanca paloma. — La soledad de la santa Hija. — Las apariciones de la Santa Madre. — Como San Juan dió testimonio de la Verdad de Jesús, así Ana da testimonio de la santidad de Teresa.

Acabamos de insinuar cómo el desvío que las hijas más queridas de Santa Teresa mostraron a su Madre y Maestra, se asemejó, salvando la debida distancia, al desvío que los Discípulos de Jesús mostraron al Divino Maestro cuando dió principio su Pasión.

La especie de emancipación de su Coadjutora Ana de Jesús, no acongojaría tanto a la Santa Fundadora, cuando pensase que su buen Esposo fué negado por San Pedro, su Vicario y Jefe de su Iglesia.

El Corazón agonizante de Jesús, en medio del mayor desamparo, tuvo un Discípulo amado a quien encomendar su tesoro: ¡Su Madre!

El Corazón trasverberado de Teresa, en medio de tantos desvíos, tuvo una Discípula amada a quien encomendar su tesoro: ¡Su Reforma Carmelitana!

Juan no perdió de vista a Jesús, le siguió por la Calle de la Amargura, por la pendiente del Calvario y hasta la roca de la Cruz. Ana de San Bartolomé siguió a su Santa Madre como fiel compañera hasta la muerte, por toda una calle de amarguras, y sobre todas las espinas de un calvario, oyendo de continuo aquellas palabras del Señor: «Habrás de sufrir muchos trabajos en compañía de mi amiga Teresa».

El 26 de Junio de este año de 1582 salió Santa Teresa de Burgos para Palencia y Valladolid. Además de Ana, la acompañaba Teresita, su angelical sobrina y alguna que otra buena Religiosa de las que en este camino de su Calvario se compadeciesen de la Santa a semejanza de las compasivas Hijas de Jerusalén.

Dejemos ahora que la pluma sencilla de la Discípula amada siga narrando la pasión, muerte y apariciones gloriosas de la Doctora Mística.

«Pues volviendo dice (1), a los trabajos que la Santa padecía por los caminos, después de los que en este convento de Burgos había pasado, y que el Señor la dijo ya que bien se podía ir, y que había pasado allí muchos trabajos, y que otros le quedaban por pasar, deste camino vino a Valla-

1 *Autobiografía.*

dolid, donde se le ofreció otro sobre el testamento de un hermano suyo (1), que había mandado que su hacienda viniese al Monasterio de Avila después de sus días, si sus hijos no tuviesen herederos. Sus parientes no querían que valiese el testamento, y pensaron ganar a la Santa; y ella no era fácil en cosas que no fuese bien segura ser de Dios. Como no vino en lo que la pedían, uno de los abogados fué tan descortés, que vino al Monasterio y la trató mal de palabras: como que no parecía ella buena, y que muchos seglares daban mejor ejemplo de virtud que ella. Y díjole (la Santa) con su grande paciencia: «Dios se lo pague a vuestra merced lo que me hace».

»La Priora de este Monasterio (2) estaba bien ganada de esta gente; y con ser una que la Santa quería mucho, en esta ocasión no la tuvo ella respeto, y nos dijo que nos fuésemos con Dios de su casa, y al salir de ella, me antepuso a la puerta y me dijo: «Váyanse ya, y no vengán más acá». Cosa que la Santa sintió mucho por ser de sus hijas, y parecerla que le debía tener más respeto que los seglares, y que lo tenía más a los seglares que a ella.

»De ahí iba a Medina del Campo, que era camino para ir a su Monasterio de Avila, de donde era Priora. Y la noche que llegamos a Medina tuvo alguna cosa que advertir a la Priora que no iba bien. Tomólo la Priora (3) con disgusto; y la San-

1 Don Lorenzo de Cepeda.

2 María Bautista.

3 Era la Madre Alberta Bautista, en el siglo D.^a Mencía Ponce de León.

ta, viendo que la descomponía así sus hijas el demonio, habiéndola sido tan obedientes, le dió muy gran pena, y se retiró a un aposento y la Priora a otro. Y la Santa estaba de esta novedad tan afligida, que no comió ni durmió sueño en toda la noche; y a la mañana siguiente nos partimos sin llevar alguna cosa para el camino (1).

»La Santa iba ya mala del mal de la muerte; y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer. Y una noche, estando en un pobre Lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con grande flaqueza, y díjome: «Hija, déme si tiene algo, que me desmayo». Y no tenía cosa si no unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales, que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Yo, cuando vi que por dinero no se hallaba cosa y que me lo volvían, no podía mirar a la Santa sin llorar; que tenía el rostro medio muerto.

»La aflicción que yo tuve en esta ocasión, no la podré encarecer; que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto: ¡que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirle! Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: «No llores, hija; esto quiere Dios ahora». Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor; mas, ella lo llevaba como siempre, como Santa. Yo padecía más, como menos mortificada; que era menester que la Santa me consolase; y me decía que no

1. Como es sabido, la Santa Madre pensaba volverse a su Convento de Avila, pero el P. Antonio de Jesús, la obligó a ir a Alba de Tormes por complacer a la Duquesa.

había de qué tener pena; que ella estaba contenta con un higo que había comido.

»Y el otro día llegamos a Alba: la Santa con un quebrantamiento de cuerpo, que luego la deshacieron los médicos; cosa bien dura para mí y más por ser en Alba, y pensar yo que me había de quedar en este mundo; que dejado el amor que la tenía y ella a mí, yo no tenía otro gran consuelo...

»Los cinco días que estuvo allí en Alba, antes de morir, yo era más muerta que viva; y dos días antes que muriese, me dijo: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte». Esto me atravesó más y más el corazón. No me apartaba un momento de ella; pedía a las Monjas me trajesen lo que había menester; yo se lo daba, porque en estarme allí la daba consuelo; y el día que murió, estuvo desde la mañana sin poder hablar, y a la tarde me dijo el Padre que estaba con ella (era Fray Antonio de Jesús, el uno de los dos primeros Descalzos) que me fuese a comer algo, y yéndome, no soségaba la Santa, sino mirando a un cabo y a otro; y díjola el Padre si me quería, y por señas dijo que sí, y llamáronme, y viniendo, que me vió, se rió y me mostró tanta gracia y amor, que me tocó con sus manos, y puso en mis brazos su cabeza, y allí la tuve abrazada hasta expirar, estando yo más muerta que la misma Santa; que ella estaba tan encendida en el amor de su Esposo, que parecía no vía la hora de salir del cuerpo para gozarle.

»Como el Señor es tan bueno, y vía mi poca paciencia para llevar esta cruz, se me mostró con toda la majestad y compañía de los Bienaventu-

rados sobre los pies de su cama: que venían por su alma.

»Estuvo un Credo esta visión gloriosísima, de manera que tuve tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una grande resignación, y pedir perdón al Señor y decirle: «Señor: si Vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, os pidiera, ahora que he visto su gloria, que no la dejarais un momento acá»; y con esto expiró, y se fué esta dichosa alma a gozar de Dios como una paloma.

»Como la Santa me quería tanto, yo la había pedido me consolase, y pidiese al Señor me diese libertad de no estar asida a nadie. Yo, de mi natural, era amorosa y la quería más de lo que se puede creer; y a otras Religiosas que yo vía con perfección y la Santa las quería, yo las quería bien; y algunas veces la Santa me decía que no era bueno para mi alma este asimiento con las amigas, que lo quitase para bien de mi alma. Mas, hasta ahora que Dios la llevó, no se me había quitado. Ella me lo alcanzó; porque desde entonces he sido libre y desasida, y me parece que tengo más amor a las que amo sin visión de amor propio; y en lo demás es como si yo fuese sola en este mundo: que a todas las amo en Dios y por Dios.

»Y quedé con un ánimo fuerte para acomodar su santo cuerpo: que lo hice como si no me tocara su muerte.

»Yo deseaba quedarme allí en aquel convento; mas el Prelado ni las monjas de Avila, que era mi convento, no lo quisieron. Enviaron luego por mí. Yo estaba un poco perpleja, y la Santa se me apa-

reció, y me dijo: «Obedece, hija, a lo que te mandan, y vete».

»Después que estuve en el convento de Avila, yo rezaba a la Santa y me encomendaba a ella, y díjelo al confesor. El me dijo que era mal hecho encomendarme a santa que no era canonizada, y mandóme que no lo hiciese. Y esta misma noche, durmiendo, se me apareció la Santa muy gloriosa y resplandeciente y con grande gloria, y díjome: «Hija: pídemelo todo lo que quisieres, que todo te lo alcanzaré». Yo desperté diciendo: «Yo os pido el espíritu de Dios que sea siempre en mi alma». Y desapareció, dejándome asegurada de la opinión que tenía de su santidad; y estaba con pena de lo que el confesor me había mandado y con esta visión se me quitó todo; que aunque yo no dudaba de su santidad, mas como el confesor me lo mandaba, era pena, porque me dijo no la rezase como a santa. Mas yo, aunque no fuese por las mercedes que Dios le había hecho, tan señaladas, y que daban testimonio de lo que Dios la amaba, (más por el que por El había padecido muchos trabajos, que por lo que yo vía), y la parte que me cupo de sus trabajos, certificaba ser santa bien verdadera; y que fué de verdad lo que el Señor me había dicho: que pasaría en su compañía hartos trabajos; y éstos eran de vista, que los que ella pasaba sin que se viesen, eran sin medida...»

Hasta aquí la Discípula amada de Santa Teresa. En estas últimas palabras parece sentirse como inspirada, certificando y dando público testimonio, ante Dios y ante los hombres, de la santidad de la Reformadora del Carmelo.

¡Quién, al leer esta sencilla y verídica narración, no recuerda aquel final expresivo del Evangelio del Discípulo amado, dando testimonio de la Verdad, del Camino y de la Vida?...

CAPITULO XIV

Ana. Maestra de espíritu teresiano

(1582-1591)

Preámbulo de esta nueva etapa en la vida de Ana.—De Alba vuelve a Ávila.—Estando durmiendo los ángeles la llevan al sepulcro de la Santa.—Ana desea llevarse el cuerpo de la Santa Madre a Ávila.—Se lo llevan y se lo vuelven a quitar, pero ella se quedó con el espíritu.—Consúltanla todos como a Maestra de este espíritu.—Los males que causó la famosa *Consulta*: la establecida por el P. Doria.—Ana, camino de Madrid, a remediar aquellos males.

Muchas fueron las apariciones de Santa Teresa a su discípula predilecta; muchas las mercedes que el Señor la hizo en estos años antes de que saliese a propagar el genuino espíritu Teresiano a Francia y Flandes; mucho lo que tuvo que decir para hacer resaltar el sentido de las palabras y el espíritu de verdad y sinceridad que encierra la obra de la gran Reformadora del Carmelo; mucho lo que tuvo que padecer por realizar la unión íntima, estrecha, indivisible de hijos e hijas de Santa Teresa, como hijos que eran todos de una misma santa Madre, como hermanos de una misma gloriosa Orden Reformada, como animados de un mismo celo

de salvar almas, según el espíritu de Elías; como interesados unas y otros en conservar el fuego sacro de la caridad que brotó de las entrañas abiertas del Redentor y les fué transmitido a ellos por las entrañas trasverberadas de la Seráfica Virgen Avileña.

Si fuéramos a decir todo lo que Ana de San Bartolomé pensó y trabajó y sufrió por conservar en su Orden tan querida, entre sus hermanas y hermanos tan amados, este espíritu Teresiano, de amor y de verdad, de oración y de caridad, de acción y de contemplación, por fuerza habríamos de salir del marco de estos cuadros. Pero todo eso lo diremos y lo retrataremos, queriéndolo Dios, en más amplia galería. Aquí nos pide la estrechez del marco el achicar la figura, pero no el desfigurarla; trazar menos pinceladas, pero no infieles perfiles; concretarnos a menos ambiente pero bastante para que puedan moverse las figuras reales y verdaderas de estos cuadros que nos faltan. En todos ellos, con la gracia del Señor, esperamos que nos mueva el amor a la verdad, y nunca el impulso de la pasión, la sencillez del relato histórico, no las dobleces del parcialismo. Procuraremos, por lo tanto, hablar nosotros lo menos que podamos y dejar hablar más libremente a nuestra querida «Maestra»: Maestra, sí, porque Ana, muerta la Santa Madre en sus brazos, va a empezar a ser Maestra de espíritu Teresiano: por lo mismo que fué discípula dócil, humilde, inteligente y predilecta de Santa Teresa de Jesús.

Si hasta aquí hemos trazado con mano segura los cuadros precedentes, al calorcito y arrimo de la

gran Doctora Mística, de aquí en adelante los continuaremos con la misma seguridad, bajo la dirección acertada de nuestra humilde y simpática Maestra.

Este preámbulo, lector discreto, fué necesario en esta nueva etapa de la Vida de N. Beata Ana de San Bartolomé para avisarte que si hasta aquí el camino por ella recorrido, a pesar de sus trabajos, puede llamarse camino de flores, en adelante va a serlo de punzantes espinas. Ningún santo dejó de encontrarlas; y todos han tenido que marchar en esta vida bien cargados con su cruz, y bien atribulados por su calvario. Ese es el camino que marcó a ellos y a nosotros el Redentor Divino!

Esto dicho, sigamos el de nuestra historia.

El 4 de Octubre de 1582, fiesta del Serafín de Asís, voló a las celestes Moradas el Serafín del Carmelo. Al día siguiente, el calendario de la reforma Gregoriana señaló 15 de Octubre: ese día vino a ser el más memorable en los fastos del Carmelo Reformado.

El cuerpo de Santa Teresa fué enterrado en Alba de Tormes, en virtud de las palabras dichas por la Santa al P. Antonio de Jesús, cuando éste la preguntó dónde quería que la enterrasen. La humilde Fundadora dijo: «Jesús, ¿eso hase de preguntar, Padre mío? ¿Tengo de tener yo cosa propia? ¿Aquí no me harán caridad de darme un poco de tierra?» (1).

En Alba, pues, le dieron un poco de tierra, y colocaron sus hijas el precioso tesoro del cuerpo de su Madre en el hueco de una pared, bajo un arco

1 María de San Francisco, en las informaciones de Medina.

con rejas, en el coro bajo, para que las de adentro y los de afuera pudiesen gozar de aquel don inestimable.

Ana de San Bartolomé, cual otra Magdalena, no acertaba a separarse del sepulcro de su Madre y Maestra. Obligándola los superiores a volverse a su convento de Avila, y ordenándola Santa Teresa que obedeciese, volvióse Ana triste y afligida para Avila. Desde allí trabajó lo que pudo con el cielo y con la tierra para llevar su tesoro al convento primitivo de San José.

«Después que se me apareció la Santa, dice ella (1), tan gloriosa como he dicho, yo deseaba que su santo cuerpo volviese a Avila; y un día estando pensando si sacaría su santo cuerpo, temía, como no sabía como estaba. Y estando yo con deseo de saberlo, lo encomendaba a Dios, y quedéme dormida, y lleváronme los ángeles al sepulcro, y abriéronle estos ángeles, y mostráronme el cuerpo como estaba entero, y el olor y fragancia, y el color, de la manera que después le sacaron. Y estos ángeles me mostraron dos manguillas que estaban en sus brazos, enteras, como yo se las había puesto, y dijéronme estos ángeles: «¿Estás contenta? ¿quieres otra cosa?» Yo dije que sí, que más lo estuviera si la viera en su convento de Avila; mas que el Duque no lo consentiría. Dijéronme: «De los Duques no hagas caso, como el Rey lo quiera, que es el que hace y deshace» (2). Y los Duques

1 *Autobiografía.*

2 De esta visión tienen una pintura las Carmelitas de San José de Avila en «una vitela muy antigua», de la cual nos han enviado una fotografía.

murieron luego, y el Rey, por hacer placer a sus herederos, no lo quiso.

»Antes que esto sucediese, la Orden deseaba traer a Avila el santo cuerpo. Yo, con la afición que tenía, lo encomendaba a Dios, y díjome el Señor: «No estés en pena, que él vendrá a esta casa». Yo instaba, importuna, a Dios; deseaba saber cuándo sería, y respondiéronme que por la Presentación de la Virgen; mas faltaba casi un año. Y fué así, que este día la sacaron de la casa de Alba, y la trajeron a la de Avila, adonde fué recibida con grandes alegrías y luminarias: parecía toda la casa un cielo, de las luminarias que había.

»Y la Santa hacía muchos regalos a sus hijas; que no iban a parte del convento que no se les aparecía y consolaba. Y un día yo dije al confesor una cosa de mi alma, y él no lo tomó bien, y díjome: «Paréceme es cosa de la Madre Teresa; ande, no sea como ella; deje estas cosas». Y parecíame que lo decía con poca estima de la Santa, y afligíme; y me fuí a una parte del jardín con la pena que llevaba; me puse en oración, viendo que no estimaban a la Santa como era razón. Y estando así, quedéme recogida, y vino el Señor como cuando andaba en el mundo, vestido con una capa pontifical, toda de gloria, y llegándose a mí alzó un lado de la capa del lado del Corazón, y mostróme la Santa gloriosa: que la traía debajo de su brazo, como hecha una cosa consigo, y díjome el Señor: «¿Vees? Aquí te la traigo yo; no se te dé nada; déjales decir lo que quisieren», y desapareció, quedando mi alma toda recogida, y en

más fervor con aquel amor que Dios mostraba a la Santa».

Bueno será apuntar de corrida las principales fechas en que tuvieron lugar los acontecimientos que acaba de referir nuestra Hermana.

El 18 de Octubre de 1585 el Capítulo de los Carmelitas Descalzos celebrado en Pastrana, ordenó la traslación del santo cuerpo desde Alba a Avila. El 21 de Noviembre, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, «salió el cuerpo de aquella casa de Alba para traerle a Avila a donde entró víspera o día de Santa Catalina» (1).

«Desde el momento que el cuerpo de Santa Teresa fué trasladado a Avila, así el Duque de Alba como su tío D. Hernando de Toledo, acudieron al Papa para que de nuevo fuese restituido a Alba. Con esto se entabló pleito entre ambas Comunidades, representando a las Descalzas de Avila el P. Gregorio Nacianceno, y el Duque defendía a las de Alba de Tormes. El cuerpo entró en Alba la víspera de S. Bartolomé, 23 de Agosto de 1586, después de haber estado en Avila nueve meses» (2).

Si dejaron a nuestra Ana sin el cuerpo de su Santa Madre, con ella quedó el espíritu de la celestial Maestra; a ella se dirigía la Santa desde el cielo, o para darle lecciones de eterna sabiduría, o para lamentarse con ella de la funesta división introducida en su Reforma por los partidarios de Do-

1 Documentos del Archivo de San José de Avila. Estos documentos convienen con la relación de nuestra Ana en cuanto a las fechas y otros detalles. De ellos discrepa la «Relación de Fray Gregorio Nacianceno», publicada por el P. Silverio de S. Teresa, tom. II, p. 249.

2 P. Silverio, loc. cit. pág. 251.

ria y de Gracián; para avisarla de los males que vendrían sobre sus hijas al separarse de la dirección y gobierno de sus hijos; para encargarla lo que debía de advertir a los unos y el ejemplo que había de dar a las otras: de todo lo cual nos dió noticia cabal y detallada la Secretaria de la Santa en su Autobiografía, en sus instrucciones, en sus relaciones y en numerosas cartas. Por si estas enseñanzas de la nueva Maestra de espíritu Teresiano fueran pocas, en toda su vida no hizo otra cosa, después de muerta la Santa, que inculcar esto con palabras muy sentidas y con eficaces ejemplos: en España, en Francia y en Flandes. Y esto lo empezó a enseñar aun antes de salir de su humilde condición de hermana lega; y tanto los partidarios de uno como de otro bando escuchábanla con veneración y respeto, consultábanla a porfía sobre dichos y hechos de la Madre Fundadora, sobre su voluntad postrera y últimas enseñanzas: ya que nadie lo podía saber tan bien como aquella que fué su depositaria y confidente, y en cuyos brazos expiró la gran Reformadora.

Ana cumplió con santa entereza y simplicidad santa; que ambas cosas se hermanaban por modo admirable en ella, la misión de enseñar a unos, advertir a otros y procurar armonizarlos a todos, en especial a los partidarios de Doria y de Gracián; cosa en la que no hacía sino imitar también a la Santa Madre.

Advertía a unos que no se había de cortar el ala al espíritu que deseaba salir a salvar almas, por ser ello muy conforme a la Regla y al espíritu de la Santa y del Carmelo. Inculcaba a otros que

no se había de buscar un espíritu tan ancho que abriera puertas y ventanas en todos los muros de la Reforma, para que entrasen todos los vientos de novedades de afuera y saliesen todos los hervores espirituales de adentro, y con ambas cosas quedasen las relajaciones en los monasterios.

Pero, triste es decirlo: no logró Ana sus intentos, como no los pudo lograr la Santa Reformadora. La excisión vino, la división se realizó, y el dualismo surgió en el seno de la Reforma. Nadie que lo juzgue serenamente, se extrañará mucho; porque este dualismo perenne parece que vive y se agita por doquiera. Además, para concretarnos a nuestro asunto, rara es la Orden Religiosa que no mostró dos tendencias, o cierta división en los principios, para purificar el organismo, y, mirando de tejas arriba, para labrarse la corona unos santos a otros santos. Sin ir muy lejos a buscarlos, ahí tenemos, con sus dualismos al principio, a las dos insignes Congregaciones de San José de Calasanz y de San Alfonso María de Liguori, ambos santos muy amantes de nuestra Reforma Teresiana, los cuales tuvieron que sufrir lo indecible para dar forma y ser a sus respectivas Congregaciones, hasta el punto de ser de ellas expulsados. De San Alfonso dice su historiador, el Padre Agustín Berthe (1), que se consolaba «leyendo la Vida de San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, que fué perseguido como él por los suyos, y echado del Instituto Religioso que fundara, Instituto que fué suprimido y después restablecido por la Santa

1 Sant Alfonso María de Liguori, tom. II, lib. VI, cap. XI.

Sede». Nosotros nos complacemos en añadir que de tantas pruebas, salieron más cimentadas y excelsas ambas Congregaciones Religiosas. Lo mismo sucedió con la Reforma Teresiana: de aquella; pruebas, salió dividida luego en dos Congregaciones: la de España y la de Italia; de cuya división se siguieron luego grandes bienes, entre otros la dilatación de la Reforma de Santa Teresa, con sus hijos misioneros, hasta las más apartadas regiones del globo.

Pero la división primera de Doria y de Gracián fué dolorosa. El nuevo gobierno que introdujo el P. Doria no pudo menos de causar grandes trastornos en la Reforma de Santa Teresa. El nuevo gobierno se llamó «La Consulta». Era la tal «Consulta un tribunal permanente compuesto del Vicario General y seis consultores con voto decisivo, establecido por el Capítulo de la Orden celebrado en Madrid a 19 de Junio de 1588. El pensamiento de la «Consulta», dice el P. Francisco de Santa María (1), «era pensamiento nuevo no sólo en la Orden sino en toda la Iglesia». Como cosa nueva, mal fundada y peor dirigida, hubo de engendrar un mar de confusiones y de calamidades, de las cuales es pálido reflejo esta página del Cronista primero de la Reforma (2):

«La tormenta que el pasado (año) de 88 co-

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. II, lib. VIII, cap. I.—Quien quisiere enterarse bien sobre juicios y responsabilidades jurídicas e históricas de la Consulta puede leer el valioso trabajo documentado de N. P. Gregorio de S. José, C. D., cuyo título es *El P. Gracián y sus Jueces*.

2 *Reforma de los Descalzos*, tom. II, lib. VIII, cap. XXXV.

menzó en nuestra Reforma con el nuevo gobierno, tales bramidos dió en este de noventa, que en toda España se oyeron y llegaron a Roma. Una ola della arrebató al gran Fr. Juan de la Cruz y lo arrojó a las soledades de la Peñuela. Otra sorbió al Padre Fr. Gerónimo Gracián y dió con él en los calabozos de Túnez, donde estuvo cautivo. Entre las Monjas y frailes causaron tanto encuentro muchas dellas, que estuvieron a pique de naufragar los unos o las otras o todos, rompiendo las cadenas de caridad, en que los dejó presos la Santa Fundadora. De Madrid sacó otra ola a Ana de Jesús cuando menos pensaba, y la encerró en el Convento de Salamanca. Por haberse llegado a socorrerla el gravísimo y doctísimo P. M. Fr. Luis de León, de la Orden de San Agustín, le cogió la resaca, y perdió la gracia del Rey y tras della la vida. María de San José, Priora de Lisboa, no inferior a la Madre Ana, por haber estado en esta tormenta a su lado, la padeció bien grande a su tiempo. El Definitorio todo se fué por sus propios pasos a entrar en este abismo, sino de pecados, de confusiones, de varios juicios, de dudas y de encuentros, como lo había prevenido N. V. P. Fr. Juan de la Cruz. El P. Vicario General, autor principal de la Consulta, antes se vió en la otra vida que pudiese darle el asiento que pretendió. Un recién-santo, llamado Fray Diego Evangelista, gran predicador, hijo de Sevilla y de la casa de los Remedios que en la sangre ajena había pescado un Provincialato, murió antes de gozarle. El P. Fr. Agustín de los Reyes, Santo antiguo, que mucho se empeñó por el Breve, murió ahogado pasando un arroyo. Y el mis-

mo Breve de cuya ejecución se ocasionaron tantas borrascas y tragedias, padeció la suya, porque en la fragua de la experiencia forjó la prudencia otro muy provechoso al gobierno, con que cesaron todos los daños».

Por seguir con el tono del Cronista, diremos que un ramalazo y no el menor de los que descargó el temporal de la Consulta cogió de lleno al Convento de las Carmelitas de Madrid y quitó de su puesto a la Madre Priora. Quiso el nuevo gobierno colocar en el puesto de la que quitó, otra tal y como se necesitaba para calmar los ánimos y borrar, si pudiese, la mala impresión que causaron sus rigores y extraordinarias medidas. Pensaron entonces los de la Consulta que ninguna sería tan a propósito para ello como la Madre María de San Jerónimo, la cual sobre sus raras cualidades de prudencia y buen gobierno, era, como sabemos, sobrina de la Santa, y había sido su primera Vicaria en el convento de San José de Avila. Pero la Madre María, se resistió a aceptar aquel cargo cuanto pudo, y únicamente aceptó cuando le dieron por compañera y ayuda la que lo fué de la Santa Madre, la Hermana Ana de San Bartolomé.

En la Corte de España tuvo Ana ocasión de desplegar todas aquellas santas habilidades que tenía y todas las instrucciones que la vez pasada le diera la Santa Reformadora. Por lo que bien pudo levantar muy alta, en la misma Corte, su cátedra de Maestra de espíritu Teresiano.

CAPITULO XV

La Maestra de espírita teresiano

(CONTINUACION)

(1591-1594)

La cátedra de Ana.—«Mira, hija, las monjas que se me van de la Orden».—«La Santa había trabajado por dejar sus Monjas en la obediencia de sus Descalzos».—Misión de Ana de San Bartolomé en Madrid.—Vió a Santa Teresa ocupar el puesto de la Prelada durante tres meses.—Las Monjas decían: ¿qué Priora es esta, que parece más ángel que criatura?—Ana como árbitro de paz.—Penas que música parecían.—Músicas calladas y silencios interiores.—De Secretaria a Maestra.

No pudieron llegar a Madrid en peor ocasión nuestras dos Religiosas de Avila. Los ánimos, por causa de la famosa Consulta, estaban excitadísimos: sobre todo, como es natural, entre las Descalzas.

Mientras la pobre Madre María de San Jerónimo fué a ocupar la silla prioral, la Hermana San Bartolomé empezó a poner cátedra de buen espíritu en la portería, y se dió a entablar negociaciones de paz en la enfermería, en la sala de labor y hasta en la cocina: porque así como entre los pucheros anda Dios, según hemos dicho muchas veces con Santa Teresa, así, en ocasiones, atiza el enemigo

malo las brasas de las discordias y de las murmuraciones entre las ollas y pucheros.

Ahora dejemos la palabra a nuestra Hermana y oigamos atentamente sus enseñanzas y recibámoslas de buen corazón por ásperas y crudas que nos parezcan; porque tal es el ropaje de la verdad, y porque tales verdades vienen de tal Maestra.

«Un día, dice Ana (1), diez años después de la muerte de nuestra Santa, ella se me apareció, (digo la Santa), y lloraba, tapada la cara con un velo negro, y para mí no me impedía de verla y conocer que era la Santa, y lloraba fuertemente. Yo la dije: «Madre, ¿por qué llora, pues está donde no puede tener pena?» Díjome: «Mira, hija, las Monjas, que se me van de la Orden». Y mostróme muchas juntas en un locutorio, que hablaban con seglares, clérigos y Religiosos de otras órdenes, y hablando con ellos, se volvían las Monjas negras como cuervos, y los de fuera tenían cuernos, las Monjas tenían picos, como si propiamente fueran cuervos.

»Esta visión me espantó, y díjelo al confesor, y díjome: «No creas, hija, que esto sea de nuestra Orden, que si fuese, sería cosa miserable». Y un año después de esta visión, sucedieron muchas bullerías: que quisieron quitar a todas las Monjas de la Orden, y darlas un Vicario aparte.

»Esto se sosegó; mas, antes que se sosegase, hubo harto escándalo, que todo el mundo tuvo que decir. Esto pasó diez años después de la muerte de nuestra Santa, y en esta ocasión, los Prelados quitaron la Prelada que estaba en Madrid, y llevaron

1 *Autobiografía.*

a la Priora de nuestro Convento de Avila; que en esta Casa no habían dado lugar a bullerías, ni quebrantar cosa de como la Santa las puso. Esta Madre se llamaba María de S. Gerónimo, prima de nuestra Santa, y ella me pidió a mí a los Prelados, para ir con ella a Madrid. Y contra la voluntad de las de Madrid nos llevaron; y el por qué no nos querían, era porque la bullería se había levantado de allí; que con el favor de la Emperatriz, hermana del Rey, habían sacado un Breve para este Vicario, pensando que acertaban y fué un yerro y escándalo; que si lo trataron algunos Monasterios, este salir de la Orden, los demás no lo quisieron; que era cosa contraria al espíritu de la Santa: que había trabajado por dejar las Monjas en la obediencia de los Descalzos».

Como se ve por el tono magistral, Ana de San Bartolomé no es aquí ya simple como la paloma, para dejar hacer al gavián de las suyas en los Palomarcitos del Carmelo, sino que, sin dejar de ser eso, se muestra prudente como la serpiente, que, silbando, advierte el peligro que corren las otras palomas, sus hermanas, de perder el espíritu de su Santa Madre, si se salen de los moldes trazados por ella para sus Palomares.

Además, queriendo Ana que todo se arreglase en casa, entre hermanos, sin dar parte a los de afuera, se puso en camino de Madrid, resuelta a poner cuanto estaba de su parte para ayudar a su Prelada. Y, en verdad, que no diría ella tal cosa, sino marchara a la Corte con misión tan extraordinaria y tan fuera de su humilde profesión, al

parecer. Pero Ana continúa hablando así en tono magistral y grave:

«Abrazamos, dice, la cruz esta Madre y yo por amor de Dios y por la obediencia, que no era pequeña; y, aunque lo sentíamos, fué más templada en algunas cosas que el Señor obró con nosotras.

»Por los tres meses primeros, hizo el Señor a la Priora tanta gracia, que la Santa se puso en su lugar, y gobernaba por ella: que yo la vía tan claramente, como cuando estaba viva, y me hacía tanto respeto, que no la podía mirar; que siempre que iba con recados a la Priora no la vía, sino a la Santa. Esto no se entendía en las demás, y decían: «¿Qué Priora es esta, que nos imaginábamos era recia, y parece más ángel que criatura? ¿Cómo hemos tenido tanta contradicción en traerla?»

»Estaban todas tan admiradas, que no sabían qué decir: que estaba la Casa y ellas como en un cielo; yo más, que lo sentía; mas, no dije cosa a naide entonces».

De esta manera, cualquiera hubiera sido Priora de Madrid, aunque no se llamara María de San Jerónimo. Pero si los principios fueron de flores, luego habían de venir las espinas: que no hay gobierno sin ellas, en cuanto el Señor suspende la lluvia de sus gracias. Y así sucedió en Madrid; porque, como dice Ana, «después de estos tres meses, la Santa no se vía más, sino la Priora, que, como buena discípula, gobernaba sus tres años con mucha prudencia y discrección, que lo era mucho, y tenía de todo grandes partes; mas, con todo, no era la paz como de antes; porque las cosas pasadas, se renovaban algunas veces, y las Religiosas no tenían

la libertad en lo que habían tenido antes. Sentían sus penas, y a la Priora no le faltaban: porque no las podía advertir, ni permitir las cosas que ellas deseaban, y por eso la habían traído los Prelados».

Luego viene a hablar nuestra Hermana, sin pretenderlo, de la misión que se le había confiado, por gracia del Señor y de la Santa Madre Teresa.

«Yo andaba, dice, con deseo de la paz, y servía y acudía a las Monjas con mucho amor y alegría de manera que se fiaban de mí, sin que yo perdiese la ley que yo debía a mi Prelada. Cuando iban a mí tentadas con ella, yo las decía: «Nuestra Madre os quiere mucho; no penséis otra cosa de ella y sino probadlo: id a ella con llaneza, que yo sé que os desea servir en todo lo que pudiere». Y a la Priora la decía, sin dar quejas de las Monjas, sino mirando a Dios y a la caridad: «Madre mía: las Monjas la quieren bien; consuélelas cuando vengán a vuestra reverencia, que en verdad son buenas, mas están encogidas; muéstrelas buena gracia».

«Todos estos tres años truje este ejercicio, tomando lo que se ofrecía de pena, que como era por el buen Jesús, no me parecían penas, sino una música suave».

No puede darse más santa y hábil diplomacia para poner paces; y no por andar en estas mediaciones y arbitrajes, perdía nuestra Hermana su sosiego y paz interior, antes al contrario: la paz íntima de su alma aumentaba cada día entre las vueltas del torno, (porque fué tornera también), y las revueltas de la famosa «Consulta». Las mercedes del cielo que recibía, eran a veces regalos del Señor, y a veces premios a sus buenos oficios de santa

componedora. Lo que pasaba en lo íntimo de su alma por este tiempo, ella misma nos lo da a entender con graciosos símiles.

«Algunas veces, dice, sentía mi alma en estas ocasiones, que era la oración tan íntima, que era como cuando un hombre se duerme en una fortaleza y andan muchos vientos, y él, que está en lo bajo seguro, hácele aquel sonido dormir un sueño en gran dulzura. Otras veces me parecía que el Señor me traía como el palo de corcho sobre el agua, que no se anega por borrascas que vengan. Desta manera me traía el Señor, con tanta familiaridad en mi alma, que parecía no se apartaba de mi lado. Y, con verdad, no sabría decir los regalos y favores que el Señor me hacía, y lo que pagaba a esta pecadora aquel pequeño trabajo que pasaba. Diré algunas cosas que se me acuerdan en particular.

«Una fué que estaba dando de comer a una enferma, después del refetorio, y la enferma era una de las que estaban oprimidas, y a su pesar había venido la Priora; y con esto, y con la pena que tenía, díjome algunas palabras pesadas. Yo no la respondí palabra, ni hice semblante de darme pena nada, que tenía a Dios en mi corazón; antes me compadecí de ella en mi alma, y no me parecía me agraviaba a mí, sino al Señor; y acabándola de servir, la enferma se fué al jardín. Yo me fuí a mi celda, y sentíame tan llena de Dios, que, en poniéndome de rodillas, me vino un gran recogimiento, y estando en él, sentí que Cristo Jesús se puso a par de mí como jardinero, y puso su brazo debajo de mi cabeza, y reclinéme sobre su sa-

cratísimo brazo, y díjome el Señor: «Aquí verás qué cosa es vivir sin queja, y lo que es caridad». Yo entendí, como si me lo dijeran, que el que está en caridad está en Dios y Dios en él. Mostróme haberle agradado mucho lo que había hecho en aquella ocasión. Lo que el alma sentía aquí en este rato, no se puede decir, ni creer, ni se pudiera sufrir, si Dios no alzara la fuerza de aquel amor que encendía mi espíritu. Era en aquella gracia, lo que dice la Esposa en los Cantares:

«Entrado se ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y a su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado» (1).

Y véase por dónde y cómo llegó la humilde Hermana San Bartolomé a las alturas de la Mística Carmelitana, apropiándose canciones del místico Trovador y Padre nuestro San Juan de la Cruz; y lo que es más, gustando y saboreando infinitas dulzuras de la mística experimental, escondidas a los sapientes del mundo y reveladas a los párvulos de los claustros, llegando a disfrutar esta parvulita todos los goces que hay en las «músicas calladas, en soledades sonoras, en ciencias no aprendidas, en silencios interiores», en donde se oyen voces apocáípticas, y se entienden secretos revelados a San Pablo, «sive in corpore, sive extra corpus», sólo Dios lo sabe. Y ¿quién dirá luego, cuando oiga

1 Ana copia esta canción de S. Juan de la Cruz con algunas ligeras variantes.

lo que Ana va a decir, que era ésta una simple le-guita de convento? No, sino verdadera Maestra de espíritu Carmelitano-Teresiano será desde aquí para en adelante. Oigámosla todavía:

«En otro día, prosigue ella, víspera de San José, yo era de la semana de cocina, y tenía licencia de levantarme en despertándome; y estando este día con deseo de oír el sermón y la Misa con sosiego, fuíme a la cocina bien de madrugada. Hice la comida con tanta oración y presencia de Dios, que me parecía no tenía cuerpo, sino que el espíritu mandaba. Todo se me hacía como lo pensaba y deseaba, sin sentir casi trabajo; y con esto sentía alegría y dulzura, y así hacía todas las cosas extraordinarias que había menester. Vino la hora de la Misa, y estaba ya toda desembarazada; y yendo a oírla, y empezando la Misa, creció en mí el espíritu y más recogimiento. Llegando la hora de comulgar, era tanta la reverencia en que estaba mi alma con el Santísimo Sacramento, que hallándome, sin ser yo nada, delante de Dios, me parecía que todo lo que tenía en mí era como si fueran lenguas de reverencia. Acabando de comulgar, sosegóse este ímpetu y quedóme una gran paz y recogimiento. En este recogimiento, vi a mis dos lados cuatro animales blancos como corderos, prostrados, las bocas en tierra, que adoraban al Dios que yo había recibido, y oí una voz que me decía: «Semejante a éstos es tu reverencia». Y entendí, en esto, que decían: «Estos son los cuatro animales del Profeta Ezequiel y del Apocalipsis».

»Aunque el alma andaba siempre recogida en esta presencia del Señor, en todas estas gracias que

me hacía, lo quedaba más, y quedaba más con el peso de sentir de mí no ser nada. Con verdad, que me traía con un silencio interior, que no se puede decir cómo es, mas de que leyendo yo lo que dice San Pablo a San Timoteo (1), me hallé en aquel mismo silencio, que es cosa muy grande y maravillosa, que, aunque se siente, no se puede dar a entender, mas es cosa grandiosa. Y esto traía a donde quiera que estaba, sin que nadie me embarazase más que si yo estuviera sola en casa». Después de copiar estos últimos párrafos, casi nos pesa el haber levantado a nuestra Hermana sobre la cátedra de la Mística, y el haberla dado el título de Maestra de espíritu, ya que ella está muy conforme con aquel precepto del Apóstol: «La mujer aprenda en silencio con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al varón: sino que permanezca en silencio». Pero, como el Señor revela cosas grandes a las mujeres sumisas y silenciosas, de ahí que en ese silencio aprendan muchas verdades para revelárselas luego con toda humildad a los hombres. Y lo que con esta doctrina quiso dar a entender nuestra Ana era la sumisión y silencio con que las Descalzas debían

1 Esto dice San Pablo a Timoteo (I, cap. II, v. 11-12): «Mulier in silentio discat cum omni subjectione. Docere autem mulierem non permitto neque dominari in virum: sed esse in silentio».

A propósito: Ana de San Bartolomé dejó escritas relaciones muy sabrosas y espirituales sobre la virtud del silencio. El autógrafo de una de ellas, quizá la mejor, se conserva en el Convento de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, en Madrid, quienes nos han enviado atentamente una copia fiel que mucho agradecemos y la publicaremos, Dios mediante, con los demás escritos de nuestra Beata.

imitar a la Santa que se gloriaba en ser hija de la Iglesia y que los Descalzos debían gobernarlas según las normas de San Pablo a Timoteo.

En este silencio era en donde se habían de ahogar todos los rumores de todas las «Consultas».

CAPITULO XVI

La propagadora de la reforma teresiana

(1594-1603)

Campana que toca sola al salir las dos Anas de Madrid.—De Avila a la fundación de Ocaña.—Estando en Ocaña, tuvo Ana de San Bartolomé una nueva visión sobre su ida a Francia.—La Secretaria de Santa Teresa se opone a las fundaciones de desiertos entre las Carmelitas Descalzas y apoya las fundaciones de Francia.—Diferentes visiones y revelaciones a este propósito.—Iniciativa de España y cooperación de Francia.—Quién fué Don Juan de Quintanadueñas y Bretigny.—Algunos de sus ilustres cooperadores.

En Junio de 1594 concluía su oficio de Priora en Madrid la Madre María de San Jerónimo, y ya estaba preparándose para volver a su convento de Avila, llevándose consigo a la Hermana San Bartolomé.

Según la Madre Ana de Jesús, nadie hubiera podido desempeñar mejor el oficio en tan difíciles circunstancias que aquella prudente sobrina de Santa Teresa. Todos quedaron contentos de ella.

Ana de Jesús se disponía también a volverse a Salamanca, de cuya casa era profesa, y adonde

la había destinado el gobierno de la Consulta tres años antes, pero por ciertos miramientos y de acuerdo con el P. Doria, lo había dejado hasta que concluyese la Madre María de San Jerónimo el oficio y entonces podría salir de Madrid con ella. Y así lo hacía.

Unos días antes de salir de Madrid las dos Anas, en compañía de la sobrina de la Santa, la campana mayor del convento se dejó oír por todo él, tocando por sí misma a vuelo. Los pareceres sobre el caso fueron varios. Ana de Jesús dijo que el tal toque significaba que iban a salir luego dos santas del convento; refiriéndose a la Madre María y a la Hermana Ana de San Bartolomé. Pero otra religiosa, llamada María de la Encarnación, era de parecer que las dos santas que iban a salir de Madrid eran las dos Anas; y este parecer tuvieron todas por más acertado (1).

A los pocos días salieron de Madrid las tres santas Religiosas: que las tres lo eran y mucho, y por las tres pudo tocar la campana. Ana de Jesús se detuvo por algunos días en Avila, para recordar los primeros de su noviciado: aquéllos de la irresistible tentación de hambre y de la mucha caridad que con ella tuvo la Hermana Ana, la refitolera. Después siguió su camino de Salamanca.

Por lo que toca a la Madre María de San Jerónimo y a su compañera, año y medio escaso pudieron gozar de la tranquilidad de su palomarcito de San José, pues volvió a sacarlas la obediencia para la fundación de la villa de Ocaña. Y es que

1 P. Bertoldo-Ignacio, Vida Ana de Jesús, tom. I, lib. V, cap. VII.

la sobrina de la Santa no acertaba a dar un paso sin la compañera y secretaria de la Santa.

Al dar cuenta de la fundación del convento de Carmelitas Descalzas en Ocaña, alza la voz el Cronista del Carmen, al anunciar la ida de estas dos fundadoras y dice de esta manera (1): «A los 22 de Noviembre de este año (1595) tomaron la posesión... y a los 26 se puso el Santísimo Sacramento... Por Priora vino la gran Madre María de San Jerónimo, prima de nuestra Santa Madre, que actualmente lo era en San Joseph de Avila, de quién adelante se ha de tratar, porque fué de las más insignes de aquel tiempo: trajo consigo a la Venerable Ana de San Bartolomé que entonces era de velo blanco, y hoy anda en voz de Beatificada, por los grandes méritos y milagros, que nos dirá el tomo siguiente».

Y, en efecto, de una y otra cuentan más adelante grandes maravillas nuestras Crónicas, en especial de la última. Muchas fueron las obradas por ambas fundadoras en esta fundación de Ocaña; muchas las mercedes particulares que hizo aquí el Señor a nuestra Hermana de velo blanco; pero la principal fué aquella en que la manifestó la tenía escogida para propagar la Reforma Teresiana en Francia.

«Estando, dice (2), en esta fundación que ahora he hablado, que era en Ocaña, la noche de Navidad, después de los Maitines, me quedé recogida, y en sueños me mostraron la venida que había

1 *Reforma de los Descalzos* tom. III. lib. IX, cap. XIX.

2 *Autobiografía*.

de hacer a la Francia. Entráronme en un mar muy oscuro, que me daba temor, y me enviaban con unas compañeras que no eran mis conocidas, sino una conocí después. En este recogimiento me hallé forzada; y mi espíritu, antes de esta vista, en un vivo deseo de ser mártir; y algunas veces se me han apretado estos deseos, no tan perfectos como esta vez: que me hallé con una conformidad y gozo, tomándolo por Dios, con el más encendido amor que en esta parte he tenido; que en las demás veces siempre he sentido algún temor, junto con los deseos.

»Después de esto, yo lo comuniqué con una amiga, que lo era la que estaba allí por Supriora. Ella era muy fervorosa, y decía: «Yo quiero que vamos juntas al martirio a la Francia y largas tierras. Si eso es verdad, (lo que había visto), iremos las dos». Y en esto andábamos algunos días, haciendo actos de no nos resistir a trabajos, ni temer la muerte, y tener en que dar gusto a Dios».

Esta de quien habla nuestra Ana aquí, era la Madre Isabel de la Cruz, alma fervorosa y penitente. Fué elegida luego por Priora del convento de Madrid, y se la pasaron los deseos de ir «a largas tierras», y dió en el tema de la fundación de un desierto para las descalzas, a imitación de los que fundaba el P. Tomás de Jesús para los Descalzos. Con este motivo pidió a los Superiores que la diesen por compañera a la que lo había sido de Santa Teresa, para aconsejarse de ella, y dar buena forma y mejores principios a aquel nuevo género de vida entre las Descalzas. Ana volvió a Madrid por mandato de los superiores, y después

del peligro que corrió al pasar un río, en el que estuvo a punto de perecer, y si escapó con vida fué porque parecía «como si Dios tuviera el coche en sus manos»... «llegué a Madrid, dice ella misma y díjome esta Madre que había de ir con ella al desierto. Yo le dije que no era movida a esto, ni saldría un punto de las ordenanzas de nuestra Santa Madre; que era engaño del demonio lo que pretendía. No me quisieron creer, mas viéndome el Prelado, y lo que yo decía y sentía, mandóme que no fuese».

El Señor la había revelado a Sor Ana que no se realizaría, y así sucedió; porque a los tres meses de comenzada la fundación del tal desierto, a pesar de la ayuda y protección de príncipes y grandes señores, cayó por tierra de la manera más peregrina que se puede pensar, y cuya historia y fin de ella Ana refiere peregrinamente, y nosotros lo referiremos cuando haya lugar para ello.

Terminados los tres años del gobierno de la Madre María de San Jerónimo en Ocaña, volvióse esta a su convento de Avila, y al pasar por Madrid, tomó de nuevo a nuestra Ana y llevósela a su primitivo monasterio; porque el Señor no la tenía escogida para fundar desiertos, ni aun siquiera para propagar la Reforma de Santa Teresa en España, sino en Francia y en los estados de Flandes.

Hay que consignar aquí de antemano lo que dice el último biógrafo de la Ven. Madre Ana de Jesús (1), y es que no Francia, sino España tomó

1 El P. Bertoldo Ignacio, C. D., *Vida de la Ven. Madre Ana de Jesús*, Malinas, 1676, en 2 vol.—Desde aquí nos va a servir en mucho

la iniciativa en este proyecto de la introducción del Carmelo Reformado en la Nación cristianísima. Aparte de la página de oro que copiamos atrás del «Camino de Perfección de Santa Teresa», y de las profecías y visiones que tuvo Ana de San Bartolomé, hubo otras visiones y otras profecías en el Carmelo de España referentes a esto, antes de que llegaran allí los celosos apóstoles franceses Bretigny, Berulle y Gauthier en busca de las Carmelitas reformadas, para reformar con ellas el espíritu cristiano de su nación.

Una Religiosa llamada Catalina de San Alberto manifestó, de parte del Señor, a la Madre Ana de Jesús que se preparase para ir a Francia de fundadora. Otra Carmelita, por nombre Juana de los Angeles, supo, por vía sobrenatural, que dicha Madre Ana de Jesús iría a Francia y a los Países Bajos para la salvación de las almas. El P. Luis de la Asunción, que depone jurídicamente esto último, añade que a la misma venerable Madre aseguró el Señor en otra ocasión que la Orden del Carmen florecería y se dilataría por aquellas tierras (1).

Todo esto se sabía en España, aunque muy en secreto se tenía, cuando acertó a pisar tierra española y sevillana, por segunda vez, el señor D. Juan de Quintanadueñas y Bretigny: más conocido en la historia por este último apellido que por el primero, el cual primero es de no fácil pronun-

este meritísimo escritor belga, diligente rebuscador de archivos y bibliotecas. En adelante, como le citaremos a menudo, bastará con indicar sus iniciales y el lugar de las citas; ya se entiende que están tomadas de dicha *Vida*, muy bien documentada, por cierto.

1° P. Bert. t. I, lib. III, c. IX.

ciación para lenguas francesas, sobre ser algún tanto largo. Pero el nombre no hace al sujeto, y menos el apellido, aunque bien se merece aquí este D. Juan algunas noticias sobre su persona, por ser el primero y el que más trabajó en estas fundaciones de Francia y Flandes.

Nació este varón insigne en la ciudad de Rouen a seis días de Julio del 1556. «Era casi tan español como francés, dice el P. Bertoldo (1), puesto que además de ser su padre, el señor D. Fernando de Quintanadueñas, oriundo de Burgos, el niño Juan se crió en casa de un su tío en Sevilla hasta la edad de catorce años».

Al cabo de este tiempo, volvió nuestro Juan a Rouen; pero, ya porque no le probase el clima, ya porque negocios de familia se lo exigiesen, es el caso que en 1582 estaba de vuelta en Sevilla.

El Señor que preparaba a D. Juan de Quintanadueñas para altas empresas, le ofreció ocasión de conocer de cerca a la Madre María de San José, Priora de las Carmelitas Descalzas de Sevilla, la hija «letrera» de Santa Teresa. María de San José puso al señor Bretigny en relaciones con el P. Jerónimo Gracián, a la sazón Provincial de la Reforma. El P. Gracián le explicó bondadosamente lo que era y significaba la obra de la Madre Teresa: sus hijos, sus hijas, sus libros y sus fundaciones. Don Juan escuchaba la voz del Provincial como la de un oráculo del Señor; y cuando se hubo empapado bien del espíritu Teresiano, por lo que le enseñaron los hijos y lo que vió en el trato de

1 Tom. II, lib. I, cap. I.

las hijas de la Santa Avilesa, se determinó a emplear sus talentos, su hacienda y su vida a fundar monasterios y a coadyuvar a las fundaciones de la Reforma Carmelitana por donde quiera. Así lo hizo.

En 1585 empezó a negociar D. Juan la fundación de las Carmelitas Descalzas en Lisboa, y allí se fué acompañando a María de San José y a otras tres Religiosas fundadoras del convento de Sevilla. Contribuyó luego generosamente con su hacienda a las primeras expediciones de Carmelitas Descalzos para las Misiones del Congo y de las Indias Occidentales, y en fin, él se aventajó a los franceses todos, según Ana de San Bartolomé, en el negociar y preparar las fundaciones primeras de Francia y Flandes, por todo lo cual hay que contarle entre los primeros bienhechores de la Reforma Teresiana.

Más de veinte años estuvo trabajando infatigablemente D. Juan antes de ver logrados sus mejores deseos. Tan en pensamiento se le puso esta idea de la propagación del Carmelo por Francia y por donde pudiese; tan a corazón tomó esta empresa, que solía decir, que únicamente para eso pensaba que el Señor le tenía destinado. Por ir allanando mil dificultades que se le ofrecían a cada paso, empezó por emprender los estudios eclesiásticos, y al fin sintióse con entera vocación para tal estado.

En los diferentes viajes que hizo de España a Francia y de Francia a España, no dejó piedra por mover, ni personaje por hablar de los que le podían favorecer para salir adelante con su intento.

Ante todo trató el negocio con el P. Doria y con sus Definidores, quienes, en los principios, apro-

baron de todo en todo sus planes. Después empezó a examinar el espíritu y disposición de las principales hijas de Santa Teresa, de aquellas que él creía más apropiado para llevar a cabo cosas grandes por el servicio de Dios: Ana de Jesús, María de San José, Ana de San Bartolomé, María de San Jerónimo y otras.

Confió luego su proyecto a M. De Longlée, Embajador de Francia en España, quien le apoyó eficazmente con obras y palabras y le dió cartas de recomendación para Enrique IV, y para otros personajes de su Corte. El señor Quintanadueñas y Bretigny partió para Francia, pero por la prepotencia de aquella famosa Liga a cuyo frente andaba el Duque de Guisa, no pudo hablar de semejantes proyectos con el Rey Cristianísimo, pues hubieran resultado contraproducentes, dadas las ideas calvinistas «de los que gobernaban al Rey».

Quiso Dios, sin embargo, que Bretigny encontrase, de allí a poco, un alma privilegiada que le entendiese y se pusiese de su parte desde el primer momento. Era ésta la viuda de Guillermo II, Vizconde de la Joyosa, Mariscal de Francia. La influyente dama habló con el Rey sobre la misión del señor Quintanadueñas. Enrique IV se sintió inclinado a permitir la entrada de monjas extranjeras en su reino, pero sus ministros se opusieron.

Con esta negativa volvió triste, mas no desalentado, D. Juan a España, sin saber las que allí le esperaban. Esto sucedía por Enero del 1593. Cuando llegó a Madrid, encontró cambiado al P. Doria, tanto, que si no se lo negaba todo, empezó a dar largas muy largas al asunto. Se debía este

cambio a los susurros, contradicciones y «bullerías» que había levantado la idea entre Descalzos y Descalzas.

No desfalleció, a pesar de todo, el ánimo nobilísimo de Quintanadueñas. Con cierto plan estratégico volvió una vez más a Francia. Empezó y concluyó de traducir y lanzó al público en 1601 las obras de Santa Teresa en francés, con el fin de dar a conocer en su patria tan celestial doctrina, seguro de que la Francia, al conocerla, se enamoraría de aquellos arrebatos del alma teresiana, pronta a llevar a cabo grandes cosas por Dios; y más cuando leyesen los hijos de San Luis aquellas páginas de oro en donde cuenta Santa Teresa que por amor a Francia se esmeró ella en pulir, repujar y acrisolar su Reforma Carmelitana.

Don Juan no se engañó: las obras de Santa Teresa fueron acogidas con grande entusiasmo y admiración en Francia. Aquí está la clave del buen suceso de Bretigny por parte de los suyos. Y ¡quién lo dijera! La primera lectura de estas obras, no movió gran cosa a la que había de ser principal cooperadora de D. Juan, y alma y vida del proyecto comenzado. Era ella Bárbara Avrillot, más conocida con el apellido de Mme. Acarie, y más todavía con el nombre de María de la Encarnación, escrito por Pío VI (1791) en el album de los Santos.

A Mme. Acarie no subyugó de buenas a primeras la lectura arrobadora de los libros de Santa Teresa. Pero la Santa, que no quiso darse por vencida en la lucha amorosa que tenía con aquella alma, se apareció gloriosa y sugestiva, con el hábito de su Orden, a Mme. Acarie, para avisarla ser vo-

luntad de Dios que trabajase por establecer en Francia monasterios de su Reforma Carmelitana. Desde este momento, Bárbara Avrillot quedó vencida y la empresa de D. Juan asegurada. Y mientras ambos ponen en movimiento la Corte y la Iglesia en Francia, y, valiéndose de San Francisco de Sales, piden y obtienen del Pontífice Clemente VIII las Bulas necesarias para las nuevas fundaciones, y se dan maña a organizar expediciones de notables franceses a España para conseguir sus deseos, vamos a ver lo que pasaba en los conventos fundados por Santa Teresa y en el alma de Ana de San Bartolomé, «sin la cual, según ella dice que la dijo el Señor, no se haría nada».

Como lo verás, avisado lector, en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII

La principal Carmelita de las Descalzas que fueron a Francia

(1603-1604)

Ana pone su corazón en manos del Señor «como el aceite y como la uva se ponen en el lagar».—Los que van a salvar almas entre herejes o infieles son como «los que sacan la miel de las colmenas: salen picados o martirizados; mas, sacan su miel». — Luchas y vacilaciones.—El Señor dice a Sor Ana: «No dejes de ir; que si no vas, no se hará nada».—La aparición del Arcángel San Miguel.—Estrellas que se ven de día en el cielo de Avila.—Ana dice que ella es «la más chiquita».—Los últimos serán los primeros.

No se ofenderá Ana de Jesús con el epígrafe que va al frente de este capítulo: antes al contrario, en ello se gozará mucho, y tomará la gloria de su Hermana, como gloria suya propia. Además que la verdad es la verdad, y no puede cambiarse por gloria más o menos. Y la verdad es que sin la humilde lega teresiana, no se hubiese hecho nada en Francia ni en los Países Bajos. Ella fué la que detuvo con su ejemplo y con sus palabras a la Madre Ana de Jesús y a las Carmelitas españo-

las cuando, sin concluir ni afianzar su obra, quisieron volverse a España.

Vamos a verlo por sus pasos contados.

Mientras M. de Bretigny y Mme. Acarie revolvían cielo y tierra, como suele decirse, para organizar la cruzada Teresiana con el sugestivo lema de ¡Dios lo quiere! tantas veces repetido en Francia con entusiasmo, veamos cómo revolvían también cielo y tierra los Carmelitas de España, en favor o en contra de fundaciones «entre herejes», como decían.

Era General de la Orden, por las fechas en que andamos, el P. Fr. Francisco de la Madre de Dios, quien, al decir de los historiadores, era muy santo y capaz, pero derechamente inflexible. Dicen (1) que nada del mundo bastaba a disuadirle de lo que creía útil a la gloria divina o al bien de su Orden; y que gozaba de tanto crédito para con Dios y para con los hombres, que no había medio de doblegarle. No era de opinión de que se propagase la Reforma Carmelitana fuera de España y en esto le apoyaban los sujetos más graves de ella; no todos; que hombres había por allá como el P. Tomás de Jesús, que estaban por la propagación de la Orden hasta en países de herejes e infieles, y no pudiendo convencer de esto a los varones graves de la Congregación de España, pasó a enseñarlo y a llevarlo a cabo en la de Italia, como luego veremos.

Lo que pasaba en los conventos de Santa Te-

1 Historia Generalis Carm. Disc. tom. I, lib. III, cap. VIII.

resa con este motivo, lo pinta con estas magistrales pinceladas el Cronista del Carmen (1):

«Corría entonces en España opinión entre algunos de los mayores, que siendo nuestra Reforma más principalmente dedicada a la contemplación que a la acción, no convenía encargarse de misiones y fundaciones tan remotas; porque el dilatarse era perderse y resfriar la virtud. Decían que, apartados los súbditos de la vista de los Prelados, sería de ellos lo mismo que de las ovejas a quien no alcanza la del pastor; que las demás naciones estragadas con herejías o anchuras presto relajarían a los Descalzos, perdiendo lo que tanta solicitud había costado a los primeros; y que así no convenía sacarlos de los términos de España, porque con título de reformar las naciones relajadas, no se relajasen ellos.

»Hablando en particular de las monjas, sentían por cosa escrupulosísima el darlas. ¿Qué harán, decían, mujeres ignorantes entre las tinieblas de Francia sin frailes que las alumbren, sin maestros de su profesión que las enseñen? ¿Cómo se confesarán y cómo entenderán al confesor siendo las lenguas diferentes? Si a nuestra Santa Madre, después de haber fundado el primer convento en Avila debajo del gobierno del Ordinario, le mandó que lo sujetase a la Orden, porque, a no hacerlo, (dijo el Señor), presto vendría en relajamiento aquella casa, ¿qué cuenta daremos deste santo depósito si ahora enviamos a estas religiosas a regiones extrañas, a manos no conocidas, a leyes y

1 *Reforma de los Descalzos*, tom. III, lib. XI, cap. XLIII.

doctrinas menos usadas y sin frailes que las asistan y enseñen?

»Con estas razones y otras (a quien hacía mayores la poca gana de conceder las monjas), negaron su propuesta a los franceses».

Cierto, que algunas de estas razones tienen poca miga, y que todas están adobadas con el miedo de que al salir la Reforma de los límites de España, se relajase; pero hay que conceder que los padres prudentes temen las salidas de casa de sus hijos menores; y así San Alfonso María de Liguorio se oponía tan tenazmente a que su recién fundada Congregación saliese a fundar fuera de los estrechos límites del reino de Nápoles; ni aun quería fundar en los vecinos Estados Pontificios, ni siquiera en la misma ciudad de Roma. Esto va dicho para que no se juzguen con ligereza, en tiempos modernos, las cosas y los hombres del tiempo viejo.

Pero por muchas razones que tuvieran en contra los Superiores de la Reforma Teresiana, ésta era mayor de edad, y bien podía ya salir de España; y había de salir ya, porque así el Señor lo quería. Oigámoselo decir a nuestra Hermana, la del velo blanco.

«Tornando a lo que había comenzado, dice (1), de aquel sueño que tuve en Ocaña, siempre tenía presente que Dios quería mi cruz en lo que se me había mostrado, y como la carne temía, un día se me apareció el Señor en visión intelectual; que le sentí, mas no le vi, y díjome: «El aceite y la uva

1 *Autobiografía.*

ha de pasar por el lagar del Martirio para dar su licor: por este camino han ido todos mis amigos». Y desapareció esta vista, diciéndome: «Así te quiero yo». Esto despertó en mí un nuevo «coraje (1), que andando abatida, y tomando ánimo, ofrecíme de nuevo para lo que Dios quisiese de mí. Puse mi corazón muy de veras en sus manos, y sentí le era agradable mi determinación».

Las luchas que tenía que sostener Ana con los de casa eran muchas. Ya se supone que de parte de los que contradecían la empresa, que eran los más, tanto entre Religiosos como entre Religiosas. He aquí algunas de estas contradicciones, tal y como ella las cuenta.

«Otro día, acabando de comulgar, estaba pensando en las palabras que me había dicho un Padre, «cómo no era bien, ni necesario, que Religiosas fuesen a la Francia, entre tantos herejes, pues que no les habían de predicar»; y miraba yo que esto era verdad, y aparecióseme el Señor, y díjome: «No mires en eso; que así como al panal de la miel se llegan las moscas, así atrairás a las almas».

»Esto era cuando ya andaba la pelea entre los franceses que habían venido a pretender Religiosas a España, y había diferentes opiniones, si era bien o no el venir. Y como eran todos los que andaban en ello toda gente docta, y grandes siervos de Dios los que dudaban, hacían vacilar mi al-

1 Del francés *courage*, que nosotros decimos valor o ánimo. Este y otros gallicismos se encuentran en los escritos de los últimos años de N. Beata.

ma, si era Dios o no el que me hablaba; aunque los confesores me aseguraban era Dios, y me ponían ánimo, y yo estaba, de ver una mudanza de tierra y de dudas, bien afligida, por desear acertar a gusto de Dios.

»Y como esto batía en mi corazón, Dios mostraba por otras almas lo que quería, para que yo no dudase tanto; y hacía hablar Su Majestad por una Religiosa, que era muy santa en nuestra casa (1), y sentíalo que yo viniese; deseaba se estorbese, y decía: «¿Cómo queréis, Señor, que vaya esta mi hermana tan lejos?» Y el Señor la respondió, diciéndole, que había de ser, y que no era bien que ella quisiese otra cosa. Y replicando que ella temía lo que yo había de padecer, le dijo el Señor: «Los que sacan la miel de las colmenas, salen picados; mas, sacan su miel».

»Todas en casa y en todo lugar me encomendaban a Dios; que temían, como yo venía a tierras extranjeras llenas de herejías; y en el convento andaban todas afligidas: que es una casa de Dios adonde todas se aman; y a mí, aunque no lo merecía, me querían en extremo, y yo a ellas, como a santas almas; y hacían todo su deber para que los Prelados no me diesen licencia.

»Mas, los franceses se dieron tal maña, que no se pudo excusar. De manera que la pobre alma estaba y andaba tan turbada y llena de temores, que no sabía dónde me volver, temiendo no fuese

1 Era la Hermana Catalina de Cristo, de velo blanco. (Diálogos del P. Gracián). Con esta hermana sostuvo nuestra Beata larga correspondencia, como se verá más adelante.

el demonio que me quería engañar. No cesaba de llorar de día y de noche, pidiendo al Señor no me dejase engañar. Por otra parte, Dios me hacía la guerra, mostrándome le fuese fiel, y cumpliese lo que otras veces le había ofrecido.

»Esta batería interior y exterior me traía, que no era de poca cruz. No se puede creer cómo el demonio y la carne me batían el Espíritu, diciéndome también que yo era de edad, y que no sabía la lengua, y que me moriría en el camino, y sin provecho, sin la lengua de los que me llevaban; y que mirase que estaba bien querida; que adónde quería ir; y que yo tenía allí todo reposo y descanso de mi alma; que no fuese, que me perdería, y sería perseguida de todos y despreciada; que los amigos no lo gustaban, y, en su ausencia, padecería grandes trabajos. De todo esto, se dejó entender lo que padecía mi alma, y una mujer pobre y flaca con harta presura.

»Y andando en esto y en estas aflicciones, a mí y a otras amigas el Señor también daba prieta, y díjome un día: «No dejes de ir, que sino vas, no se hará nada; que todas las demás se volverán en llegando allá». Y así fué, que a pocos días que estábamos en París, (a mí me habían enviado a Pontoysa), y me enviaron a decir que si quería que nos volviésemos a España, que ellas no se hacían, y se querían venir. Yo las envié a decir que se fuesen, que yo ya deseaba perseverar en lo comenzado. Ellas se enojaron conmigo, y no se osaron venir.

»Antes de partir, (a Francia), nuestro Señor habló con otra Hermana de la casa, y la dijo: «Dí-

gala que vaya allá, y no tema, que la digo lo que a mis Discípulos: que ella será afligida y despreciada; mas, sus trabajos se volverán en gozo». Esto que Dios decía a las amigas, me daba más fuerza que la (revelación) que yo había tenido».

Pero, como los consejos de las de adentro y las contradicciones de los de afuera no cesasen, vino a sentir nuevos desfallecimientos. Para animarla a reñir la última batalla, se le apareció el Arcángel San Miguel, Príncipe de los que pelean por la gloria de Dios.

«En otro día, dice, estando con esta pena, quedéme medio dormida, y aparecióseme un mancebo, muy gentil hombre, y andaba en traje de soldado, y díjome: «No has de dejar de ir; ten «coraje». Según lo que sentía, era el Angel San Miguel, de quien he sido devota desde niña, y le rezaba cada día».

En este punto andaban las cosas, cuando el cielo intensamente azul de Avila empezó a ofrecer un espectáculo maravilloso, durante todo el mes de Agosto del 1604, causando grande admiración en todos cuantos lo contemplaban.

«En estos días antes de partir, un mes, se vían estrellas en el cielo, de día y de noche, antes que supiésemos las que habían de venir. Eran muy resplandecientes, y unas más grandes que otras. Y así éramos las que venimos. Y yo era la más chiquita».

La más chiquita por su humilde profesión de lega. La más grande por las grandes revelaciones

que sobre esta empresa tuvo. La más necesaria, porque si no iba ella, no se haría nada. La primera por su valor en llevar la cruz, y su sed en salvar almas. La principal, en fin, por sus alientos de Fundadora.

Los últimos serán los primeros....

CAPITULO XVIII

La Estrella más luminosa

(1603-1604)

La primera caravana francesa.—Incidente por unas cartas del P. Gracián de la Madre de Dios.—La segunda caravana.—Lo que decían los Breves Apostólicos que traían los franceses.—Lo que ellos deseaban.—Lo que pensaba el General de los Descalzos.—Lo que dijo a M. Berulle el Ven. Hermano Francisco del Niño Jesús.—Propuesta de M. Berulle a Sor Ana de S. Bartolomé.—La Estrella *más chiquita* iluminó el punto más oscuro.—Otro punto muy esencial que se esclarece en este capítulo.

Por Octubre de 1603 había emprendido su viaje a España la primera expedición francesa que venía en busca de las Carmelitas españolas, capitaneada por D. Juan de Quintanadueñas Bretigny. Componíanla tres damas y tres caballeros: todos de monta y cuenta.

Eran ellas Mme. Jourdain, futura carmelita, que se llamó Luisa de Jesús; Mme. du Pucheul, oriunda de España y hermana de una de los caballeros de la caravana, y Mlle. Rosa Lesgu, puesta por Mme. Acarie al servicio de las dos primeras.

Los caballeros, además del referido, eran M. de Quesada, pariente de Bretigny, el cual gozaba de gran reputación en la Corte de Felipe III, y M. Gauthier, Secretario de Estado de Enrique IV. Este último, al llegar a Puliguen, en la embocadura del Loire, dejó a sus compañeros plantados, y se volvió de sopetón a París. Con todo eso, seis fueron los que llegaron a España; pues no faltaba en la caravana el fiel servidor de Quintanadueñas, que se apellidaba Navez. Navez fué más tarde sacerdote y canónigo de la Colegiata de Soignies.

Esta primera caravana no consiguió gran cosa por tierras de Castilla, en orden al logro de sus deseos. Así lo comprendió de antemano M. Gauthier, el Secretario de Estado, cuando tan inopinadamente se retiró de ella. Pensamos que le hicieron abrir los ojos de diplomático ciertas cartas que escribió desde Roma, en donde entonces se hallaba, el Padre Maestro Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Así lo afirma el mismo Gracián en los Diálogos con Sor Ana (1). Contándole ésta cómo el Señor dijo una vez a su amiga Catalina de Cristo «que daría muy buenas coronas a los que habían procurado y solicitado traer monjas de España a Francia, y que también procurasen traer frailes de la misma Orden», replica el P. Gracián: «Espero en Dios haberle servido en procurar, cuando estaba en Roma, por Teólogo del Cardenal Deza, que viniesen monjas a Francia, escribiendo sobre ello a un amigo mío, que estaba en Rouan, llamado Juan de Quintanadueñas de Bretigny; y como vimos que no había remedio con

1 *Diálogo 5.º*

los Perlados de España, que las quisiesen dar, para una fundación que se hacía a Rouan, concertamos que se negociase con el Rey de Francia, que pidiese al Rey de España viniesen, y que Su Santidad diese Breve para ello, y habiéndole sacado, fueron por ellas el mismo Mons. De Bretigny y Don Pedro Berulle: y así comenzaron las primeras fundaciones».

Por aquí se ve que Mons. De Bretigny, llamémosle así, había seguido puntualmente las instrucciones dadas por el P. Gracián, excepto en aquel punto capital de las cartas del Rey de Francia, pidiendo las Carmelitas al Rey de España. A esto se debió la retirada repentina del Secretario Gauthier, puesto que no se volvió a París para abandonar la empresa, sino para solicitar de Enrique IV las cartas que decía el P. Gracián. Además, quiso que otro personaje de la importancia de Berulle, Limosnero Mayor del Rey, fuese a España con él a hacer tal petición, en nombre del Rey. Así se lo dijo a Mme. Acarie, quien al punto comprendió el alcance de la proposición, y pudo, al fin, convencer a M. Berulle de la necesidad que había, de que él en persona tomase el asunto por su cuenta y se pusiese luego en camino, acompañado de Gauthier y de Edmondo de Messa. No hemos de pasar por alto, aunque nuestros historiadores no lo digan, que ayudó mucho a todo esto, con persistentes instancias, la Reina Cristianísima, María de Médicis, como ella misma lo dice en carta que publicaremos a su debido tiempo.

Hechos ya los preparativos, pertrechados con-

Bulas del Papa (1) y con cartas del Rey, salieron de París con rumbo a España los tres personajes dichos, el 9 de Febrero de 1604. Llegados a Valladolid, que era en donde residía la Corte, por voluntad del Duque de Lerma, fácilmente obtuvieron los franceses del Rey Católico lo que pedían de parte del Rey Cristianísimo. Pero, faltábales lo mejor, y era la licencia del General de los Descalzos, cuya voluntad inflexible no se doblegaba ni con cartas de reyes, ni con mediaciones de embajadores. Solamente le hubiera rendido al punto el doble Breve del Pontífice; pero no se lo enseñaban; y no se lo enseñaban, porque no había querido el Papa insertar la cláusula que pretendían los postuladores; esto es: que las Religiosas fundadoras fuesen de España. Más aún; el doble Breve de Clemente VIII, ordenaba que las tales Religiosas Carmelitas fuesen escogidas entre las que había en Portugal (2). Por algo, pues, no se enseñaban los Breves al Reverendo Padre General.

Y no es sólo esto, sino que M. Berulle quería llevar de España las más sobresalientes hijas de Santa Teresa, y de entre éstas, las que fueron sus más amadas compañeras.

No critiquemos por ello a M. Berulle; porque eran altos sus pensamientos y noble su petición, y andaba a vueltas con su talento diplomático por ver de conseguir lo que deseaba. No critiquemos tampoco al inflexible General; porque no quería

1 Había por medio una Bula (con data 30 de Noviembre de 1603) y dos Breves: uno del 23 de Diciembre de 1603, y otro del 24 de Febrero de 1604. Vid. Bull. Ord. Carm. tom. III. pág. 324.

2 P. Bert. tom. II, lib. I, cap. II.—Bullar. Carm. loc. cit.

quedarse sin las mejores hijas de Santa Teresa, sin las que más le recordaban a su Santa Madre; además de que ya iban medrando en años para exponerlas a viajes fatigosos, y andaban no escasas de achaques y de enfermedades; y a todo miraba él como buen Padre. Pero, ¡buenos eran D. Juan Bretigny y D. Pedro Berulle para dejar en paz al General rectilíneo! Si éste no cedía un palmo de terreno, los otros no dejaban de disputárselo con insistencia uno y otro día, y cada día con mil argumentos diferentes.

Andando en estas idas y venidas por la Calle de Alcalá al convento de los Carmelitas Descalzos, se avistó cierto día D. Pedro Berulle con aquel santo Hermano Francisco, tan famoso en toda España; tan simple como santo, tan amigo del Niño Jesús, que parecía su Limosnero Mayor, y con más privilegios que los que Berulle tenía cerca de su Rey por semejante título; aquel leguito, en fin, que trataba de hermanos a todos: desde el Rey de España hasta el Arzobispo de Valencia. Pues viendo cierto día nuestro Hermano a M. Berulle triste y meditabundo, le dijo para consolarle: «Hermano Francés: el Niño Jesús quiere darte buenas monjas». Y le apuntó al oído los nombres de las dos principales: ambas compañeras de Santa Teresa y ambas con el nombre de «Ana»: la una de Jesús, la otra de San Bartolomé.

Entonces debió de ser cuando M. Berulle se puso al habla con la Secretaria de Santa Teresa, para contemplar de cerca el espíritu y talla de esta simple lega, por ver si era tal y como decían, tal y como él deseaba. Y en aquella ocasión, nuestra

Ana, por obra de su divina Majestad, hubo de agrandarse tanto a los ojos de su examinador, que pareció tomar talle de fundadora, hasta el punto de indicarla M. Berulle que la quería ver como capitana de las que fueran a Francia. Mas, ella le dijo resueltamente que, siendo así, no iría de ningún modo; pero le aconsejó que para capitana escogiese a la Madre Ana de Jesús, y en ese caso ella, freila como era, iría por «persona muy activa a serlo en la cocina» (1).

Esta luz de la «Estrella más chiquita» iluminó más la profecía de Fr. Francisco del Niño Jesús, e iluminó el camino desde Avila a París. Ahora lo vió todo claro quien hasta entonces lo había visto muy oscuro. Hubo, sin embargo, todavía muchos dares y tomares para vencer la resistencia del Padre General, y sólo con la intervención del Nuncio de Su Santidad se doblégó, al fin, como buen hijo de Santa Teresa, aunque bien sabía que la jurisdicción del Sr. Nuncio no llegaba hasta aquel punto, habiendo Bulas del Papa de por medio. Por eso, con fecha del 4 de Agosto de 1604 firmó las patentes para Ana de San Bartolomé y Ana de Jesús y para otras tres o cuatro coristas más a elección de la Madre Ana que iría como Superiora, no sin declarar que lo hacía muy contra su gusto y con harta mala voluntad. ¿Cómo había de tenerla buena si le robaban sus mejores joyas?... Pero, el historiador imparcial ve en todo esto, lo que ve a cada paso en la Historia: «El dedo de Dios escribiendo derecho con renglones torcidos».

1 Relación de la M. Leonor de S. Bernardo.

Eso sí: al conceder sus monjas, puso por condición el R. P. Francisco que todos los monasterios de ellas que se fundasen en Francia, se habían de poner bajo la obediencia de la Orden. Y aun añade Champagnot, en la «Vida de M. Breigny» (1), que a no habersele dado palabra de hacerlo así, en manera alguna hubiera el General dado monjas para fundar en el reino Cristianísimo.

En la Bula de Clemente VIII se decía lo mismo: que las Carmelitas de París se sujetarían a la visita, corrección, obediencia y omnimoda jurisdicción del Comisario General de la Orden: con lo cual daba a entender al de Italia, que por aquellas fechas llevaba este título, pues el de España, como se ha dicho, tenía el título de General.

Como este punto de la obediencia de las Descalzas a los Descalzos es de tanta importancia para entender bien esta segunda parte de nuestra historia, merece que quede aquí bien señalado. Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé lo manifiestan en varias cartas. Citemos algunas.

Ana de Jesús, escribiendo desde París el 8 de Marzo de 1605 al Sr. Obispo de Tarazona, le dice entre otras cosas (2): «El Sumo Pontífice... para la visita señala al prior de la Cartuja mientras no hubiere frailes nuestros descalzos en Francia, que, en habiéndolos, quiere Su Santidad sean ellos los Perlados... El cartujano no ha querido aceptar la vi-

1 Citado por el P. Bert. tom. II, lib. I, cap. II.

2 Esta carta fué publicada por primera vez en *El Monte Carmelo*, de Burgos (1.º de Octubre de 1911), por el P. Gerardo de S. Juan de la Cruz.

sita: espero en Dios no consentirá entre en ella sino nuestros frailes».

Respondiendo la misma Venerable desde Bruselas (13 de Setiembre de 1620) a la consulta de cierta Priora de Francia, dice (1): «No crea V. R. lo que dicen de Borgoña y de aquí, porque ni un solo punto he mudado jamás de lo que nos dejó nuestra Santa Madre, ni he podido vivir sin la obediencia de nuestra Orden. Bien saben esos señores que nos conviene mucho, «y aún que con esa condición fuimos a Francia y vinimos aquí».

De Ana de San Bartolomé hay muchos testimonios en esta historia; sólo copiaremos aquí lo que escribía a este propósito, desde Amberes, a D.^a Luisa de Guillamas (2). Hablando de la santidad de las monjas de aquella casa, dice: «No me dan lugar a sentir el ausencia de las hijas de Francia, que yo amo bien, mas no podía estar ya más en aquella obediencia, después que la Orden está establecida en estos reinos. Yo las deseo har-to en ella, por el bien que les sería. Será cuando Dios quisiere. Yo estoy contenta de estar en la Orden y trabajar en ella lo que se presentare, que hay bien en qué, aunque valgo poco, mas tengo la voluntad. Dios me dé gracia de poderle servir y morir en la demanda».

Esto pensaban y esto querían todas las carmelitas que fueron a fundar en Francia, y por no

1 Vid. P. Bert. tom. II, lib. I, cap. II.

2 El original de esta Carta se conserva en las Carmelitas de Alba de Tormes, quienes nos han enviado copia. Publicóla el Sr. La Fuente en los *Escritos de Santa Teresa*. Vid. Edic. de Madrid, 1909, t. II, p. 450.

poderlo conseguir, estuvieron a punto de volverse a España, y se hubieran vuelto, de fijo, a no haberlas detenido Ana de San Bartolomé, según ella nos ha dicho. Y cuando todas estas santas carmelitas pensaban así en cosas de su gobierno, por algo había de ser, puesto que todas tenían experiencia en ello.

Ya que tocamos este punto, del gobierno de las Carmelitas Descalzas por los Carmelitas Descalzos, y de las ventajas que trae consigo, a pesar de cuantos defectos se le quiera poner, no hemos de ocultar que hay algunos pareceres contrarios de varones respetables, quienes queriendo recibir espíritu, fervor y altas enseñanzas de las Hijas de Santa Teresa, se glorían, (y sea en buen hora), de saberlas gobernar y dirigir mejor que los Hijos de Santa Teresa.

Muy bueno es todo esto, y harto nos gusta a los hijos de tal Santa que todas las Ordenes Religiosas, y en especial las que ayudaron tanto a formar y modelar el espíritu de nuestra Santa Madre, formen y modelen y pulimenten y acrisolen el espíritu de sus hijas, particularmente los Dominicos, los Franciscos y los de la Compañía de Jesús, a todos los cuales cabe tanta gloria en la formación y buena dirección espiritual que dieron a Santa Teresa. Pero, dígase cuanto se quiera, y emborrónese la mitad y otro tanto del papel ya emborronado para llevarnos la contraria, siempre quedará más alta, en muchos puntos, la tesis que sostiene: que para dirigir y gobernar Carmelitas Descalzas, no hay Orden más apropósito que la Orden de Carmelitas Descalzos. La razón no puede

ser ni más obvia, ni más sencilla, ni más convincente, y es: que unos y otras son hijos de la misma Santa, practican las mismas leyes, estudian las mismas lecciones, siguen los mismos consejos, viven en la misma Orden, que es como vivir en la misma casa; y a cerca de esto hay un proverbio muy filosófico y práctico que dice: «Más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena».

Y no queremos entretenernos más, porque nos están aguardando las santas «Andariegas» que van a fundar en Francia, y en especial la nuestra, que tantos caminos corrió en compañía de la celestial «Andariega», Santa Teresa de Jesús.

CAPITULO XIX

Ana, la Andariega, Camino de las Galias.

(1604)

Las estrellas del cielo de Avila eran: la mayor Ana de Jesús, la *más chiquita* Ana de San Bartolomé, las otras cuatro: Isabel de los Angeles, Beatriz de la Concepción, Leonor de San Bernardo e Isabel de San Pablo.—Las que se reunieron en Avila.—Las seis estrellas errantes desde el cielo de España al de Francia.—Lo que sucedió a nuestra Andariega camino de las Galias.—El 15 de Octubre de 1604 en Paris.

«Juntáronse, dice Ana (1), todas las que habíamos de venir en nuestro Convento de Avila, día de San Bartolomé, y estuvimos allí hasta el de la Degollación de San Juan Bautista (29 de Agosto).

»En estos días antes de partir... se vían estrellas en el cielo de día y de noche... y yo era la *más chiquita*».

¿No recuerda el lector avisado de cómo cuando bautizaron a nuestra Andariega vió la madre de su prima Francisca, sobre la pila bautismal, una luz resplandeciente a modo de estrella?... Pues aque-

1 Autobiografía.

lla estrellita del Almendral tiene tanto parecido con esta de Avila que se nos antoja ser una misma: «una estrellita que nos guía al cielo».

En cuanto a las otras que se dejaron ver en el de Avila, ya conocemos a la mayor, a nuestra amada Madre Ana de Jesús, que ahora va a ser más que nunca lo que dijo Santa Teresa: «la Capitana de las Prioras».

De las otras cuatro hay que dar aquí algunas noticias. Ellas eran:

Isabel de los Angeles, natural de Villacastín, hija de D. Juan Márquez de Mejía y de D.^a María Ibáñez; ambos nobles y virtuosos y bien conocidos en la Corte de España. Isabel nació el 5 de Febrero de 1565. Recibió en Salamanca el hábito de carmelita, juntamente con una hermana suya, el 6 de Mayo de 1589. Estando velando delante del Santísimo el día de San José del 1603, el Señor la reveló que ella iría entre las que fuesen a fundar en Francia, y así se lo escribió al P. General enseguida. Era Supriora en Salamanca cuando su nombre empezó a lucir con luz de estrella.

Beatriz de la Concepción, como la anterior, del convento salmantino. Fueron sus padres D. Pedro de Zúñiga y D.^a Antonia Palomeque, ambos de la casa y blasón de los duques de Béjar. Cuando la noble señora de Zúñiga se hallaba en cinta, predijola un siervo de Dios que daría a luz una hija que sería Religiosa y Santa. Y tal fué Beatriz. Nació en la villa de Arévalo a 5 de Noviembre de 1569. Profesó la Regla primitiva del Carmen en Salamanca a 14 de Setiembre de 1590.

Cuando Ana de Jesús, Isabel de los Angeles y

Beatriz de la Concepción, las tres de Salamanca, llegaron a San José de Avila, eran ya, con Ana de San Bartolomé que estaba allí, cuatro fundadoras. Faltaban dos para completar el número que querían los franceses, y para ser seis, como eran seis «las estrellas que se veían de día y de noche en el cielo». Supo Ana de Jesús que había una Religiosa en Loeches que hablaba muy bien francés y otras lenguas necesarias, y además tenía otras prendas y cualidades excepcionales. Pidió al General que se la diese, a lo cual accedió esta vez el buen Padre con mil amores; y fueron a buscarla a Loeches D. Juan Quintanadueñas y un Padre de la Orden.

Leonor de San Bernardo llamábase dicha Religiosa, muy citada ya en esta historia, por haber sido muy amiga de nuestra Ana de San Bartolomé. Leonor era hija del noble caballero genovés Juan Corbari Spínola y de Leonor de Baviera, de la ilustre casa de este nombre. Nació Leonor de San Bernardo el 6 de Marzo de 1577 en Spa, cerca de Lieja, en donde su madre se hallaba tomando aquellas aguas medicinales. Contaba solamente ocho años la pequeña Leonor cuando sus padres fueron a fijar su residencia en Madrid. Siendo de edad de doce años perdió a su madre, y a los veinte vistió el hábito carmelitano en aquel convento de Loeches en que se había querido inaugurar la vida eremítica entre las Carmelitas Descalzas: vida que, como dijimos, dió mal resultado, y a los tres meses se empezó la misma vida regular que en los demás conventos de la Orden. Un día dijo el Ven. Hermano Francisco del Niño Jesús a la Hermana Leo-

nor, en son de profecía: «Hermana Leonor: ella irá con los hermanos franceses a fundar en París de Francia». Y allá fué, en efecto.

Tan amiga y fiel compañera fué Leonor de San Bernardo de Ana de San Bartolomé, que esta la dijo un día: «Una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho es de haberme dado a V. R. por ayuda. Mi hija: Dios quiere que nosotras dos tengamos un mismo espíritu y una misma voluntad». Con estas palabras queda retratada de cuerpo entero Leonor de San Bernardo.

Mientras se reunían las Carmelitas fundadoras en Avila, las damas y caballeros franceses andaban en peregrinación por la ciudad, visitando los lugares santificados por la insigne Reformadora del Carmelo. También desearon conocer y tratar a algunos personajes que habían conocido y tratado de cerca a la Santa: quedando encantados de la conversación de Julián de Avila, el viejo capellán del Convento y mucho más de las sabrosas y espirituales pláticas de la Madre Teresa de Jesús, la sobrina de la Fundadora, y entonces Superiora del primitivo convento de San José: joyita ésta que no sabemos cómo no se dieron maña para llevársela a Francia, aquellos que tan lindas joyas buscaban.

Todo listo ya, y con mucha prisa preparado, se la daban los franceses para partir cuanto antes, temiendo no les quitase todavía el P. General algo de lo mucho bueno que se llevaban. «Fué con tanta prisa la partida, dice Ana de Jesús (1), que no hubo

1 En la carta citada al Sr. Obispo de Tarazona.

lugar ni aun hablar a nuestras Hermanas propias, que estaban en casa, ni quisieron que entrásemos en las que estaban en el camino, sino sólo en Avila, Burgos y Vitoria, que no se pudo excusar».

Como se ve, Ana de Jesús se refiere aquí a las Hermanas de Salamanca. En Avila se detuvieron hasta reunirse cinco de las que habían de ir, y en Burgos solamente para recoger la última: que ya se habrá notado que faltaba una de las seis fundadoras. Era ésta Isabel de San Pablo, emparentada con Mme. de Pucheul, la hermana de M. de Quesada. Isabel nació en Amberes el 16 de Enero de 1560. Su padre era español y se llamaba D. Martín de Chávarri. El nombre de su madre se ignora. Sólo sabemos que era una virtuosa señora de los Países Bajos. Cuando Isabel sintió vocación de retirarse del mundo, su padre, D. Martín, consultó al Ven. Padre Granada qué Orden debería de escoger su hija para entrar de Religiosa. El Padre Luis de Granada contestó a Isabel de Chávarri con el siguiente billete: «La Orden que más resplandece al presente en la Iglesia de Dios, es la Reforma de la Madre Teresa: tomad esta por voluntad del Señor». Y esta tomó nuestra Isabel, la cual conservó el Billeto del Ven. Padre Granada como recuerdo, hasta que un día, haciendo un inmenso sacrificio, lo rompió por mandato de M. Berulle (1).

1 P. Bouix, *Autobiographie de la Vén. Anne de Saint-Barthélemi*. París. 1869. Vid. lib. II, cap. XIV.—Como es la primera vez que citamos esta traducción, advertiremos de corrida, que no concuerda con la *Autobiografía* que vino en los procesos para la beatificación. Faltan en la traducción del P. Bouix, algunas cosas, tiene otras que no están en ésta,

Vistió el hábito carmelitano Isabel de San Pablo en el convento de Burgos a 20 de Diciembre de 1588, y fué una de las primeras a quienes comunicó sus proyectos M. Bretigny, hallando en ella una de las más acérrimas defensoras.

Habiéndose completado en Burgos la caravana, no hubo ya sino emprender el viaje según el itinerario convenido de antemano: Burgos, Vitoria, Tolosa, Irún, San Juan de Luz, Bayona, Burdeos, Santes, Poitiers, Orleans, Lonjumeau y, por último, París.

De los incidentes peregrinos, reveses y adversidades, consuelos y desconsuelos no hay que hablar, porque sería largo de referir. Sólo diremos algo de lo más íntimo y personal de nuestra Ana de San Bartolomé, por ser lo que toca a nuestra historia.

«Todo el camino, dice ella (1), lo más ordinario fué mi alma muy frecuentada de la presencia de su Esposo, con grandes consuelos y favores, y con una paz y tranquilidad del cielo. Sola una vez fuí muy afligida, porque había visto en todo el camino que las compañeras venían muy disgustadas de traerme; que veían no era buena para nada, y tenían razón; que parecía temeridad que yo viniese, por lo poco que soy. Y como me mostraban tanto disgusto, este día, como digo, me hallé muy afligida, y luego se me apareció el Señor, en una visión, crucificado, y amoroso de mi alma, y me consoló, diciéndome: «Hija, ten «coraje», que yo te ayudaré y estaré contigo».

y las que coinciden están diversamente ordenadas. De todo ello hablaremos despaciosamente en otro libro. Baste aquí lo apuntado.

1 *Autobiografía.*

»Este mismo día, pasando una puente de un gran río, en medio de ella, el mal Espíritu quisiera echarnos en el río, al fondo; y alborotáronse los caballos, y levantó (el mal Espíritu) el coche de un lado, y las compañeras, temerosas, clamaban a Dios, y con el alboroto salió de la puente, cayendo. Y víase que era el Demonio, que, en saliendo de la puente, le arrojó en un valladar lleno de muchas espinas. Y yo iba a la portezuela, y cayó el coche sobre aquel lado, y todas sobre mí. La gente gritaba, y decían: «Ya es muerta». Yo estaba sin sentir espinas ni otra dificultad, como si Dios me tuviera en palmas. Y estando las demás sobre mí, las oí gritar fuertemente, y no sabía de qué; y la una tenía herido un pie, la otra un ojo, del golpe que le dió un palo del estribo: que fué menester enviar luego al lugar por cirujano que las curase. Ellas eran fuertes; y como yo era flaca y nada, por nada me dejaba el Señor».

Sucedió este percance la víspera de San Mateo, a 20 de Septiembre, poco antes de llegar a Bayona. El 15 de Octubre de este año de 1604, hicieron su entrada en París las Hijas más queridas de Santa Teresa de Jesús. Esa fecha hubo de ser más tarde doblemente bendecida en el Carmelo de Francia.

CAPITULO XX

La Hermana del velo blanco recibiendo el velo negro.

(1605)

Algo sobre M. Berulle.—Lo que este distinguido Prelado pretendía de N. P. Tomás de Jesús.—Lo que pretendía de Ana de San Bartolomé.—La cuestión del velo negro.—Oposición de Ana de Jesús a que su hermana dejase el velo blanco.—Pareceres y padeceres de las dos Anas.—El mandamiento del P. Cotón, jesuita y confesor del Rey.—La Hermana Ana de San Bartolomé pasa a ser la Madre Ana, por pasar de lega a Priora, con preceptos y patentes.

Ante todo hay que dar aquí alguna noticia particular acerca de M. Berulle, personaje tan traído y tan llevado por los Anales del Carmelo y por la historia de Francia, el cual tiempo adelante fué Cardenal de la Santa Iglesia, con lo cual dicho se está que es digno de toda veneración, y que al tratarse de él en cualesquiera historia, se le tengan las debidas consideraciones, en atención a su dignidad, a sus talentos y a sus virtudes, que fueron muchas.

Nació Pedro de Berulle el 4 de Febrero de 1575

en el castillo de Sérilly, en la Champagne. Fueron sus padres Claudio de Berulle, de antigua y noble familia, y Luisa Séguier, hija del ilustre Presidente del mismo apellido. Desde niño fué tan virtuoso que mereció que le llamaran el «santito». En cuanto a los estudios, fué muy aventajado en ellos; si bien su biógrafo, el P. Prat de la Compañía de Jesús (1), le tributa unas alabanzas, que no suenan a tales en nuestros oídos, y son éstas. Dice que Berulle, «dejando a un lado las sutilezas escolásticas y sofisticas, los subterfugios y vanas argucias, profesó más bien la teología mística, en la cual se hizo pasar por el Platón de nuestra edad y mejor por un nuevo Dionisio o por otro Hierotheo».

El 5 de Junio de 1599 celebró la primera misa Berulle, y seis meses después fué nombrado limosnero honorario del Rey, «por recomendación de sus parientes los Séguier», dice su biógrafo. Estando ya en candelero, lució mucho por sus talentos y más por su virtud y piedad. Era devotísimo de la Virgen, nuestra Señora, y esto hace su figura simpática. Cuando andaba por España trabajando, tanto como sabemos, por llevar las Carmelitas a Francia, «decía todos los días misa votiva de la Virgen, y pasaba horas enteras, ya de rodillas en su cuarto, ya paseando en el jardín, repitiendo aquella estrofa del «Ave Maris Stella»: «Monstra te esse Matrem».

Sólo contaba 29 años de edad cuando empezó a trabajar por la introducción del Carmelo en su patria, y a esta obra, puede decirse que debe toda

1 Cit. por el P. Bert. tom. II, lib.-cap. IV.

su fama. ¡Lástima grande que M. Berulle no acertara a entenderse con los hijos de Santa Teresa, y de común acuerdo hubieran implantado la Reforma Teresiana en Francia, sin dar que sentir a las hijas más queridas de la Madre Reformadora! Pero, pues el Señor lo permitió de otro modo, ¡bendito sea! Porque es lo cierto, que, desde los principios, no acertó a entenderse M. Berulle con los hijos de la Santa, con ser tan santos aquéllos, como lo eran el P. Francisco de la Madre de Dios, el Padre Tomás de Jesús, Ana de Jesús, Ana de San Bartolomé y otros. Sino se hubiera entendido con uno o con otra, pudiera achacarse toda la culpa a este uno, o a aquella otra; pero no ponerse de acuerdo ni con unos ni con otras, en puntos tan transcendentales como son las leyes de un Instituto que todos estos Religiosos profesaban desde sus principios, y todos ellos habían fundado casas de él, mientras M. Berulle, joven de 30 años escasos, ni le profesaba, ni le conocía a fondo, nos induce a creer que no estuvo exento de yerros ni de culpas, por más que dejemos siempre a salvo sus honradas intenciones. Y aun, para disculpa suya, vamos a decir aquí algo que hasta ahora no se ha publicado, y que lo apunta el P. Tomás de Jesús, en un cuadernillo inédito, en donde escribió la relación de las fundaciones que él llevó a cabo en Francia, Flandes y Alemania (1). Lo que apunta el P. Tomás, y sirve de disculpa a Berulle es que, al parecer, quiso fundar una Congregación de Francia de carmelitas descalzos, como la había de

1 Ms. de nuestro Archivo gen. de Roma.

España y de Italia, y más tarde la hubo de Portugal; y como no le salió bien este proyecto, fundó un nuevo Instituto Religioso. Oigamos al Padre Tomás el cual escribe su relación hablando en tercera persona: «El P. Fray Tomás, (dice él mismo), siendo Definidor General en España, en tiempo que los Prelados franceses, (entre los cuales era el más principal Mr. Berulle), fueron a España por Monjas de nuestra Orden... les había ayudado mucho, de suerte que fué uno de los principales medios que hubo para que negociasen lo que pretendían... Por esta causa los franceses que le habían conocido en España, y particularmente Mr. Berulle, cuando le vieron en Francia, holgáronse con él, no porque iba a fundar monasterio, porque esto lo sentían mucho; y en particular que el P. Fr. Tomás fuese de la Congregación de Italia, y que en su nombre quisiese fundar en París.

»Procuraba persuadirle Mr. Berulle, con todas veras, se juntase con ellos, y desuniese de la Congregación de Italia, y se quedase en la Francia, y dejase las fundaciones de Flandes. No fué sólo un día, sino que continuadamente por muchos perseveraba en esta plática; si bien el P. Fr. Tomás, desde el principio, con gran resolución le respondió que no lo haría en ninguna manera. No obstante que le vía tan constante, volvía de nuevo y con nuevas instancias, pareciéndole que con la continuación vendría a moverle. Decíale que si el Rey Enrico IV viviese, (con quien él podía mucho), habría negociado que no le dejase salir de Francia; y que si el Padre gustaba, haría lo mismo con la Reina.

»Nunca se declaró los fines que tuviese en esta

pretensión tan ardiente, ni el P. Fr. Tomás claramente los pudo alcanzar; pero sospechaba que quería hacer cierta Congregación; y entonces aun no debía de estar resuelto si la haría de Clérigos (como después la hizo), o de Religiosos; y, por ventura, para ayudarse del Padre para este fin, deseaba se juntase con ellos, o, por ventura, darle el gobierno de las Monjas en Francia».

Además de estas conjeturas que apunta el Padre Tomás, hay lugar a la que apuntamos nosotros; la de querer fundar separadamente una tercera congregación de Carmelitas Descalzos: la de Francia. Nos sirve de fundamento la insistencia con que Berulle deseaba que dicho Padre, de tanto valer, se desuniese de la Congregación de Italia y se quedase en Francia. Ciertamente, que no sería para hacerle cambiar de profesión ni de hábito, sino simplemente de superiores y de gobierno. Con ello pretendía amoldar el Limosnero del Rey la Reforma Teresiana al carácter y al ambiente francés, como nos lo dirá pronto nuestra Hermana, la del velo blanco.

Y con esto, vengamos a la cuestión del velo, que tanto dió que rogar a Santa Teresa, y tanto dió que sufrir a su Secretaria.

«Llegando a París, dice Ana (1), adonde el Señor me continuaba los favores y regalos del camino, yo me fuí, con licencia de la Prelada, a guisar la comida con gran gusto, como le había tenido siempre en aquella condición, que era de hermana lega; y aunque la Santa Madre en su vida deseó que yo tomase el velo, y me lo propu-

1 *Autobiografía.*

so algunas veces, yo lo había resistido, diciendo que me sería desconsuelo dejar mi vocación; y así me había dejado, porque me quería de manera, que en cosas miraba más a darme gusto que a tomarle ella: que me era de harta confusión. Mas, el amor propio que yo tenía, me hacía creer era de más perfección lo que yo quería; y como yo la había resistido, los Superiores dieron luego en que yo había de tomar el velo; y hubo otra pelea en mi alma no menor que la pasada, por parecerme que si había faltado en dar gusto a la Santa Madre, y que lo había de hacer ahora por los extranjeros. Y la Prelada no lo quería; yo estaba sola, y ella me tenía, a veces, en una celda las horas enteras, diciéndome cosas de harta temeridad; que no los creyese, que me condenaría; y que por mí se perdería y relajaría la Orden en Francia y en España.

»Yo estaba combatida de grandes temores, como se puede pensar; porque, en viniéndome a hablar los Prelados decían al contrario, y que había de ser, y que el General de España les había dicho que lo hiciesen en llegando. Y de las compañeras, todas eran contrarias a la opinión de los Prelados, si no era la Madre Leonor de San Bernardo, que siempre fué de esta opinión. En los caminos ella me consolaba; que lo había bien menester.

»Y pasaron unos días en dares y tomares; y como la Madre estaba fuerte en su parecer, y los Prelados en el suyo, y yo entre dos aguas que me combatían, vino el P. Coton, jesuítá, que lo trajeron los Prelados que me hablase para persuadirme a lo que querían; y él como me veja tan perpleja, díjome: «Yo y todos los de mi convento diremos

misas y oraciones, nueve días, para que Dios dé luz en este negocio, y lo que sintiéremos, nos ha de obedecer en conciencia.

»Y en estos nueve días el Señor se me apareció dos o tres veces, y me consolaba, que lo había bien menester. Era hermosísimo y muy alegre, y hablábame de buena gracia; y una vez me dijo con su dulce palabra y amorosa: «Ten ánimo, que no puede ser menos».

»Y al cabo de esta novena, vino el Padre Jesuíta; y díjome que cómo estaba. Yo le dije que con harta pena; sin decirle lo que me pasaba con el Señor y con la Santa, que también se me había aparecido, y consoládome. Y díjome (el P. Coton) que, en conciencia, estaba obligada a obedecer, «y creo, (dijo), que os lo puedo mandar en obediencia DE PARTE DE DIOS, y así lo hago; y pecaréis si hacéis otra cosa: esto diré a los Superiores que lo desean».

»Y, al fin, obedecí, bien turbado mi espíritu, que no me aseguraba en nada. Como la Santa no me decía nada, ni venía, sentíalo mucho; porque sola una vez vino a consolarme. Yo estaba muy asida a lo que me solía decir. Y estando así, trújome el Señor a la memoria cómo, antes que partiese de España, se me había aparecido mi Santa Madre, y, en su presencia, me vi que tenía el velo negro, y la dije: Madre, ¿quitaréme este velo? Y díjome: «Déjalo estar». Y mostróme una manera de tristeza, de lo que había de padecer con él. Y llegó con ella otra Madre que también era muerta, muy santa mujer, y había sido mi Maestra en el Novicia-

do (1), y traía en su mano un platillo con un licor que parecía cosa del cielo, y díjome: «Come de esto y esfuérzate, que lo has menester». Y dióme una cucharada; y mostróme ella entonces un espíritu alegre y «corayoso» (2). Esto me consoló un poco en la ocasión que voy diciendo».

Como se ha visto, Ana de Jesús se oponía resueltamente a que su querida freila tomara el velo negro, no porque no la creyera digna y muy capaz de llevarlo, sino por creerlo, y con razón, principios de otros cambios y origen de relajaciones. Todas las otras fundadoras pensaban lo mismo que su Prelada, si se exceptúa Leonor de San Bernardo, amiga de la hermanita lega, que debía de tener, quizá, alguna noticia de lo que quiso hacer sobre esto la Santa Madre Teresa, o alguna ilustración de lo alto.

En cuanto al mandamiento DE PARTE DE DIOS dirigido por el sabio jesuíta, P. Cotton, a nuestra Ana, no sabemos si pudo haber otra revelación de por medio; pues, por lo demás, es muy discutible aquella autoridad con que mandaba, nada menos que «de parte de Dios».

En conclusión, Ana de San Bartolomé dejó de ser la Hermana Ana, a los dos meses y medio de haber llegado a París. El 6 de Enero de 1605 recibió, con toda solemnidad, el velo negro, y ese mismo día las patentes de Priora de la segunda fundación francesa.

1 Ya se sabe que fué la Madre María de San Jerónimo, que había muerto santamente en Avila el Sábado Santo del 1602, asistida con filial amor por su hija Ana de San Bartolomé. (Registro del Convento de Avila).

2 Es galicismo, de *Courageux*: animoso, valeroso, etc.

CAPITULO XXI

La primera Priora de Pontoise

(1605)

El convento más venerable del Carmelo de Francia.—«En mi corazón te tengo: yo estaré en el tuyo».—En marcha para Pontoise.—Lucido cortejo.—Un alto en la Abadía de Maubuisson.—Solemne recibimiento que se hizo en Pontoise a las Carmelitas.—Mme. Acarie sirviéndolas en el refectorio.—El primer capítulo conventual que hizo la nueva Priora.—Hablando la Madre Ana en español, la entendieron las hermanas francesas.—Lo que dice Leonor de San Bernardo.—Elogio que hizo Ana de Jesús sobre el buen gobierno de Ana de San Bartolomé.—«Con pajas se enciende el fuego».—El fuego que prendió la Priora en su convento y en la ciudad.—La llevan de Priora a París.—Cómo tuvo que salir la Madre Ana de su convento de Pontoise.

Esta fundación de Pontoise, con ser la segunda que se hizo en Francia, bien puede ser la primera en el amor y veneración entre las hijas de Santa Teresa.

Hízose por iniciativa de Mme. Acarie; tuvo por primera Priora a la Beata Ana de San Bartolomé; fué inaugurada con la presencia de la Venerable Madre Ana de Jesús; en ella murió la Beata María de la Encarnación, que era la misma Mme. Aca-

rie, la primera carmelita descalza francesa que fué elevada al honor de los altares; allí descansan sus preciosos restos, y allí se conservan sus instrumentos de mortificación con otras muchas de sus reliquias: por todo lo cual, muy bien dijo quien dijo, que «el monasterio de Pontoise es uno de los más antiguos, y, por ventura, el más venerable de la Orden en Francia» (1).

Veamos los principios que tuvo, y lo que en él llevó a cabo su primera Priora.

Cuando fué nombrada nuestra Ana Priora de Pontoise, ya estaban ultimados hasta los menores detalles de la dicha fundación. Todos estaban muy contentos en poder llevar por Superiora a la Compañera de Santa Teresa: sólo ésta andaba con penas y apreturas de corazón.

«Luego trataron, dice ella (2), de llevarme a Pontoysa... después que estaba ya concertado. Crecióme harto la pena y apretura de corazón, más de lo que yo puedo decir aquí. Y fuíme a la oración, y díjome el Señor: «Animo, que en mi Corazón te tengo: Yo estaré en el tuyo». Siempre me confortaban estas hablas y presencia del Señor; mas, mi flaqueza era tanta, que me tornaba a mi sentimiento, y un temor grande de mi incapacidad».

Y, en verdad, había para temer que una sencilla lega de convento, con todas las buenas prendas y todo lo que Ana tenía y merecía, se viese, de la noche a la mañana, puesta en candelero, con

1 Mons. Dupanloup, *Histoire de la Bse. Marie de l'Incarnation*, t. II, p. 451.

2 *Autobiografía*.

obligación de gobernar un convento, metida a negociar con altos personajes, expuesta a las miradas y a las críticas de altos y bajos, y tenérselas que arreglar para llevar el pan de cada día y la paz de cada hora a una nueva fundación. Pero la divina Providencia, que, a cada minuto, hace cosas mayores, no había de faltar a quien se había puesto enteramente en sus manos.

El 14 de Enero de este año de 1605, salieron de París para Pontoise las Fundadoras Carmelitas, acompañadas de un muy lucido cortejo.

Iba Ana de Jesús a dar posesión del Priorato, con toda su autoridad y experiencia de Fundadora, a la Madre Ana de San Bartolomé. Iba Isabel de San Pablo como Supriora y Beatriz de la Concepción, como clavaria o consejera. Llevaban dos novicias que tomaron el hábito en París: Luisa de Jesús (Mme. Jourdain) y Amada de Jesús, muy fervorosas ambas, para echar buenos cimientos en el nuevo noviciado.

Entre los principales del séquito se contaban Mme. Acarie con sus hijas, la Princesa de Longueville, M. Berulle con su madre, M. Gauthier, Don Juan de Quintanadueñas, con otros caballeros y damas de la nobleza.

Detúvose la comitiva en la célebre Abadía cisterciense de Maubuisson, fundada que fué en 1241 por D.^a Blanca de Castilla, madre de San Luis, y allí se estuvieron las fundadoras hasta las cuatro de la tarde, para evitar la afluencia de gente y aparatosos recibimientos al entrar en Pontoise. Todo fué inútil, porque, como dice Ana, «vinieron todos los Regidores a media legua fuera del lugar, y

todo el pueblo en procesión, con tanta devoción y solemnidad, que apenas se podía pasar por las calles de la mucha gente que salió; de manera, que estuvimos detenidas hasta la noche, antes de entrar en la casa. Era para alabar a Dios la devoción con que la gente recibió aquella fundación, y hoy día se la tienen, y Dios, por aquellas hermanas, hace y ha hecho mucho bien a la Villa».

Mucho contribuyó a ello el interés que el señor Arzobispo de Rouen se tomó por aquella causa, enviando a su Provisor para que, en su nombre, diese posesión a las carmelitas de su nuevo convento. Hízolo así el dicho Provisor, M. Rancé, el cual salió a recibirlas al frente del clero, y en procesión las acompañaron al convento y hasta el coro, cantando himnos y salmos. Acto seguido, M. Rancé levantó acta de la entrega de la casa en nombre del Sr. Arzobispo, pronunció un conmovedor discurso, dando la bienvenida a las hijas de Santa Teresa, en nombre de toda la ciudad, y acto seguido las bendijo a ellas y al Convento.

Así quedó inaugurada la segunda fundación Carmelitana en Francia, bajo la advocación del Patriarca San José, a 15 de Enero del 1605.

Acabada la fiesta, las Religiosas se dirigieron al refectorio, a tomar la frugal refección, que con maternal cariño les había preparado Mme. Acarie, no queriendo ésta ceder a nadie el honor de servirles a la mesa; como si sirviera a sus más predilectas y mimadas hijas.

Para nuestra Ana todo ello era motivo de mayor humillación. No sabía qué hacerse ni qué decir, y para todo, como otro Moisés, acudía al Señor.

Desde aquel punto, no pensaba ya sino en cómo había de gobernar aquella grey escogida de Dios, aquella pequeña comunidad.

«Todo esto me afligía más, dice; y ver que yo la había de asistir, estaba como sentenciada a muerte, y tan mortificada, que me parecía que el oficio, para mí, era infamia, y que jamás había tenido ocasión que me hubiese sido de más desprecio del cuerpo y del alma: que parecía en mí no era más que un gusano; y esto es la verdad que lo soy; mas, no lo había conocido con la luz que ahora, en estas ocasiones».

Pero la verdad es que el Señor, por ser ella tan humilde, la ayudó tan a las veras, que no hay más que seguir oyéndola, para ver de dónde sacó tan altas facultades y dotes de gobierno, como tenía.

«Estando una vez, dice, delante del Santísimo Sacramento, suplicándole que mirase por su honra, y me ayudase, que me hallaba muy sola, díjome: «Aquí estoy. Como a la lumbre de mis ojos te miro».

»Otro día le fuí a suplicar que me enseñase, (pues no tenía otro Maestro), lo que yo había de hacer: que había de hacer capítulo, y sentíalo mucho, y este sentimiento me tenía sin fuerza, y como desmayada para advertir y enseñar lo que era menester. Y estando acabando la Misa, que oía el Convento, díjome el Señor: «Mira la Regla: que allí hallarás la fuerza que has menester». Y con esto tomé ánimo, y fuí a hacer mi Capítulo, y dije a las Hermanas cosas que Dios me ponía delante para sus principios; y de mí, lo que era verdad: que aunque las deseaba servir y consolar, me hallaba

muy incapaz; mas, que fiaba de Dios, y en las virtudes y largos deseos que habían tenido de ver la Orden de nuestra Santa Madre, las ayudaría el Señor, y satisfaría, aunque el medio era flaco. En esto y en lo demás, como si entendiera su lengua y ellas la mía, nos entendíamos.

»Pasado el Capítulo, vilas que lloraban todas, y díjelas: «Creo que estáis tristes de no entender mi lengua». Y dijéronme: «Todo lo que habéis dicho, lo hemos entendido, sin faltar palabra; y esto nos ha dado tanto gozo, que desto lloramos».

Hablando de este suceso maravilloso la Madre Leonor de San Bernardo, en la relación que escribió de la vida y virtudes de la Madre Ana, dice: «Entendiéronla todas las francesas, como si hablara francés, de manera que salieron del capítulo dando mil gracias a Dios, y todas como fuera de juicio de contento. Y ha sido siempre y es agora con las flamencas; que hablando su español, la entienden todas. Y es cierto que da tales documentos y doctrina en sus capítulos y fuera de ellos, que no parece ella quien habla, sino el Espíritu Santo que habla por su boca».

La Madre Ana de Jesús decía al Señor Obispo de Tarazona, en la carta otras veces citada: «No podré escribir ahora ni enviar respuesta de la que V. S. me manda, digo a la H. Ana de San Bartolomé, que está por Priora en el segundo convento que fundamos, siete leguas de aquí. Llámase de Nuestro P. San José. «Ella lo gobierna como santa, que ya sabe V. S. lo es y harta la falta que me hace».

A pesar de las alabanzas que la tributaban sus

hermanas mayores, y de lo contentas que sus hijas estaban con su gobierno, seguía creyendo la Priora de Pontoise que no servía para el Oficio; y así se lo iba a decir con santa libertad al Señor muchas veces.

«En otro día, dice en su Vida, estaba dando quejas a Nuestro Señor, que no era para lo que me mandaban, y decíale mi pobreza, que era como una paja. Y díjome el Señor: «Con pajas enciendo yo el fuego». Y con ella, dice Leonor de San Bernardo, lo encendía en los corazones de sus hijas y en los de afuera, «y así hace muchísimo fruto en las Monjas y seglares, que con todos sus desconsuelos y dudas acuden a ella; y aseguran todos que, en hablándola, se sienten mudados en otras personas, y tan fáciles en servir a nuestro Señor, que están espantados; y la Religión gana mucha fama por su santidad, religión y condición apacible» (1).

Con lo cual hacía más por la salvación de las almas que muchos sabios apologistas y predicadores, aunque el mundo crea otra cosa, y dude que las monjas de clausura valgan tanto como algunos dicen. Pero lo cierto es lo que nuestra Ana dice a continuación: «En otra vez, también pensando en mí poco ser y cosas de mi nada, hablóme el Señor y díjome: «Así te quiero: sin ser ni saber nada; por hacer por ti lo que yo quiero; que los sabios del mundo, con sus prudencias, no me escuchan; que piensan se lo saben todo».

Andando ella con estos pensamientos de no ser nada, y dejar hacer al Señor lo que quisiere de

1 Relación cit.

ella, supo que el 19 de Septiembre había salido de París a fundar otro monasterio en Dijon la Madre Ana de Jesús, y que trataban de llevarla a ella por Priora a París. Aunque lo sentía mucho, se dejaba llevar por la mano amorosa de la Providencia.

«Yo estaba ya, dice, en este convento muy consolada; y aquellas hijas iban, con gran consuelo mío, en la observancia de la Regla y Constituciones. Y vía que los Prelados iban mirando de volverme a París por Prelada. Yo lo sentí mucho, por ser villa de Corte y grandiosa, tornar de nuevo allá, a ser Priora. Y estando un día recogida, en una manera de pena interior, y como confusa de no me hallar bien resignada a ir a París, y parecía lo quería Dios, y dábame escrúpulo escusarme; y así, hice de nuevo una grande determinación, y dije al Señor: «Haz de mí, Señor, lo que fueres servido; bien veo que no soy para ello, y me vienen grandes temores; y, demás de esto, me es gran desprecio hallar la honra. ¿Por qué me queréis, Señor, dar este trabajo?» Y aparecióseme el Señor en la Humanidad, y en su gloria; y había una claridad tan grande, desde el cielo adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca, y díjome: «Así han de andar los que hacen las obras de Dios: como yo anduve en la tierra: afligido en las honras y en las deshonoras». Y en esto, sentí un gozo y regalo y amor; quedando confundida, tomé de nuevo ánimo para venir».

Mientras tanto, en París arreglaban el modo más conveniente para sacar, sin ruidos, a nuestra Ana de Pontoise, temiendo no se lo impidieran, por la razón o por la fuerza, aquellos cristianos

fervorosos, que tenían por ángel enviado del cielo a la Piora de sus Carmelitas. Bien sabían esto los Prelados de París, y de ahí las precauciones que tomaron para sacarla. Convínose que fueran por ella M. Berulle y un sobrino de la Madre Ana que estudiaba en París; con lo cual no se darían motivos a sospechas. A primeros de Octubre de este mismo año de 1605 se trazaban estos planes.

Ana tenía noticia superior de todo. «En este tiempo, antes de cumplir un año, estando, como he dicho, contenta allí con aquellas almas santas, estando una vez en refetorio, quedéme recogida un tantito, y en este poco espacio, se me apareció el Señor de esta manera: Estaba en su gloria y en el cielo, muy lejos de mí, que no era como otras veces; y mostróme que pronto me llevaría a París; y que me aparejase, que me aguardaban mayores trabajos que los pasados, y desprecios.

«Yo lo sentí, como flaca; y porque me tenía allí el Señor como en un cielo: así de muchos favores que me hacía, que parecía andaba a cada cosa que había de hacer, hablándome y enseñándome lo que había de hacer, como un padre a sus niños; y también sentía dejar aquellas almas, que parecían ángeles, y las traía en palmas el Señor, según sus consuelos y alegrías espirituales; y la gente del lugar, tan cristiana y buena, que parecía que me había criado entre ellos. Y cuando empezaron a temer que me habían de llevar, estaban los del lugar armados para «defenderlo» (1). Y fué me-

1 Para prohibirlo.—*Defenderlo* aquí es galicismo del verbo *défendre*, que significa prohibir, etc.

nester sacarme a la media noche; y a las Monjas las pusieron una obediencia que callasen.

»Vino por mí uno de los Prelados, y trujo consigo un sobrino mío, que estaba estudiando en París. Y para que no me conociesen las gentes, me quitaron la capa blanca, y me pusieron el ferreuelo y sombrero de mi sobrino: y así salimos hasta fuera del Lugar; que en aquel lugar no se cierran las puertas» (1).

Hénos aquí a la Priora de Pontoise sin su capa blanca, con ferreruelo y sombrero, camino de París, adonde va, sin querer ella, y sin pensarlo M. Berulle, como celadora del espíritu de Santa Teresa en las leyes de la Orden.

1 Las puertas de las murallas, como en las ciudades fortificadas.

CAPITULO XXII

La Celadora del espíritu teresiano

(1605-1608)

- Nuestra Ana Priora y Maestra de novicias en París.—Año primero, año pacífico.—La cizaña del mal Sembrador.—Lo que nuestra Celadora sufría por sofocar la cizaña.—«Tú samaritana eres y demonio tienes».—Improprios que dirgían las novicias a su Madre y Maestra, por mandato de los Prelados.—«De mí lo dijeron—dijola el Señor—y otras cosas peores».—Ana de San Bartolomé rehusa el alivio que la ofrece Ana de Jesús.—«Algunas veces se rompía mi corazón».—Después de una sangría, un horrible martirio.—«No es tiempo de que yo deje la cruz... a esto vine: a padecer».

La Ven. Madre Ana de Jesús salió de París para Dijon el 15 de Septiembre de 1605, acompañada de Isabel de los Angeles, Beatriz de la Concepción, dos novicias y dos postulantes. Quedóse gobernando la casa de París la Madre Leonor de San Bernardo, en calidad de presidenta, hasta la llegada de la Madre Ana de San Bartolomé, que fué a 5 de Octubre del dicho año.

Ana de Jesús salió ya de París con ánimo de marcharse a España, y, de haberla prestado oídos esta vez el Padre General, allá se hubiera ido.

Ana de San Bartolomé pasó el primer año de su nuevo Priorato como en la gloria; pero luego empezaron los trabajos que el Señor la predijo. En este capítulo nos va a decir ella muy claro lo que pretendía M. de Berulle, y lo que hizo y sufrió ella por defender el legado de su Madre Santa, que agonizante entre sus brazos se lo dejara, para que lo defendiese como celadora de su honra y heredera de su espíritu. Una vez más queremos dejar a salvo las honradas intenciones de M. de Berulle; de esta manera subirá de precio lo que aquí se diga; y así es en realidad; pues trátase de algo muy parecido a lo que llamaba nuestra Santa Madre «la persecución de los buenos», que es más «sentible» al corazón que todas las otras persecuciones; y ya hemos dicho que muy bueno y muy santo fué siempre M. de Berulle, y por tal tenido y alabado de santos como San Francisco de Sales. Y dicho esto aquí, dejemos la palabra a nuestra Ana, porque en cuestiones tan delicadas como la presente, es mejor que hablen los santos y que callemos nosotros, pobres pecadores. Por otra parte, es bueno que se sepan estas persecuciones de los santos, y aún sus defectillos; que si se contaran los defectos de los siervos de Dios a la par de sus virtudes, sus vidas serían más largas y más provechosas a todos, en sentir de tan gran doctor como San Alfonso María de Ligorio. Aquí los defectos son de Berulle.

Vengamos al hilo de nuestra historia, que está en manos de nuestra Ana, pues maneja la pluma como la rueca.

«Llegando a París, dice en su Autobiografía, fuí bien recibida de todas las Novicias; que no había ya

ninguna Profesa, sino la Madre Leonor de San Bernardo, que la debí mucho en esta ocasión y en otras. Mas, como teníamos muchas Novicias, luego me las dieron a mí; y me mandaron que, aunque fuese Priora, las tuviese.

»La Madre Ana de Jesús, y sus dos compañeras se habían ido a una fundación a Borgoña, con intento de irse desde allá a España; y escribieron al Padre General que viniese allí por ellas, y él se hizo sordo y no fué».

La mano del Señor, sin duda, detuvo al General; porque deseaba conducir a la Madre Ana de Jesús a Bruselas. En cuanto a la Madre Ana de San Bartolomé, se dedicó a educar sus Novicias del modo que lo hacía nuestra Madre Santa Teresa, haciéndolas que dejasen de ser flacas mujercillas e infundiéndolas alientos de varones esforzados, como hijas que eran de los Profetas Elías y Eliseo, los celadores de la honra de Dios; e infiltrándolas amorosamente aquel amor tan grande a su Orden y a su Santa Reformadora, que ella respiraba en todas sus palabras, ejemplos y escritos. Y este amor a la Orden lo tuvieron en alto grado estas primeras Novicias francesas, tanto que escribiendo nuestra Ana desde Amberes al P. Dionisio de la Madre de Dios, (10 de Septiembre de 1616), le dice entre otras cosas (1): «Bien se ve ser cosa de Dios el llamamiento de estas almas, sencillas como palomas; y así deseaban ser hijas de la Orden; que muchas de ellas me declararon que no

1 Vid. P. Bert. tom. II, lib. I, cap. VI.

tomaran el hábito, de no darles yo seguridad de estar bajo el gobierno de nuestros Religiosos».

En su Autobiografía Ana continúa diciendo:

«El primer año que yo estuve allí, (en París), le pasé muy pacífico; y fué de gran consuelo para mí que las Novicias andaban tan observantes en todo lo que era Religión, y tan regaladas de Dios, que con ser damas muy principales las más, parecían unas niñas, y que se habían vuelto al estado de la inocencia y simplicidad; y muy a las claras y afables conmigo, como si las hubiese criado...

»Al cabo de este año primero, el Demonio, padre de cizanias, puso en los Superiores sospechas contra mí; que hasta entonces me querían en extremo. Y empezó este disgusto que tomaron conmigo, porque empezaron a temer que teniendo yo las Monjas tan de mi mano, que si vinieran los Religiosos de la Orden a la Francia, que todas se quedarían conmigo debajo de su obediencia. Y era así verdad: que no pensaban ellas otra cosa; porque todo lo que me vían hacer, decían era todo santo.

»Y con estos miedos usaron (los Superiores Franceses) de una traza muy fina, y ordenada del padre de mentiras; y fueron poco a poco ganando las Monjas; y de que las tuvieron ya en buena gracia, dijéronlas: «No tratéis con la Madre vuestras almas; que su espíritu no es para vosotras. Ella es extranjera, y más española; no os fiéis de ella; que si quiere, los Frailes os darán una vida muy cruel. Son recios; no es para vosotras su término».

»Y de este principio, yo no sabía nada. Y vía que las Monjas se retiraban de mí; y en lugar de

aquella llaneza que me mostraban, eran muy al revés; y, espantada, dije un día al Prelado (1), que no sabía lo que era, que las Religiosas no me hablaban ni trataban conmigo, después de profesas, como de antes; ni trataban cosa conmigo, que las hallaba en extremo mudadas. Díjomé: «No es menester que os hablen, ni vos a ellas, que vuestro espíritu es malo; no queremos que se les pegue. Tienes el demonio, y odio contra nosotros». Y cosas de esta manera; y que si yo tenía un demonio, la que trataría conmigo tendría dos. Yo estaba con pena, y esto me la dió harta, y de tal manera, que se vía bien era del mal Espíritu esta cosa...

»Algunas veces me enviaban los Superiores a las súbditas, (unas veces a unas y otras a otras), que me dijesen mis faltas, y lo que ellas querían. Y yo lo sentía, porque ellas se echaban a perder de su simplicidad y espíritu, con que habían comenzado...

»Una vez me enviaron una monja que me había querido mucho. Venía muy libre y resuelta, y empezóme a dar reprehensiones, como si ella fuera la Priora; y que yo no tenía mortificación; que cómo no sentía lo que los Prelados hacían conmigo; y otras palabras bien descompuestas. Yo lo sentí mucho, como he dicho, por ver su traje de perdición. Y estaba sangrada y con calentura, y el natural flaco lo sentía mucho; y traíame el Demonio tantas razones para que yo la respondiese, para que a otro día no se atreviese a otra cosa... mas, lo que

1 M. de Berulle.

la dije «que se fuese y me dejase». Y fuíme al Coro a encomendarlo a Dios, y respondiome el Señor: «¿De qué estás triste? ¿No te habías de consolar de que digan de ti lo que quisieren, y te tengan por simple, y de poco valor? De mí lo dijeron, y otras cosas peores; y diferentes son las leyes del mundo de las mías; más me agrada el padecer y mortificación y paciencia».

Estas visitas que, de vez en tarde, recibía del Señor, le daban alientos para llevar de paso en paso su pesada cruz, y las pruebas terribles a que la sometió principalmente M. de Berulle, que era su confesor y el principal de los Prelados, y a quien ella, por su mucha caridad, no le nombra ni siquiera una vez en esta triste narración de su vía dolorosa (1). Pero, ¿cómo encerrar en este cuadro todos los suplicios y géneros de tormentos con que el Señor permitió que un alma buena atormentase a un alma santa?

Ana de San Bartolomé tuvo ocasión propicia para salir de estas apreturas y tormentos, al pasar Ana de Jesús por París, camino de Bruselas, en los primeros días del año de 1607; pero, no quiso dejar su cruz, por no renunciar a su gloria. Ella nos lo sigue contando así: «La Princesa de Longavila entraba en casa, que era fundadora. Sabía lo que pasaba; que las Monjas se lo decían, que tenía algunas que me eran fieles... Y desde que la Madre Ana de Jesús volvió allí para venir a Flandes... hallóme en aquella aflicción. Yo no le decía nada; antes la mostré contento. Mas, la Princesa se lo

1 En su *Tratado Apologético...* Ana nombra a todos los Superiores.

dijo: que me trajese con ella; que temía me habían de matar. Díjomelo, si quería venir con ella, que se consolaría. Yo la dije que no; que hasta entonces no había hecho nada, ni empleado los deseos de padecer a que había venido».

Y no solamente ahora, sino después de estar ya bien establecida en Bruselas, volvió a llamar Ana de Jesús a su antigua y querida freila, para que fuese a descansar y a gozar de toda la paz y quietud de su nuevo palomarcito. Ana de San Bartolomé volvió a responder con inmensa gratitud a su querida Madre, pero renunciando todavía los consuelos hasta no apurar el cáliz de sus dolores. Y aunque aquí hemos pasado por alto muchos de ellos, no queremos pasar el martirio horrible que sufrió después de una sangría, de las que se usaban y de las que abusaban los galenos de aquel tiempo. Hay que advertir, que el Prelado que la vuelve a mortificar es el mismo M. de Berulle, pues aunque los otros hacían causa con él, en esto del gobierno, no aparecen en los episodios de estas persecuciones de la Sierva de Dios; y por otra parte, hay que excluir al bendito Don Juan de Quintanadueñas, que andaba siempre ocupado en nuevas fundaciones y ahora lo estaba en la de Bruselas.

Dice Ana, y ya se sabe que es en su Autobiografía:

«En otra vez, estaba un día sangrada, y vino este Prelado al torno, y llamóme, y empezó a formar quejas de lo pasado. Yo le dije, que lo dejase para otro día, que estaba sangrada, y díjome: «No importa; estáos queda». Y estuvo bien una hora

litigando en cosas de la Constitución y Regla; de algunas cosas que quería mudar. Yo le contradecía, y él decía que sabía las cosas tan bien como yo. Yo le dije que eso no; que él sabría de sus letras; mas, que no tenía experiencia, como yo, de las cosas de la Religión; y que no consentiría en ello. Y díjome, que una cosa era lo de España, y otra lo de Francia. Yo decía que la Regla y Constitución siempre había de ser una cosa acá y allá; y que no lo consentiría.

»Esto duró tanto, que cuando me aparté, estaba tan mala, que fué menester tornarme a sangrar; y la sangre que me sacaron espantó tanto al Médico, que llamó aparte algunas de las Religiosas, y les dijo: «Mirad por esta Madre, que se va muriendo, y es conciencia, porque se ven en la sangre sus aflicciones; y por ser extranjera, estáis obligadas a mirar por su salud».

»Estas peleas eran cada día; que no querían sino mudar, y hacer las cosas a su modo; y como no quería yo consentir, todas estas peleas me afligían, y no tenía nadie que me ayudase de fuera ni de dentro; y aunque algunas de las que habían venido conmigo me aconsejaban que me fuese, que ellas ya las habían dejado, yo las agradecí la caridad, y dije: «No es tiempo que yo deje ahora la cruz, si me mataran; a eso vine y determinada; y aunque hasta ahora no estoy muerta, como yo lo deseo, (que mi ruin natural no acaba de morir), yo no dejaré lo que al presente me ha puesto el Señor en las manos; que a esto vine: a padecer; y antes de esto, no he pasado nada».

Con cuyas hermosas palabras, queda Ana con-

firmada como heredera legítima del espíritu de su Santa Madre, como celadora por enseñarle y mártir por defenderle.

¿Qué más pudiera pedir desde el cielo a su hija la Reformadora del Carmelo?...

Ya lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIII

La hija amante de su orden carmelitana

(1608-1611)

Avecilla herida que canta en el espino.—La Fundadora del convento Turunense.—Santa Teresa la acompaña en el camino.—«Espinas que no picaban».—Herejes que se convertían.—La paz de Ana en Tours.—Cómo pretendieron quitársela.—Los Religiosos de capas blancas por Francia.—Miedos de los Prelados Parisienses a los Prelados del Carmelo. Santa Teresa muestra a su compañera el camino de Flandes.—Últimas contradicciones de M. de Berulle y la corona que Ana le profetizaba.—Petición a Santa Teresa para que se llevase al cielo a su compañera. La Santa respondió: «Viva ahora, y haga lo que yo había de hacer».

Cuando más afligida andaba nuestra Ana, sucedía lo que decía Santa Teresa de «alguien» que, sin ser poeta, componía coplas a lo divino. Y así se querellaba, cual avecilla herida, cantando en el espino de sus trabajos, la dulce Compañera de la gran Santa:

«Si ves mi Pastor,
Háblale, Llorente;

Dile mi dolor;
Mira si lo siente...

»Vuélveme la luz,
Caro y buen Amigo;
Y venga la Cruz,
Como seáis servido;
Que ese es el camino
Que pide el Amor:
Dile mi dolor;
Mira si lo siente.

»La noche es oscura;
Da grandes temores,
De los robadores,
Que no se descuidan;
Y entonces te escondes,
Mi buen fiador:
Dile mi dolor;
Mira si lo siente...

»Dile cuál estoy,
Y todas mis penas,
Y con gran dolor
De ver sus ausencias;
Y en tierras ajenas,
Que es más el temor:
Dile mi dolor;
Mira si lo siente...»

Bien se echa de ver en estas coplillas el corte carmelitano, la inspiración teresiana y la entonación

a lo divino. Y la santa Hija de aquella Mujer fuerte y varonil, cantaba cuando la recurva del temporal levantado contra ella, seguía descargando furiosamente sobre sus espaldas, por ver si lograban doblegárselas. Pero lo que sucedió fué, que Ana de San Bartolomé tuvo que seguir, por sus pasos contados, el camino de Ana de Jesús, sin ceder un punto en lo que ella estimaba su mejor tesoro y más preciado patrimonio.

El 5 de Mayo de 1608, fiesta de San Angelo, mártir de la Orden del Carmelo, salió Ana de París para la fundación de Tours, ciudad entonces de «hartos herejes y cismáticos», como ella dice. Al pasar el río Loire con las tres compañeras que llevaba, los herejes decían: «¡Si se anegasen antes de salir del río, y que nunca más saliesen!...» En el camino las fué acompañando nuestra Santa Madre, en pago de lo que Ana acompañó a la Santa en tantos otros caminos y fundaciones. Bien se puede asegurar que siguieron ambas siendo compañeras inseparables: pues si Ana lo fué de Santa Teresa en vida de la Fundadora, Santa Teresa vino a serlo de Ana mientras peregrinó por el destierro esta su inseparable Compañera.

«Viniendo a esta fundación, prosigue nuestra Beata en su «Autobiografía», la Santa Madre salió al camino, como si fuera viva; y vi que, estando con ella, pasábamos por entre espinas y no nos picaban. Y llegóse a mí la Santa, y díjome: «Ven con ánimo, que ahora yo te acomodaré un poco mejor». Y así fué verdad; que después que me alejé de estos Señores que gobernaban diferentemente muchas cosas

de lo que mandaba la Regla, yo tenía más paz y libertad de hacer lo que en París no me dejaban».

El 9 de Mayo llegó la Madre Ana con sus compañeras a Tours, y, según las Crónicas de aquel convento (1), el 18 del mismo mes, domingo infraoctava de la Ascensión, puso el Santísimo Sacramento y dió posesión del nuevo Monasterio a las Hijas de Santa Teresa, Mr. Noël de Rondeau, Vicario General de Mons, Francisco de la Cuesle, arzobispo de Tours.

Las espinas que nuestra Ana encontró por el camino, pero que no picaban, querían significar las calumnias que al principio de la fundación hubo de sufrir de parte de los herejes, que, sirviéndose de cierta estratagema, empezaron a propalar por la ciudad que las carmelitas eran mujeres de mala vida, «que tenían niños dentro de la casa», y otras tales habladurías, que luego se disiparon como pompas de jabón, debido a otra estratagema de nuestra Madre Ana, la cual, con pretexto de ver las obras que sería necesario llevar a cabo en el convento, llamó a un Magistrado de mucha autoridad, enseñóle hasta los más apartados escondrijos de la casa, tratóle con todo amor, sencillez y deferencia, y, sin más que eso, al salir de allí, el buen Magistrado empezó a pregonar por toda la ciudad, la inocencia y vida penitente de las Carmelitas; con lo cual las espinas se convirtieron en flores, y los herejes llegaron a decir: «Estas Teresianas, que no queríamos, nos han de convertir a todos a la Fe» (2).

1 P. Bouix, *Autobiographie de la Ven. Anne*, pág. 215

2 *Autobiografía*.

«A la verdad, continúa Ana, yo lo deseaba. Los trataba con mucho respeto y amor. Yo tenía allí buenas religiosas que lo deseaban, y rezaban por ellos; y con todas aquellas deshonras, dió aquel Monasterio tanto olor de virtud, que venían de muy lejos madamiselas ricas y principales a pedir el hábito: que hubo una vez de veinte juntas desearlo, que era para alabar a Dios...

»Yo estaba allí bien consolada de Dios. El me hacía las gracias que en otro tiempo me había quitado; y me hacía algunas que por muchos días me dejaba fuerte de su espíritu, y que con gran facilidad se podían hacer los ejercicios de penitencia y de virtud. Los trabajos, parecía, me habían doblado las fuerzas; y, sin sentir, me hallaba recogida en la presencia de Dios, y decía que entonces me daba Dios a sentir el espíritu de San Pablo; y sentía que me mostraba ser él mismo, el que me daba este espíritu; y, de experiencia, decía: «¿Quién me apartará de Cristo?...»

De la caridad de Cristo, nada ni nadie; del sosiego y quietud de su celda, sí que vinieron luego a disturbarla; si bien, como alma superior y tan unida a Cristo, no la hicieran perder la paz íntima, que perdura en los santos en medio de todas las guerras y persecuciones de fuera. Y como ella padeció tantos martirios y persecuciones, el Señor la manifestó lo que padecían otros siervos suyos. Digamos aquí dos de estas apariciones con las palabras de ella, por ser de personas a quienes nuestra Beata mucho quería, y que han pasado por esta historia.

«Otras veces, en oración, se me han aparecido otras personas vivas, y ausentes. El P. Gracián, es-

tando en trabajos, se me ha aparecido dos o tres veces vivo, y me mostraba sus penas. Y después en Turquía también, cuando le querían martirizar; que me mostró el fuego, y cómo le querían quemar; mas, no vi si todo, o si otro martirio, sino el fuego que estaba aparejado; y que rogaban unas moriscas que le dejasen; y con esto vi que no pasó adelante, y que el Padre estaba muy afligido.

»Otra vez, (estando en la Francia), el Padre Fray Tomás de Jesús estaba en Roma. Yo no sabía que él estuviese con trabajo, y el Señor me le mostró muy afligido, y era porque el Papa le había llamado para que gobernase un Seminario para criar alumnos que fuesen a convertir a la fe en las Indias, y quería Su Santidad que fuesen Carmelitas, y la Orden no quería que él fuese, y le replicaron a Su Santidad. Yo le vi bien afligido; mas, el Señor me tornó a decir que pasaría presto la turbación, y así fué».

Y así fué, repetimos nosotros, porque todo ello está confirmado con documentos irrefragables. Así como pasarán presto también los martirios y turbaciones de nuestra heroína, aunque por ser los últimos van a ser terribles. Sigámosla en la narración de su vida, y veamos ya, más de relieve, a la Hija amante de su Orden Carmelitana. Los Prelados franceses temían que los hijos del Carmelo fundasen en Francia, y Ana se pasase a su obediencia, en conformidad de la Bula de Clemente VIII y de las condiciones estipuladas entre la Orden y los señores franceses que fueron por las Carmelitas.

He aquí lo que dice a este propósito la amante hija de su Orden:

«En Tours, aunque estaba muy consolada que los Prelados estaban lejos, poco me duró, porque tenía una Superiora (1), que era toda de ellos. Les avisó que tenía yo una portera de quien me fiaba, y me la quitaron, y pusieron otra de su gusto. Y habían hecho que se pusiesen dos llaves al torno, y que ninguna de las dos dejase el torno abierto, porque vieses si yo escribía a España; y que ellas tomasen las cartas, y se las enviasen a ellos (a los Prelados de París): así las que venían de España, como las que yo escribía allá. Y aunque esto me pudiera dar pena, porque yo lo vía, y hacía que no lo veía, y escribía; que no se me daba nada que lo vieses; porque lo que yo deseaba era ver nuestros Religiosos Reformados en Francia.

»Ya yo estaba cierta de esto: que el Señor me había mostrado que sería; que estando en París, antes de venir a Tours, me lo mostró el Señor. Vi muchos Religiosos de capas blancas por la Francia, de que el Señor me consoló, mostrándome lo deseaba; y con esto no me daban pena sus invenciones para impedirlo.

»Las Monjas me querían bien, y la Santa Madre se me aparecía algunas veces, y me consolaba. Y una vez, en particular, vino a mí como si estuviera viva, y me asió de la mano, y me llevó por un largo camino, fuera de Francia. Y así fué, que presto vine a Flandes... y en todo aquel día, aunque

1 Se llamaba Clara del Ssmo. Sacramento. (Crónicas del Convento de Tours, P. Bouix, op. cit. p. 214).

me lavaba, y andaba en uno y otro, no se me quitaba el olor, que era de sus Reliquias.

»Acabados los tres años, yo pedí me trajesen a París, porque, aunque yo no decía el por qué, habían ya venido los Religiosos, y (era) con deseos de hablarlos, para pasarme a la Orden. Con todo esto, temía de volver a París, y díjome el Señor: «Vé; no temas, que todo se hará bien». Como flaca y pecadora, temía.

»Con esto, me dieron a escoger a qué casa de la Francia me quería ir. Yo dije que a París; que dejando aparte el intento que tenía de hablar con los Religiosos, para mi deseo, le tenía de confesarme generalmente con aquel Superior (1), y así me lo trazó el Señor, que vine y la hice con grande satisfacción de mi alma, y de él también, que conoció muchas verdades: que creo estaba engañado.

»Y a esta hora, me pedían encarecidamente me quedase con ellos, y les diese la obediencia. Yo no quise, y dije libremente: «Yo deseo volverme a la Orden, donde la he prometido, y adonde me han criado. He sufrido mis enfermedades de alma y de cuerpo». Ellos se agraviaron de esto mucho, y no les pareció que saldría yo con ello, y así me regalaban y mostraban mucha gracia.

»Y como yo hablaba con nuestros Padres Descalzos algunas veces, yo les dije mi deseo, y que si los Prelados (de la Orden) me mandasen en obediencia de salir en lo que estaba, me consolaría mucho. Ellos tuvieron tanta caridad en mi particular,

1 Por lo que dice luego y por lo que ya sabemos, no hay duda que este superior era M. de Berulle.

que luego me enviaron una Patente y Religiosos que me acompañasen.

»El día que vino esta Patente, yo no sabía nada, y fuíme, antes de la hora de oración a visitar las ermitas, y andaba estas estaciones con una presencia de Dios, que me traía recogida, y actualmente ofreciéndome a Dios para lo que me mandase. Y en entrando en una ermita de la Cruz, así como me puse de rodillas, se me apareció Cristo, y con los brazos muy resplandecientes se vino a mí y me abrazó, como un padre a un hijo chiquito, y me dijo: «No temas a nadie. Aquí estoy, y te ayudaré. Vuélvete al Carmelo». Dejóme con una vista del Carmelo florido, y que yo iría a él otra vez. Esto me consoló y dió infinito ánimo, y una clara verdad que no podía temer con ella nada que se me pusiese delante.

»Esta noche, tarde, me llamó este Prelado con quien yo había hecho mi confesión general, que era el que sabía un poco de español, y me dijo: «Aquí me han dado una Patente para vos; que os mandan ir a Flandes. ¿Vos habéis dicho que la obedeceréis?» Dije que sí. El se enojó en tal manera, que me mandó me fuese a la celda, y que no saliese de allí, ni hablase con naide sin su licencia. Yo me fuí muy contenta, y estuve allí diez días con harto contento, esperando que, al cabo, me mandarían ir, aunque no quisiesen...; porque habían dicho a los de fuera que me quería quedar en su obediencia; que ellos no me querían para cosa, sino por vanidad, para decir al mundo que la Compañera de la Santa Madre hallaba bueno su gobierno, y se quería quedar con ellos.

»Ellos han hecho mucho bien a la Francia, y Dios les tiene guardada una corona; mas, mucho han perdido del premio, por haberse querido alzar con el gobierno de las Monjas; que en eso, bien seguro es que en ello no han acertado....

»Torno a decir, como estaba en la celda, llegó, al cabo de estos diez días, el día de San Francisco, y la víspera del Santo me envió (el Superior) a decir, que pasando el día de la Santa, me mandaría ir; y esto, porque esperaba que aquel día la Santa me mandaría que me quedase; y fué al contrario, porque el día de San Francisco, a la noche, que es cuando Dios la sacó de este mundo, se me apareció acompañada de otras sus hijas, que estaban ya gozando con ella de Dios. Yo, en viéndola, me alegré, pensando que venía por mí, a sacarme de tantos peligros. Mas, como yo se lo dije con grande gozo: «Madre, llevadme con Vos», y no me decía nada, las compañeras volviéronse a ella, y rogábanla que me llevase, que pasaba mucho. Y ella las respondió severamente: «No la he de llevar; que es menester que viva ahora, y haga lo que yo había de hacer».

Lo que había de hacer Santa Teresa, se ve que lo hizo Ana, la Hija amante de su Orden, y fué salir de Francia y marchar a Flandes a ponerse bajo la obediencia de los Carmelitas Descalzos; porque eso era lo que la Santa quería entonces, y eso era lo que disponían las Bulas de los Pontífices. Y ahora y siempre, lo que harían Santa Teresa y la Beata Ana de San Bartolomé, si vivieran, sería inclinar sus cabezas, y someter sus dictámenes y pareceres, en

todo y por todo, a los juicios y dictámenes, a las nuevas leyes y a todas las leyes de los Romanos Pontífices.

¿Cómo no lo habían de hacer quienes estaban dispuestas a morir mil muertes por una sola ceremonia de la Iglesia?...

CAPITULO XXIV

Ana, Fundadora en Flandes

(1611-1612)

El P. Tomás de Jesús en Francia y en Flandes.—Los Archiduques Alberto e Isabel-Clara-Eugenia.—Principios de la Reforma Teresiana en los Países Bajos.—Ana de San Bartolomé camino de Amberes como fundadora.—Su encuentro con los Archiduques en Marimont.—Su estancia en la Ciudadela de Amberes.—Toma posesión de una casita para monasterio.—Los Padres de la Compañía proveyeronla de todo.—Santa Teresa por Priora del primer Palomar de Amberes.

El 17 de Octubre de 1609, el P. Tomás de Jesús, agregado ya a la Congregación de Italia, fué nombrado, por Breve Apostólico, Fundador de los Carmelitas Descalzos en Francia y en Flandes. No pudo ponerse en camino el insigne hijo de Santa Teresa hasta el 24 de Abril del año siguiente, debido a sus achaques y mala salud por los sufrimientos pasados. El 20 de Mayo de 1610 ya estaba en Lion con sus compañeros; y allí supo la muerte de Enrique IV, que había sido asesinado en París por el puñal de Ravailac el 14 del dicho mes. «Y así, dice el P. Tomás, hablando como siempre en tercera

persona (1), la primera noche que (los Carmelitas Descalzos) llegaron a París, tuvieron un gran alboroto, y fué que le habían dicho a la Reina que andaban algunas personas por matar a su hijo, que era el que había sucedido en el Reino a Enrique IV, y él se llamaba Ludovico XIII; y por esta causa había gran guardia y vigilancia, así en las puertas de la ciudad, como dentro de ella.

«Pues, como les dijese que habían entrado algunas personas con un hábito de una Religión no conocida, vinieron luego al mesón donde aquella noche alojamos; y entraron con una gran furia donde estábamos cenando, con un denuedo y semblante, como si fuésemos ladrones u homicidas del Rey. Desenvolvieron toda nuestra ropa; pienso debían imaginar teníamos allí algunos pistoletes secretos. Y sin alborotarse nada ninguno de los que allí estaban, preguntando «a qué éramos venidos y de dónde veníamos», el P. Fr. Tomás les respondió: «que venían de Roma a fundar un convento a París»; y mostróles los Breves de Su Santidad, así para el Rey, como para el Cardenal Joiosa, y otras cartas, con que se sosegaron, y se partieron de allí, pidiéndonos perdón del desacato que habían usado con nosotros.

«Otro día visitamos al Nuncio, que entonces era Mons. Ubaldini, sobrino del Papa León XI, hermano del P. Fr. Alejandro, Religioso nuestro. El nos recibió benignísimamente; porque, además de ser él muy gran Prelado, y tener las prendas que tenía en la Religión, el Papa le escribía que nos ayudase».

1 En la *Historia Ms.* de sus fundaciones, antes citada.

Y ayudados por el Nuncio Ubaldini, tan amigo de nuestra Reforma, y por la Reina Regente, María de Médicis, se quedaron negociando la fundación de París, por encargo del P. Tomás, dos de sus compañeros que eran franceses, de hartas prendas y buenos talentos, y se llamaban Fr. Dionisio de la Madre de Dios y Fr. Bernardo de San José, ambos sacerdotes. No se llevó a cabo, sin embargo, la fundación de París hasta que no entró de General nuestro Venerable Padre Fray Juan de Jesús María, quien con su mucha sabiduría y diplomacia, allanó las últimas dificultades; y en agradecimiento a los muchos favores que María de Médicis dispensó con aquel motivo a los hijos de Santa Teresa, el sabio General de los Descalzos escribió para ella, con expresiva dedicatoria, y en lengua italiana, «el Segundo Estímulo de Compunción»: libro bendito que tantos consuelos derramó en el corazón conturbado de aquella triste Reina, durante los amargos días de su destierro.

Los Carmelitas Descalzos se establecieron canónicamente en París el Domingo de Pentecostés, a 22 de Mayo de 1611. El P. Tomás les llevó la ventaja en los Países Bajos, puesto que el 29 de Septiembre del 1610 había inaugurado el primer convento en Bruselas, comenzando así la implantación del Carmelo Reformado en Bélgica, en donde tan floreciente estuvo siempre, de donde salieron muchos varones eminentes en ciencia y santidad, gloriándose todos ellos, con harta justicia y razón, de haber tenido por Padre y Fundador del Carmelo belga al Venerable P. Fr. Tomás de Jesús, gloria tan alta de la Reforma Teresiana.

Los Archidukes Gobernadores de los Países Bajos por aquel entonces fueron también protectores y padres de los Carmelitas Descalzos: título que heredaron y se merecieron no menos que Felipe II, a quien tantas veces Santa Teresa llamó Padre de su Reforma, y por tal le tuvo siempre.

Los Archidukes recibieron al P. Tomás, al que habían conocido en Madrid y sabían lo que valía, con todas las muestras de afecto y veneración. «Recebiónos el Archiduke benignísimamente, dice el Padre Tomás en su Historia; y la Infanta con una indecible alegría y contento, tanto, como si viera a sus propios hijos, por ser ella muy devota de la Religión».

Era la Infanta, hija primogénita de Felipe II y de la infortunada Reina Isabel de Valois. Nació el 12 de Agosto de 1566 en Balsaín, sitio real cerca de Segovia. Fué bautizada aquel mismo día por Monseñor Juan Bautista Castagno, Nuncio Apostólico en España entonces, y después Pontífice con el nombre de Urbano VII. En la pila bautismal pusieron a la Infanta los nombres de Isabel-Clara-Eugenia: el primero por su madre, el segundo por nacer el día de Santa Clara y el tercero por gratitud de su madre a San Eugenio, mártir, cuya protección había invocado para tener feliz alumbramiento.

Por que no se tomen a parcialismo las alabanzas que pudiéramos tributar a esta ilustre Infanta y a su noble consorte, vamos a trasladar las de un escritor belga, que no se tendrá por sospechoso en la materia.

«Era Isabel, dice este escritor (1), dama a car-

1 P. Bert. op. cit.. tom. II, lib. II, cap. I.

ta cabal; y aventajó a las de su siglo, así por su raro y lindo entendimiento y buen corazón, como por la gracia, gallardía y majestad de su persona. Pren-dado de su hija el gran Rey Felipe II, quiso des-membrar algunas hermosas provincias de su vasto imperio, para dárselas a Isabel en arras, tan pronto como encontrase un Príncipe digno de ella. Hallóle, en efecto, a la medida de sus deseos y de los de su hija, en su sobrino el Archiduque Alberto, hijo de Maximiliano II, Emperador de Austria, y de su her-mana María. Había nacido Alberto en 1559, se había educado en España; y a parte su bello carácter, vir-tudes, talentos y gran valor, había dado pruebas de saber gobernar con mucha prudencia y justicia, pri-mero en Portugal, en donde estuvo trece años de Virrey, y más tarde en los Países Bajos, en donde se granjeó el amor de todos, y se señaló por varios hechos de armas, que concluyeron la paz con Fran-cia (2 de Mayo de 1598).

»Aprovechóse Felipe II de este Tratado de paz, para realizar su proyecto, firmando el día 6 de dicho mes y año la escritura por la cual daba su hija Isabel, en matrimonio, al Archiduque Alberto, y ce-día a entrambos la soberanía sobre los Países Ba-jos y la Borgoña. No tuvo el consuelo el gran Rey de verlo realizado, pues murió cuatro meses des-pués, a 13 de Septiembre.

»Al llegar los Archidukes a los Países Ba-jos, viéronse precisados a continuar, contra las pro-vincias confederadas, que se habían sublevado, lar-ga y desastrosa guerra, que consumía cada año su-mas inmensas de dinero y hombres a millares, y cegaba las fuentes de toda prosperidad. Cansados y

consumidos ambos partidos, y deseando vivamente poner fin a la guerra, acordaron de hacer un armisticio, a principios de 1607, el cual renovado más de una vez, vino a parar en una tregua de doce años, pactada a 9 de Abril de 1609».

Ya veremos lo que intervino después en estas treguas y en aquellas guerras nuestra Beata Ana de San Bartolomé, así como los consejos que dió en muchas ocasiones a los Archiduques, y muy en especial a la Infanta Gobernadora. Por ahora se hallaba nuestra Beata descansando muy a placer, y viviendo una vida del todo celestial y divina en el Convento de Mons, a donde estaba por Priora la Madre Isabel de San Pablo, la cual mandaba a sus hijas que se fuesen a consolar cuando quisiesen y a tratar cosas de espíritu, con la Compañera de la Santa Madre, para que viesen lo que era espíritu de la Orden. La misma licencia dió a las Monjas el P. Tomás de Jesús. Pero no se la dejó gustar por mucho tiempo, pues teniendo interés, tanto él como sus Altezas, los Archiduques, en que se hiciese una fundación de Carmelitas Descalzas en Amberes, y tal como pedía la importancia de aquella ciudad, puso los ojos el P. Tomás en nuestra Ana para fundadora, de lo cual quedaron muy complacidos sus Altezas, que ya la habían conocido y tratado en Madrid, principalmente la Infanta, y rogaron ambos al P. Tomás, que cuando se dirigiese con la Compañera de Santa Teresa a la fundación de Amberes, se detuviese en Marimont, que era en donde los Archiduques entonces residían. Así lo hizo el Padre Tomás por amor de ellos, que merecían esas y otras muchas atenciones. El mismo en persona fué

a Mons a buscar a nuestra Beata, acompañado del P. Hilario de San Agustín, que era entonces Superior y Maestro de novicios en Bruselas, y fué más tarde sucesor del P. Tomás en el gobierno de la Provincia de Flandes, cargo que ocupó por cinco veces: en donde se echa de ver el mérito y gravedad de este ilustre Padre.

Partieron ambos de Mons, camino de Amberes, a principios de Octubre de 1612 con la Madre Ana de San Bartolomé y las dos hermanas coristas Ana de la Ascensión y María del Espíritu Santo, monjas profesas del convento de Mons, y la Hermana Florentina de la Madre de Dios, de velo blanco, que fué la compañera que dieron en París a la Madre Ana. Mucho se parecía esta caravana caminando por tierras flamencas, a aquellas de la Madre Teresa peregrinantes por tierras castellanas.

Según lo ofrecido a los Archiduques, detuviéronse nuestros viajeros en la real morada de Marimont. «Sus altezas recibieron a nuestra Ven. Madre, dice un testigo de vista (1), con grandes muestras de devoción; y así mismo toda la corte. Su Alteza el Archiduque estuvo gran rato con ella informándose de la fundación, y pidiéndole le encomendase a nuestro Señor, y todos los buenos sucesos de sus estados, mostrando el gran gusto que tenía con tal guéspeda.

»Después la Infanta, nuestra Señora, no mostró menos alborozo: de todas maneras daba señales de la devoción que la tenía, procurando gozar todo el tiempo que pudo de su sancta conversación, y no apartarla de su lado...

1 Clara de la Cruz, en el siglo Clara Strozzi.

»Allí profetizó nuestra Ven. Madre algunas cosas que han sucedido después, en particular a una, que reparando su Alteza que la miraba con mucha atención, le dijo: «¿Por qué miráis tanto a Fulana?» Y respondióla nuestra Ven. Madre: «Mírola, Señora, por que ha de ser Monja»: de lo cual quedó espantada su Alteza, y no menos la persona a quien tocaba, por estar entonces muy lejos de esos pensamientos, y así comenzó a llorar, diciendo: «¿Cómo tengo de ser Monja, si no tengo gana...? De lo cual la consoló la Sancta con mucha gracia, diciendo: «No llore, mi Señora; que cuando venga a ser Monja lo será de buena gana». Y es cosa maravillosa que desde aquel punto se le imprimió a la persona de tal manera, que aunque pasaron más de cuatro años después, y trató de tomar diferente estado, le quedaba en el interior que había de ser Religiosa».

Y lo fué, y se llamó Clara de la Cruz, nombre que tanto suena en el epistolario de nuestra Beata y en las informaciones de su causa, y es quien nos dejó escrita ésta y otras relaciones.

Clara de la Cruz dice que sus Altezas mandaron que pusiesen a disposición de los hijos e hijas de Santa Teresa los mismos coches en que habían venido desde Mons, que eran de palacio, y mandó a Juan de Torres, cochero mayor, y a otros criados de palacio para que los acompañasen.

De paso por Bruselas, visitó nuestra Beata a las Carmelitas, sus hermanas, y allí se entretuvo cuatro días, cambiando impresiones con su querida Madre Ana de Jesús, y siendo objeto de veneración y de alegría para todas aquellas santas Religiosas.

«Para mostrar la venerable Madre Ana de Jesús, dice Clara de la Cruz, la estima que tenía del espíritu y santidad de nuestra B. Madre, mandó a sus hijas que fuesen a tratar con ella de su espíritu y inferior, y después que lo hubieron hecho, preguntó a nuestra B. Madre qué le parecía dellas. Le respondió: «Muy bien, por cierto; como hijas de V. R.». También pedía la venerable Madre Ana de Jesús a nuestra B. Madre en las recreaciones que les contase algo de nuestra Sancta Madre Teresa de Jesús, y de lo que con ella la había pasado».

El 29 de Octubre de este año de 1612 llegaba la Madre Ana de San Bartolomé con sus Descalzas a la histórica y magnífica ciudad de Amberes, campo anchuroso de sus grandes acciones y de sus más gloriosas conquistas, y en donde había de ver el término de sus días coronada de una gloria que jamás acabará de acabarse, por haber puesto su vida entera al servicio del gran Rey que no muere.

Hospedóse la Madre Ana con sus hijas en la misma Ciudadela y en casa de D. Iñigo de Borja y de D.^a Elena, su mujer: la cual cuenta grandes cosas acaecidas en estos pocos días que estuvo la Compañera de Santa Teresa entre los venturosos descendientes del Santo Duque de Gandía.

El 6 de Noviembre del mismo año tomó la Fundadora posesión de una casita que ya conocía por una visión que tuvo en Francia, y se deshizo en lágrimas de consuelo y bendiciones cuando vió puesto allí, a lo pobre, pero bien honrado, el Santísimo Sacramento, y en su presencia comenzó la vida de los palomarcitos de Santa Teresa, teniendo a la misma Santa por Priora.

«Tengo por cierto, dice ella (1), que la Santa gobierna esta casa, y tiene de ella particular cuidado; y nuestro Señor también, como se hecha de ver en hartas cosas por experiencia; que venimos aquí en tanta pobreza, que no teníamos sino cincuenta florines prestados, y los Padres Jesuítas nos dieron recado para decir la primera Misa; que no teníamos cosa; y los del Magistrado querían tornarnos a enviar; y Dios lo ha todo allanado de tal manera, que de toda la Villa está este Monasterio estimado, y en tres años que ha que estamos aquí, está más proveído, para la iglesia, que otros de diez años.

«Hemos comprado el mejor sitio del lugar. Yo no he tenido cuidado ni trabajo; porque Dios me traía, en verdad, con tanta fe y seguridad, que Su Majestad tenía cuidado deste Convento, y que la Santa es la Priora; que lo más ordinario me imagino la ando sirviendo, como lo hacía cuando era viva; y que lo demás ella lo hace; y sin ser muchas veces imaginación, actualmente la he sentido está conmigo, y que lo hace todo».

Con tan santa Priora al frente de su Comunidad, bien podía descansar la Madre Ana de sus trabajos, y recordar los días placenteros vividos y cantados y arrullados en el Palomarcito de San José de Avila.

Porque muy semejante a aquel parecía y era el nuevo Palomar de Amberes.

1 *Autobiografía.*

CAPITULO XXV

El Palomar de Amberes

(1612-1622)

Las delicias de la Madre Ana. — Vida íntima. Una visita inesperada. «Como en un cielo». — Las visitas de la Virgen. — Ana y la Inmaculada. — El Niño Jesús con su divina Madre. — Un abrazo de Santa Teresa. — La Santísima Trinidad como en el Bautismo de Jesús. — San José representa a nuestra Beata todas las mercedes que el Señor la había hecho. — La gloria de los Santos. — Bajando de las alturas. La vida casera. — Las blancas palomas del Palomar de Amberes.

Este Palomarcito de las Descalzas de Amberes tiene muchos puntos de semejanza con el Palomar de San José de Avila. Así como la Santa Madre después de las contradicciones sufridas para fundar el convento de San José, se recreaba allí con sus hijas, que sencillas palomas parecían, así después de las angustias pasadas en el Carmelo de París, tuvo Ana su descanso y sus delicias en su Palomar de Amberes.

La vida íntima de la Compañera inseparable de Santa Teresa, por lo que ella misma nos dice en su Autobiografía, tocó aquí en las más altas moradas

y en las más escondidas celdillas de su Castillo interior. Las gracias, las mercedes divinas, los arrobamientos y transportes seráficos, el saber que transciende toda ciencia, la claridad y visiones de recónditos misterios; todo lo más dulce, íntimo, arrobador; todo lo que gustó su espíritu en la unión estrecha con su celestial Esposo: ¿quién fuera capaz de rastrearlo si ella no lo hubiera dejado escrito, por mandato de la obediencia, para asemejarse hasta en esto a nuestra Madre Santa Teresa de Jesús?...

Por cierto que al P. Jerónimo Gracián, a cuyo mandato surgió, como por encanto el Castillo de la Santa Madre, debemos en gran parte el divino relato de las mercedes que el Señor hizo a la Compañera de la Santa; pues él fué el primero que, visitándola por esta época, la mandó que le pusiera por escrito las gracias y favores con que era favorecida. Con esto, ella refrescó su memoria y escribió una buena relación que puso en manos del P. Gracián; y éste, dejando las palabras de ella, la arregló en forma de diálogos, de los cuales tantas veces hemos tomado el agua fresca y pura que corre por las páginas de esta historia.

En estos Diálogos, en aquella Autobiografía, en numerosas cartas, instrucciones y pláticas, se ve que su Palomar de Amberes era lo que ella dice: «un cielo». No hay sino espigar un poco en su Autobiografía para ver un retazo de aquel celestial paraíso.

«Dios me ha dado, dice, tanta paz y consuelo, que nadie lo podrá creer; y la oración ha sido más continua y favorable. Algunas veces es el espíritu tan fuerte como a los principios; y estando en el Oficio divino, no podía muchas veces sufrir la pre-

sencia del Señor, y le decía: «Apartaos, Señor, que no soy fuerte ni capaz de atender al Oficio divino, si estáis tan cerca de mí.

»Otra vez, día de nuestra Señora de la Presentación, habiendo hecho (la renovación de) los votos en el Capítulo, a imitación de nuestra Santa, que nos dejó esta costumbre que fuese aquel día que la Virgen se presentaba al Templo; después de haber hecho los votos en el Capítulo, venimos al coro a presentarlos al Santísimo Sacramento; y Dios me hizo la gracia que, estando allí recogida, me mostró el Señor le había sido agradable aquella acción, y que quedaban en su gracia las hermanas, por el acto que le habían hecho de corazón.

»Una vez, en la Octava de los Reyes, estando recogida y meditando aquel misterio de quien Dios me ha dado particular devoción, vi a nuestra Señora con el Niño Jesús en sus brazos, y que estaba así en mi corazón muchas veces.

»Por la Concepción de Nuestra Señora, y en su Octava, tuve una gran presencia de esta Virgen y de este Misterio, y, en particular, un día de la Octava. La vi intelectualmente con gran resplandor; mas, duró poco esta visión.

»Estando mala, y no podía ir al Coro en las fiestas de Navidad, sentíalo; y, como el Señor es bueno, se me apareció allí donde estaba el Niño: en el Portal (de Belén), que me consoló harto.

»Después de algunos días, una mañana, estando en oración, se me apareció nuestra Santa Madre, como estando viva, mostrándome gracia y amor. Esto fué tres veces; y quiriéndome despertar del recogimiento que tenía, abrí los ojos, y se estaba allí, y

abrazóme, y yo a ella, y estuvo un rato conmigo, y desapareció. Y quedándome muy recogida, y mirando al buen Jesús y a su Madre, que estaba en el corazón, como he dicho, súbitamente vi en mi espíritu una Majestad del Espíritu Santo y el Padre, que estaban sobre Jesucristo a la manera de cuando vinieron al Bautismo, cuando le bautizó San Juan. Esta visión pasó brevemente; mas, quedó el alma tan endiosada, que, a lo que siento, puedo decir lo que San Pablo: «Yo no vivo, mas Cristo vive en mí. Después de esto, algunos días yo traigo esta presencia de Jesucristo, Señor nuestro, y también de su bendita Madre.

»Después de esto, una mañana, en despertando, el glorioso San Joseph me representó todas las mercedes que Dios me había hecho, poniéndome más y más obligaciones a la perfección.

»En otra vez, estando en oración, me mostró el Señor la gloria de todos los Santos, y en medio de ellos, a mi Santa Madre; y de esta vista se me levantó mucho el espíritu en una gran alegría, y la dije: «¿Es posible, Madre, que he vivido yo, tan pecadora, con quien tiene tanta gloria?...»

En efecto; Ana, no la pecadora, sino la santa, había vivido con Teresa la gran Santa, y ahora seguía gozando, a cada paso, de su vista y presencia gloriosa, viviendo de este modo como en un cielo.

Mas, no por andar nuestra Beata Ana tan en la gloria se olvidaba de las palomas de su Palomar, antes al contrario: velaba de continuo por ellas con maternal amor, las formaba a la escuela, doctrina y espíritu de su Santa Madre, pidiéndola sin cesar que derramase sobre ellas todas sus bendiciones. Y la

Santa así lo hacía, y el Señor, por intercesión de ella, llovía gracias sobre la casita de su hija y Compañera. «Un día de la Santa Madre, dice Ana, me mostró el Señor una nubecita sobre esta casa, y que significaba las grandes gracias que el Señor haría a este Convento».

Con las gracias que caían del cielo sobre el Palomar de Amberes, se deja entender la blancura y pureza de aquellas sencillas palomas y la hermosura de aquellas almas. Digamos brevemente quiénes fueron las primeras novicias de la primera casita, las primicias de aquel Carmelo.

La «primera» se llamó en la Religión Teresa de Jesús, y en el mundo Isabel de Dompré. Era hija de un gentilhombre borgoñés del mismo apellido, Gobernador de una plaza fuerte en el Condado de Borgoña. La madre de Isabel se llamaba Margarita Richardot, hija del Presidente de este apellido. Esta primera novicia la vió nuestra Madre Ana en aquella visión que tuvo en Tours y en la que vió también su primera casita de Amberes. Cuando en Mons se encontró con Isabel Dompré, sin más averiguaciones, díjola delante de muchas personas: «He aquí la primera que recibirá el hábito en el Convento de Amberes» y así fué. Profesó Isabel, con el nombre de Teresa de Jesús, la víspera de la Presentación de la Virgen del 1613. Fué Superiora muchos años y sucesora inmediata de la Madre Ana en el cargo de Priora. Tuvo grandes virtudes, muchos talentos y excelentes dotes de gobierno, según aparece en las Crónicas del Convento (1).

1 Poseemos una copia de estas Crónicas, de donde tomamos los principales datos.

La «segunda» novicia fué María Margarita de la Cruz, (Van Dame), natural de Amberes. Profesó el mismo día que la anterior. Fué más tarde la primera Priora del Convento de Brujas, en donde murió (1631).

La «tercera» fué una hermanita de velo blanco muy humilde y muy santa. Se llamó Catalina de San Angelo, y era natural de Lieja.

La «cuarta» fué Sor María de San Dionisio, natural de París, hija de Godofredo Challon y de Dionisia Leonèt. Esta profesó teniendo ya cuarenta años de edad, y fué una excelente Religiosa.

La «quinta» fué Francisca de Jesús María, de Tours. Profesó el mismo día, mes y año que la anterior, que fué a 14 de Junio de 1614, fiesta de Nuestro Padre San Eliseo. A estas dos se refiere la siguiente revelación que tuvo nuestra Beata, según lo anota en su Vida, sin decir los nombres. «Otra vez, estando profesando en esta Casa dos Monjas, vi que la Santa Madre estaba en medio de ellas, con una majestad de Dios muy grande». Esta Francisca de Jesús fué la Fundadora de las Carmelitas Descalzas de Malinas, Murió en Nancy en olor de santidad (1654).

La «sexta» novicia se llamó Ana de la Presentación (Ligier), natural de Besançon, en Francia, y fué más tarde una de las fundadoras de Valenciennes.

La «séptima», en fin, era una holandesa, natural de Delft. Se llamó en el siglo Ana Van Der Wiel, y en la Religión tomó el nombre de Ana de San Bartolomé. Por donde se ve que el primer honor en

el nombre de las hijas primeras de nuestra Ana, se lo llevó la Santa Madre, y el último ella.

Estas fueron las primeras novicias de la primera casita, las primeras palomas del Palomar de Amberes: siete, como siete dones del cielo.

Cuando se trasladaron a más amplia casa, y «en el mejor sitio», que es en donde se levanta hoy el Convento y en donde reposa el cuerpo de nuestra Beata, tuvo también allí otras muy santas y aventajadas novicias. Hasta de veintitrés, entre todas, cuentan las Crónicas de Amberes los méritos y virtudes, y nosotros los contaremos, con la extensión que se merecen, en otra parte.

Sólo aquí recordaremos una, en gracia de haber sido secretaria y cronista de los hechos últimos de nuestra Beata. Ya se sabe que hablamos de la Madre Clara de la Cruz. Llamóse en el siglo Clara-Laura de Strozzi, de la noble familia Strozzi de Florencia. Laura fué la doncella favorita de la Infanta Isable-Clara-Eugenia, la misma que nos contó atrás lo que la profetizó la Madre Ana para en adelante: que sería y de buena gana Monja. Cuatro años después de la profecía de nuestra Beata, Clara-Laura vistió el hábito carmelitano, a los 22 años de edad. Su noviciado duró muy cerca de dos años; no por culpa suya, ni por falta de deseos de la Priora en admitirla a la profesión a su debido tiempo, sino por causa de ciertos bienes que disputaban a Clara y que ella quería para su monasterio. Profesó el 11 de Abril de 1619 y fué muy estimada de todos los que la trataban por sus distinguidas maneras y por sus relevantes virtudes. La Madre Ana se servía de ella a cada paso en negocios en que Clara sa-

lía muy airosa y la Comunidad con honra y provecho. A Clara de la Cruz se deben muchas noticias sobre la Madre Ana de San Bartolomé, y una deposición bastante detallada para su Causa.

Estas fueron las primeras novicias que crió y nutrió con santa doctrina la Compañera de Santa Teresa en su Palomar de Amberes, antes de echarlas a volar, para que, cual palomas mensajeras, negociasen tratados de paz entre Dios y los hombres, en los estados de Flandes.

CAPITULO XXVI

La Consejera de Príncipes y Prelados

(1622-1624)

Influencia de nuestra Beata en la sociedad de su tiempo.—Aconsejarse con ella altos personajes de España, Francia y Flandes.—Sobre la Armada invencible y Antonio Pérez.—Consejera de María de Médicis, Reina de Francia.—La Libertadora de Amberes y de su Castillo.—La Madre Ana bendiciendo a los héroes de Breda.—Corre su fama por Europa. La estima que de ella hacían los príncipes de la Iglesia y del Estado.—Concepto en que la tenía el gran Pontífice Paulo V.

Este cuadro será un reflejo pálido y no más, de la acción social de nuestra Beata Ana de San Bartolomé, tanto por el don de consejo que tenía, como por la eficacia de sus oraciones: y más por esto que por lo otro.

Poco hemos hablado de ello. Sólo hemos tocado algunos puntos hasta ahora, siendo así que ella, tan sencilla y todo, tan recogida y humilde, estaba desde años atrás representando cierta benéfica influencia en la sociedad española, en la sociedad francesa y, por último, en la de Flandes.

Desde el más recóndito humilladero de su con-

vento, quizá entre los pucheros de su cocina, tal vez entre los bártulos de su enfermería, pedía con instancias al Señor la inspirase las respuestas que había de dar a la Emperatriz María, hermana de Felipe II, y aun al mismo gran monarca, allá en la Corte de España, o al General de la Orden o al Reverendísimo P. Yepes, Obispo de Tarazona, o a otros no menos ilustres príncipes y prelados.

Hay en su Autobiografía interesantes episodios dedicados a la «Armada Invencible» y al tristemente célebre Antonio Pérez, el Secretario de Felipe II. En ambos relatos sale un gemido del corazón de la Madre Ana suplicando al Señor tuviese piedad de aquellas almas en trances tan apurados. Y así como en el caso de la «Invencible» desconfiaba desde el principio del buen éxito de la empresa, así en la muerte de Antonio Pérez quedó muy confiada de su salvación, por el fin edificante que tuvo. «Murió, dice (1) con señales muy ciertas de su salvación, recibiendo a menudo los Sacramentos, con el confesor siempre a su lado. Y el día que murió se puso de rodillas, con un ímpetu de amor de Dios, y así se quedó, como digo con señales grandes de su salvación».

Como es sabido, Antonio Pérez murió en París en 1611.

Cuando las Carmelitas españolas entraron en Francia, tan pronto como lo supo Enrique IV, que estaba entonces en Fontainebleau, se apresuró a encomendarse a sus oraciones y a suplicarlas que encomendasen al Señor sus estados; y tan pronto

1 Autobiografía.

como fué a París, se fué a visitarlas en compañía de la Reina, y oyendo a ésta las alabanzas que hacía de la Compañera de Santa Teresa, túvola desde luego en mucha estima.

María de Médicis, Reina Cristianísima, cobró especial cariño a nuestra Beata desde el primer día que la trató; con ella se iba a consolar muchas veces en sus tristes y amargas horas de regencia; a ella acudía en demanda de luz y consejo en los negocios más árduos e importantes; a ella se encomendaba siempre y tanto, que uno de los milagros aprobados por la Iglesia para la Causa de beatificación de la Madre Ana, fué el obrado en la persona de María de Médicis, contribuyendo esto a que la Reina Cristianísima fuese una de las personas principales promotoras de esta Causa, escribiendo con este motivo varias epístolas al Pontífice y a los Cardenales.

Pero de quien Ana fué más amiga y consejera fué de la Infanta Isabel-Clara-Eugenia, y de ello da testimonio elocuente Clara de la Cruz en las Informaciones de Amberes: «La Infanta, dice, pedía consejo a nuestra Madre en cosas de grande importancia, y en cuanto podía, le seguía; y tratándole de que era menester poner mayor defensa en la Villa y Castillo de Amberes, por el peligro del enemigo, respondió al Ministro que se lo proponía: «De Amberes ni del Castillo no tengo miedo, pues está ahí la Madre Ana de San Bartolomé, que la tengo por más fuerte defensa que cuantos ejércitos pudiera poner.

» ¡Tanta era la opinión, continúa Clara de la Cruz, que de su santidad tenía su Alteza! Y bien

lo mostró: pues, cuando pasó por aquí para ir a Breda, vino a este Convento tres veces, sólo por ver a nuestra venerable Madre; y estuvo con ella muchas horas, mostrando la fe y devoción que tenía con sus oraciones; y a la despedida, se hincó de rodillas, pidiéndola su bendición, y la mandó que, a la puerta reglar, la diese a todos los Caballeros de la Corte, para que no les sucediese ninguna desgracia en la jornada de Breda, diciendo en alta voz: «Recibid la bendición de la Madre Ana de San Bartolomé, que con ella podemos ir seguros, sin temer ningún peligro.» Con esta fe la recibieron todos, y a ella se siguió la prosperidad en el viaje».

La rendición de Breda la inmortalizó Velázquez en su cuadro de «Las Lanzas»; y hubiera sido también digno cuadro de su pincel la rendición de aquellos valientes a los pies de la Compañera de Santa Teresa. Los historiadores de ruido y estruendo, que no ven en la historia de la humanidad sino grandes Capitanes y encarnizadas guerras, podrían hacer observar que no pocas victorias y muy ruidosas, se han debido más bien a los que rezaban en los asilos de la paz, que no a los que combatían en los campos de batalla.

Como lo siguen demostrando otros hechos de nuestra Beata, que entresacamos de las mencionadas Crónicas de su convento de Amberes. Dos veces fueron las que por sus oraciones libró esta ciudad y con ella al Ducado de Brabante de caer en manos de los protestantes holandeses, en aquellas guerras religiosas. Como el Señor ama a la Bélgica, suscitó en ella un nuevo Elías en la Beata Ana de San Bartolomé, para que fuera parte y quizá la principal

la impedir que entrase el Protestantismo en aquella nación católica.

El año 1622 el Príncipe de Orange, Mauricio de Nassau, muy fiado en la protección de los herejes que había en Amberes y muy pagado de sus gentes de armas y máquinas de guerra, dió por ganada la Ciudad. Embarcóse con doce mil soldados, ocho mil de los cuales eran mosqueteros... Los marineros eran cuatro mil, todos resueltos a abalanzarse a cualquier peligro. Salieron de Dordrec con viento próspero, y viendo el Príncipe el número y bizarría de su gente, las máquinas de guerra que llevaba y la poca resistencia de la Ciudad, dijo en alta voz de manera que pudiesen todos oírle: «Asegurado estoy de mis intentos; no dudo de que saldré con mi empeño. Sólo Dios podrá estorbar la empresa; yo no temo poder humano...» Con esta presunción siguió adelante.

A este tiempo nuestra Beata Ana estaba muy recogida en su celdilla, sin pensar en el peligro que corría la ciudad, cuando el Señor la ordenó que interpusiera sus oraciones y las de sus hijas, como un muro de fortaleza, para defender a Amberes que iba a ser atacada por los enemigos del catolicismo. En el acto llamó la Madre a sus hijas, reuniólas en apretado haz en torno de ella y comenzólas a pedir con muchas veras que rogasen al Señor para que no desamparase a sus fieles. Hizolo la Beata con tanto ahinco y tan repetidas veces, que todas pensaron si estaba fraguada alguna traición; pero, díjolas que no, que sólo sabía que el Señor las pedía sus oraciones. Y dando ella el ejemplo, todas se pusieron a orar fervientemente; ella más que ninguna y con

las manos levantadas al cielo, y con tantas ansias que de puro cansancio desfallecía.

A la mañana siguiente, antes de ir al Coro, entró la Madre Teresa de Jesús en su celda, su hija y discípula predilecta, y díjola: «¡Ay, hija, y qué cansada estoy! Páreceme que tengo molido todo el cuerpo. Alguna gran traición debe de haber, porque toda esta noche me parece que he estado peleando, y me han hecho grande fuerza para que rezase, y cuando, rendidas ya las fuerzas, quería, para descansar, bajar los brazos que tenía levantados para clamar a Dios, me decían siempre: «Reza más, más, más», y aunque hubiera peleado con un ejército no estuviera tan cansada; y estoy toda metida en agua».

Y así era la verdad: que estaban sus hábitos empapados del sudor de sus fatigas y tuvieron que cambiárselos. Después volvió la Sierva de Dios a su oración, hasta que oyó una voz del cielo que dijo: «Ya está hecho». Y en aquel punto se alteraron las aguas, se embravecieron los vientos, se formó tal tempestad y con tan grande hielo, que los del Príncipe d'Orange no pudiendo mover el cordaje de sus navíos ni hacer sus maniobras desembarazadamente, chocaron unos barcos con otros y perecieron marinos y soldados. El Príncipe con algunos caballeros principales logró salvarse a duras penas en una barquilla que le dejó en el lugar vecino de Willemstat, vencido, deshecho y humillado.

Pudieron más las oraciones de una humilde monja descalza, que los planes y máquinas de guerra del General orgulloso.

No cedió aquél a pesar de esta derrota, y en 1624

volvió a intentar el apoderarse de Amberes y de su Castillo, aprovechando la ocasión de estar éste poco defendido, por hallarse la mayor parte de la guarnición con el Marqués de Spínola sitiando a Breda. Con atacar a Amberes creyó el Príncipe de Orange ganar la partida doble: apoderarse de la gran Ciudad marina y de su ciudadela, y obligar al de Spínola a levantar el sitio. Todo lo perdió; porque se lo ganaron todo los soldados del Rey Católico, gracias a la Priora de las Descalzas Carmelitas, a las oraciones y bendiciones de la Compañera de Santa Teresa.

Así lo reconocieron y lo hicieron público los soldados y el pueblo; así consta en las informaciones que con toda diligencia mandó hacer el Rvsmo. Señor Obispo de Amberes, en ambos casos referidos, por lo cual proclamaron todos a una voz a la Madre Ana de San Bartolomé «Libertadora de Amberes». Sólo ella, tan humilde siempre, no quería tenerse por tal, y a semejanza de su Santa Madre, declinaba en otros los honores, y en este caso se los tributaba a la Infanta Isabel en una carta que la escribió por aquellos días, donde, entre otras cosas, la dice (1): «Esta servirá de dar a Vuestra Alteza el parabién de tanta victoria; que cierto, Señora de mi alma, que es otro Elías en lo que se ve cada día, que parece que Dios la obedece y hace todo lo que quiere Vuestra Alteza. Con tanta plenitud de gracias, no me espanto, que dicen los Holandeses que hasta ahora decían que Vuestra Alteza rezaba tanto, que

1 P. Bouix, op. cit., p. 248.—El original se conserva en las Carmelitas de Amberes.

con eso los ganaba. Mas, a ellos les parece que es Vuestra Alteza *Sorcera*» (1).

Ya hemos visto, por anticipado, que la Infanta Isabel reconocía, y públicamente confesaba que no tenía miedo de perder Amberes ni su Castillo en tanto que tuviera allí por defensa y defensora a la Madre Ana de San Bartolomé. Ahora los hechos habían sobrepujado sus esperanzas.

Cerremos este cuadro con broche de oro: con las palabras que dijo en su deposición para el Proceso Ordinario, la Madre María del Espíritu Santo, Priora de Amberes, y son estas:

«La fama de su sanctidad era cosa increíble, porque casi todos los Reyes y Príncipes Christianos de la Europa enviaban a pedirla que los encomendase a Dios, en particular el Rey de España. Cuando supo lo que había sucedido en el Castillo de Amberes, escribió a la Serenísima Infanta que tuviese cuenta con la salud de esta Religiosa, porque debía este Castillo a sus oraciones; y el Príncipe de Polonia vino a visitarla, y pidió unas imagencitas escritas de su mano para dar al Rey, su Padre, y a sus hermanos. Los Cardenales hacían lo mismo. Hasta el Sumo Pontífice Paulo V, mostró en una ocasión harta estima de nuestra venerable Madre. Y la Serenísima Infanta ha sido la que más se ha señalado en la confianza que ha tenido siempre en las oraciones de nuestra Madre; porque no hacía cosa de importancia en el gobierno de sus Estados, sin pedirla primero que lo encomendase a Dios».

1 Gallecismo, del francés *sorcière* que significa bruja, maga, hechicera...

¡Quiera ella con sus ruegos y súplicas, ahora que está delante del trono del Señor, acelerar la hora de la suspirada paz, y salvar de nuevo a Amberes, a la infortunada Bélgica, a la desgraciada Europa y al mundo entero!

CAPITULO XXVII

La Hija de la Iglesia

(1624-1626)

Sus oraciones por la causa del Catolicismo.—Sus ruegos para alcanzar el perdón de los pecadores. Súplica de nuestra Beata, que pudiera escribirse al pié de sus imágenes. Su participación en los trabajos de la Pasión de Cristo, por salvar almas.—Desamparos y agonias interiores.—Los últimos ataques del enemigo de su alma, para perderla.—Cartas de Avila.—Los últimos días de un alma santa.—El final de su *Autobiografía*.

No había de faltar este cuadro de luz y de pasión, ni esta aureola de gloria a la hija predilecta de Santa Teresa de Jesús: es la mejor ejecutoria de su celestial espíritu, de su sed de almas y de su celo por la gloria de Dios. No faltan ni episodios interesantes, ni palabras conmovedoras en su «Autobiografía» para trazar este cuadro.

«En estas necesidades de la Iglesia, dice ella, trae mi alma grandes afectos. Dios me muestra, cuando le pido perdón por los pecadores y aplaque su ira, un tan grande amor, que no sé decir cómo lo siente mi alma. Es como si estuviera fuera de la sujeción de la carne, y en una región de suavidad

y deleites, y que sólo con su amado y Señor, halla lo que puede desear. Mas, no desea nada para sí, sino la honra y gloria de su amado; y por esto, ella siempre está pidiendo:

»Señor, daos a conocer a todos, por que os amen. No permitáis, Señor mío, que todos ignoren quién eres». Y dice esto el alma con un grande amor y confianza: «Ya sé, Señor, que si te descubres, y das a conocer, que todos te amarán». Y gusta tanto de esto, que más y más muestra que me ama. «Oh, Bondad infinita! ¡qué confusión, cuando esta vista está apartada, ver que esta bondad no respeta mis maldades, ni mira sino a darse a conocer, para que yo le ame! ¡Y él es el mismo Amor! y empieza con una pequeñita luz y suavidad, como cuando se enciende un poco de fuego con pajitas, y echándole leña, hace un grande fuego que no se puede sufrir».

Ella, como labradorcilla que fué, y como anduvo siempre en menesteres humildes y caseros, toma los símiles y ejemplos de cosas sencillas y caseras, pero que indican, a las mil maravillas, todo el fuego de su pecho y todo el amor que tenía a los pobres pecadores. Este amor creció tanto en su alma en estos últimos años de su vida, que no hacía más que pedir al Señor que todos le conociesen y le amasen y fuesen verdaderos hijos de su Iglesia. Si para ello tenía necesidad de inocentes almas que orasen, ahí estaban sus hijas; si quería corazones penitentes, ahí tenía el buen Jesús el suyo, el de su esposa Ana, para sufrir lo insufriero, para padecer mil pasiones, para morir como su esposo por salvar almas, por convertir pecadores empedernidos.

Andando con estos deseos de participar algo de la Sagrada Pasión del Señor, empezó a gustar poco a poco el cáliz de la amargura.

«Después de esto, dice, me tornó una grande aflicción interior, que no era menos penosa que la pasada, y me duró algunos días. Y como andaba el alma en esta misma aprehensión, fuíme a la oración, y empecé a considerar la pobreza y soledad que Cristo tuvo en este mundo, y sus dolores y desprecios, y el Señor me lo dió mejor a conocer; que nunca había sentido estas cosas de misterios como entonces. Quisiera saberlo decir o dar a entender, mas no puedo; que me mostró unas cosas tan grandiosas, en lo que he dicho, que aunque pensase toda mi vida en ello, no pudiera entender mi sentir: lo que el Señor me dejó sentir en aquel momento; que mi alma quedó en tanta aflicción, que mis fuerzas eran pocas, para lo que sentía, si Dios no me ayudara».

El Señor la ayudó dándole a gustar uno de los más dulces regalos de amor que la hiciera en su vida.

«Viniendo la hora de la misa, continúa nuestra Beata, levantéme a comulgar con harto trabajo; y, llegando a la comunión, el Señor estaba allí a manera de un hombre. Era coronado; y díjome: «¿Ves todo eso que he padecido? ¡Todo es por ti!»

»Y casi salía de mí, sin pronunciar palabras. Tuve presentes aquellas que dijo San Agustín: «Señor: si yo fuera Dios, y Vos fuérades Agustín, yo me haría Agustín, porque Vos fuédes Dios: ¡tan grande es el amor que os tengo!»

»Yo pude decir el mismo amor y sentimiento;

que lo sentía en mi alma con un gran exceso de amor...»

Desde este día las hablas interiores, las visitas del Señor y de los Santos, y en especial de la Santísima Virgen y de nuestra Madre Santa Teresa, fueron más frecuentes. Parecía ir despidiéndose ya de la Iglesia militante, para entrar de lleno en comunicación con la Iglesia triunfante.

Pero, cuando se iba acercando al término de su peregrinación, iban creciendo los ataques del enemigo de su alma, con quien tantas luchas sostuvo en su vida, de las cuales salió siempre vencedora. Viéndola él ahora anciana y sin fuerzas y muy cerca del sepulcro, creyó vencerla: como si con los santos se midiese la resistencia por las fuerzas físicas, y no por la destreza con que manejan las armas de las virtudes. Además que, aunque su Capitán se les esconde a veces, nunca les pierde de vista, y menos en la hora de mayor peligro. Cuando parece abandonarlos, es porque quiere hacer las últimas pruebas para ver su fidelidad hasta dónde llega, por tratarse de los últimos combates, de grandes victorias, de discernir méritos y de dar palmas y coronas; pues ya se sabe que no será coronado sino quien pelear legítimamente y hasta el último instante de su vida.

De aquí el permitir el Señor estas luchas interiores que su Sierva sostuvo a última hora con el infierno que deseaba perderla. A nadie se las había ella contado, cuando el Señor se las reveló a una Hermana conversa del Convento de Avila, llamada Catalina de Cristo, alma muy espiritual y muy amiga de Ana de San Bartolomé; la misma que tuvo

aquellas visiones del cielo cuando se trataba de impedir que la Compañera de Santa Teresa fuese a las fundaciones de Francia.

El Señor ordenó a Catalina que consolase a la Madre Ana, la cual estaba sufriendo penas indecibles y grandes luchas interiores en Amberes. La Hermana Catalina obedeció al punto, y escribió a la Madre Ana unas cartas muy espirituales y consoladoras en las que, entre otras cosas, decía (1):

«El Espíritu Santo confortador la dé su amor y refrigerio, Madre de mi alma. Cuánto la amo y quiero, sería largo de contar y de considerar; y así sus trabajos y penas el Señor me los ha mostrado, y me dijo la dijese estas palabras. Mas dígaselas el Señor... «Amada hija: mira lo que te amo. Míralo; pues por tus amores entré en el mundo, y mi Padre me envió a beber un cáliz amargo. Luego, luego, le empecé a gustar... Yo haciendo a todos bien, y los hombres haciéndome mucho mal, quitándome tantas veces la vida con sus pecados y abominaciones. Yo corderito manso y humilde, soy pisado de ellos. Así como la oveja, fuí llevado al matadero. Entre lobos hambrientos, me vi despedazar, con inmensidad de tormentos. Vime en gran desamparo de la honra, hermosura, gracia y consolación, y en tanta tribulación, cual jamás se vió hombre. A mis apóstoles, como amigos, les hice este favor de darles mi cruz, que también fueron lastimados; y a mi Madre la alcanzó mayor parte de mis trabajos, que fué Mártir de mártires.

»A mi hija Ana la quiero tanto, que la comparo

1 P. Enríquez, lib. IV, cap. XX.

en el padecer a mis apóstoles; pues sus amarguras y tribulaciones todas, se las envió en señal de amor. Así como probé a Job en el muladar, desechado de sus amigos, y entonces, cuando más abatido, más resplandeció la firmeza de su amor; así, en mi hija Ana, cuantas más han sido sus tribulaciones interiores y exteriores, probándola, más levantada será su gloria que ha de recibir y gozar de mis manos; y la corona de tantos martirios resplandecerá en su corona con mucho valor.

«Al fin, mi hija Ana, yo os honraré en el cielo, y asentaré a mi mesa, y os pagaré todo lo que, a mi imitación, padecéis tan a solas...»

¿No es verdad que el Señor podía haber dicho todo esto y mucho más, directamente, a su Sierva, sin servirse de intermediarias personas, para no permitir que Ana sufriese hasta que llegasen las cartas de la Hermana Catalina desde Avila hasta Amberes?... Mucha verdad es; pero en las vidas de los santos se dan con frecuencia estos casos: de consolar el Señor a sus amigos con otros amigos suyos, para dejarles con más certidumbre de que es El quien les consuela.

A lo que decía el Señor, añadió la hermana de Avila por su cuenta:

«Madre mía: todo esto la envía a decir su amantísimo Esposo a V. R., y há mucho que yo se lo escribí, porque así me lo mandó el Señor en la ermita de la Sancta Coluna; y se lo dije a nuestra Madre, como estaba tan apretada. Así la quiere el Señor: que sea mártir, y el martirio sea prolijo; mas, todas sus promesas bien ciertas y seguras están, y no han de tener fin. Y así, cada día, haga

mil sacrificios de sí, y déjese en sus manos; pues es su espíritu un manojo de olorosas flores para su mesa; y es un paraíso riquísimo su alma, del Cordero; es un unguento preciosísimo, de que el Señor se sirve, de vivas obras. Es su alma un paraíso adonde habita Dios, y sus casas son el jardín del Esposo. Y así, empiece de nuevo a imitarle; pues en su costado la tiene escrita, son grandes las riquezas que la promete; y así, no se espante, mi Madre, de pruebas que la haga: que ha de ser trigo para el Señor, y quiere llevarla bien trillada, como lo fué San Ignacio en las bocas de los leones».

Pero, ¿quién daba esta elocuencia, y este fuego, y esta unción, a las humildes leguitas de Santa Teresa, sino el espíritu divino de que estaban inflamadas?... Hablan y aconsejan y enseñan, a veces, como consumados doctores de la Iglesia. Y si esto hacen las legas...

No hay para qué decir aquí lo mucho que se consoló la Madre Ana de San Bartolomé con las cartas de su hermana Catalina de Cristo, tan espirituales y tan confortantes. Ellas fueron como un bálsamo en el padecer, y como un acicate en las ansias de más amar al Amor. En estas ansias se consumía. Con estos padeceres, se iba acabando su vida. El Esposo la visitaba con más frecuencia, y hallábala siempre con la lámpara encendida. A la luz de esa lámpara ardiente, de fe viva y de obediencia ciega, terminaba su «Autobiografía», escrita por expreso mandato de los Superiores, y la terminaba con «la postrera visión» que tuvo dos años antes de su muerte. Dice así:

«En esta postrera enfermedad, acabado de reci-

bir el Santísimo Sacramento, me dió un desmayo. Yo pensé era llegada la hora; y estando así, vi un poco lejos de mí, en la misma celda, tres personas muy venerables, y todas tres de una manera, y muy hermosas, vestidas de Pontifical, y conocí que era la Santísima Trinidad. Y el alma se moría por acercarse a ellas y salir de este cuerpo, y no me llamaban. Y más y más trabajaba por acercarme, y desaparecieron. Yo torné en mí, y tomé más ánimo. Mas, una cosa hay en esta visión que me ha dado sospecha que no era de Dios; que estuve dos días que no me podía bien resignar de que me había quedado acá. Mas, con este escrúpulo, me resigné a lo que Dios quisiere: vivir o morir. Y así me he quedado, que en viniéndome el deseo de morir le quito, y me resigno a su voluntad».

Así termina su «Autobiografía»: poniéndose en las manos del Señor.

Hubo de terminarla, como ella indica «este año de mil y seiscientos y veinte cuatro», después de San Juan Bautista, sin que nos atrevamos a decir, por ahora, la fecha fija, ni otra más cercana.

Al terminarla, parecía recordar la Compañera de la Madre Teresa, aquellas canciones de la Santa, que tantas veces cantarían juntas por los caminos de su vida andariega:

«Dadme muerte, dadme vida,
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo diré que sí:
¿Qué queréis, Señor, de mí?...»

CAPITULO XXVIII

La muerte de una Santa

(1626)

La noticia que tuvo nuestra Beata del día de su muerte.—Las dos peticiones que había hecho: morir sin ruido, y en el día de la Ssma. Trinidad.—Sus pláticas postreras.—Pide a los hijos del Carmelo que recen por ella un *Ave-Maria*.—Asisten a su muerte los Descalzos.—La celdilla de la Beata Ana en Amberes, semejante a la de Santa Teresa en Alba.—La muerte de la Compañera de la Santa.—Sus tres coronas.—Su verdadero retrato.

Nuestra Beata Ana quiso morir el día de la Ssma. Trinidad: Misterio de amor, que ella había reverenciado y adorado tanto, y que tanto había hecho adorar y reverenciar en sus conventos y donde quiera. El Señor se lo concedió, y ella, como Teresa, tuvo noticia anticipada de su muerte, según se lo escribió la Hermana Catalina de Cristo a la Madre Clara de la Cruz (1).

Esta enfermedad postrera de nuestra Beata comenzó el jueves 4 de Junio de 1626: tres días antes del de su muerte.

1 P. Enriquez. lib. IV, cap. XXII, p. 44.

Como había visto que en las graves enfermedades de estos últimos años se alborotaban mucho en Flandes, interesándose por su salud la Infanta Isabel y muchas personas principales de la Corte, creyó en su humildad, que eso era demasiado rumor para una pobre Descalza, y así se atrevió a decirle a su divino Esposo: «Señor: no permitáis tal cosa; sino cuando me llevéis, sea sin ruido». Y así fué que esta vez, nadie, ni sus mismas hijas, pensaban que se moriría.

El jueves por la noche arreció la fiebre; pero siendo más el ardor divino de su pecho que el ardor de la calentura, el viernes se levantó a la hora de costumbre, y fuése a comulgar muy endiosada. Después de comulgar inflamóse tanto en amores divinos, hasta el punto de no sentir la fiebre que minaba su preciosa existencia.

Todo el día del viernes anduvo levantada, cuando a las cinco o seis de la tarde la dijeron que el P. Prior de los Carmelitas Descalzos, venía a visitarla. Ella que lo oyó, pensó que el Señor se lo enviaba para arreglar su última cuenta; por lo que, en vez de pasar al locutorio, rogó al Prelado que fuese al confesonario, pues quería hacer confesión general de toda su vida, por si el Señor disponía de ella. Se confesó escrupulosamente y dijo al Confesor, (era el P. Clemente de Santa Catalina), que, por la misericordia de Dios, no la remordía la conciencia de haberle ofendido gravemente, según dicho padre depuso con juramento en las Informaciones, en las que figura como testigo de los principales.

Después que la Madre se hubo confesado, volvió

del confesonario con el mal de la muerte. Al verla sus hijas como la vieron, llamaron al médico, que era el doctor Luis Núñez, el mejor médico de Amberes, según las Crónicas de aquel Convento. Llegó el doctor y, aunque halló a nuestra Madre con fiebre, no juzgó que fuese cosa de peligro. Por lo tanto, no hubo alarmas en la ciudad, ni en el Castillo, cuyos defensores, jefes y soldados, tanto la querían; ni se sentían a las puertas del convento los rumores y alborotos de otras veces, cuando el médico anunciaba su gravedad y peligro de muerte. El Señor había escuchado la oración de su sierva, y todo estaba tranquilo.

Pero llegó la noche del mismo viernes, y volvieron más fuertes y agudas las congojas a atormentar a la Beata Ana. «Sus trabajos para ella sola», como se lo había pedido al Señor en otra ocasión. Ahora gustaba el amargo cáliz de su pasión, a solas.

El sábado amaneció muy aliviada. Era una racha de alegría que la Virgen, Nuestra Señora, enviaba en el día sabatino a las hijas de la buena Madre. Estas no sospechaban que el aire glacial de la muerte zumbaba ya a la cabecera de la enferma.

Todo el sábado lo pasó de esta manera: apacible y sonriente; pero en llegando la noche, volvieron las terribles agonías y esta vez con horribles desamparos. El cielo había cerrado sus luces para ella. Su alma se vió envuelta en completa oscuridad. Sólo la velaba su enfermera, la cual, viendo a su querida enferma en tantas congojas y trasudores fríos, pensó que eran los de la muerte, y más de

una vez creyó quedarse con su Madre muerta entre sus brazos antes de ser de día.

Al despuntar la nueva aurora, era ya la fiesta de la Santísima Trinidad: el día por ella suspirado. Un fenómeno sorprendente llamó la atención de todas sus hijas, sin que por ello se admirasen demasiado. Ya lo habían visto otras muchas veces, según decían. Era que el semblante de su santa Madre se iba transformando poco a poco; se iba tiñendo de suaves tintas rosadas; se iba embelleciendo de manera, que su rostro más parecía de ángel bello, que de humana criatura; pues ni huella quedó en él de arruga o de ancianidad.

Cuando el doctor Núñez llegó a visitarla, quedó maravillado de lo que veía, y más por hallarla con el rostro tan encendido y sin fiebre alguna. Sin embargo, pensando que fuesen tercianas, fiebres que tanto atacaban a la Madre, ordenóla que no se levantara, ni siquiera para oír Misa, a pesar de la solemnidad del día. La Madre obedeció, pero quiso celebrar tan santo misterio haciendo a sus hijas el más acabado panegírico que oyeran en su vida, sobre el augusto misterio de la Stsma. Trinidad. A medida que hablaba, encendíase más y más su rostro, como si fuera un serafín. Esto, como hemos dicho, no maravillaba tanto a sus hijas como las palabras que decía; porque siempre que su Madre recibía alguna merced del Señor, veíanla de aquel modo. Solamente pensaron que la merced de aquel día debía de ser extraordinaria, por ver su rostro más encendido y como brasas ardientes sus labios.

Cerca del medio día se fué amortiguando la llama exterior de su rostro, pero no la llama de amor

viva de su corazón. Entonces sintió de nuevo la fiebre que tornaba más aguda, con vivo dolor en la espalda y en el hombro izquierdo, «como si se le descoyuntara». Y tal hubo de ser este dolor, que, a pesar de su mucha paciencia, mandó a una hermana que la frotase suavemente con la mano, diciendo el nombre de «Jesús»: de lo que se admiraron todas las hermanas, y barruntaron lo inmenso del dolor; porque nunca la oyeron quejarse de males ni de dolores. Era que el Señor le daba a sufrir una partecita de su cruz, unos pocos dolores de su crucifixión, algún golpecillo de manopla de hierro. Así se lo dió ella a entender a la hermana que la llevó una reliquia de N. Madre Santa Teresa que la enferma había pedido: «Hija, dijo la Beata: si en este dolor no me hubiera confortado el Señor, dándome a entender que era conforme al que El pasó en la Cruz, cuando le tiraron los brazos para enclavarle en ella, sin duda que hubiera desesperado y perdido la paciencia».

Pero, la Virgen estaba allí para confortarla en sus últimas agonías; por eso las últimas palabras que habló nuestra Beata fueron las de una amante hija de la Virgen del Carmelo. Rogó a sus hijas que enviasen a decir a sus Padres, los Carmelitas Descalzos, que, en caridad, rezasen por ella a la Virgen un «Ave-María». Y lo mismo pidió a todas sus hijas: ¡que rezasen por ella un «Ave-María»! Y... ya no dijo más. Esas fueron sus últimas palabras: las de la salutación angélica. El último nombre que pronunciaron sus labios fué el de su Madre del cielo, que, por una feliz coincidencia, era también el nombre de su madre en la tierra: el nombre de «María».

Después de eso, no habló más, porque un golpe de apoplejía la entorpeció la lengua; pero con la mano hacía señas a sus hijas que no había perdido el conocimiento.

Por estas señales comprendieron ellas la gravedad en que se hallaba su querida Madre, y sin pérdida de tiempo, avisaron, a la vez, al médico y a los Carmelitas Descalzos. En llegando el doctor Núñez la desahució no más con verla. Ni él ni nadie pensó hasta entonces que aquella sería la postrera enfermedad de una santa. El convento estaba tranquilo; los alrededores sosegados; en la ciudad nadie lo sabía; en la Corte se ignoraba; el Señor concedía a su Sierva morir sin ruidos: porque se estaba yendo a todo andar hacia el término de su carrera.

Al mismo tiempo que el médico, habían llegado los Padres Carmelitas Descalzos, cuya vista consoló, en extremo a aquella amante hija de la Orden. Por el amor que los había siempre profesado, el Señor la concedía morir asistida por sus hermanos de hábito. Esto para ella fué un gran consuelo.

Como se había confesado, en confesión general, el viernes, y ese mismo día había comulgado, estando para emprender el viaje a «la patria de allí arriba, que es la patria verdadera»; y como, por otra parte, el estado de la enferma no permitía otra cosa, procedieron en el acto a administrarla el Sacramento de la Extrema-Unción. Antes de recibirlo, se hizo ella misma la señal de la cruz, con su propia mano, en la boca y en la lengua; que ésta la tenía tan sin movimiento «como si fuera de bronce». Apenas le dieron la Santa-Unción, cuando se le mudó.

el rostro mostrando grande alegría y una risa tan angelical como la que se ve pintada en su «verdadero retrato». «Abrió los ojos, por extremo lindos, mirando de hito en hito por espacio de un cuarto de hora en lo alto, hacia el muro de su cabecera, como que veía todo su Bien» (1).

Pero, ¿qué veía nuestra Beata? ¿Por qué mostraba tanta alegría en aquel cuarto de hora la Compañera de Santa Teresa? ¡Ah! era que en la celdilla carmelitana de Amberes se estaba repitiendo la escena de gloria que tuvo lugar en la celdilla de Alba de Tormes en la noche del 4 de Octubre de 1582. A medio siglo casi de distancia, el buen Jesús era para la Madre Ana de San Bartolomé el mismo que había sido para la Madre Teresa. La Madre Teresa, antes de expirar, estuvo durante doce horas en coloquios divinos con su Esposo, entre los brazos y sostenida por su hija Ana. Su hija Ana no pudo resistir más de un cuarto de hora en esos coloquios, tal vez porque no tuvo los brazos de Teresa que la sostuvieran, antes tenía delante a Teresa de Jesús que la llamaba para que fuese en su compañía al cielo, a ocupar una silla muy alta y muy junto a ella.

Hay quien quiere decir (2), que la escena de Amberes tenía, en aquella hora, algo de más grande y de más solemne que la de Alba. Nosotros nos contentamos con hacer resaltar la semejanza, y nos basta.

Catalina de Cristo, la amiga de nuestra Beata,

1 P. Enríquez, lib. IV, cap. XXII.

2 P. Bouix, *Autobiographie* de la Ven. Anne de St.-Barth. lib. IV, cap. XI.

la leguita aquella del convento de Avila a quien el Señor tantas cosas revelaba, vió por revelación divina, lo que estaba pasando en Amberes, cuando nuestra Beata agonizaba. «El Señor me dió a entender, dice Catalina (1), que la Madre Ana era su querida esposa, y había caminado bien su carrera nuestra Madre, y así la llevó el día que nuestra sancta Madre se lo pidió, y concedió su petición con un amor abrasado en su día, estando a su cabecera todos los Sanctos, y toda la Trinidad, y la Madre de Dios, y nuestra Sancta Madre, y nuestro Sanctísimo Padre San Joseph, con las demás Vírgenes. Y, en saliendo su bendita alma del cuerpo, «fué al cielo derecha», con cánticos celestiales de todos los Sanctos y Sanctas y Angeles. Y el Señor, como Esposo desta tan amada Virgen, hizo las fiestas, diciéndola: «Amiga mía, querida mía, ven a gozar la palma de la victoria por tu paciencia y perseverancia en el bien obrar. Ya se pasó el invierno de los trabajos; que, como escogida esposa mía, me imitaste hasta el fin, siéndome tan fiel, y columna de mi Iglesia. Por la continua oración y rara humildad, ahora goza destas moradas eternas para siempre; y serás coronada de «tres coronas», entre las Vírgenes y Mártires...»

«Esto es del Señor», afirma la Hermanita de Avila.

Y oyendo estas palabras del divino Esposo, con tanta paz y sosiego, que sueño parecía, expiró dulcemente la Compañera inseparable de Santa Tere-

1 En una carta a la M. Clara de la Cruz, de Amberes. (Vid. P. Enríquez, loc. cit.)

sa de Jesús, a eso del atardecer, de manera que pudiéramos decir aquí con más razón que un escritor famoso: EN FLANDES SE PUSO EL SOL.

Era el 7 de Junio de 1626, fiesta de la Santísima y adorable Trinidad.

Cuando murió nuestra Beata, contaba setenta y seis años de edad, ocho meses y seis días; habiendo pasado 55 años largos en la Reforma Carmelitana, y de éstos, 34 años en España, 7 en Francia y los 14 y medio restantes en Bélgica.

Fué nuestra Beata en todo bien formada: así de alma, como de cuerpo; de carácter dulce y apacible, pero bien templado y sostenido cuando el caso lo requería, sin violencias de ningún género.

De talle, a juzgar por los retratos, que en otra parte no lo hemos visto escrito, fué más bien alta que baja, pero bien proporcionada.

El alma parecía asomar a su rostro por sus grandes ojos castaños de indecible dulzura. Sus labios sonrientes manifiestan por modo expresivo la dulce tranquilidad y paz de su conciencia. Toda su expresión parece la de un alma siempre joven. Solamente el óvalo de su faz se deja ver un poco desfigurado por los sufrimientos y penitencias, más que por la marca de los años, con ser muchos, y el aparecer retratada en la última etapa de su vida.

Su característica fué la humildad; pero tuvo alicientos de fundadora y altas dotes y prendas de go-

bierno. Por ser tan humilde, fué tan exaltada en la vida, en la muerte y en el más allá....

Su verdadero retrato, en fin, es el de una hija perfecta de Santa Teresa de Jesús, añadiendo lo de Compañera inseparable e ínclita Secretaria.

CAPITULO XXIX

Las reliquias de nuestra Beata

(1626-1917)

Coro de alabanzas.—El buen olor de sus virtudes.—Fama de su santidad.—Solemnes funerales.—Historia de sus venerandas reliquias desde que fueron encerradas en su sepulcro hasta nuestros días.

Aunque toda esta vida es un tejido de virtudes y un ejemplar de perfección en donde no faltan milagros de la obediencia de nuestra Beata, maravillas de su caridad y prodigios de su oración, con otros carismas divinos con que el Señor enriqueció su alma, diremos en estos últimos capítulos algunas de las muchas alabanzas que la tributaron después de muerta, la historia de sus reliquias, las principales de sus virtudes heroicas y los dos milagros aprobados por la Iglesia para su Beatificación tan deseada.

Apenas murió Ana de San Bartolomé, su cuerpo quedó como transfigurado, hermoso y apacible, sin arruga alguna ni asomos de corrupción. Empezó a despedir enseguida celestiales aromas que embalsamaron el convento, dando bien a entender que

aquel cuerpo muerto fué, cuando vivo, templo del Espíritu Santo y morada de la Santísima Trinidad.

Mientras le amortajaban con el hábito del Carmen, se iba propagando por la ciudad de Amberes la noticia de la muerte de esta Santa, y con la noticia se propagó el buen olor de sus virtudes y la fama de su santidad. La ciudad entera la miró desde aquel punto como cosa propia y santa suya. Era la primera que honraba a la vetusta Antuerpia con su muerte y con sus mortales despojos; pues si bien pasaron otros santos por allí predicando y bendiciendo, no se tenía noticia en sus Anales de que hubiera muerto allí ninguno con señales tan ostensibles de santidad como la Compañera de Santa Teresa de Jesús (1).

Mientras acudían nobles y plebeyos a venerar el santo cuerpo, colocado en el coro bajo de las Religiosas para que todos lo pudieran ver a través de las rejas, el Señor revelaba la gloria de su Sierva a ciertas almas escogidas, y ella misma se apareció a otras, mostrándolas su dicha y felicidad.

Sus amigos y devotos empezaron a disputarse sus pobres hábitos y su humilde ajuar, como preciosas reliquias. La Infanta Isabel mandó a pedir su escapulario, y como la enviasen las Religiosas uno bastante nuevo, tornó a pedir el que usaba la Madre de ordinario, quedando sumamente complacida al obtenerlo. Los que no podían conseguir tanto ni mucho menos, se contentaban con tocar objetos piadosos al santo cuerpo.

No se contuvo la noticia de su muerte ni la

1 Crónicas Ms. de Amberes.

fama de su santidad dentro de los muros de Amberes sino que se extendió rápidamente por todas las ciudades y pueblos de los Países Bajos. «Despolbóse Bruselas, dice el P. Enríquez (1), y no sólo plebeyos sino nobles y muchos Príncipes y Princesas se partieron al punto para ver y venerar aquel castísimo cuerpo, antes que le enterrasen. Estaba en el coro de las Monjas, con el rostro tan blanco y tan hermoso, que bien manifestaba la gloria de que gozaba su dichoso espíritu. La multitud del pueblo fué excesiva. El primer día tocaron al santo cuerpo más de veinte mil rosarios y imágenes. Colijase de aquí la multitud que concurrió a su entierro. Hasta el martes la tuvieron descubierta, y en este tiempo no cesó la gente de engrandecer sus maravillas y publicar sus grandezas.

«A este mismo tiempo cayó en una cueva, cabeza abajo, Catalina Lykens, y fué tan peligrosa la caída, que perdió los sentidos y la habla. Juzgaron los médicos y cirujanos que no tenía remedio, y dejándola casi muerta, se fué toda afligida su madre a las Carmelitas descalzas, y postrada delante del cuerpo de la venerable Madre, la pidió salud para su hija. Fué breve pero eficaz la oración que hizo, y llena de fe se volvió a su casa, y halló a su hija buena y sana, sin más señal de dolor que si nunca hubiera dado tal caída. Divulgóse el milagro, y aumentó la devoción de todos.

»Celebraron sus exequias con grande solemnidad, y en diversos sermones se refirieron sus virtudes y milagros. Celebró sus grandezas, en un ser-

1 Lib. IV. cap. XXIII.

món muy docto, el muy reverendo Padre Maestro Fray Bartolomé de los Ríos, de la Orden de San Agustín y Predicador de su Alteza Serenísima, varón de grande espíritu y doctrina. Y después de cumplido con las honras funerales, colocaron su cuerpo en el coro de las Religiosas, junto a la reja, donde está venerado de todo el pueblo, por ser innumerables los milagros que obra el Señor a intercesión de esta esposa suya; y muchos enfermos han sanado bebiendo de la agua que las Religiosas ponen sobre su sepulcro, en el jarro con que la venerable solía beber, y ansí vienen cada día a buscarla».

Hasta aquí el primer Biógrafo de nuestra Beata. De aquella agua salutífera bebían principalmente los enfermos atacados de fiebres malignas, y muchas son las citaciones completas e instantáneas que se cuentan obradas ante aquel santo sepulcro: de aquí que desde entonces hasta nuestros días se tenga en Amberes a nuestra Beata como abogada especial contra las fiebres.

En cuanto a sus venerandas reliquias, daremos aquí noticia sucinta, pues tuvieron que pasar varias peripecias a causa de las revoluciones y vicisitudes de los tiempos (1).

Hasta el año de 1782, el cuerpo venerable de la M. Ana de San Bartolomé reposó tranquilamente en el coro bajo de su convento y en medio de sus hijas; pero la persecución que por entonces se desencadenó contra iglesias y conventos, por obra de

1 Tomamos estos detalles del P. Bouix, *Autobiographie de la Ven.* Préface XXX.

aquel emperador a quien la historia dió el nombre irónico de José el Sacristán, arrojó a las Carmelitas de su Monasterio, las cuales con los preciosos despojos de su santa Fundadora emprendieron el camino del destierro. Ni el recuerdo que ligaba este convento a la Casa de Austria, por haber sido fundado y dotado por la Infanta Isabel, nieta de Carlos V, ni las valientes reclamaciones de los flamencos para que permaneciesen las hijas de Santa Teresa en su convento de Amberes, lograron que el Emperador José II exceptuara este monasterio carmelitano de la inicua ley de exclaustación.

Cuando la Princesa Luisa de Francia, hija de Luis XV, tuvo noticia de la persecución de que eran objeto sus hermanas las Carmelitas de Bélgica, interpuso su valimiento cerca de Luis XVI para que acogiera en su reino a las Religiosas desterradas. El Rey se lo concedió como lo pedía, y ella se apresuró a ofrecer su convento de San Dionisio de París a las Carmelitas Descalzas de Amberes y de Bruselas, las cuales fueron allí recibidas, con toda caridad, cuando llegaron a aquel convento con el doble tesoro de los cuerpos virginales de Ana de Jesús y de Ana de San Bartolomé. Era el 14 de Junio de 1783, fiesta de San Eliseo, Profeta y Padre del Carmelo.

En París estuvieron las Santas reliquias de las dos primeras fundadoras de aquel convento embalsamándole con sus gracias y milagros, como antes con el buen olor de sus virtudes, hasta el de 1790 en que el estado político de Bélgica permitió a las Carmelitas de Amberes volver a su convento. Y allá se fueron llevándose consigo su precioso tesoro. El

11 de Octubre del mismo año entraron en su monasterio con toda solemnidad, en medio de las aclamaciones del pueblo que volvía a ver entre sus muros las sagradas reliquias de su santa Bienhechora.

Esta vez el cuerpo virginal de la Compañera de Santa Teresa fué colocado en la celda en que había vivido, padecido y gozado, cuando lo animaba su alma privilegiada. La celda fué convertida en oratorio, y en este oratorio tenían puesto su corazón y sus delicias aquellas santa Religiosas. Pero ¡ay! que esta paz y esta alegría duró muy poco: seis años solamente. La tempestad que levantó la revolución francesa alcanzó a las Religiosas de Amberes. Su convento fué suprimido, y ellas fueron expulsadas de nuevo en el mes de Julio de 1796. Por fortuna las precavidas Carmelitas habían puesto a salvo con anticipación las reliquias de su santa Fundadora. En el mes de Mayo anterior se las habían entregado, en depósito, a una de las más ilustres familias de Amberes. Así premió el Señor la mucha piedad y religión que habían heredado de sus antepasados los nobles condes de Le Grelle. En su palacio derramó toda suerte de gracias y de bendiciones el santo cuerpo de la Compañera de Santa Teresa y fué la mejor compañía que tuvo aquella piadosa familia en los negros días de tan terrible persecución religiosa. El conde Gerardo Le Grelle cuenta algunos de los favores que hizo nuestra Beata mientras estuvo su cuerpo venerable en el palacio de tan noble familia. He aquí cómo lo copia el P. Bouix en el lugar citado:

«Las Reliquias de Ana de San Bartolomé, dice el conde Le Grelle, encerradas en cofre de plomo

dentro de otra caja de roble, habían sido confiadas en el mes de Mayo de 1796 al cuidado de mis piadosos padres. El precioso depósito fué cuidadosamente escondido en un armario de ropa blanca de mesa, en donde permaneció oculto a los ojos profanos, detrás de las servilletas y manteles, durante la tormenta revolucionaria.

»En aquella época terrible, la casa de mis padres no fué turbada en absoluto, a pesar de haber dado albergue constantemente en ella a sacerdotes no juramentados, y de haber dedicado allí una capilla en donde se celebraba diariamente el santo sacrificio de la Misa, y se distribuía la sagrada Comunión a buen número de personas. Ana de San Bartolomé, que allí reposaba, parecía haber acogido bajo su especial protección la santa capilla.

»El dedo de Dios se mostró aún de una manera más visible cuando cierto día mi padre, atacado de enfermedad gravísima, tenía necesidad de someterse a una operación muy peligrosa. La hora avanzada de la noche hizo que se dejase dicha operación para la mañana siguiente, después de administrar los últimos sacramentos al enfermo, según ordenaron los facultativos. Mi piadosa madre recurrió entonces a la intercesión de la Venerable Ana de San Bartolomé, y pasó buena parte de la noche en oración delante de sus reliquias. De repente, sin remedios, sin el menor cuidado, mi padre se sintió completamente curado.

»Cuando los médicos llegaron, al despuntar el día, a ver al enfermo, no podían creer en el cambio repentino que allí se había obrado. «¿Qué pasa aquí?»

—exclamaron—: esto es verdaderamente prodigioso y fuera de lo natural».

»Mi familia no pudo revelar la causa sobrenatural a la cual atribuía la inesperada curación de mi padre, porque se debía de guardar el secreto más absoluto sobre la presencia del precioso depósito, y mis padres tuvieron que contentarse con dar gracias a Dios y a su poderosa Protectora en el más íntimo silencio.

»Cuando en 1801 el primer Cónsul devolvió a la Religión Católica una parte de sus libertades, las Carmelitas de Amberes se aprovecharon para entrar enseguida en su antigua morada, la cual había sido comprada por un generoso bienhechor con el fin de poder ofrecérsela un día, y así lo cumplió ahora.

»El primer deseo de las Religiosas una vez que estuvieron dentro de su monasterio, fué el de recobrar las santas reliquias de su Madre Fundadora. Mis padres se separaron con harto sentimiento del venerado depósito, que tan insignes favores había otorgado a su casa, y conservaron durante toda su vida devoción particular a la Venerable Ana de San Bartolomé».

Hasta aquí el Conde Gerardo Le Grelle.

El cofre con el precioso tesoro entró por segunda vez en el monasterio de las Carmelitas y fué a ocupar de nuevo la celda de nuestra Beata. Allí se ha conservado desde entonces hasta nuestros días. Ahora será colocado en la iglesia a la veneración del pueblo de Amberes que la miró siempre como Madre y Protectora.

CAPITULO XXX

Las principales virtudes de la Beata Ana de San Bartolomé

En las historias de los santos tienen puesto de honor sus virtudes. La Iglesia al elevarles a los altares nos los propone como ejemplares y dechados de ellas. Aunque en el curso de esta historia hemos hecho resaltar, en lo posible, las muchas de que estuvo adornada el alma de esta Esposa de Jesucristo, no estará demás el hacer aquí un resumen de las principales, para nuestra edificación y aprovechamiento. Para ello nos servimos del Sumario de su Causa.

Empezando por la «Fe», ya que es la Fe principio de todas las virtudes y «hábito del entendimiento mediante el cual se comienza la vida eterna, según frase del Angélico: «Mentis habitus quo inchoatur vita aeterna» (1), baste decir de nuestra Beata Ana, como se afirma en su Proceso, que «siempre y en donde quiera conservó el tesoro de la Fe puro e inmaculado hasta el último instante de su vida». Y no sólo esto, sino que mostró siempre extraordinaria maestría en enseñar a sus Religiosas

1 S. Thom. Summ. Sec. Secundae, Q. IV; art. I.

los artículos de la Fe, clarísima inteligencia en declararlos y vehemente amor en defenderlos, estando siempre dispuesta a dar su vida por ellos: por todos y cada uno, y hasta por la más mínima ceremonia de la Iglesia. Tanto, que solía decir que se maravillaba mucho cómo los herejes rehusaban esta dulce tranquilidad de alma que da la «Fe». Otras veces repetía que uno de sus mayores consuelos era el ser hija obediente y sumisa de la Iglesia. Y recibiendo la Sagrada Comunión, se encendía de tal manera su Fe, que solía desear morir mil muertes por defender el Misterio del Amor.

La «Esperanza», según el «Maestro de las Sentencias», es la expectación cierta de la bienaventuranza futura: «Certa expectatio est futurae beatitudinis» (1). Esta virtud teologal se manifiesta, a cada paso, en la vida y escritos de nuestra Beata, la cual, por la esperanza de la gloria futura, despreció las cosas caducas, dejó la casa terrena por los claustros del Carmelo. Allí colocó su esperanza en Dios, sin importársele nada de las promesas del mundo, ni de las alabanzas que la tributaban personajes ilustres. Esto la servía para desconfiar más de sí misma y confiar más en la gracia divina. En los desamparos interiores, en las contradicciones y tempestades que se levantaron contra ella tantas veces en la vida, en las cruces y trabajos, en todos los peligros y ocasiones, levantaba los ojos al cielo, suspirando y esperando apagar su sed en la fuente de la vida, como el ciervo herido suspira por las fuentes cristalinas.

1 In 3 Sent. dist. 26, cap. I.

Su «Caridad», tanto para con Dios como para con sus prójimos fué verdaderamente extraordinaria. ¡Cuántas veces deseaba morir de amor! Cuántas repetía con el Apóstol: «Cupio dissolvi et esse cum Christo». La Madre Teresa de Jesús, Priora de Amberes y primera novicia de nuestra Beata en aquella casa, depone lo siguiente: «Nuestra venerable Madre se abrasaba en un deseo ardiente de poseer a su Dios. Este deseo se redobló hacia los últimos días de su vida. No dejaba ni un momento de suspirar por esta dicha. Tenía la costumbre de decir cuando se vestía o se despojaba de sus pobres hábitos: «¡Ay, cómo me pesa este cuerpo; ya estoy cansada de cuidarle; todo mi deseo sería ver rotas estas cadenas;».—«Yo estoy segura, añade otra de sus hijas de Amberes, que el deseo ardiente que ella tenía de unirse con Dios contribuyó más que la misma enfermedad a acelerar su muerte: así se la veía aquella mañana de la fiesta de la Stsma. Trinidad, (día en que murió), tan penetrada de tan sacrosanto Misterio».

¡Qué extraño que muriera de amor de Dios quien toda su vida la empleó en un continuo servir y amar a Dios! Amaba a Dios y ardía como lámpara perenne en su santuario. En los amores divinos halló su descanso en la vida. En los divinos ardores se abararon sus ligaduras de tierra, y su espíritu voló al cielo a arder por siempre en la hoguera del amor divino.

Su «caridad para con el prójimo» fué admirable. Siendo tornera en San José de Avila, el Señor suplió con creces los dineros que tomó de un depósito que la habían confiado para guardarlo, y ella se lo

daba a los pobres, suplicando al Señor, cada vez que iba a tomar algo, que su divina Majestad, lo supliese por amor a sus pobres. El Padre celestial ponía siempre doble cantidad de la que su Sierva sacaba; con lo cual se vino todo a descubrir a la hora de entregar a su dueño el depósito. Ana tuvo que explicar sencillamente el aumento del dinero, y hubo para alabar a Dios.

Con las hermanas enfermas subió su caridad de todo punto, hasta el extremo de exponer su vida por ellas como sucedió en Avila cuidando a una enferma atacada de lepra. Era ella Ana de San Pedro, a quien Santa Teresa nombra algunas veces en su correspondencia con el nombre de la «Flamenca», porque realmente lo era. Cayó esta hermana enferma de lepra pestilencial y los médicos ordenaron que saliera del monasterio a curarse. La Madre María de San Jerónimo, Priora a la sazón, estaba muy acongojada por esto, y más todavía la pobre enferma que era una santa mujer. Cuando nuestra Ana de San Bartolomé supo lo que pasaba, pidió a la superiora que la dejase a ella el cargo de cuidar a la enferma, que confiaba en Dios que había de sanar a su hermana sin que tuviera necesidad de salir del convento. Ana de San Bartolomé cuenta detalladamente el proceso de la terrible enfermedad, y aunque se lo calle, bien se adivina lo mucho que tuvo que sufrir ella por asistir con maternal amor a su enferma. A los cuarenta días ésta se hallaba completamente sana, y todas alabando al Señor por haber premiado tan bien la caridad de la enfermera (1).

1 *Autobiografía de N. Beata e Informaciones de su Causa.*

Su celo por la salvación de las almas se manifestó visiblemente desde que tuvo aquella visión en que el Señor le dió a entender que la sed que padeció El en la Cruz, fué sed de almas. Como en prueba de esto hay muchos ejemplos en esta historia, diremos aquí uno que está por decir, y que es a la vez ejemplo de caridad y de obediencia. Ella misma lo cuenta en su «Autobiografía» de la manera siguiente:

«Una vez, dice, estaba con pena de un hombre que llevaban a colgar, y pasaba por el monasterio, y dije: «Si pensase que este hombre no está rendido a la muerte (preparado para morir), desearía yo que me pusiesen en su lugar». Y el Confesor dijo (1): «No será su Caridad para ello». — «Yo dije que sí, que lo probasen. Y entonces díjome: «Vaya al fuego y, en medio de la brasa encendida, meta un dedo, el espacio de un «Credo», y véngame a decir cómo es lo que siente». Yo fié de la obediencia, y lo hice como él me lo mandaba, y volví al confesor. Y no sé cómo fué que recé el Credo en tanto que le tenía (el dedo metido en las brasas encendidas), y ni sentí ni me dió pena. Si lo hiciera de mío, yo temiera, que pensara el mal espíritu me quería engañar; mas, en cosa de la obediencia, no he tenido sino que es Dios el que me lo había mandado. Y volviendo, como he dicho, a decirlo al Confesor, díjome: «Váyase de ahí, que es boba y todo necedad».

Por donde se ve que el bueno de Julián de Avila una cosa dijo de dientes afuera, y otra cosa

1 Era el Ven. Julián de Avila.

muy distinta se quedó pensando para sus adentros. Però, este caso dejaba ya entender lo que había de ser capaz de sufrir nuestra Beata tiempo adelante, por la salvación de las almas.

Clara de la Cruz dice bajo juramento, que la Madre Ana de San Bartolomé la dijo un día, en confianza, que su caridad para con sus prójimos se parecía a la de Moisés, que decía a Dios: «Señor: perdonad a este pueblo, o borradme a mí del Libro de la Vida».

En dichas palabras se echa de ver también la comunicación que tenía con el Señor por medio de la «oración»; pues la oración es alma y vida de la verdadera Carmelita y de los buenos amigos de Dios. De su oración hay mucho escrito en este libro. Aquí recordaremos lo que dice una santa Religiosa hablando de la oración de nuestra Beata y de los efectos maravillosos que en ella se veían cuando oraba. «Por la transformación visible de su rostro, dice, conocían sus monjas las gracias que el Señor concedía a su Sierva en la oración. Tales eran los transportes celestiales de su corazón, que llegaban a encender su rostro con divina claridad».

Ello provenía también de la gran «pureza» de su alma. El buen Jesús tiene sus delicias en medio de los lirios y azucenas, que son los corazones puros. Esta pureza hizo a nuestra Beata muy parecida a nuestra Madre Santa Teresa, y a entrambas muy semejantes a los ángeles. Ana de San Bartolomé, como Teresa de Jesús, no por ser inocente, dejó de ser penitente en alto grado. Antes al contrario; en las dos inseparables andariegas fueron la «inocencia» y la «penitencia» hermanas inseparables. Tan

cargado traía Ana siempre a su cuerpo, tan lleno de cilicios, tan agobiado de trabajos y tan reducido a servidumbre, que no le daba punto de reposo o le daba muy poco; pues diciéndola sus hijas muchas veces que no se fatigase tanto y que durmiese más de lo poco que dormía, respondíales la Madre Ana: «Ah, queridas hijas: bástale un poco de descanso a este miserable cuerpo. Pues que la vida es corta, empleémosla en alabar al Señor. ¿Por qué hemos de estar echados largo tiempo como bestezuelas?» A pesar de buscar para sí las penitencias, mortificaciones y asperezas de la vida de cruz, para sus hijas buscaba los alivios y regalos dentro de la más estricta observancia, y todo lo combinaba con su consumada «prudencia» y excelentes dotes de gobierno, que hacían el yugo de la obediencia muy suave y la carga de la Regla dulce y ligera. Tan llevadero fué su gobierno, y tan entrañable amor profesó a sus hijas, que decía muchas veces: «Más quiero sufrir en el Purgatorio por demasiado bondadosa, que por demasiado severa». No se crea, sin embargo, que su bondad dejaba sin corregir los abusos y sin advertir las faltas, ni sin castigarlas cuando se merecían, con la moderación debida. Como la preguntasen algunas veces, cómo tenía tanta entereza en corregir y en castigar, siendo así que era de natural tan dulce y bondadoso, respondía: «Mi inclinación no me dicta estas medidas, pero el deber de mi cargo me las impone».

Como predicaba más con el «ejemplo» que con las palabras, formó muchas y muy santas hijas, que fueron su mejor corona en este mundo, y espejos de sus virtudes delante de Dios y de los hom-

bres. Pasó por la tierra haciendo a todos bien, pensando más en los otros que en sí misma, desprendida de todo lo que pudiera distraerla de fijar su vista en el cielo.

Cierto día estaba muy pensativa hilando con su rueca, y como la preguntasen en qué pensaba, respondió: «Pienso que mi corazón y mi espíritu se asemejan a esta lana. Así como ella está suspendida entre cielo y tierra, así mi alma se halla desprendida de todo».

Pocos días antes de morir dijo a una hermana: «Bendito sea el Señor que estoy tan muerta a todo, que ninguna cosa puede causarme pena ni placer. Mi corazón no vive sino en solo Dios».

Aunque se pudieran decir muchas cosas más de las que aquí y en otros lugares de esta historia hemos dicho de su obediencia, pobreza, humildad, mansedumbre y otras virtudes, huelga el decirlo cuando vemos que el corazón de nuestra Beata Ana «no vive sino en sólo Dios».

La Iglesia aprobó las virtudes de la Madre Ana de San Bartolomé todas en general y cada una en particular, asegurando que las ejercitó y las tuvo todas ellas en grado heroico, según consta por decreto del Sumo Pontífice Clemente XII, expedido a 29 de Junio de 1735.

CAPITULO XXXI

Las profecías de la Madre Ana de S. Bartolomé (1)

Dios favoreció a esta amada esposa suya con el don de profecía. Algo hemos visto ya en este libro de su vida, mucho se pudiera decir, pero hay que concretarlo todo en una ligera enumeración, de la cual no es posible prescindir, si hemos de dar una idea completa de lo que fué, de lo que obró y profetizó la ilustre Compañera de Santa Teresa de Jesús.

Ya recordará el lector algunas de estas profecías: el mal éxito de la fundación de los desiertos entre las Religiosas Carmelitas anunciado por Ana con anticipación; su ida a Francia, la gloria que allí se daría a Dios con el establecimiento de la Reforma Carmelitana, el gran bien que con ella tendrían muchas almas, los trabajos que ella había de pasar allí por implantar el espíritu de Santa Teresa. Todo lo cual sucedió punto por punto, y a su debido tiempo. Esto por lo que toca a predecir cosas futuras. En cuanto a otras muchas que esta-

1 Extractadas de los Procesos y de *La Vie de la Vén. M. Anne par un Solitaire du Saint Désert de Marlaigne*, Part. II, cap. XXV.

ban sucediendo a gran distancia de donde ella se hallaba, las veía como si las tuviera delante de los ojos, y hablaba de ellas con tanta certeza como si hubiese estado presente. Así dió pequeños detalles de la gran catástrofe de la Armada Invencible, y contó la victoria que estaba alcanzando en Alemania el Conde de Tilly en la gran batalla que dió a los luteranos. Estas predicciones son de carácter general. Recordemos algunas hechas a personas particulares.

Estando en Marimont, de paso para Amberes, predijo a la doncella de honor de la Infanta Isabel Clara Eugenia, que sería carmelita descalza, y lo fué con el nombre de Clara de la Cruz, cuando menos lo pensaba y cuando más deseaba tomar estado bien diferente, como dijimos en otro lugar.

Estando en Mons en una reunión de personas distinguidas, se dirigió a una jovencita diciéndola: «Ella será mi primera novicia en la fundación de Amberes y luego me sucederá en el cargo de Priora». Esta jovencita se llamaba entonces Isabel Dompré, y después se llamó, como sabemos, Teresa de Jesús, que fué la inmediata sucesora de nuestra Beata en el gobierno del monasterio de Amberes.

También a otra hermana llamada María de San José la predijo «que abrazaría la vida religiosa y que la asistiría a ella en los últimos momentos», y ambas cosas se verificaron puntualmente.

Juan Gómez Cano, del Ejército de su Majestad Católica en los Países Bajos, era devoto de las hijas de Santa Teresa, y mucho más todavía lo era su mujer. Estando ésta un día con la Madre Ana, dijo que sería la persona más feliz del mun-

do si una de sus hijas se hiciese carmelita. Respondió la Madre Ana: «Señora: ella tendrá este consuelo; porque no una, sino varias de vuestras hijas serán monjas nuestras». Y el caso es que las hijas que tenía entonces la buena señora eran aún muy niñas, y otras, que eran objeto también de esta predicción, estaban todavía por nacer. Cuando todas ellas fueron mayores, en todo pensaban menos en ser monjas, pues andaban tan entregadas a las vanidades del mundo, que sus sueños y deseos iban por otros caminos. En esto, fué cierto día el veterano soldado a ver a la Madre Ana y la recordó las malas trazas que llevaban de cumplirse sus pronósticos respecto de sus hijas, pues todas ellas tenían muy otros devaneos en su cabeza. La Madre Ana le dijo que dos de sus hijas romperían luego los lazos del mundo, y vendrían al Carmelo. Así sucedió de allí a poco. Y a esas dos primeras, siguieron luego otras dos, de manera que la mujer del buen Gómez Cano pudo considerarse como la persona más feliz del mundo, pues no una sino cuatro hijas suyas fueron carmelitas descalzas. Juan Gómez Cano que depone esta predicción en el Proceso Apostólico se consideraba también muy feliz por ello. Tenía ya «cerca de 72 años».

Cierto día hablaban a la Madre Ana de un Carmelita Descalzo a quien juzgaban incapaz de desempeñar ningún cargo en su Orden, porque no había hecho bien sus estudios, y era de edad avanzada. La Madre replicó: «Al contrario: él ejercerá los cargos más honoríficos y con mucho aplauso y contentamiento de todos». En efecto, este Padre hizo tales progresos en la virtud, que fué favorecido

por el Señor con extraordinaria ciencia infusa, y fué sucesivamente prior, definidor, provincial y vicario general: cargos que desempeñó de manera irreprochable y a gran satisfacción de la Orden.

Estando un día en oración nuestra Beata Madre Ana, vió un Religioso de la Compañía de Jesús, el P. Juan Chaillant, con las manos alzadas al cielo y el rostro resplandeciente de alegría, y dijo a la Madre: «San Juan Evangelista me ha traído la noticia más agradable del mundo; yo voy a partir para el cielo». La Beata tuvo un consuelo muy grande con esto, y algún tiempo después supo que el santo Religioso había muerto a la misma hora y de la misma manera que se le había aparecido en aquella visión.

Un Carmelita Descalzo, confesor de las Carmelitas del primer convento de Madrid se encontraba enfermo de muerte, cuando oyendo las Religiosas desde su monasterio las campanas del convento de los Padres, que doblaban a muerto del modo que doblan cuando muere un Religioso, empezaron a decir las monjas a la Hermana Ana: «Vamos a rezar por nuestro confesor, que ya es muerto». Pero ella respondió que las campanas doblaban por otro Religioso que acababa de morir, y que su confesor se hallaba mejorado: lo cual era real y verdadero.

La Princesa de Charleville andaba muy afligida por haber caído en desgracia con el Rey Cristianísimo y con principales nobles de la Corte. Deseando saber el mal que la podía venir, o el bien que podía esperar de esta desgracia, escribió a la Madre Ana informándola de todo, pues la tenía en

grande estima y veneración. Nuestra Madre la respondió que no tenía por qué temer; que su desgracia acabaría bien pronto. La devota Princesa vió luego, por los efectos, cuán infalibles eran las luces de esta gran Sierva de Dios.

Madame Cristina de Ligne, esposa del Conde de Nassau, suplicó a la santa Priora de las Carmelitas de Amberes que rogase al Señor por ella para que su divina Majestad la concediese un hijo que fuese alegría y consolación de su familia. La Madre Ana contestó con estas palabras: «Confiad en Dios, Señora, porque ciertamente os concederá uno». La predicción se realizó, pero el niño cayó gravemente enfermo y fué desahuciado de los médicos. Entonces nuestra Beata que le había obtenido la vida, le obtuvo la salud con grande admiración de todo el mundo.

El Dr. Luis Núñez y su mujer Francisca Godínez estaban también muy afligidos por no tener sucesión después de once años de matrimonio. Ambos eran temerosos de Dios y muy devotos de la Madre Ana. El Dr. Núñez era médico de las Carmelitas de Amberes, y pasaba por el mejor de la ciudad. Ambos esposos iban con frecuencia a contar sus penas a la bondadosa Priora de las Descalzas y como es natural, la suplicaban instantemente que interpusiese su gran valimiento para con Dios y les alcanzase de su divina Majestad la satisfacción de ver cumplidos sus legítimos deseos. Cierta vez nuestra Madre, después de haberlo encomendado mucho al Señor, dijo a Francisca Godínez que fué a visitarla: «Alegraos, el Señor os dará una hija». Y así sucedió. El Dr. Núñez mismo depone este caso

en las Informaciones; y él fué, como recordará el lector, quien asistió a nuestra Beata, en su última hora, como médico de cabecera.

Don Esteban de Gamarra, Mariscal de Campo de su Majestad Católica, deseó vivamente casarse con una sobrina suya; pero encontró tenaz resistencia, tanto de parte de la familia que se oponía abiertamente a semejante casamiento, como de parte de la Corte de Roma que no quería conceder la dispensa necesaria. El Mariscal, después de emplear siete años, lo menos, en inútiles tentativas por alcanzar la dispensa del Papa, y el consentimiento de los suyos, fué a pedir consejo sobre lo que debería de hacer, a la santa Libertadora de Amberes, tan popular y tan amada en el Ejército católico por jefes y soldados. La Madre Ana aseguró al bravo militar que sus esfuerzos en este caso serían coronados por el éxito más completo, y que Dios bendeciría grandemente su futuro enlace. Y así fué, porque el Mariscal de Campo se casó como deseaba, obtuvo ya fácilmente las Bulas del Papa y el consentimiento de su familia, y el Señor bendijo su matrimonio concediéndole «trece» hijos, que a pesar de ser número de mal agüero, como quieren los necios, fué para D. Esteban número de muchas celestiales bendiciones y alegrías paternas.

En cierta ocasión corrióse la voz por Amberes de que Miguel Rambours, capitán de la Real Armada, había perecido en el mar. La Madre Ana que lo oyó, aseguró lo contrario, diciendo que el Señor se lo había mostrado la noche precedente en perfecta salud. Poco después se vino a saber que el valiente capitán, cuya salud interesaba tanto a